

# LEE CHILD

Nunca vuelvas atrás



Un caso de  
**JACK REACHER**

de

Lectulandia

Después de un largo viaje, Jack Reacher llega a Virginia. Su destino: el cuartel general de su antigua unidad militar, lo más parecido a un hogar que ha tenido en su vida. Su objetivo: hablar con la comandante Susan Turner, oficial al mando de la unidad. Parece una tarea fácil pero no lo va a ser. Ni mucho menos. La comandante Turner ha sido arrestada con unos cargos de lo más insólitos. Y eso no es lo peor, porque Reacher también va a ser acusado de algo mucho más grave.

Lectulandia

Lee Child

# Nunca vuelvas atrás

Jack Reacher - 18

ePub r1.0

Titivillus 18.03.17

Título original: *Never go back*

Lee Child, 2013

Traducción: Víctor Manuel García de Isusi

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

PARA MIS LECTORES, CON MI MAYOR AGRADECIMIENTO

# 1

Al final, metieron a Reacher en un coche y lo llevaron a un motel que estaba a kilómetro y medio. El recepcionista del turno de noche le dio una habitación, que tenía todas las características que Reacher esperaba de un sitio así, porque había estado en habitaciones como aquella miles de veces. Había uno de esos calefactores que atraviesan la pared y que hacen tanto ruido que no te dejan pegar ojo, por lo que el dueño se ahorra una pasta en electricidad. Las bombillas eran de esas de pocos vatios. La moqueta era de esas de pelo corto que se secan en muy poco tiempo, por lo que la habitación podía alquilarse el mismo día. Aunque no se podía decir que esa moqueta la lavasen a menudo. Era oscura y estampada, ideal para esconder las manchas. Como la colcha. Seguro que la ducha era de esas de las que salía poca agua y con poca fuerza, que las toallas eran delgadas, que la pastilla de jabón era pequeña y el champú, de los baratos. El mobiliario era de madera oscura y estaba lleno de arañazos y golpes, la televisión era pequeña y vieja, y las cortinas tenían tanta mugre que habían adquirido un color gris.

Lo que cabía esperar. Nada que no hubiera visto en mil y una ocasiones.

Aun así, seguía pareciéndole deprimente.

Y por eso, antes de guardar la llave en el bolsillo, dio media vuelta y volvió al aparcamiento. Corría un viento frío y hacía un poco de humedad. En plena noche, en pleno invierno, en un rincón del noroeste de Virginia. El lento Potomac no estaba lejos. Más allá, al este, el fulgor de D. C. iluminaba las nubes. La capital de la nación, donde estaría sucediendo de todo.

El coche que lo había llevado allí ya se marchaba. Observó cómo la niebla iba difuminando sus luces traseras. Poco después, desapareció por completo y el mundo se quedó en el más absoluto silencio. Solo durante un minuto. Entonces, apareció otro coche, avanzando con confianza y a buena velocidad, como si supiera adónde iba. Entró en el aparcamiento. Era un sedán de lo más normal, de color oscuro. Lo más seguro es que se tratase de un coche gubernamental. Se dirigía a la recepción pero, al alumbrar la forma inmóvil de Reacher, cambió de dirección para ir directo hacia él.

Visitantes. Propósito desconocido, pero las noticias que traían eran buenas o malas.

El coche se detuvo en paralelo con el edificio, frente a Reacher, y a la misma distancia de la que estaba él de su habitación, lo que lo dejaba en mitad de un espacio que tendría las dimensiones de un cuadrilátero de boxeo. Del coche salieron dos hombres. A pesar del frío, iban en camiseta, ceñida y blanca, y con esos pantalones de chándal amplios que se quitan los corredores de atletismo segundos antes de la carrera. Ambos parecían estar por encima del metro ochenta y los noventa kilos. Más pequeños que Reacher, pero no mucho. Militares, estaba claro. No había más que ver su corte de pelo. Ningún peluquero civil podía ser tan pragmático o tan brutal. El mercado no lo permitiría.

El copiloto rodeó el capó y se puso en formación junto al conductor. Se quedaron allí, uno al lado del otro. Llevaban zapatillas de deporte, grandes, blancas y anodinas. No habían estado en Oriente Medio recientemente. Ni quemaduras solares, ni patas de gallo o rastro de cansancio alrededor de los ojos. Eran jóvenes, algo menos de treinta. Por edad, Reacher podría ser su padre. Supuso que serían suboficiales. Probablemente especialistas, no sargentos. No tenían pinta de sargentos. No parecían avispados. De hecho, aparentaban todo lo contrario. Tenían una cara gris e inexpresiva.

El del asiento del copiloto dijo:

—¿Es usted Jack Reacher?

—¿Quién lo pregunta?

—Nosotros.

—¿Y quiénes sois vosotros?

—Sus consejeros legales.

Algo que, como era evidente, no eran. Eso estaba claro. Los abogados del ejército no viajan en pareja ni respiran por la boca. Eran otra cosa. Malas noticias, no buenas. Y en ese caso, actuar de inmediato es siempre la mejor opción. Era sencillo simular que les habías creído, acercarte con brío y la mano levantada en señal de saludo. También era sencillo aprovechar el brío con el que te aproximabas a ellos para convertirlo en un impulso imparable y hacer de la mano alzada una guadaña que cayera con fuerza en la cara del de la izquierda, seguido de un pisotón en el pie derecho, como si fuera un ejercicio para matar una cucaracha imaginaria, tras lo que el rebote del pisotón te serviría para llevar hacia atrás el mismo codo y estampárselo al de la derecha en el cuello. Un, dos, tres, golpe, pisotón, golpe, fin de la partida.

Así de fácil. Y, siempre, la mejor opción. Su mantra: lo primero, la represalia. En especial, cuando eran dos contra uno y esos dos eran jóvenes y llenos de energía.

Pero. No estaba seguro. No del todo. Todavía no. Y no podía permitirse cometer un error de ese calibre. No en aquella situación. No en aquellas circunstancias. Se sentía cohibido. Dejó que el momento pasara.

—¿Y cuál es el consejo legal que me dais?

—Conducta impropia. Ha desprestigiado usted la unidad. Un consejo de guerra sería malo para todas las partes. Así que debería largarse de la ciudad con viento fresco. Ahora mismo. Y no vuelva nunca.

—Nadie me había hablado de ningún consejo de guerra.

—Todavía no, pero lo habrá. Así que no se quede a esperar que le citen.

—Tengo órdenes.

—No podían dar con usted, seguro que puede desaparecer de nuevo. El ejército no contrata rastreadores. Además, nadie conseguiría encontrarle. No, dada la manera en la que vive.

Reacher no dijo nada.

—Ese es nuestro consejo legal.

—Entendido.

—Con entenderlo no es suficiente.

—¿No?

—Vamos a ofrecerle un incentivo.

—¿De qué tipo?

—Vamos a venir cada noche y cada vez que lo encontremos aquí vamos a patearle el culo.

—¿Ah, sí?

—Y empezaremos hoy. Así, se formará una idea de qué es lo que debería hacer.

—¿Habéis comprado alguna vez un electrodoméstico?

—¿A qué coño viene eso?

—En una ocasión vi uno en una tienda. Tenía un adhesivo amarillo por detrás. Ponía que si intentabas abrirle las tripas corrías el riesgo de sufrir daños graves e incluso morir.

—¿Y qué?

—Considerad que llevo el mismo adhesivo.

—No nos das ningún miedo, anciano.

Anciano. Aquello le hizo pensar en su padre. En un lugar soleado. Okinawa, lo más probable. Stan Reacher, nacido en Laconia, New Hampshire, capitán de los Marines que sirvió en Japón, con su esposa y sus dos hijos adolescentes. Su hermano y él se referían a él como «el anciano», y aunque, desde luego, parecía mayor, en aquella imagen que le había venido a la cabeza, sería unos diez años más joven que el propio Jack.

—Dad la vuelta. Volved allí de donde vengáis. Esto os supera.

—Pues no nos lo parece.

—Me ganaba la vida con esto, pero eso ya lo sabéis, ¿verdad?

No hubo respuesta.

—Sé cada uno de los movimientos. Algunos los he inventado yo.

Nada, ni caso.

Aún tenía la llave en la mano. Regla básica: nunca ataques a alguien que acaba de salir por una puerta con cerradura. Un manajo de llaves es mejor, pero una sola es una buena arma de por sí. Apoya la cabeza contra la palma, mete la paleta entre el índice y el corazón y tienes un puño de hierro bastante bueno.

Pero. No eran más que unos niños. Tampoco había por qué disparar todos los cañones en la misma andanada. No era necesario hacerles heridas y romperles huesos.

Reacher guardó la llave en el bolsillo.

Que llevaran deportivas significaba que no tenían intención de sacarlo de allí a patadas. Nadie se pone a pegar patadas con unas zapatillas blandas de ir a correr. No sirve de nada. A menos que su intención fuera la de darlas solo en puntos vitales. Como en el caso de alguna de esas artes marciales raras que tienen nombres como los



platos que salen en las cartas de los restaurantes chinos. Taekwondo y demás. Muy bonitos para verlos por la tele en los Juegos Olímpicos. Si levantas la pierna como un perro junto a una boca de riego no haces más que pedir que te machaquen. Que te tiren al suelo y te pateen la cabeza hasta dejarte inconsciente.

¿Lo sabrían aquellos dos? ¿Le habrían mirado los pies? Él llevaba un par de botas pesadas. Cómodas y resistentes. Se las había comprado en Dakota del Sur y planeaba llevarlas todo el invierno.

—Me voy a la habitación.

No hubo respuesta.

—Buenas noches.

No hubo respuesta.

Reacher se volvió solo un poco y dio un paso hacia atrás, hacia la puerta, un fluido cuarto de vuelta, con los hombros y todo, y, tal y como sabía que harían, los otros dos fueron a por él a mayor velocidad de la que él se movía, improvisando y sin pensar, preparándose para agarrarlo.

Reacher siguió moviéndose el tiempo suficiente para dejarles que cogieran impulso, tras lo cual se movió hacia ellos como un latigazo, deshaciendo el cuarto de vuelta que había dado; llevaba la misma velocidad que ellos, ciento diez kilos a punto de estrellarse de frente contra ciento ochenta, pero siguió girando y le lanzó un gancho largo de izquierda al de la izquierda. Le acertó justo como quería, con mucha fuerza y en la oreja. La cabeza del tipo rebotó contra el hombro de su compañero, a quien Reacher ya estaba a punto de atizarle un gancho de derecha en la mandíbula. Le alcanzó como en un manual de instrucciones y la cabeza del tipo salió rebotando como la del primero y casi en el mismo segundo. Como si fueran marionetas y el marionetista acabara de estornudar.

Ambos permanecieron de pie. El de la izquierda se bamboleaba como si fuera en barco y el de la derecha se tambaleaba hacia atrás. El de la izquierda apenas se tenía en pie y tenía el centro de gravedad desprotegido. Reacher le metió un puñetazo en el plexo solar con la diestra, lo suficientemente fuerte como para dejarle sin aire, pero no durante el tiempo suficiente como para que le quedaran secuelas neurológicas. El tipo se dobló y se agarró las rodillas. Reacher lo dejó a un lado y fue a por el de la derecha, que le vio venir y le lanzó un derechazo muy flojo. Reacher lo desvió con el antebrazo izquierdo y repitió el mazazo con la diestra en el plexo solar.

El tipo se dobló, igual que el otro.

Después, le resultó sencillo darles la vuelta y pegarles una patada en el culo en dirección al coche. Primero a uno y luego al otro. Sus cabezas golpearon el coche con bastante fuerza y se desplomaron. Abollaron las puertas. Permanecieron en el suelo, jadeando pero conscientes.

Tendrían que explicar lo de las abolladuras del coche y sufrirían un fuerte dolor de cabeza por la mañana. Con eso bastaba. Sería compasivo, dadas las circunstancias. Benevolente. Considerado. Suave, incluso.

Anciano.

Lo suficientemente viejo como para ser su padre.

En aquel momento, Reacher llevaba menos de tres horas en Virginia.

Por fin lo había conseguido. Dejar atrás las nieves de Dakota del Sur. Pero le había costado. Se había quedado incomunicado en Nebraska, en dos ocasiones, y después había avanzado igual de lento. En Missouri había tenido que esperar mucho. Luego había seguido adelante en un Ford plateado con un conductor huesudo que no había dejado de hablar desde Kansas City hasta Columbia, y que después se había quedado callado como un muerto. Había recorrido Illinois en un Porsche negro que, supuso, era robado, y luego le pasó lo de los dos navajeros en el área de descanso. Querían dinero. Reacher imaginó que aún seguían en el hospital. En Indiana había pasado dos días sin rumbo fijo, tras lo que se había subido a un Cadillac azul con abolladuras que conducía lentamente un anciano circunspecto con una pajarita del mismo color que el coche. En Ohio pasó cuatro días en un pueblecito y luego se había subido a una camioneta Silverado roja de cuatro puertas en la que viajaban un matrimonio joven y su perro, que iban todo el día de un lado para el otro buscando trabajo. Lo que, en opinión de Reacher, solo conseguirían dos de ellos. El perro difícilmente conseguiría un empleo. Lo más probable es que se pasara toda la vida apuntando en la columna del «debe». Era un chucho grande y tontorrón, de pelaje claro, de unos cuatro años, confiado y amistoso. Y tenía pelo de sobra, por mucho que estuvieran en pleno invierno. Reacher acabó cubierto de una capa de pelillos dorados.

Entonces había dado un ilógico giro hacia el norte y después hacia el este, hacia Pensilvania, pero lo hizo porque fue lo único que encontró. Pasó un día cerca de Pittsburgh y otro cerca de York, y después un negro de unos veinte años lo llevó a Baltimore, Maryland, en un Buick blanco que tenía unos treinta años. En general, había avanzado despacio.

A partir de Baltimore fue más sencillo. Baltimore, que tiene un pie en la I-95 y otro en D. C., era la siguiente parada hacia el sur. La zona de Virginia a la que quería llegar estaba, más o menos, en el área de influencia de D. C., como quien dice, a la misma distancia al oeste del cementerio de Arlington que al este de la Casa Blanca. En Baltimore cogió un autobús, se bajó en D. C., en la parada que hay detrás de Union Station, y atravesó a pie la ciudad, desde la calle K hasta Washington Circle; luego tomó la 23 hasta el monumento a Lincoln, allí cruzó el puente y se dirigió al cementerio. Frente a la verja del mismo había otra parada de autobús. Un servicio local, sobre todo para los jardineros, como quien dice. Reacher quería llegar a un sitio llamado Rock Creek, uno de los muchos sitios de la región que se llamaba así, puesto que había formaciones rocosas y riachuelos por todas partes, y los colonos no solo habían estado aislados los unos de los otros sino que, además, habían seguido la misma política para poner nombres a las localidades. No había duda de que en la época del barro, los calzones cortos y las pelucas Rock Creek había sido un pueblecito colonial de lo más bonito pero, después, se había convertido en otro cruce de caminos más en un centenar de kilómetros cuadrados a la redonda, lleno de casas

caras y complejos de oficinas baratos. Reacher miraba por la ventana del autobús y se fijaba en los paisajes y lugares familiares, catalogaba las nuevas incorporaciones y esperaba.

Su destino era un edificio de aspecto macizo que había levantado sesenta años antes el Departamento de Defensa por algún propósito que había caído en el olvido. Unos cuarenta años después, la Policía Militar había hecho una oferta por él... por error, por lo visto. Resulta que el oficial encargado de la compra creía que se trataba de otro Rock Creek. De todas formas, se quedaron con el edificio. Había estado vacío un tiempo, y luego se convirtió en cuartel general de la Unidad Especial 110 de la PM.

Era lo más parecido a un hogar que había tenido Reacher.

El autobús le dejó a dos manzanas, en una esquina, en la falda de una colina por la que había subido y bajado en innumerables ocasiones. La carretera que llevaba a lo alto tenía tres carriles, el cemento de los arcones estaba agrietado y a los lados se elevaban árboles hechos y derechos. El edificio estaba a la izquierda, en mitad de un amplio aparcamiento y tras un alto muro de piedra. Tan solo se veía el tejado, que era de pizarra gris y donde crecía musgo en las zonas que daban al norte.

Desde la carretera de tres carriles salía un desvío que llegaba a la entrada, abierta en el alto muro de piedra y flanqueada por dos columnas de ladrillo, que en la época en que Reacher vivía allí habían sido meramente decorativas, sin verjas. Pero ahora habían instalado unas. Eran unas verjas grandes de acero con ruedecitas, también de acero, que corrían por unos raíles incrustados en el viejo asfalto. Seguridad, en teoría, pero no en la práctica, porque estaban abiertas de par en par. Detrás de ellas, justo donde acababa el movimiento de la puerta, había una garita, que también era nueva. En ella había un soldado raso que llevaba el nuevo uniforme de combate del ejército que, en opinión de Reacher, parecía un pijama, estampado de arriba abajo y demasiado holgado. La tarde empezaba a dar paso a la noche y la luz empezaba a disminuir.

Se detuvo frente a la garita y el soldado lo miró con aire inquisitivo.

—He venido a ver al oficial al mando.

—¿Se refiere a la comandante Turner?

—¿Cuántos oficiales al mando tiene?

—Solo uno, señor.

—¿Y se llama Susan?

—Sí, señor. Así es, la comandante Susan Turner, señor.

—Es con quien quiero hablar.

—¿Quién digo que quiere verla?

—Reacher.

—¿A qué se debe su visita?

—Asuntos personales.

—Espere un momento, señor. —Cogió el teléfono y llamó—. El señor Reacher

viene a ver a la comandante Turner.

La llamada duró más de lo que Reacher esperaba. En un momento dado, el soldado tapó el auricular con la mano y le preguntó.

—¿Es usted el mismo Reacher que fue comandante en esta base? ¿El comandante Jack Reacher?

—Sí.

—¿Y habló usted con la comandante Turner desde Dakota del Sur?

—Sí.

El soldado repitió las dos respuestas afirmativas por teléfono y se quedó a la escucha. En cuanto colgó, dijo:

—Puede usted pasar, señor. —Hizo ademán de indicarle por dónde tenía que ir pero se detuvo y dijo—: Bueno, supongo que ya conoce el camino.

—Creo que sí.

Cuando había dado diez pasos, oyó un chirrido a la espalda, se detuvo y miró hacia la puerta.

Estaban cerrando las verjas.

El edificio seguía la típica línea arquitectónica clásica del Departamento de Defensa durante la década de 1950. Alargado y bajo, de dos plantas. Ladrillo y piedra, pizarra, marcos de ventana metálicos y pintados de verde, barandillas tubulares de color verde en las escaleras de la entrada. Los años cincuenta habían sido la edad dorada del Departamento de Defensa. Los presupuestos eran descomunales. Tierra, Marina, Fuerzas Aéreas, Marines... a los militares se les daba todo lo que pidieran. Y más. En el aparcamiento había unos cuantos coches. Algunos eran sedanes del ejército, oscuros y muy trotados. Otros eran VP, vehículos personales, de colores más vivos pero, en general, más antiguos. Había un solo Humvee, verde oscuro y negro, enorme y amenazador al lado de un pequeño biplaza descapotable de color rojo. Se preguntó si el descapotable sería de Susan Turner. Supuso que era posible. Con la voz que tenía por teléfono, bien podía ser de las que conducen un cacharro así.

Subió la corta escalinata de piedra de la entrada. La misma escalinata, la misma puerta, pero repintadas desde su época. Y probablemente en más de una ocasión. El ejército tenía muchísima pintura y le encantaba pintar. Una vez dentro, le pareció que el edificio tenía, más o menos, el mismo aspecto de siempre. En el vestíbulo, a la derecha, había unas escaleras que subían a la segunda planta; y a la izquierda, una recepción. Luego, el vestíbulo se convertía en un pasillo que recorría todo el edificio y en el que había oficinas a derecha e izquierda. La mitad superior de las puertas de las oficinas era de cristal esmerilado. Las luces del pasillo estaban encendidas. Era invierno y el edificio siempre había sido oscuro.

En la recepción había una mujer, con el mismo pijama que el soldado de la garita, pero con las barras de sargento en el pecho. Como una diana. Apunten... ¡fuego! Le

gustaba mucho más el antiguo uniforme de camuflaje verde. La mujer era negra y no parecía que se alegrara de verle. Por alguna razón, estaba nerviosa.

—Soy Jack Reacher. Vengo a ver a la comandante Turner.

La sargento abrió y cerró la boca en un par de ocasiones como si no supiera por dónde empezar con todo lo que quería decirle y, al final, lo único que consiguió pronunciar fue:

—Será mejor que suba. ¿Sabe dónde está su despacho?

Asintió. Sabía dónde estaba. En su día, había sido el suyo.

—Gracias, sargento.

Subió las escaleras. La misma piedra gastada, la misma barandilla de metal. Había subido y bajado aquellas escaleras infinidad de veces. Giraban una sola vez y daban directamente al centro del distribuidor del largo pasillo del primer piso. Las luces estaban encendidas. El suelo estaba cubierto con el mismo linóleo. La mitad superior de las puertas de los despachos que había a derecha e izquierda también era de cristal esmerilado.

La puerta de su despacho era la tercera de la izquierda.

No, el suyo no, el de Susan Turner.

Se aseguró de que llevaba la camisa por dentro y se peinó con los dedos. No tenía ni idea de qué iba a decirle. Por teléfono, le había gustado su voz. Eso era todo. Le había parecido que la persona que había al otro lado de la línea tenía que ser interesante. Quería conocer a aquella persona. Así de sencillo. Dio dos pasos y se detuvo. Pensaría que estaba loco.

Pero quien no arriesga, no gana. Se encogió de hombros y siguió adelante. La tercera de la izquierda. La puerta era la misma, pero pintada. Maciza la mitad inferior, de cristal esmerilado la mitad superior, un cristal cuyo patrón vertical distorsionaba la imagen. En la pared, cerca del picaporte, había una placa de estilo corporativo en la que ponía: COM. S. R. TURNER, OFICIAL AL MANDO. Eso era nuevo. En su época, su nombre estaba estarcido en la madera, debajo del cristal, y con una mayor economía de lenguaje: COM. REACHER, O.M.

Llamó.

Oyó una única palabra vaga al otro lado. Puede que fuera «Pase», por lo que cogió aire, abrió la puerta y entró.

Había esperado encontrar cambios, pero no eran muchos. El linóleo del suelo era el mismo, de color oscuro y pulido hasta alcanzar un brillo sutil. El escritorio era el mismo, de acero, como un buque de guerra, pintado pero con la pintura desconchada aquí y allá, abollado todavía en el punto en el que le había estampado la cabeza a un tipo cuando su periodo de comandante tocaba a su fin. Las sillas eran las mismas, tanto la que había detrás del escritorio como las que había delante: objetos funcionales de mediados del siglo pasado por los que un *hipster* de Nueva York o San Francisco habría pagado una pasta gansa. Los archivadores eran los mismos. La lámpara era la misma, una tulipa redondeada de cristal blanco que colgaba de tres

cadenitas.

Las diferencias eran en su mayoría predecibles y obligadas por el paso del tiempo. Sobre el escritorio, donde antes había habido un único teléfono negro de disco, había ahora tres centrales telefónicas. Había dos ordenadores, uno de sobremesa y otro portátil, mientras que antes había una bandeja de documentos de salida y otra de documentos de entrada y montones de papel. El mapa de la pared era nuevo y estaba actualizado, y la lámpara emitía una luz verdosa y pálida, porque tenía una de esas bombillas fluorescentes modernas que ahorran energía. El progreso había alcanzado incluso al Departamento del Ejército.

Solo había dos cosas inesperadas e impredecibles.

La primera, que la persona que había sentada al escritorio no era un comandante, si no un teniente coronel.

Y la segunda, que no era una mujer, sino un hombre.

### 3

El hombre llevaba el mismo pijama que todos los demás, pero a él le quedaba todavía peor. Como un disfraz. Como si fuera Halloween. Y no porque estuviera en muy mala forma, sino porque le daba un aspecto demasiado serio, empresarial y sedentario. Como si su arma preferida fuera un lápiz portaminas, no un M16. Llevaba gafas de acero y el pelo, entrecano, peinado como un colegial. Sus galones e insignias indicaban que se trataba de un auténtico teniente coronel del ejército de Estados Unidos de América, y que se apellidaba Morgan.

Reacher dijo:

—Lo siento, coronel. Venía a ver a la comandante Turner.

—Siéntese, señor Reacher —respondió el tipo apellidado Morgan.

Tener una presencia imponente era algo raro y que se valoraba mucho en el ejército. Y resulta que el tipo que se apellidaba Morgan tenía de sobras. Al igual que sus gafas y su pelo, su voz era de acero. No se andaba con chorradas, pamplinas o fanfarronadas. Sencillamente, daba por hecho que toda persona razonable haría lo que le dijera porque, en realidad, no habría alternativa.

Reacher se sentó en la silla que estaba más cerca de la ventana. Las patas eran barras dobladas y ligeras que se estremecieron un poco bajo su peso. Recordó la sensación. Ya se había sentado allí, por una u otra razón.

—Por favor, dígame exactamente por qué ha venido.

En ese momento, Reacher pensó que estaba a punto de recibir un comunicado de defunción. Susan Turner había muerto. En Afganistán, lo más probable. O en un accidente de coche.

—¿Dónde está la comandante Turner?

—Aquí no, desde luego.

—¿Pues dónde?

—Ya llegaremos a eso. Primero, quiero saber a qué se debe su interés.

—¿En qué?

—En la comandante Turner.

—No tengo ningún interés en ella.

—Sin embargo, ha preguntado por ella en la puerta dando su nombre de pila.

—Es un asunto personal.

—¿Cuál?

—Hablé con ella por teléfono. Me pareció una persona interesante. Se me ocurrió que podía pasarme e invitarla a cenar. El manual de campo no le prohíbe aceptar.

—O negarse, ¿no?

—Por supuesto.

—¿De qué habló con ella por teléfono?

—De esto y de aquello.

—¿Puede ser más concreto?



—Era una conversación privada, coronel. Y no sé quién es usted.

—El oficial al mando de la Unidad Especial 110.

—¿No lo era la comandante Turner?

—Ya no.

—Pensaba que este era un puesto para comandantes, no para coroneles.

—Es un puesto temporal. He venido a solucionar unos problemas. Me envían para arreglar el caos.

—¿Esto es un caos? ¿Es eso lo que está diciendo?

Ignoró la pregunta.

—¿Quedó en verse con la comandante?

—No lo concretamos.

—¿Le pidió que viniera?

—No lo concretamos.

—¿Sí o no?

—Ni sí, ni no. Yo diría que no era sino una intención remota por parte de los dos. Si resulta que llegaba a estar por la zona. Ya me entiende.

—Y aquí está, en la zona. ¿Por qué?

—¿Y por qué no? En algún sitio tengo que estar.

—¿Me está diciendo que ha venido desde Dakota del Sur por una intención remota?

—Me gustó su voz. ¿Eso es delito?

—Está usted en paro, ¿no es así?

—Ahora sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que dejé el ejército.

—Eso es una vergüenza.

—¿Dónde está la comandante Turner?

—Esta entrevista no es acerca de la comandante.

—¿Y acerca de qué es?

—De usted.

—¿De mí?

—Y no tiene relación alguna con la comandante. Solo que fue ella quien sacó su expediente. Puede que sintiera curiosidad por usted. Había una alarma en su expediente. Tendría que haber saltado y habernos avisado en cuanto lo cogió. Lo que nos habría ahorrado algo de tiempo. Por desgracia, la alarma no funcionó como es debido y no se activó hasta que la comandante lo devolvió. Pero mejor tarde que nunca. Porque está usted aquí.

—¿De qué está hablando?

—¿Conoce a un hombre llamado Juan Rodríguez?

—No. ¿Quién es?

—Hubo una época en la que a la 110 le resultó interesante. Está muerto. ¿Conoce

a una mujer llamada Candice Dayton?

—No. ¿También está muerta?

—La señora Dayton aún está viva, afortunadamente. O puede que, dadas las circunstancias, no tan afortunadamente. ¿Seguro que no se acuerda de ella?

—¿A qué viene todo esto?

—Está usted metido en un lío, señor Reacher.

—¿A santo de qué?

—Al secretario del Ejército le han proporcionado unos datos médicos que demuestran que el señor Rodríguez murió como resultado directo de una paliza que sufrió hace dieciséis años. Dado que no hay disposición legislativa en materia de plazos en este tipo de casos, es, desde el punto de vista técnico, víctima de homicidio.

—¿Me está diciendo que uno de los míos es el culpable? ¿Hace dieciséis años?

—No, no es lo que estoy diciendo.

—Me alegro. ¿Qué es, entonces, lo que hace que la señora Dayton no sea afortunada?

—No estoy aquí para hablarle de eso. Es un asunto que tratará con usted otra persona.

—Pues tendrán que darse prisa, porque no pienso quedarme aquí mucho tiempo. Al menos, si no está la comandante Turner. No recuerdo que en el vecindario hubiera ninguna otra diversión.

—Sí, sí que se va a quedar aquí. Usted y yo vamos a hablar largo y tendido.

—¿Sobre qué?

—Las pruebas demuestran que fue usted quien le dio la paliza al señor Rodríguez hace dieciséis años.

—Chorradas.

—Le facilitaremos un abogado. Será él quien determine si este asunto no son más que chorradas.

—No, con lo de «chorradas» me refiero a que usted y yo no vamos a conversar largo y tendido. Ni con un abogado. Yo soy civil, y usted es un gilipollas que va vestido con pijama.

—¿No va a cooperar por voluntad propia?

—Veo que lo ha entendido.

—En ese caso, ¿conoce el artículo 10 del Código de Estados Unidos?

—Fragmentos, como es evidente.

—En ese caso, sabrá que uno de esos fragmentos en particular dice que cuando una persona de su rango abandona el ejército no pasa a ser civil. No de inmediato y no del todo. Pasa a ser reservista. No tiene quehaceres, pero puede ser reclutado.

—Sí, pero ¿durante cuántos años?

—Se le proporcionó una acreditación para que tuviera acceso a información confidencial.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Recuerda los papeles que tuvo que firmar para conseguirla?

—Por encima.

Reacher recordaba que había un montón de personas en la sala, todas ellas muy adultas y muy serias. Abogados, notarios, y también sellos, estampillas y estilográficas.

—Tuvo que firmar muchos papeles. Como es natural. Si va usted a conocer los secretos del gobierno, el gobierno quiere tener cierto control sobre usted. Antes, durante y después.

—¿Cuánto tiempo después?

—La mayor parte de ese material es confidencial durante sesenta años.

—Eso es ridículo.

—No se preocupe, los papeles que firmó no establecen que deba permanecer usted en la reserva durante sesenta años.

—Me alegro.

—Dicen algo peor. Dicen que lo estará de manera indefinida. Ahora bien, resulta que la Corte Suprema nos jodió con eso. Nos obligó a respetar las tres restricciones que son comunes a todos los casos del artículo 10.

—¿Que son...?

—Que para que una persona pueda ser reclutada debe estar en buen estado de salud, tener menos de cincuenta y cinco años y que se le pueda formar.

Reacher no dijo nada.

—¿Qué tal está de salud?

—Bastante bien.

—¿Cuántos años tiene?

—Me faltan años para cumplir los cincuenta y cinco.

—¿Se le puede formar?

—Lo dudo.

—Yo también. Aunque eso no es más que una decisión empírica que tomamos nosotros.

—¿Está hablando en serio?

—Muy en serio. Jack Reacher, en este instante, queda usted reclutado de manera formal para el servicio militar.

Reacher no dijo nada.

—Vuelve a estar usted en el ejército, comandante. Ahora, su culo es mío.

No hubo grandes ceremonias. Ni procesamiento ni reprocesamiento. Tan solo las palabras de Morgan. A continuación, el despacho se oscureció un poco porque alguien se apostó frente a la puerta y bloqueaba la luz que entraba por el cristal esmerilado. Reacher lo vio: cortado en vertical por el dibujo del cristal, era un centinela alto, de hombros anchos, en posición de descanso, de espaldas a la puerta.

—Me veo obligado a informarle de que existe la posibilidad de apelar y de que se le permitirá hacerlo. Le proporcionaremos un abogado.

—¿Me lo proporcionarán?

—Es cuestión de lógica. Usted intentará evitar que lo reclutemos. Pero ya está usted dentro, lo que significa que tendrá lo que el ejército decida darle. No obstante, supongo que seremos razonables.

—No recuerdo a ningún Juan Rodriguez.

—Para eso también le proporcionaremos un abogado.

—¿Qué se supone que le pasó?

—Dígame usted.

—No puedo. No sé quién es.

—Le produjo usted daños cerebrales. Acabó muriendo.

—¿Quién era?

—La negación no le servirá para siempre.

—No estoy negando nada. Le estoy diciendo que no sé de quién se trata.

—Eso explíqueselo a su abogado.

—¿Y quién es Candice Dayton?

—Lo mismo le digo. Pero el abogado será otro.

—¿Por qué otro?

—Es otro caso.

—¿Estoy arrestado?

—No. Todavía no. Serán los fiscales quienes decidan en qué momento hacerlo. Hasta entonces, tendrá usted que acatar órdenes. Conserva la graduación, de momento. A efectos administrativos, está usted asignado a esta unidad. Sus órdenes son que considere este edificio su lugar de operaciones y que se presente en él cada día antes de las 0800 horas. No puede abandonar la zona. La zona es un radio de ocho kilómetros a la redonda de este escritorio. Quedará usted acuartelado en un acomodamiento a elección del ejército.

Reacher no dijo nada.

Morgan añadió:

—¿Alguna pregunta, comandante?

—¿Tengo que llevar uniforme?

—De momento, no.

—Qué alivio.

—Esto no es una broma. Los aspectos negativos de estos dos asuntos son considerables. En lo personal, me refiero. En el peor de los casos, le caería cadena perpetua en Leavenworth, por homicidio. Aunque lo más probable es que le caigan diez años por homicidio imprudente, dado que han pasado dieciséis años. Y lo mejor que le puede pasar tampoco es muy atractivo, dado que tendríamos que centrarnos en el delito original. Yo intentaría enfocarlo hacia conducta indigna, como poco, con un nuevo licenciamiento, esta vez sin honores. Pero es su abogado quien deberá indicarle cómo presentarlo.

—¿Cuándo?

—Ya se le ha notificado la situación al departamento correspondiente.

En aquel viejo edificio no había celdas. No había instalaciones de seguridad. No las había habido nunca. Solo oficinas y despachos. Reacher se quedó allí, en la silla de las visitas que más cerca estaba de la ventana. Morgan no le miraba y no le dijo nada más, lo ignoraba por completo. El centinela seguía montando guardia frente a la puerta. El teniente coronel empezó a teclear en el portátil y a desplazar el ratón por la pantalla. Reacher buscó a Juan Rodriguez en su memoria. Hacía dieciséis años llevaba doce meses en el puesto de comandante de la 110. Eran sus inicios. El apellido Rodriguez sonaba hispano. Había conocido a muchos hispanos, tanto dentro como fuera del ejército. Recordaba haber golpeado a gente, tanto dentro como fuera del ejército, parte de ella hispana, pero nadie que se apellidase Rodriguez. Y si había existido una época en la que Rodriguez le había resultado interesante a la 110, recordaría aquel nombre. Seguro. Sobre todo al principio de su nombramiento, cuando todos los casos le parecían importantes. La 110 era una aventura experimental. Se vigilaba cada uno de sus movimientos. Se evaluaba cada uno de sus resultados. Se sometía a una autopsia cada uno de sus tropiezos.

Preguntó:

—¿Cuál es el supuesto contexto?

Morgan no respondió. Seguía tecleando y moviendo el ratón. Así que Reacher rebuscó en su memoria en busca de una mujer llamada Candice Dayton. También había conocido a muchas mujeres, tanto dentro como fuera del ejército. Candice era un nombre bastante común. Y no es que Dayton fuera un apellido muy raro. Ahora bien, los dos juntos no le decían nada en especial. Ni el diminutivo. Candy. ¿Candy Dayton? ¿Candice Dayton? Nada. Aunque, claro, no lo recordaba todo. Nadie lo recuerda todo.

—¿Tiene algún tipo de conexión Candice Dayton con Juan Rodriguez?

Morgan levantó la mirada como sorprendido, como si acabara de darse cuenta de que tenía visita. Como si se hubiera olvidado de él. No respondió. Se limitó a coger uno de los teléfonos y pedir un coche. Luego, le dijo a Reacher que bajara a recepción, a esperar con la sargento.

A tres kilómetros, un hombre al que solo tres personas en el mundo conocían como Romeo, sacó su móvil y marcó el número del hombre al que solo dos personas en el mundo conocían como Julieta. Cuando lo tuvo al teléfono, dijo:

—Lo ha incorporado a filas. El coronel Morgan acaba de introducir la información en el ordenador.

—¿Y ahora?

—Es muy pronto para saberlo.

—¿Se dará a la fuga?

—Cualquiera en su sano juicio lo haría.

—¿Adónde van a llevarlo?

—Al motel de siempre, espero.

La sargento que estaba en la recepción no dijo nada. Seguía tan muda como antes. Reacher se apoyó en la pared y esperó en silencio. Diez minutos después, un soldado raso entró en el edificio, saludó a Reacher y le pidió que lo acompañara. Formal y educado. «Inocente hasta que se demuestre lo contrario», supuso Reacher, al menos, a ojos de algunos. En el aparcamiento había un sedán viejo del ejército con el motor en marcha. Un joven teniente caminaba de un lado para el otro junto a él, incómodo y avergonzado. Abrió la puerta trasera y Reacher subió al coche. El teniente ocupó el asiento del copiloto y el soldado condujo. Tras kilómetro y medio de camino, llegaron a un motel, un edificio venido a menos, viejo y destartado, situado en un solar sombrío que había junto a la carretera secundaria de tres carriles, de lo más tranquila ahora que había caído la noche. El teniente firmó un papel, el recepcionista del turno de noche le dio una llave a Reacher y el soldado se puso al volante para llevarse al teniente.

Fue entonces cuando llegó el segundo coche, con los dos tipos vestidos con camiseta y pantalones de chándal.

Los pantalones de chándal no tenían bolsillos, ni tampoco las camisetas. Tampoco ninguno de los dos llevaba chapas identificativas. De hecho, no llevaban ningún tipo de identificación. El coche también estaba limpio. En su interior no había nada, excepto el habitual paquete de documentos del ejército, bien ordenado en la guantera. Ni armas, ni objetos personales, ni carteras ocultas, ni pedazos de papel, ni recibos de gasolina. La matrícula era la estándar de los registros gubernamentales. El coche no tenía nada fuera de lo normal, excepto las dos nuevas abolladuras en las puertas.

El tipo de la izquierda bloqueaba la puerta del conductor. Reacher lo arrastró unos dos metros por el asfalto. No opuso resistencia. La vida no es como en las películas. Si le das una buena hostia a alguien en la sien, no se levanta del suelo sin más, listo para seguir peleando. El tipo permanecería tirado en el suelo una hora o más, con náuseas, mareado y desorientado. Era una lección que había aprendido hacía mucho: el cerebro humano es mucho más sensible al desplazamiento lateral que al de retroceso. Una peculiaridad evolutiva, lo más probable, como casi todo.

Abrió la puerta del conductor y subió al coche. Habían apagado el motor, pero la llave seguía en el contacto. Echó el asiento hacia atrás y arrancó. Se quedó un buen rato sin hacer nada más que mirar por el parabrisas. «No podían dar con usted, seguro que puede desaparecer de nuevo. El ejército no contrata rastreadores. Además, ninguno conseguiría encontrarle. No, dada la manera en la que vive».

Ajustó el retrovisor. Pisó el embrague y metió primera. «Yo intentaría enfocarlo hacia conducta indigna, como poco, con un nuevo licenciamiento, esta vez sin honores».

Pisó el acelerador y se alejó de allí.

Condujo en dirección al viejo edificio del cuartel general y aparcó a unos cincuenta metros, en la carretera de tres carriles. En el coche se estaba caliente y mantuvo el motor en marcha para que siguiera siendo así. Examinó con atención el cuartel y no vio actividad alguna. Nadie entraba ni salía. En su época, la 110 trabajaba a contrarreloj, siete días a la semana, y no entendía cuál podía ser la razón para que aquello hubiera cambiado. El soldado raso de la garita ya se habría ido y el oficial del turno de noche ocuparía su puesto. El resto de los oficiales se marcharían en cuanto acabaran su trabajo, fuera cuando fuese. Cualquiera otro día. Pero no aquella noche. No durante un problema o una crisis y, desde luego, no con alguien dedicado a solucionar problemas en la casa. Nadie se marcharía antes que Morgan. Política básica del ejército.

Morgan se marchó una hora después. Reacher lo pudo ver con claridad. Un sedán de

lo más corriente salió de la base, tomó la carretera de tres carriles y pasó por delante de donde estaba él aparcado. A oscuras, Reacher vio solo por un instante al teniente coronel, al volante, con el pijama del ejército y las gafas, con el pelito repeinado y mirando hacia delante, con ambas manos en el volante, como si fuera una abuela cualquiera camino del supermercado. Se quedó mirando el coche por el retrovisor hasta que sus luces traseras desaparecieron tras la colina.

Esperó.

Y, tal y como había supuesto, en el siguiente cuarto de hora hubo un éxodo regular. Salieron cinco coches más, tres de los cuales giraron a la derecha y dos, a la izquierda, cuatro de ellos con un solo ocupante, el otro, con tres. Todos los coches estaban cubiertos por una película de rocío y todos expulsaban un humo blanco y frío por el tubo de escape. Desaparecieron en la distancia, a derecha e izquierda, el humo del tubo de escape se fue disipando y el sitio volvió a quedarse en calma.

Esperó diez minutos más, por si acaso. Pero no sucedió nada. A cincuenta metros, el viejo edificio parecía asentado y en silencio. La guardia nocturna estaba en su propio mundo. Arrancó el motor y rodó poco a poco colina abajo hasta la verja. En la garita había otro centinela. Un joven inexpresivo y estoico. Reacher se detuvo y pulsó el botón para bajar la ventanilla. El chico preguntó:

—¿Señor?

Reacher se identificó y le dijo:

—Vengo a presentarme en mi base, tal y como me han ordenado.

—¿Señor?

—¿Estoy en su lista?

El joven lo comprobó.

—Sí, señor. El comandante Reacher. Pero para mañana por la mañana.

—Me han ordenado que me presentara antes de las 0800 horas.

—Sí, señor, ya lo veo. Pero es que son las 2300 horas, señor. Es de noche.

—Pero eso es antes de las 0800, ¿no? Tal y como me han ordenado.

No hubo respuesta.

—Consúltelo con el coronel Morgan si quiere. Seguro que ya está en su barracón.

No hubo respuesta.

—O consúltelo con el sargento al mando.

—Sí, señor, es mejor que haga eso.

Hizo una llamada y se quedó unos instantes escuchando. Colgó.

—Señor, la sargento le pide que pase por recepción.

—No dude de que lo haré, soldado.

Siguió conduciendo y aparcó cerca del biplaza descapotable de color rojo, que seguía allí, en el mismo sitio que antes. Salió, cerró la puerta del coche y se acercó a la del edificio. La noche era fría. El vestíbulo estaba tranquilo y en silencio. La diferencia entre el día y la noche, literalmente. No obstante, era la misma sargento la que estaba en la recepción. Acabando su trabajo antes de marcharse. Estaba sentada



en un taburete alto, tecleando en el ordenador. Actualizando el registro del día, lo más probable. Mantener al día los registros es muy importante, sobre todo para los militares. Se detuvo y levantó la mirada.

Reacher preguntó:

—¿Va a incluir esta visita en el registro oficial?

—¿Qué visita? Y ya le he dicho al soldado de la puerta que tampoco lo haga.

Ya no se sentía cohibida para hablar. No ahora que el intruso Morgan había abandonado la casa. Parecía joven y, a un tiempo, daba la impresión de estar de lo más preparada, como los sargentos de todo el mundo. La identificación que tenía sobre el pecho derecho decía que se apellidaba Leach.

—Sé quién es usted.

—¿Nos conocemos?

—No, señor, pero usted es famoso aquí. Fue el primer comandante de la unidad.

—¿Sabe por qué he vuelto?

—Sí, señor. Nos lo han contado.

—¿Cuál ha sido la reacción general?

—Ha habido de todo.

—¿Cuál ha sido la suya?

—Estoy segura de que hay una buena explicación. Además, dieciséis años son demasiados años. Lo que convierte el asunto, lo más probable, en un tema político. Y eso, por lo general, suele indicar que es mentira. Y aunque no lo sea, estoy segura de que el tipo se lo merecía. Incluso algo peor.

Reacher no dijo nada.

—He estado a punto de advertirle antes. Lo mejor habría sido que saliera huyendo. Quería avisarle, de verdad, para que saliera de aquí. Pero tenía órdenes expresas de no hacerlo. Lo siento.

—¿Dónde está la comandante Turner?

—Es una historia muy larga.

—Hágame un resumen.

—La enviaron a Afganistán.

—¿Cuándo?

—Ayer a mediodía.

—¿Por qué?

—Tenemos tropas allí. Ha surgido un problema.

—¿Qué tipo de problema?

—No lo sé.

—¿Y?

—No llegó.

—¿Está segura?

—Sin ningún género de duda.

—¿Y dónde está?

—Nadie lo sabe.

—¿Cuándo llegó el coronel Morgan?

—Horas después de que se marchara la comandante Turner.

—¿Cuántas horas?

—Dos, más o menos.

—¿Dio alguna explicación de por qué estaba aquí?

—La conclusión fue que la comandante Turner había sido relevada del mando.

—¿Nada específico?

—Nada específico.

—¿Estaba cagándola la comandante?

Leach no respondió.

—Puede hablar con libertad, sargento.

—No, señor, no la estaba cagando. Estaba haciendo un muy buen trabajo.

—¿Y eso es todo lo que tenemos? ¿Conclusiones y desapariciones?

—Hasta ahora, sí.

—¿No corren rumores?

Los sargentos siempre forman parte del entramado de rumores. Siempre lo han hecho y siempre lo harán. Participan en el mentidero militar. Son como la versión uniformada de la prensa amarilla.

—Algo he oído.

—¿El qué?

—Podría no ser nada.

—¿Pero...?

—Y podría no tener nada que ver.

—¿Pero...?

—Me han contado que en la prisión militar de Fort Dyer tienen un nuevo prisionero.

## 6

Fort Dyer era una base del ejército que estaba muy cerca del Pentágono. La sargento le contó que, ocho años después de que él dejase el ejército, se había llevado a cabo un recorte de gastos que había hecho que el cuerpo de Marines que había cerca de Helsington House tuviera que trasladarse allí. Al complejo ampliado le habían puesto un nombre que, si bien era lógico, también era estúpido: Base Conjunta Dyer-Helsington House. En época de Reacher, tanto Dyer como Helsington House habían sido bases importantes por sí mismas, en las que trabajaban en su mayoría oficiales veteranos y personalidades muy importantes. Por aquella razón, la base de Dyer se parecía más a una tienda de lujo que a un Wal-Mart. Y había oído que el garito de los Marines era todavía mejor. Por lo tanto, era improbable que la nueva versión estuviera por debajo de aquel tótem social. Y lo más probable era que en sus celdas se encerrase a prisioneros de cierto nivel, nada de borrachos pendencieros o rateros de poca monta. Una comandante de la PM con algún problema sería un huésped de lo más corriente allí. Por lo tanto, cabía la posibilidad de que el rumor que había oído la sargento fuese cierto. La prisión de Dyer estaba situada al noroeste del Pentágono. Siguiendo una diagonal que cruzaba el cementerio. A menos de ocho kilómetros del cuartel general de la 110. A mucho menos.

—¿El ejército y los cabezas cuadradas de los Marines en el mismo sitio? ¿Y qué tal les va?

—Los políticos hacen lo que sea por ahorrarse unos dólares —respondió la sargento.

—¿Puede usted avisar de que voy?

—¿Va a ir? ¿Ahora?

—No tengo nada mejor que hacer, de momento.

—¿Tiene vehículo?

—De forma temporal.

Era una noche tranquila, oscura y suburbana, así que tardó menos de diez minutos en llegar a Dyer. Entrar en la Base Conjunta le llevó mucho más tiempo. La fusión había tenido lugar menos de cuatro años después del 11-S. Reacher no sabía en dónde habrían hecho los recortes pero, desde luego, en seguridad no. La entrada principal estaba en la zona sur del complejo y era impresionante. Había dientes de dragón de cemento por todos lados que canalizaban el tráfico por un carril estrecho, bloqueado por tres garitas dispuestas una detrás de la otra. Reacher iba vestido de civil, con ropa un tanto raída, y no tenía identificación militar. De hecho, no tenía ningún tipo de identificación, excepto un pasaporte roto y desgastado que hacía mucho que había expirado. Pero iba en un coche del gobierno, lo que daba una buena primera impresión. Además, los militares tenían ordenadores y les apareció como que estaba

en el servicio activo desde aquella misma tarde. El ejército también tenía sargentos y, con una serie de llamadas, Leach había puesto en marcha la cadena de favores. Dyer tenía un Departamento de Investigación Criminal y, para sorpresa de Reacher, seguía habiendo gente que conocía a gente que conocía a gente que aún recordaba su nombre. Así, cuarenta y cinco minutos después de detenerse frente a la primera barrera ya estaba delante de un capitán de la PM en el primer despacho de la prisión.

El capitán era un tipo serio de tez oscura que tendría unos treinta años. En la placa de su uniforme de combate ponía que se apellidaba Weiss. Parecía honrado y decente, y tener una predisposición bastante amistosa hacia él, por lo que Reacher le dijo:

—Se trata de un asunto personal, capitán. Está muy lejos de ser algo oficial. Y lo más probable es que, en estos momentos, se me considere de lo más tóxico, por lo que le recomiendo que proceda con extrema cautela. No debería incluir usted esta visita en los registros. Y debería negarse a hablar conmigo.

—¿Tóxico en qué sentido?

—Algo que, por lo visto, hice hace dieciséis años ha vuelto para morderme en el culo.

—¿Qué es lo que hizo?

—No lo recuerdo. Aunque no me cabe duda de que alguien me lo recordará dentro de poco.

—En el ordenador solo pone que han vuelto a llamarle a filas.

—Y así es.

—Nunca había oído nada así.

—Yo tampoco.

—No tiene buena pinta. Es como si hubiera alguien que quisiera tenerlo bajo su jurisdicción a toda costa.

Reacher asintió.

—Es lo mismo que pienso yo. Como si quisieran extraditarme de la vida civil. Para afrontar algunas consecuencias. Ha sido un procedimiento de lo más sencillo. Ni siquiera se ha celebrado una vista.

—¿Cree que van en serio?

—De momento, eso parece.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Estoy buscando a la comandante Susan Turner, de la 110 de la PM.

—¿Por qué?

—Como ya le he dicho, es personal.

—¿Tiene que ver con su problema?

—No, de ningún modo.

—Pero usted estuvo en la 110, ¿no es así?

—Muchísimo antes de que la comandante Turner llegara.

—¿Así que no pretende subvertir un testimonio o prepararlo?

—En absoluto. Es un asunto muy diferente.

—¿Son ustedes amigos?

—Tenía la esperanza de que la cosa llegara a algo. O no, dependiendo de la impresión que me dejara cuando la conociera.

—¿No la conoce?

—¿La tienen aquí?

—En una celda. Desde ayer por la tarde.

—¿Cuáles son los cargos?

—Aceptar un soborno.

—¿De quién?

—No lo sé.

—¿Para qué?

—No lo sé.

—¿Un soborno de cuánto?

—Yo soy un simple carcelero. Ya sabe cómo funciona esto. No me cuentan nada con pelos y señales.

—¿Puedo verla?

—El horario de visitas ha acabado.

—¿Cuántos huéspedes tiene esta noche?

—Solo a ella.

—Así que no está muy ocupado. Y esto no va a quedar en los registros, ¿no? Vamos, que nadie va a enterarse.

El capitán Weiss abrió una carpeta verde de tres anillas. Notas, procedimientos, órdenes recientes, algunas de ellas impresas, otras manuscritas.

—Parece que ella le estuviera esperando. Ha hecho llegar una petición mediante su abogado. Lo menciona a usted por el nombre.

—¿Cuál es la petición?

—A decir verdad, se trata más bien de una instrucción.

—¿Y qué dice?

—Que no quiere verle.

Reacher no dijo nada. Weiss miró la carpeta verde de tres anillas y leyó:

—Textual: «Por expresa petición de la acusada y en cualquier circunstancia, se le prohíben los privilegios de visita al comandante Jack Reacher, del Ejército de Estados Unidos de América, retirado, antiguo oficial al mando de la 110 de la PM».

Salir de la Base Conjunta solo fue un poco más sencillo que entrar. En cada una de las tres casetas de guardia comprobaron su identidad y llevaron a cabo un registro del vehículo para asegurarse de que era quien decía ser y de que no había robado nada. Después de pasar la tercera de las barreras, tomó la misma ruta que había seguido el autobús local, pero se detuvo mucho antes y aparcó en la cuneta. La carretera tenía multitud de salidas. Estaba la I-395, que llevaba hacia el suroeste. Estaba la autopista del Monumento a George Washington, que iba hacia el noroeste. Estaba la I-66, que llevaba hacia el oeste. Estaba la parte de la I-395 que iba hacia el este, si querías. Y todas estaban tranquilas y el tráfico en ellas era de lo más fluido. Aquel país era muy grande. Estaba la I-95, que recorría el litoral este de arriba abajo. Y también estaba la Costa Oeste, a cinco días, y el vasto interior, vacío y solitario.

«No podían dar con usted, seguro que puede desaparecer de nuevo».

«Un nuevo licenciamiento, esta vez sin honores».

«Que no quiere verle».

Arrancó y volvió al motel.

Los de la camiseta blanca y ajustada ya no estaban. Era evidente que se habían levantado y se habían ido, probablemente tambaleándose. Dejó el coche en la cuneta, a unos doscientos metros. Dejó la llave puesta y las puertas abiertas. O lo robaban un par de gamberros o volvían los de la camiseta. A él le daba lo mismo.

Se acercó hasta la puerta de su deprimente habitación y la abrió. Había acertado. La ducha era de esas de las que sale poca agua y con poca fuerza, las toallas eran delgadas, la pastilla de jabón pequeña y el champú, de los baratos. Aun así, se duchó como pudo y se acostó. Parecía que el colchón fuera un saco relleno de bolitas de plástico y las sábanas estaban húmedas por la falta de uso. Aun así, se quedó dormido enseguida. Se puso la alarma mental para las siete, respiró, exhaló y se quedó dormido.

Romeo volvió a llamar a Julieta.

—Acaba de intentar ponerse en contacto con Turner en Dyer. Pero no lo ha conseguido, claro está.

—Los nuestros no han debido de poder con él en el motel.

—No hay de qué preocuparse.

—Eso espero.

—Buenas noches.

—Buenas noches, sí.

Reacher no consiguió dormir hasta las siete. Una llamada rápida a la puerta lo despertó a las seis. Sonaba a asunto de trabajo. En absoluto amenazadora. «Toc, toc, toquitoc». Seis de la mañana y ya había alguien la mar de contento. Se levantó, sacó los pantalones de debajo del colchón y se los puso. Hacía frío. Se le condensaba el aliento. La calefacción había estado apagada toda la noche.

Fue hasta la puerta, descalzo por la pegajosa moqueta, y la abrió. Una mano enguantada que a punto estaba de llamar de nuevo se retiró a toda prisa. La mano formaba parte de un brazo, que formaba parte de un cuerpo que iba vestido con el uniforme de clase A del ejército, que llevaba insignias del Cuerpo de JAG por todos lados. Un abogado.

Una abogada.

Según la placa que lucía en la parte derecha de su chaqueta, se apellidaba Sullivan. Vestía el uniforme como si fuera un traje de negocios. Llevaba un maletín en la mano con la que no había llamado a la puerta. No dijo nada. No era especialmente baja, pero su línea de visión quedaba justo a la altura de la vieja cicatriz que la bala del 38 le había dejado en el pecho a Reacher, cicatriz que parecía que mirase con preocupación.

Reacher dijo:

—¿Sí?

Había aparcado su sedán de fabricación nacional, de color verde oscuro, frente a la puerta de la habitación. No había amanecido todavía.

—¿El comandante Reacher?

Reacher calculó que tendría alrededor de treinta y cinco años, era comandante como él, tenía el pelo oscuro y lo llevaba corto, y su mirada no era ni cálida ni fría.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Se supone que soy yo quien va a ayudarle a usted.

—¿Le han asignado mi defensa?

—Por mis pecados.

—¿Para apelar porque me hayan reclutado, por lo de Juan Rodriguez o por lo de Candice Dayton?

—Olvídese de apelar. Le darán cinco minutos frente a un jurado dentro de un mes, más o menos, pero no ganará. Nadie ha ganado jamás.

—Entonces, ¿por lo de Rodriguez o por lo de Dayton?

—Por lo de Rodriguez. Tenemos que ponernos con ello de inmediato.

Pero no se movió. Bajó la mirada y le miró la cadera, donde tenía otra cicatriz que tenía más de un cuarto de siglo de antigüedad, una estrella de mar blanca, grande y fea que le habían cosido con unos puntos mal dados y que estaba partida por la mitad debido a una puñalada, que también era vieja, pero no tanto.

—Lo sé, estéticamente estoy hecho un desastre. Pero pase de todos modos.

—No, prefiero esperarle en el coche. Hablaremos mientras desayunamos.

—¿Dónde?

—Hay una cafetería a dos manzanas de aquí.

—¿Paga usted?

—Lo mío sí, pero no voy a invitarle.

—¿A dos manzanas de aquí? Podría haber traído café.

—Podría, pero no lo he hecho.

—Vaya, va a ser usted de gran ayuda. Deme once minutos.

—¿Once?

—Es lo que tardo en prepararme por la mañana.

—La mayoría de las personas habría dicho diez.

—Será porque son más rápidas que yo o más imprecisas.

Le cerró la puerta en las narices, volvió hasta la cama y se quitó los pantalones. Tenían buen aspecto. Dejarlos debajo del colchón era lo que más se parecía a plancharlos. Fue al cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha. Se limpió los dientes, se puso bajo el débil chorro de agua y se lavó con el poco jabón y el poco champú que quedaban. Se secó —las toallas aún estaban húmedas de la ducha de la noche—, se vistió y salió al aparcamiento. Once minutos justos. Era un animal de costumbres.

La comandante Sullivan le había dado la vuelta al coche. Era un Ford, el mismo modelo que el coche plateado con el que había recorrido Missouri días atrás. Se subió al asiento del copiloto. Ella se sentó erguida, puso primera y salió del aparcamiento, despacio, con cuidado. La falda del uniforme le llegaba por la rodilla. Llevaba medias negras y unos sencillos zapatos negros de cordones.

—¿Cómo se llama?

—Supongo que sabe usted leer.

—Me refiero al nombre de pila.

—¿Qué más da? Usted va a llamarme comandante Sullivan.

La respuesta no tenía un tono de voz ni amistoso, ni hostil. Ni inesperado. La mujer no tenía intención de trabar relación personal alguna. Los abogados defensores del ejército eran diligentes, inteligentes y profesionales, pero no estaban de parte de nadie más que del ejército.

En efecto, la cafetería estaba a dos manzanas, pero a dos manzanas muy largas. Giro a la izquierda, giro a la derecha y, luego, hasta un centro comercial dejado de la mano de Dios que había en el arcén de otra carretera de tres carriles. En el centro comercial había una ferretería, una farmacia de genéricos, una tienda de enmarcación, una armería y un dentista al que se podía acudir sin cita previa. La cafetería estaba aislada al fondo, en su propio solar. Era un edificio de estuco blanco cuya decoración interior le sugirió a Reacher que el dueño debía de ser griego y que habría miles de platos en el menú. Lo que, en su opinión, convertía el sitio en un restaurante, no en una cafetería. Las cafeterías eran lugares austeros, sencillos, básicos y tan implacables como un rifle de asalto.

Se sentaron a una mesa que había en un lateral y una camarera les sirvió café sin



preguntar, lo que hizo que la opinión que Reacher se había formado del establecimiento mejorase un poco. El menú era un libretto plastificado con páginas casi tan grandes como la mesa. Vio tortitas y huevos en la segunda página y no siguió investigando.

—Le recomiendo que llegue a un acuerdo con el fiscal. Él pedirá cinco años, nosotros uno y la cosa se quedará en dos. Podemos hacer eso. Dos años no son para tanto.

—¿Quién era Candice Dayton?

—No es mi caso. De eso le hablará otra persona.

—¿Y quién era Juan Rodriguez?

—Alguien a quien usted golpeó en la cabeza y que murió como consecuencia de las lesiones que le produjo.

—No me acuerdo de él.

—No es lo mejor que puede decir en un caso como este. Hace que parezca que golpea a tantas personas en la cabeza que no puede diferenciar a las unas de las otras. Dará pie a más preguntas. A alguien podrían darle ganas incluso de confeccionar una lista. Y por lo que tengo entendido, sería una lista muy larga. En su época, la 110 era una unidad sin escrúpulos.

—¿Y qué es ahora?

—Puede que haya mejorado algo. Pero sigue estando lejos de ser excepcional.

—¿Es una opinión personal?

—Lo sé por experiencia.

—¿Sabe algo de la situación de Susan Turner?

—Conozco a su abogado.

—¿Y?

—Aceptó un soborno.

—¿Lo saben con seguridad?

—Hay suficientes datos electrónicos como para poner a flote un buque de guerra. Abrió una cuenta en las islas Caimán a las diez de la mañana de antes de ayer y a las once en punto aparecieron en ella cien mil dólares. La arrestaron a las doce, como quien dice, con las manos en la masa. A mí me parece un caso visto para sentencia. Y algo bastante típico en la 110.

—Da la impresión de que, en general, no le guste un pelo mi antigua unidad. Lo que podría suponer un problema. Porque tengo derecho a una defensa competente. Todo ese rollo de la Sexta Enmienda. ¿Cree que usted es la persona adecuada para el puesto?

—Soy la que le han asignado, así que vaya haciéndose a la idea.

—Por lo menos, deberían mostrarme las pruebas que tienen contra mí, ¿no le parece? ¿No dice también algo sobre eso la Sexta Enmienda?

—No hacía usted mucho papeleo hace dieciséis años.

—Pero algo hacíamos.

—Ya. Ya he visto lo que hay. Entre otras cosas, hacía usted resúmenes diarios. Tengo en mi poder uno en el que dice que iba a entrevistarse con el señor Rodríguez. Luego, tengo un documento de las urgencias de un hospital del condado en el que aparece su admisión ese mismo día, más tarde, con una contusión en la cabeza, entre otras heridas.

—¿Y eso es todo? ¿Dónde está la conexión? Podría haberse caído por las escaleras después de que me fuera. Podría haberle atropellado un camión.

—De hecho, es lo que pensaron los médicos de urgencias.

—El caso no se sustenta. De hecho, no hay caso. No recuerdo nada de lo que me cuenta.

—Sin embargo, se acuerda de unas escaleras por las que el señor Rodríguez podría haberse caído después de que se reunieran.

—Especulación. Hipótesis. Lo he dicho por decir. Como lo del camión. No tienen nada.

—Tienen una declaración jurada hecha por el señor Rodríguez un tiempo después. En ella, dice que fue usted quien le atacó.

La comandante Sullivan se acercó el maletín deslizándolo por el asiento de vinilo. Sacó un expediente muy gordo y lo puso sobre la mesa.

—Que disfrute de su lectura.

Cosa que no iba a hacer, claro está. Era el registro largo y sórdido de una investigación larga y sórdida acerca de un delito largo y sórdido. La Operación Escudo del Desierto era la raíz de todo, hacia finales de 1990. Había sido la fase previa a la Operación Tormenta del Desierto, que era, en realidad, la Guerra del Golfo, después de que el iraquí Sadam Husein invadiera a sus vecinos, el Estado independiente de Kuwait. Medio millón de personas del mundo libre se habían reunido durante seis largos meses para patear el culo de Sadam, lo que, al final, se consiguió en un total de unas cien horas. Después, el medio millón de personas había vuelto a casa.

El problema había sido la vuelta. Los ejércitos necesitan de todo. Seis meses para prepararlo, seis meses para volver. Y los preparativos se habían llevado a cabo con mucho más cuidado y atención que la vuelta. La vuelta se había hecho en fases y de forma caótica. Había decenas de nacionalidades implicadas. En resumen, que había desaparecido de todo. Eso resultaba embarazoso. Y los libros de cuentas tenían que cuadrar. Así que parte de lo que había desaparecido se clasificó como «destruido», parte como «dañado» y parte, sencillamente, como «perdido», y de ese modo se cerraron los libros.

Hasta que empezaron a aparecer ciertos objetos en las calles de Estados Unidos.

—¿Ya lo ha recordado? —preguntó Sullivan.

—Sí —respondió Reacher. Lo recordaba muy bien. La 110 se había creado para luchar contra ese tipo de delitos. Los sistemas de defensa portátiles del ejército no acaban en las calles por accidente. Alguien los roba, los desvía y los vende. No se sabe quién, pero se sabe que pertenece a ciertas categorías en concreto. Gente que trabaja en empresas de logística, en su mayoría. La gente que tiene que mover a la semana decenas de miles de toneladas con confusos conocimientos de embarque siempre encuentra la manera de que desaparezcan una o dos toneladas, aquí y allá, para echarse una risas y sacarles un beneficio. O un centenar de toneladas. A la 110 se le había encomendado la tarea de descubrir quiénes, dónde y cómo. La unidad era nueva, tenía que hacerse un nombre y se había esforzado al máximo para conseguirlo. Reacher había invertido cientos de horas en ello, y su equipo había pasado muchas más.

—Sigo sin recordar a ningún Juan Rodríguez.

—Vaya al final del expediente.

Y cuando Reacher lo hizo, descubrió que recordaba pero que muy bien a Juan Rodríguez.

Solo que no como Juan Rodríguez.

La 110 había recibido un chivatazo creíble acerca de un pandillero de South Central, Los Ángeles, conocido en la calle como Perro, que, por lo visto, era el diminutivo de Perrazo, dado que el tío no solo era grande en cuanto a posición, sino también en cuanto a tamaño. La DEA no tenía interés en él porque no estaba implicado en la guerra del narcotráfico, pero el chivatazo decía que, tal y como suele suceder en todos lados con los neutrales, estaba amasando una fortuna con la venta, a un bando y a otro, de armas del mercado negro. El chivatazo decía que era la persona a la que acudir. El chivatazo decía que estaba a punto de descargar once cajas de hierros. Y eso no significaba que estuvieran llenas de clavos, sino de armas de apoyo automáticas: temibles ametralladoras con una capacidad temible y un potencial temible.

Reacher había viajado a South Central y había recorrido calles calurosas y polvorientas haciendo las preguntas adecuadas en los sitios adecuados. Estaba claro que en aquellos ambientes iban a darse cuenta de que era militar, por lo que se había hecho pasar por un soldado descontento interesado en vender material de lo más interesante. Granadas, lanzagranadas, munición perforante en grandes cantidades, pistolas Beretta... Lo normal era que la gente fuera cauta, pero el engaño acabó cuajando. Dos días después se entrevistó con Perrazo que, en efecto, resultó ser muy grande, pero más a lo ancho que a lo alto. Debía de pesar unos ciento ochenta kilos.

La última hoja del archivo era la declaración jurada, con el encabezamiento «Declaración probatoria de Juan Rodriguez, alias Perrazo, alias Perro». El nombre de Reacher salía por doquier, además de la larga lista de lesiones, incluidas una rotura craneal, costillas rotas, daños permanentes en el tejido y contusiones. El propio Rodriguez firmaba al final del documento en presencia de un abogado de Ventura Boulevard, en Studio City, Los Ángeles, y lo había validado un notario que nada tenía que ver con aquello.

—¿Lo recuerda ahora?

—Esta declaración jurada es mentira. No le puse la mano encima.

—¿De verdad?

—¿Por qué iba a hacerlo? No estaba interesado en él. Buscaba a su proveedor, a nadie más. Quería saber a quién le estaba comprando el material. Quería un nombre.

—¿No le importaba que las calles de Los Ángeles se inundaran de ametralladoras automáticas?

—Eso era problema de la policía de la ciudad, no mío.

—¿Le dio el nombre?

—Sí.

—¿Cómo lo consiguió?

—Se lo pregunté y respondió.

—¿Así, sin más?

—Más o menos.

—¿Qué significa eso?

—Se me daba muy bien interrogar. Le hice creer que sabía más de lo que de verdad sabía. No era un tipo muy inteligente. De hecho, me sorprende que llegara a sufrir daños cerebrales. ¿En qué cerebro?

—¿Cómo explica entonces el informe del hospital?

—¿Es que tengo que hacerlo? Las personas como él conocen a todo tipo de mala gente. Puede que le hubiera tocado los huevos a alguien el día anterior. No se puede decir que operara en un entorno muy civilizado.

—¿Esa es su defensa? ¿Decir que lo hizo otro?

—Si hubiera sido yo no habría llegado al hospital. El tipo era una bola de sebo.

—No puedo soltarle al fiscal «No fue él, fue otro». No puedo ir diciendo que nuestra única prueba es que, de haber sido usted, lo habría matado en vez de herirlo de muerte.

—Pues es lo que tiene que hacer.

—Las cosas no funcionan así. Escúcheme, comandante, tiene que tomarse este asunto en serio. Puedo conseguirle un trato, pero tendrá que poner usted algo de su parte. Tendrá que admitirlo y mostrar arrepentimiento.

—No me lo puedo creer.

—Le estoy dando el mejor consejo.

—¿Puedo pedir otro abogado?

—No, no puede.

Acabaron el desayuno sin hablarse. Reacher se habría ido a otra mesa, pero no lo hizo porque le pareció que quedaría en mal lugar. Pagaron cada uno lo suyo y volvieron al coche. La comandante le dijo:

—Tengo que irme. Puede usted volver andando. O coger el autobús.

Se subió al coche y se fue. Reacher se quedó solo en el aparcamiento del restaurante. El autobús de la zona pasaba por la carretera de tres carriles que tenía delante. Había una parada a unos treinta metros a la izquierda. Y dos personas esperando. Dos hombres. Mexicanos, ambos mucho más delgados que Perrazo. Civiles honrados, lo más probable, que trabajarían de jardineros en el cementerio o de porteros en Alexandria o en el mismo D. C.

Había otra parada a cincuenta metros a su derecha. El banco estaba vacío. En esta acera, no en la de enfrente. En dirección al norte, no al sur. En una dirección que lo alejaría, no lo acercaría. A McLean, y a Reston después, quizá. Y, luego, a Leesburg, lo más probable, y puede que llegara hasta Winchester. Y allí le esperarían más autobuses. Autobuses más grandes que cruzarían los Apalaches en dirección a Virginia Occidental, a Ohio, a Indiana. Y más allá. Mucho más allá.

«No podían dar con usted, seguro que puede desaparecer de nuevo».

«Un nuevo licenciamiento, esta vez sin honores».

«Que no quiere verle».

Se quedó esperando. Corría un viento frío. El tráfico era fluido. Coches y camiones. De todas las marcas, de todos los modelos y de todos los colores. Entonces, a lo lejos, a su izquierda, vio un autobús. Se dirigía al norte, no al sur. Se alejaba de allí, no se acercaba. La parada estaba a cincuenta metros a su derecha. Esperó. En realidad, el autobús era una furgoneta grande readaptada. Local, no un largo recorrido. Un servicio municipal con tarifas subvencionadas. Resoplaba y resollaba mientras se acercaba hacia él. Despacio.

Lo dejó pasar. El vehículo siguió su camino sin más.

Volvió a pie al cuartel general de la 110. Tres kilómetros, treinta minutos exactos. Pasó por delante del motel. El coche de la noche anterior, el de las dos abolladuras, ya no estaba en la cuneta. Recuperado o robado.

Llegó al viejo edificio de piedra cinco minutos antes de las ocho, donde le esperaba otro abogado que le explicó quién era Candice Dayton y por qué no estaba contenta.

El centinela que Reacher había conocido la tarde anterior volvía a estar en la garita. La guardia de día. Asintió mientras Reacher pasaba por la verja y este siguió caminando hasta la corta escalinata y la puerta recién pintada. El Humvee seguía en el aparcamiento. También el pequeño biplaza descapotable de color rojo. El coche con las abolladuras en las puertas no estaba allí.

En la recepción había otro sargento. La guardia de noche, que debía de estar terminando. Se trataba de un varón blanco y un tanto más reservado de lo que había acabado siendo la sargento Leach. No es que se mostrara hostil, pero era callado y tenía un aire algo censor, como si fuera una versión ligera de los dos de la camiseta blanca de la noche anterior: «Ha desprestigiado usted la unidad».

—El coronel Morgan ha ordenado que se presente en el despacho 207 de inmediato.

—De inmediato ¿qué?

—De inmediato, señor.

—Gracias, sargento.

El 207 estaba en el piso de arriba, el cuarto a la izquierda, junto al que había sido su propio despacho. O el de Susan Turner. O el de Morgan ahora. En su día, el 207 había sido el despacho de Karla Dixon, la exprimidora de números. Su especialista en contabilidad. La mujer había descubierto un montón de asuntos turbios. El 99 % de las veces, los delitos tienen que ver con el amor, el odio o el dinero y, a diferencia de lo que se cuenta en la Biblia, el dinero es la razón por lo que más se cometen. Dixon valía su modesto peso en oro y Reacher tenía muy buenos recuerdos de aquel despacho.

Subió las escaleras, recorrió el pasillo y pasó frente a su antiguo despacho. En la pared seguía estando la misma plaquita: COM. S. R. TURNER, OFICIAL AL MANDO. Oyó en su cabeza la voz del capitán Weiss y de la comandante Sullivan: «Aceptó un soborno». Puede que hubiera una explicación de lo más inocente. Puede que hubiera muerto un tío lejano y le hubiera dejado las acciones de una mina de uranio. Puede que fuera una mina extranjera, de ahí que se hubiera hecho el ingreso en un paraíso fiscal. En Australia, quizá. En Australia había uranio. Y oro, y carbón, y mineral de hierro. O en algún punto de África. Le gustaría que Karla Dixon estuviera allí. Habría analizado los números y descubierto la verdad en un santiamén.

No llamó a la puerta del 207. No había razón para hacerlo. Aparte de Morgan, debía de ser el oficial de mayor graduación del edificio. Y la graduación es la graduación, incluso en circunstancias tan peculiares como las suyas. Así que entró sin más.

Estaba vacío. Y ya no era un despacho. Lo habían convertido en una especie de sala de conferencias. No había escritorio, sino una gran mesa redonda con seis sillas.

En el centro de esta había un aparato con forma de araña negra, probablemente un manos libres para conversaciones en grupo con gente que estuviera lejos de allí. En una de las paredes había un aparador, seguramente para el café y los bocadillos que fueran a servirse durante la reunión. La luz seguía teniendo la misma tulipa redonda de cristal. La bombilla era de esas que ahorran energía y ya estaba encendida, dando una luz débil y paliducha.

Se acercó a la ventana y miró por ella. No había gran cosa que ver. En aquel lado del edificio no había aparcamiento, tan solo un gran contenedor de basura y una pila desordenada de muebles, sillas de escritorio y archivadores. Daba la impresión de que el tapizado de las sillas estuviera hinchado por efecto de la humedad, y los archivadores estaban oxidados. Un poco más allá, estaba el muro y, luego, había una vista decente de la zona este, del cementerio y del río. A lo lejos se veía el Monumento a Washington, del mismo color que la niebla. Detrás brillaba un sol débil, aún bajo.

Alguien abrió la puerta y Reacher se dio la vuelta, esperando ver a Morgan. Pero no era él. Un nuevo *déjà vu*. Un pulcro uniforme de clase A del ejército, con insignias del Cuerpo de JAG. Una abogada. Su placa identificativa decía que se apellidaba Edmonds. Se parecía un poco a la comandante Sullivan. Morena, delgada, muy profesional, con falda, medias y zapatos sencillos. Pero era más joven que ella. Y tenía menor graduación. Solo era capitana. Su maletín no era tan caro.

—¿Comandante Reacher?

—Buenos días, capitana.

—Me llamo Tracy Edmonds. Trabajo con el MRH.

Eran las siglas de Mando de Recursos Humanos que, en aquella época en la que a las cosas se las llamaba por su nombre, no era más que el Mando de Personal. Aquello hizo que Reacher pensara que había venido para ayudarle con el papeleo. Pagos, detalles bancarios... el lote completo. Pero de inmediato se dio cuenta de que no iban a enviar a una abogada para eso. Cualquier administrativo de la compañía podía encargarse de ello a las mil maravillas. Así que lo más probable era que hubiera venido por lo de Candice Dayton. Era una oficial de menor graduación, le había dado el nombre de pila sin que se lo preguntara y tenía una expresión agradable en el rostro —amistosa y de preocupación—, lo que quizá significara que lo de Candice Dayton no era tan serio como lo de Perrazo.

—¿Tiene algún detalle acerca de la situación de Susan Turner? —preguntó Reacher.

—¿De quién?

—Acaba de pasar usted por delante de su despacho.

—Solo sé lo que he oído por ahí.

—¿Y qué ha oído?

—Que aceptó un soborno.

—¿A cambio de qué?



—Creo que eso es confidencial.

—Es imposible. La han detenido antes del juicio. Por tanto, tiene que haber una causa probable en su informe. ¿O es que el ejército ha dejado a un lado la jurisprudencia civilizada mientras he estado fuera?

—Se dice que se tomó un día libre para poner en claro información importante. Nadie entendió por qué. Ahora sí.

—¿Qué información?

—Arrestó a un capitán de infantería de Fort Hood. Un presunto caso de espionaje. El capitán confesó el nombre de su contacto civil, un extranjero. La comandante Turner no hizo nada con esa información durante veinticuatro horas y el contacto aprovechó el momento para escapar.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Hace unas cuatro semanas.

—Pero no la arrestaron hasta antes de ayer.

—Fue cuando el contacto extranjero hizo el pago. Era la prueba que habían estado esperando. Sin él, el retraso podría haberse explicado como incompetencia, pero no como delito.

—¿Han recurrido la prisión preventiva?

—Creo que no.

—¿Quién es su abogado?

—El coronel Moorcroft. De Charlottesville.

—¿Se refiere a la academia del JAG?

Edmonds asintió.

—Da clases de defensa criminal.

—¿Y viene todos los días desde allí?

—No, creo que está alojado en los BIO de Dyer.

Las siglas de Barracones de Invitados para Oficiales, de Fort Dyer. O, ahora, Base Conjunta Dyer-Helsington House. No es que fuera el Ritz, pero tampoco estaba tan lejos de serlo. Y, sin duda, era mucho mejor que un motel de mala muerte en una carretera de tres carriles, a kilómetro y medio de Rock Creek.

Edmonds sacó una silla para Reacher y otra para ella, y se sentaron a la mesa de conferencias.

—Candice Dayton —dijo.

Reacher también se sentó.

—No sé quién es. O era.

—Comandante, me temo que negarlo no es lo más inteligente. Nunca sale bien.

—No puedo decir que recuerdo a alguien a quien no recuerdo.

—Da mala impresión. Refuerza el estereotipo negativo. Y, al final, eso se volverá contra usted.

—¿Quién era?

La capitana Edmonds puso el maletín sobre la mesa y lo abrió. Sacó un archivo.

—Lo destacaron a usted en Corea en varias ocasiones, ¿es así?

—En muchas ocasiones.

—Incluida una en la que cooperó durante un breve periodo de tiempo con la 55 de la PM.

—Si usted lo dice...

—Sí, lo digo. Lo pone aquí, en las fotocopias. Fue cerca del final de su carrera. Fue casi lo último que hizo. Estaba usted en el Campamento Militar Red Cloud, que se encuentra entre Seúl y la zona desmilitarizada.

—Sí, sé dónde se encuentra.

—Candice Dayton era una ciudadana estadounidense que, en aquella época, estaba residiendo temporalmente en Seúl.

—¿Una civil?

—Sí. ¿La recuerda ya?

—No.

—Tuvieron una aventura.

—¿Quiénes?

—La señora Dayton y usted, naturalmente.

—No me acuerdo de ella.

—¿Está usted casado?

—No.

—¿Lo ha estado alguna vez?

—No.

—¿Ha tenido muchas aventuras sexuales en su vida?

—Esa es una pregunta muy personal.

—Soy su abogada. ¿Las ha tenido?

—Por lo general, tantas como me ha sido posible. Me gustan las mujeres. Supongo que es biológico.

—En ese caso, ¿podría haber alguna que no recordase?

—Algunas de ellas intento olvidarlas.

—¿Incluye en esa categoría a la señora Dayton?

—No. Que estuviera intentando olvidarla implicaría que recuerdo de quién se trata, ¿no es así? Y no la recuerdo.

—¿Hay otras relaciones que no recuerde?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—¿Ve? A esto me refiero con reforzar el estereotipo. No le ayudará en el juicio.

—¿Qué juicio?

—Candice Dayton se fue de Seúl poco después de que se marchara usted y volvió a su casa de Los Ángeles, que es de donde era. Se alegraba de volver. Encontró trabajo y le fue bien durante unos cuantos años. Tuvo una hija bastante pronto, que salió adelante y a quien le iba bien en el colegio. La ascendieron en el trabajo y se compró una casa más grande. Todo cosas buenas. Pero, entonces, la economía

empezó a ir de mal en peor y la mujer perdió el trabajo primero y la casa después. En estos momentos, vive con su hija en un coche y busca ayuda económica donde puede.

—¿Y qué?

—Se quedó embarazada en Corea, comandante. Su hija también es hija suya.

La capitana Edmonds fue pasando las páginas del expediente, una a una, con delicadeza.

—La política del ejército es no tomar acciones proactivas. No enviamos pelotones de búsqueda. Tan solo tomamos nota del nombre del padre. Por lo general no sucede nada. Pero si el padre llega a nosotros, como ha hecho usted, entonces nos vemos obligados a actuar. Así que vamos a tener que proporcionarles a los juzgados de Los Ángeles su estado y situación actuales.

Encontró la página que estaba buscando. La sacó de entre todas las demás. La deslizó por la mesa de conferencias.

—Como es evidente, ya que soy su abogada, le recomiendo encarecidamente que se someta a una prueba de paternidad. Tendrá que pagarla, pero no sería inteligente proceder hasta los acuerdos finales sin ella.

Reacher cogió la hoja de papel. Era una fotocopia recién hecha de una declaración jurada. Como la de Perrazo. Firmas, abogados, sellos y estampillas, todo ello llevado a cabo, por lo visto, en un bufete de abogados de North Hollywood. Su nombre estaba por todos lados. Había fechas de su despliegue con la 55. Estaban registrados días, horas y actividades sociales. Al parecer, Candice Dayton debía de llevar un diario de lo más exhaustivo. Estaba anotada la fecha del nacimiento de la niña. Nueve meses exactos contando a partir de la primera mitad que había pasado en Red Cloud. Se llamaba Samantha. Seguramente Sam, para abreviar. Tenía catorce años, casi quince.

Edmonds deslizó una segunda hoja por la mesa. Era una fotocopia recién hecha de un certificado de nacimiento.

—No le puso su apellido. Supongo que, en un primer momento, no le pareció mal salir adelante sin usted. La cuestión es que ahora corren tiempos difíciles.

Reacher no dijo nada.

—Como es evidente, desconozco cuál es su situación económica actual, pero se enfrenta usted a algo más de tres años de retraso en la pensión alimenticia. Además del colegio, lo más probable. Yo diría que el juzgado se pondrá en contacto con usted en cosa de un mes y que podrá resolverlo con él.

—No me acuerdo de ella.

—Será mejor que no repita eso muy a menudo. Frases así son, por naturaleza, conflictivas y debería usted evitar que el resentimiento de la señora Dayton aumentara, si puede. De hecho, sería inteligente que se pusiera en contacto con ella de antemano. Cuanto antes. Para demostrar buena voluntad.

Edmonds recogió la fotocopia de la declaración jurada y también la del certificado de nacimiento. Volvió a meterlas en el expediente, cada una en su sitio. Guardó la carpeta en el maletín y lo cerró.

—Como bien sabe, comandante, el Código Unificado de la Justicia Militar aún

considera el adulterio un delito. En especial, en el caso de quienes tienen acceso a información confidencial; dado que, en general, el riesgo de comprometer la seguridad se considera significativo. Y, sobre todo, si hay involucrado un civil. Pero creo que si tiene usted un comportamiento razonable con la señora Dayton, podrá conseguir que el fiscal se olvide de ese aspecto. En especial, si se pone en contacto con ella y le hace una oferta. Como ya le he dicho. Ahora mismo, quizá. Creo que eso sería muy bien recibido. Por el fiscal, me refiero.

Reacher no dijo nada.

—Al fin y al cabo, sucedió hace mucho tiempo. Y, por lo visto, la seguridad nacional no ha sufrido ningún daño. A menos que lo de su otro caso interfiera. Me refiero a lo del señor Rodríguez. Puede que quieran atizarle con todo lo que encuentren, en cuyo caso, yo no seré capaz de ayudarle.

Reacher no dijo nada.

La abogada se levantó.

—Nos mantendremos en contacto, comandante. Avíseme si necesita algo.

Salió del despacho, cerró la puerta y Reacher oyó cómo se alejaba su taconeo sobre el linóleo del pasillo. Hasta que no oyó nada más.

La paternidad era una de las experiencias masculinas más comunes de la historia de la humanidad. Sin embargo, a Reacher siempre le había parecido improbable que llegara a vivirla. Pura teoría. Como ganar el premio Nobel, jugar en las Series Mundiales de béisbol o saber cantar. Era posible, pero en su caso, de lo más improbable. Un destino alcanzable para muchos, pero no para él. Había conocido padres, empezando por el suyo y por sus abuelos, los padres de sus amigos de la infancia y, más tarde, a alguno de sus propios amigos, pues se casaban y formaban familias. Ser padre le parecía, al mismo tiempo, la mar de sencillo y tremendamente complejo. Bastante fácil si no te metías en harina. Pero si te metías, en cambio, era tan inabarcable que resultaba estúpido preocuparse al respecto. Le parecía que, en general, era algo que había que llevar día a día. Esperar que saliera lo mejor posible e ir dando un pasito detrás del otro. Siempre le había parecido que su padre sabía lo que se hacía en todo momento. Ahora, mirando atrás, estaba claro que iba poniendo parches según la cosa avanzaba.

«Samantha Dayton».

«Sam».

«Catorce años».

Reacher no tenía más tiempo para pensar en ella. No en aquel momento. Porque se abrió la puerta y entró Morgan, vestido con uniforme de combate y gafas, repeinado, tiquismiquis y cuadriculado.

—No se le va a necesitar más a lo largo del día, comandante. Esté aquí mañana antes de las 0800.

El aburrimiento como castigo. No le daban nada que hacer a lo largo del día. No era la táctica habitual. Reacher no respondió. Se quedó sentado, observando la distancia. Los malos modos o las insubordinaciones menores no iban a empeorar su situación. No llegados a aquel punto. Morgan se quedó allí, de pie, sin decir nada, sujetando la puerta, por lo que, al rato, Reacher tuvo que levantarse y salir del despacho. Recorrió el pasillo despacio hasta que oyó que Morgan se metía en su oficina.

Entonces, se detuvo y dio media vuelta.

Se dirigió al final del pasillo, hasta donde estaba el último despacho. El 209. El de Calvin Franz, que había estado allí desde el principio. Un buen amigo, pero había muerto. Abrió la puerta y asomó la cabeza. Se encontró con dos hombres a quienes no conocía. Suboficiales, pero no los mismos de la noche anterior en el motel. No, no eran los de la camiseta. Estaban sentados de espaldas el uno al otro, en diferentes escritorios, enfrascados en su ordenador. Levantaron la mirada.

—Sigan —dijo Reacher.

Salió y probó en la puerta de enfrente. El despacho 210. Donde, en su día, había trabajado David O'Donnell. Por lo que él sabía, O'Donnell seguía vivo. Había oído que era detective privado en D. C. No muy lejos de allí. Asomó la cabeza y vio a una mujer en un escritorio. Iba vestida con uniforme de combate. Era teniente. Levantó la mirada.

—Disculpe.

El despacho 208 había sido el de Tony Swan. Otro buen amigo, que también había muerto. Abrió la puerta y comprobó si había alguien dentro. Estaba vacío, pero era el despacho de una mujer. De una sola. En el alféizar había un gorro femenino de oficial y un reloj de muñeca con el cierre abierto y bocabajo sobre el escritorio.

El 207 ya lo había visto. En su época habían sido los dominios de Karla Dixon. Ahora no lo eran de nadie. La sala de conferencias. Por lo que él sabía, Dixon seguía con vida. En Nueva York, por lo que le habían contado la última vez. Se dedicaba a la contabilidad forense, lo que significaba que siempre estaba muy atareada.

El 206 había sido el despacho de Frances Neagley. Estaba justo enfrente del suyo porque ella era la que se encargaba de hacer la mayor parte de su trabajo. Había sido la mejor sargento que había tenido jamás. Seguía viva y prosperando, creía, en Chicago. Asomó la cabeza por la puerta y vio al teniente que le había dejado en el motel la noche anterior. En el primer coche, conducido por un soldado raso. Estaba sentado al escritorio, hablando por teléfono. Levantó la mirada. Reacher negó con la cabeza y salió del despacho.

El 204 lo había ocupado Stan Lowrey. Un tipo duro y un buen investigador. Se había ido pronto. Había sido el más listo de todos y había conseguido marcharse indemne. Se había mudado a Montana para cuidar de sus ovejas y hacer mantequilla.

Nadie sabía por qué. Era el único negro que había en miles de kilómetros a la redonda y no tenía ni idea de la vida de granja. Pero la gente decía que había sido feliz. Un camión se lo llevó por delante. La oficina la ocupaba un capitán con uniforme de clase A. Un hombre bajito que iba a testificar. No podía haber otra razón para que vistiera tan elegante.

—Disculpe —dijo Reacher y salió.

El despacho 203 había sido donde guardaban las pruebas, y seguía siéndolo. El 201, un archivador, y seguía siéndolo. El 202 había sido la oficina del administrativo de la unidad, y seguía siéndolo. El tipo estaba allí, un sargento, bastante mayor y canoso, renunciando año tras año, lo más probable, a la jubilación anticipada. Reacher le saludó, salió del despacho y bajó las escaleras.

En la recepción, al sargento con cara de amargado del turno de noche lo había reemplazado la sargento Leach. Tras ella, el pasillo que daba a las oficinas de la primera planta, de la 101 a la 110. Reacher las comprobó todas. La 109 y la 110 habían sido las de Jorge Sanchez y Manuel Orozco y estaban ocupadas en ese momento por militares similares de una nueva generación. En los despachos del 101 al 108 había personas que no le suscitaron ningún interés, excepto en el 103, que era el puesto del oficial de guardia. Allí encontró un capitán. Era un joven atractivo cerca de cumplir los treinta. Su escritorio era el doble de grande que los demás y estaba lleno de teléfonos, blocs de notas, mensajes y una libreta de papel amarillo rayado con las páginas usadas dobladas de cualquier manera, como si se tratara de un cardado de los años cincuenta. La página por la que estaba abierta la libreta estaba llena de furiosos garabatos negros: cajas sombreadas, círculos y laberintos en espiral de los que nadie podría escapar. Era evidente que pasaba mucho tiempo al teléfono, parte de él a la espera, parte de él escuchando, la mayor parte de él aburrido. En cuanto abrió la boca, Reacher reconoció un acento del sur que ya había escuchado. Había hablado con él desde Dakota del Sur en más de una ocasión. Era él quien le pasaba con Susan Turner.

—¿Hay más personal desplegado en la zona?

Negó con la cabeza.

—Esto es todo. Lo que ve es lo que hay. Tenemos personal por todo el país y fuera de él, pero no hay nadie más en este distrito militar.

—¿Cuántos hay en Afganistán?

—Dos.

—¿Y qué están haciendo?

—No puedo darle esos detalles.

—¿Labores arriesgadas?

—¿Acaso las hay de otro tipo en Afganistán?

Notó algo en su tono de voz.

—¿Y están bien? —quiso saber Reacher.

—Ayer no llevaron a cabo la verificación por radio.

—¿Es inusual?

—Nunca había sucedido.

—¿Sabe cuál es su misión?

—No puedo decírselo.

—No le estoy pidiendo que me lo diga, solo le he preguntado si lo sabe. En otras palabras, ¿qué nivel de clasificación tiene?

Tardó un rato antes de responder.

—No, no sé cuál es su misión. Lo único que sé es que están en el quinto pino y que no sabemos nada de ellos.

—Gracias, capitán.

Volvió a la recepción y le pidió un coche de empresa a la sargento Leach. La mujer dudó, por lo que le explicó:

—Me han dicho que no se me va a necesitar en todo el día. El coronel Morgan no ha dicho que me tenga que quedar sentado en un rincón. Una omisión, lo más probable, pero estoy capacitado para interpretar mis órdenes de la mejor manera posible.

—¿Y adónde quiere ir?

—A Fort Dyer. Quiero hablar con el coronel Moorcroft.

—¿El abogado de la comandante Turner?

Reacher asintió.

—Y, desde luego, Dyer está a menos de ocho kilómetros de aquí. No estará siendo cómplice de ningún delito grave.

La sargento Leach meditó un instante, tras lo cual abrió un cajón y sacó una llave mugrienta.

—Es un Chevy viejo de color azul. Necesito que esté de vuelta antes de que acabe el día. No puedo dejar que se lo quede por la noche.

—¿De quién es el deportivo rojo que hay fuera?

—Es el coche de la comandante Turner.

—¿Conoce a los dos que están en Afganistán?

Asintió.

—Son amigos míos.

—¿Son buenos?

—Los mejores.



En el aparcamiento del cuartel general había tres sedanes de la marca Chevrolet, dos de los cuales eran viejos, aunque solo uno de ellos era, además, de color azul. Estaba sucio, destartado y tenía abolladuras y todos los kilómetros del mundo. Pero arrancó bien y no se paraba cuando lo dejabas al ralentí. Lo que resultó imprescindible, porque el tráfico diurno era muy lento. Muchas luces, muchas colas, muchos carriles embotellados. Pero entrar en Dyer fue más rápido que la primera vez. Los centinelas de la entrada fueron relativamente amables. Supuso que la sargento Leach había vuelto a llamar para avisar. Eso significaba que la mujer se estaba convirtiendo en un aliado menor. Y le alegró. Tener un sargento de tu parte hacía que el mundo girase con suavidad y todo fuera más fácil. Mientras que si lo tenías en contra podía hacerte pasar un calvario.

Aparcó y entró en el edificio, donde el ritmo volvió a reducirse. La recepcionista llamó a todos lados, pero fue incapaz de encontrar a Moorcroft. Ni en los BIO, ni en las oficinas legales, ni en la prisión o las celdas. Lo que solo dejaba un sitio en el que buscar. Reacher se internó por el complejo hasta que vio un cartel con una flecha en el que ponía: CLUB DE OFICIALES. Era tarde para desayunar, pero los desayunos tardíos son el hábitat natural de los oficiales de alta graduación que suelen estar en segundo plano. En especial, los oficiales de alta graduación que suelen estar en segundo plano y que, además, son los típicos listillos académicos que están de visita.

El comedor del club de oficiales era un sitio agradable y poco estimulante, con el techo bajo, largo y amplio, renovado hacía poco, posiblemente por la misma persona que diseñaba los comedores de las cadenas hoteleras de medio pelo. Gran cantidad de madera clara y tela de un tono verde ni claro ni oscuro. Muchos divisores entre mesas y, por tanto, muchas zonas separadas en las que sentarse. El suelo estaba enmoquetado. Las ventanas tenían persianas venecianas, abiertas más o menos por la mitad. Recordó un chiste que le gustaba contar a su antiguo colega Manuel Orozco: «¿Cómo se hace una persiana veneciana? Pues, primero hundes una góndola...», seguido de: «¿Y cómo se hace un brazo de gitano? Pues cortándoselo a uno y rellenándolo con nata». Momento en el que David O'Donnell empezaba a explicar que los brazos de gitano no tienen nada que ver con los gitanos, sino que los trajeron de Egipto. En la Edad Media. Era como la tarta Victoria, pero montada de manera diferente. O'Donnell era tan pedante que, a su lado, Reacher parecía normal.

Siguió adelante. La mayor parte de las zonas para sentarse estaban vacías, pero Moorcroft se encontraba en una de ellas. Era un hombre bajito y rechoncho de mediana edad con expresión amistosa, vestido con uniforme de clase A, con el apellido en grande sobre el bolsillo del pecho derecho. Estaba comiendo una tostada en una mesa aislada para cuatro.

Frente a él estaba sentada la comandante Sullivan, la abogada que le habían

asignado para el caso de Perrazo. Ella no estaba desayunando. Ya lo había hecho, con él, en el restaurante griego. Tenía una taza de café en las manos, nada más, y hablaba y escuchaba de manera la mar de deferente, tal y como suelen conversar los comandantes con los coroneles, o los estudiantes con sus profesores.

Reacher se entrometió en la zona íntima, cogió una silla y se sentó a la mesa entre ambos.

—¿Les importa que me siente?

—¿Quién es usted?

—Es el comandante Reacher —respondió ella—. Mi cliente. La persona de la que le hablaba.

Su tono era de lo más neutro.

—Si tienen ustedes temas que tratar, estoy seguro de que la comandante Sullivan no tiene inconveniente en citarse con usted en un momento más adecuado.

—Es con usted con quien quiero hablar.

—¿Conmigo? ¿De qué?

—De Susan Turner.

—¿Acaso tiene algún interés?

—¿Por qué no ha recurrido su prisión preventiva?

—Antes de hablar de los detalles, tiene que explicarme cuál es su interés legítimo en ella.

—Cualquier ciudadano tiene interés legítimo en que se aplique la ley como es debido en los procesos contra otros ciudadanos.

—¿Es que considera que mi manera de actuar hasta el momento ha sido incorrecta?

—Creo que eso podré determinarlo mejor después de que haya respondido a mi pregunta.

—La comandante Turner se enfrenta a unos cargos muy serios.

—Pero se supone que la prisión preventiva no ha de ser punitiva. Se supone que no ha de ser más rigurosa de lo que sea necesario para asegurar la presencia de la acusada en el juicio. Eso es lo que dice la regulación.

—¿Es usted abogado? No me suena su nombre.

—Era PM. De hecho, lo soy, supongo. Vuelvo a serlo. Por tanto, sé mucho sobre leyes.

—¿De verdad? ¿Igual que un fontanero entiende de mecánica de fluidos y de termodinámica?

—No hace falta que se haga el listo, coronel. Tampoco es neurocirugía.

—Ah, bien, pues ilústreme.

—La situación de la comandante Turner no justifica la prisión preventiva. Es una oficial en activo del ejército estadounidense. No va a salir huyendo.

—¿Es una garantía personal?

—Casi. Es la comandante de la 110 de la PM. Como lo fui yo. Yo no habría

huido. Y tampoco lo hará ella.

—Entienda que en este caso hay tintes de traición.

—En este caso puede, pero no en el mundo real. Nadie está hablando de traición. O no la habrían traído a Dyer. Ya estaría en el Caribe.

—Sea como fuere, no es una multa por exceso de velocidad.

—No va a huir.

—Se lo pregunto de nuevo: ¿es una garantía personal?

—Es una aseveración calculada.

—¿La conoce siquiera?

—Apenas.

—Pues ocúpese de sus asuntos, comandante.

—¿Por qué ella le dio instrucciones para que me impidieran visitarla?

—Técnicamente, no lo hizo. Esa orden la pasó el abogado de oficio. En un momento indeterminado de la última hora de la tarde. Por tanto, la restricción ya estaba impuesta antes de que yo me hiciera cargo del caso, lo que sucedió a la mañana siguiente. Ayer.

—Me gustaría que le pidiera que lo reconsiderase.

El coronel Moorcroft no respondió y la comandante Sullivan se dirigió a Reacher.

—La capitana Edmonds me ha dicho que se ha reunido con usted. Por lo del asunto de Candice Dayton. Me ha contado que le ha aconsejado que dé el primer paso. ¿Lo ha hecho ya?

—Ya me pondré con eso.

—Debería ser su prioridad. En los casos como ese, los matices cuentan.

—Ya me pondré con eso.

—Estamos hablando de su hija. Vive en un coche. Es más importante que la preocupación teórica por los derechos humanos de la comandante Turner.

—La muchacha tiene casi quince años y vive en Los Ángeles. No me cabe duda de que no es la primera vez que duerme en un coche. Y, si de verdad es mi hija, no le va a pasar nada por seguir viviendo en un coche un par de días más.

El coronel Moorcroft dijo:

—Creo que lo que la comandante Sullivan y la capitana Edmonds quieren hacerle ver es que quizá no tenga uno o dos días más. Dependiendo de lo que decidan hacer los fiscales con lo del caso de Rodríguez, claro está. Supongo que se están frotando las manos, porque no podrían tener el tema más de cara: pruebas claras y un enfoque desastroso.

—Lo de las pruebas claras es una gilipollez así de grande.

El hombre sonrió con aire experimentado e indulgente.

—No es el primer defendido al que le oigo decir eso, ¿sabe?

—El tipo está muerto, pero se supone que he de defenderme de los cargos que me achaca en un papel. ¿Es eso legal siquiera?

—Es una desafortunada anomalía. La declaración jurada es anterior a que el

hombre muriera. Así son las cosas. No se le puede interrogar de nuevo.

Reacher miró a la comandante Sullivan. Al fin y al cabo, era su abogada. Ella dijo:

—El coronel tiene razón. Ya se lo he dicho, puedo conseguirle un trato. Debería aceptarlo.

Tras eso, ella se marchó. Acabó el café de un trago, se levantó, se despidió y se marchó. Reacher observó cómo se iba y volvió a dirigirse al coronel:

—¿Va a apelar la prisión preventiva de la comandante Turner?

—Sí, lo cierto es que voy a hacerlo. Voy a pedir que la confinen en el distrito militar de D. C., y espero conseguirlo. No tardará en estar fuera.

—¿Cuándo va a hacerlo?

—Me pondré con el papeleo en cuanto acabe de desayunar, si me deja.

—¿Cuándo tomará una decisión?

—Yo diría que hacia mediodía.

—Me parece bien.

—Le parezca bien o mal, comandante, no es asunto suyo.

El coronel Moorcroft estuvo comiendo miguitas del plato durante un minuto. A continuación, se puso de pie y dijo:

—Que tenga un buen día, comandante.

Salió del club de oficiales andando despacio. Caminaba como un pato. Mucho más académico que militar. Pero no era un mal tipo. Daba la impresión de que tuviera buenas intenciones.

«Samantha Dayton».

«Sam».

«Catorce años».

«Ya me pondré con eso».

Reacher recorrió el complejo en dirección norte hasta llegar a la prisión, donde, en aquella ocasión, había otro capitán. No era Weiss, el de la noche anterior. El del turno de día era un negro con nariz aguileña que mediría dos metros diez, aunque estaba delgado como un lápiz, y se sentaba como podía en una silla que era demasiado pequeña para él. Le dijo que quería visitar a Susan Turner y el soldado consultó la carpeta verde de tres anillas, tras lo que le denegó el paso.

El que no arriesga no gana.

Reacher volvió donde había aparcado el viejo Chevy de color azul, lo condujo hasta el cuartel general de la 110 y lo aparcó en la misma plaza en la que lo había cogido. Entró en el edificio para devolverle la llave a la sargento Leach. Otra vez estaba agitada. Nerviosa, estresada, tensa. No es que fuera terrible, pero sí visible.

—¿Qué le sucede? —preguntó Reacher.

—El coronel Morgan no está.

—Lo dice como si fuera algo malo.

—Le necesitamos.

—Pues no sé para qué.

—Es el oficial al mando.

—No, el oficial al mando es la comandante Turner.

—Y tampoco está.

—¿Qué sucede?

—Los dos soldados que tenemos en Afganistán tampoco han realizado la siguiente verificación por radio. Han pasado cuarenta y ocho horas desde la última vez que supimos algo de ellos, por lo que hay que hacer algo. Pero Morgan no está.

Reacher asintió.

—Es posible que le estén metiendo otro atizador. Por el culo. Lo más probable es que se trate de un procedimiento largo.

Y luego tiró por el pasillo, hasta el despacho 103. El del capitán de servicio. Seguía allí, detrás de su enorme escritorio; guapo, sureño y preocupado. Sus garabatos eran más deprimentes que antes.

—¿Morgan no le ha dicho adónde iba?

—Al Pentágono. Para una reunión.

—¿No ha dicho nada más?

—No ha dado detalles.

—¿Le ha llamado allí?

—Por supuesto. Pero es un sitio gigantesco. No consiguen dar con él.

—¿No lleva móvil?

—Apagado.

—¿Hace cuánto que se ha ido?

—Casi una hora.

—¿Qué tiene pensado pedirle?

—Que me autorice la petición de un grupo de búsqueda, claro está. Cada minuto es crucial. Y tenemos a mucha gente allí. La 1.<sup>a</sup> División de Infantería. Las Fuerzas Especiales. Helicópteros, drones, satélites, todo tipo de vigilancia aérea.

—Pero no sabe usted dónde están los suyos ni qué se supone que están haciendo. Asintió y señaló el piso de arriba con el pulgar.

—La misión está en el ordenador de la comandante Turner. Que, ahora, es el ordenador del coronel Morgan. Y está protegido con contraseña.

—¿Pasan todas estas verificaciones por la base aérea de Bagram?

Asintió de nuevo.

—La mayoría de ellas son para proporcionar datos rutinarios. Bagram nos envía transcripciones. Pero si hay algo urgente, entonces nos llaman directamente a nosotros, al cuartel. Por una línea telefónica segura.

—¿Qué fue lo último que transmitieron? ¿Rutinario o urgente?

—Rutinario.

—De acuerdo. Llame a Bagram y pídeles una estimación de cuál era su situación cuando llamaron la última vez.

—¿Cree que en Bagram sabrán eso?

—Los que se encargan de la radio suelen entender de todo eso. Por el sonido y la fuerza de la señal. Por una corazonada, a veces. Es su trabajo. Pídeles que hagan una estimación, con unos ocho kilómetros de error.

El capitán cogió el teléfono y Reacher volvió a la recepción y le dijo a la sargento:

—Pásese los próximos diez minutos llamando a todo el que conozca en el Pentágono. Que hagan presión en toda la cancha para localizar a Morgan.

La sargento levantó el teléfono.

Reacher se quedó esperando.

Diez minutos después, la sargento no tenía nada. Lo que no era sorprendente. El Pentágono tiene más de veinticinco kilómetros de pasillos y más de trescientos cincuenta mil metros cuadrados de oficinas, ocupados por más de treinta mil trabajadores. Intentar dar con un persona en concreto era como encontrar una aguja en el pajar con más secretos del mundo.

Reacher volvió al 103. El oficial de servicio le dijo:

—En la sala de radio de Bagram dicen que los nuestros estarían a unos trescientos treinta kilómetros. Puede que a unos trescientos cuarenta y cinco.

—Es un comienzo.

—No creo. No saben en qué dirección.

—En caso de duda, haz una suposición aventurada. Ese era siempre mi principio operativo.

—Afganistán es un país grande.

—Lo sé. Y, por lo que me han dicho, es desagradable estés donde estés. Pero ¿dónde es peor?

—En las montañas. En la frontera con Pakistán. En las zonas tribales pastunes. Al noroeste, fundamentalmente. Desde luego, nadie lo consideraría un parque de atracciones.

Reacher asintió.

—Y ese es el tipo de sitios a los que se envía a la 110. Llame al comandante de la base y pídale que ordene una búsqueda aérea, empezando a partir de unos trescientos treinta y cinco kilómetros de Bagram.

—Podría ser una dirección completamente errónea.

—Ya le he dicho que es una suposición aventurada. ¿Se le ocurre algo mejor?

—En cualquier caso, tampoco van a hacerlo. No porque yo se lo pida. Para algo

así se necesita, por lo menos, a un comandante.

—Pues pronuncie el nombre de Morgan en vano.

—No puedo hacerlo.

Reacher se quedó escuchando. En el más absoluto silencio. No venía nadie. El oficial de servicio esperó, apretando el puño a medio camino entre su regazo y el teléfono.

«Vuelve a estar usted en el ejército, comandante».

«Conserva la graduación, de momento. A efectos administrativos, está usted asignado a esta unidad».

—Pues dé mi nombre.

El oficial de servicio hizo la llamada y la maquinaria militar se puso en marcha, lejana, invisible y diligente, en la otra punta del planeta, a nueve husos horarios y a casi doce mil kilómetros de distancia, planificando, haciendo informes, preparándose, armándose y repostando. El viejo edificio de piedra de Rock Creek estaba en silencio.

- ¿Cuántos agentes de campo hay desplegados? —preguntó Reacher.
- ¿En total? Catorce.
- ¿El más cercano dónde está?
- En Fort Hood, Texas. Limpiando lo de la comandante Turner.
- ¿Cuántos están en situaciones peligrosas?
- Eso es un objetivo móvil, ¿no? Entre ocho y diez, diría yo.
- ¿Había estado el coronel Morgan ilocalizable en alguna otra ocasión?
- Este es su tercer día.
- ¿Qué tal era la comandante Turner como oficial al mando?
- Era bastante nueva. Solo llevaba unas semanas en el cargo.
- ¿Primera impresión?
- Excelente.
- ¿Esto de Afganistán es cosa suya o lo heredó?
- Suya. Es lo segundo que hizo cuando vino aquí, después de lo de Fort Hood.

Reacher jamás había estado en Bagram, ni en Afganistán, pero se hacía una idea de cómo funcionaba el asunto. Hay cosas que no cambian. A nadie le gustaba quedarse sentado sin hacer nada, y a nadie le gustaba que los suyos tuvieran problemas. Y menos en las zonas tribales, que eran brutales y primitivas hasta un punto demasiado drástico como para intentar encontrarle la lógica. Así que la misión de búsqueda se llevaría a cabo de buena gana. Pero supondría unos riesgos significativos. Se necesitaría soporte aéreo y una tremenda capacidad de fuego-aire-tierra. Había que mover muchas piezas. Por tanto, tardarían algo de tiempo en planear la misión. Luego, dos horas de vuelo. En cualquier caso, la resolución no sería rápida.

Reacher pasó parte del tiempo de espera caminando. Volvió a su motel, lo dejó atrás y giró a izquierda y derecha por las manzanas largas hasta llegar al centro comercial dejado de la mano de Dios en el que estaba el restaurante griego, que ignoró porque no tenía hambre. Ignoró el taller de enmarcación porque no tenía fotos ni cuadros que enmarcar, ignoró la armería porque no quería comprar ningún arma, ignoró la consulta del dentista a la que podías acudir sin cita previa porque no le dolían los dientes. Entró en la ferretería y compró un par de pantalones de trabajo de lona de color caqui oscuro, una camisa de trabajo de lona azul y un chaquetón de campo



acolchado con una milagrosa capa de aislante térmico y, por lo visto, típica de la marca. Luego, entró en la farmacia de genéricos y compró calcetines y calzoncillos, además de dos camisetas blancas, que pensó en llevar una encima de la otra, bajo la camisa de trabajo, porque la tela parecía muy fina y le daba la impresión de que el tiempo no iba a cambiar. Compró también tres paquetes de maquinillas de afeitar desechables —las más pequeñas que tuvieran—, un bote de espuma de afeitar —el más pequeño que tuvieran—, dos paquetes de chicles y un peine de plástico.

Llevó las compras al motel, a dos largas manzanas de allí, y entró en su habitación. La habían arreglado en su ausencia. Habían hecho la cama y habían repuesto los escasos suministros del baño: toallas nuevas —secas, pero que seguían siendo finas—, un jaboncillo nuevo —que seguía siendo pequeño— y un botecito de champú —con la misma composición química de un lavavajillas, como el anterior—. Se desnudó a pesar del frío y metió como pudo su ropa vieja en los cubos de basura, la mitad en el baño y la mitad en el dormitorio, porque los cubos eran pequeños. Luego, se afeitó con esmero y se dio la segunda ducha del día.

Encendió la calefacción que había debajo de la ventana del dormitorio y se secó con una toalla de mano frente a la estridente ráfaga de calor, con intención de reservar la toalla más grande para otra ocasión. Se puso la ropa nueva, las botas viejas y se peinó. Se miró al espejo en el cuarto de baño y le satisfizo lo que vio. Al menos, estaba de lo más limpio, que era lo mejor que podía estar.

«No tardará en estar fuera».

Reacher volvió andando al cuartel general de la 110. Las cuatro capas que le cubrían el torso, además del milagroso aislante del chaquetón, cumplían con su función. No tenía nada de frío. La verja del cuartel general estaba abierta. El centinela de día estaba en la garita. El coche de Morgan volvía a estar en el aparcamiento. El sedán sencillo. Reacher lo había visto la noche anterior con el propio Morgan al volante, remilgado y muy tieso. Se desvió hasta el vehículo y puso la mano en el capó. Estaba templado. Casi caliente. Debía de haber llegado hacía poco.

Eso explicaba el estado de ánimo de la sargento Leach. La mujer estaba en silencio y sentada erguida en la recepción. Detrás de ella, de pie en el pasillo pero inerte y palidísimo, estaba el capitán de servicio. Reacher no esperó a que le dijeran nada. Subió a la planta de arriba. La tercera puerta a la izquierda. Llamó antes de entrar. Morgan estaba sentado al escritorio, con los labios apretados y furioso, casi estremeciéndose de rabia.

—Me alegro de que haya vuelto, coronel.

—Lo que ha hecho le va a costar al Pentágono más de treinta millones de dólares.

—Dinero bien gastado.

—Habrá un consejo de guerra.

—Puede ser. Pero se lo formarán a usted, no a mí. No sé dónde ha servido hasta

ahora, coronel, pero aquí no se juega a los soldaditos. Aquí no. No con esta unidad. A pesar de saber que tenía dos hombres en peligro, se ha ausentado durante dos horas. No ha notificado adónde iba y su teléfono móvil estaba apagado. Eso es inaceptable.

—Esos soldados no están en peligro. Van de aquí para allá con una investigación trivial.

—No han llevado a cabo dos verificaciones consecutivas por radio.

—Lo más probable es que estuvieran holgazaneando, como el resto de esta maldita unidad.

—¿En Afganistán? ¿Y cómo holgazaneaban? ¿Yendo de bar en bar y de puticlub en puticlub? ¿Pasando el día en la playa? ¡Despierte de una vez, pedazo de idiota! No hacer la verificación por radio en un sitio como Afganistán es, automáticamente, una mala noticia.

—Fue decisión mía.

—No reconocería usted una decisión ni aunque le mordiera en el culo.

—No me hable así.

—¿O qué?

Morgan no respondió.

—¿Ha cancelado la búsqueda?

Morgan no respondió.

—Y no me ha dicho que estemos buscando en el sitio equivocado, lo que significa que tenía razón. Esos dos soldados están perdidos en los lindes de las zonas tribales. Debería usted haber tomado esta decisión hace veinticuatro horas. Están metidos en un buen problema.

—No tenía derecho para interferir.

—Vuelvo a estar en el ejército. Me han asignado a esta unidad y conservo la graduación de comandante. Así que no estaba interfiriendo. Estaba haciendo mi trabajo, y lo estaba haciendo como es debido. Como he hecho siempre. Debería usted prestar atención y tomar algunas notas, coronel. Tiene usted una docena de soldados desplegados, que viven expuestos y son vulnerables, y eso es en lo único en lo que debería pensar. Día y noche. Debería dejar un número de contacto en toda ocasión, debería tener el móvil encendido siempre y debería estar preparado para responder, sin importar lo que esté haciendo.

—¿Ha acabado?

—Acabo de empezar.

—¿Entiende que está bajo mi mando?

Reacher asintió.

—La vida está llena de anomalías.

—Pues escúcheme, comandante: sus órdenes han cambiado. A partir de ahora, queda usted confinado a su barracón. Vuelva a su motel y quédese allí hasta nueva orden. No salga de su habitación para nada y por ninguna razón. No intente comunicarse con nadie de esta unidad.

Reacher no dijo nada.

—Ya puede marcharse, comandante.

El capitán de servicio seguía plantado en el pasillo. La sargento Leach seguía en la recepción. Reacher bajó las escaleras y se encogió de hombros mirándolos a ambos. En parte, como disculpa; en parte, como muestra de tristeza; en parte, como gesto militar más universal: «la misma mierda de siempre». Salió del edificio y el frío viento de mediodía le recibió mientras bajaba las escaleras de piedra. El cielo se estaba despejando. Se veían pinceladas de azul celeste.

Bajó la colina caminando y se dirigió a la carretera de tres carriles. Pasó un autobús. De los que se alejaban, no de los que se acercaban. Y siguió adelante, alejándose. Reacher continuó caminando, bajó una cuestecita y subió otra. Vio el motel a lo lejos, a la derecha, a unos cien metros.

Se detuvo.

El coche con las puertas abolladas estaba en el aparcamiento.

Era fácil reconocer el coche, incluso a cierta distancia. Marca, modelo, forma, color, la ligera deformación de la carrocería en el lado del conductor. Estaba solo en el aparcamiento, a la altura de donde Reacher calculaba que estaba su habitación. Avanzó tres pasos en diagonal hasta el borde del arcén para mejorar su ángulo de visión y vio que de su habitación salían cuatro hombres.

A dos de ellos los identificó con tanta facilidad como al coche. Eran los de la noche anterior. Seguro al cien por cien. Forma, tamaño, color. Los otros dos eran nuevos. Uno de ellos no tenía nada de especial. Alto, joven, idiota. Tan necio como los dos primeros.

El cuarto era diferente.

Parecía un poco mayor que los otros y también un poco más grande que ellos, lo que hacía que fuera casi de la altura de Reacher. En torno al metro noventa y cinco, y a los ciento diez kilos. Pero todo músculo. Muslos potentes, cintura estrecha, un pecho ancho; como un reloj de arena, como un dibujo de cómic. Además tenía los hombros cuadrados y unos brazos que sus grandes pectorales y tríceps empujaban hacia fuera. Como un gimnasta campeón del mundo, solo que el doble de grande.

Sin embargo, lo verdaderamente extraordinario era su cabeza. La llevaba afeitada y daba la impresión de que estuviera hecha a partir de planchas de acero soldadas entre sí. Ojos pequeños y pómulos afilados, y unas orejas pequeñas y cartilagosas con aspecto de tortellini. Tenía la espalda muy recta y muy ancha. En cierta manera, parecía eslavo. Como un muchacho sacado de un póster de reclutamiento del Ejército Rojo. Como el ideal de la virilidad soviética. Bien podría haber llevado una bandera, con una sola mano, muy alta y con aire orgulloso, con la mirada vidriosa, como si la dirigiera a un futuro dorado.

Los cuatro hombres salieron de la habitación y cerraron la puerta. Reacher siguió adelante. Noventa metros. Ochenta. Un velocista olímpico habría recorrido aquella distancia en unos ocho segundos, pero correr no era lo suyo, ni como atleta olímpico ni de ninguna manera. Los cuatro se acercaron al coche. Reacher siguió adelante. Cada uno abrió una puerta y se metió en el vehículo, dos detrás y dos delante. Reacher siguió adelante. Setenta metros. Sesenta. El coche comenzó a rodar hasta que pegó el morro a la entrada de la carretera de tres carriles, esperando a que no vinieran coches para incorporarse al tráfico. Reacher quería que girase hacia él. «Gira a la izquierda. Por favor».

Pero giró hacia la derecha, se unió al flujo del tráfico y se fue alejando hasta que desapareció de vista.

Un minuto después llegó a la puerta de la habitación, la abrió y entró. No habían tocado nada. No habían roto nada, no habían volcado nada y no habían tirado nada al

suelo. Así que no se trataba de una búsqueda minuciosa. Tan solo habían ido a husmear, para llevarse una primera impresión.

¿Cuál habría sido?

Había una bañera mojada, una toalla mojada y ropa vieja metida en las papeleras, además de algunos artículos de aseo personal cerca del lavamanos. Como si se hubiera levantado y se hubiera ido. Lo cual, por otro lado, es lo que le habían ordenado que hiciera. «Así que debería largarse de la ciudad con viento fresco. Ahora mismo. Vamos a venir cada noche y cada vez que lo encontremos aquí, vamos a patearle el culo».

Quizá habían pensado que había hecho caso a sus advertencias.

O quizá no.

Salió de la habitación y fue a recepción. El recepcionista era un hombre nervioso de unos cuarenta años, todo piel y huesos, que estaba sentado en un taburete alto.

—Ha dejado entrar a cuatro tipos en mi habitación.

El hombre se pasó la lengua por los dientes y asintió.

—¿Eran del ejército?

Volvió a asentir.

—¿Le han enseñado alguna identificación?

—No ha sido necesario, tenían toda la pinta.

—¿Hace muchos negocios con el ejército?

—Bastantes.

—¿Como para no hacer preguntas?

—Lo ha entendido, jefe. Con el ejército soy todo sonrisas. Porque tengo que comer. ¿Han hecho algo malo?

—En absoluto. ¿Ha oído algún nombre?

—Solo el suyo.

Reacher no dijo nada.

—¿Puedo ayudarle en algo más?

—Me vendría bien una toalla limpia. Y más jabón, creo. Y más champú. Y podría limpiar mis papeleras.

—Lo que usted diga. Con el ejército soy todo sonrisas.

Reacher volvió a su habitación. No había sillas. Lo que no era una violación de la Convención de Ginebra, pero iba a fomentar que estar confinado allí se convirtiera antes en un incordio para alguien grande e inquieto como él. Además, solo era un motel, sin servicio de habitaciones. No había comedor, ni una cafetería con las cucharillas mal lavadas al otro lado de la calle. Ni teléfono, por lo que no podía pedir comida. Así que volvió a cerrar la puerta y se fue al griego que había a dos manzanas de distancia. Técnicamente, se trataba de una grave infracción de sus órdenes pero, ganase o perdiese, trivialidades como aquella no le iban a pasar factura, ni positiva ni

negativa.

Durante el paseo no vio nada, salvo un autobús municipal de los que se alejaban y un camión de la basura haciendo la ronda. En el restaurante, una camarera diferente de la de la mañana le dio una mesa justo al otro lado de donde había estado desayunando. Pidió café, una hamburguesa con queso y un trozo de tarta y lo disfrutó todo. Cuando volvió al motel tampoco vio nada, salvo otro autobús de los que se alejaban y otro camión de la basura haciendo la ronda. Estaba de vuelta en la habitación en menos de una hora. El tipo nervioso le había dejado una toalla nueva, jabón y champú. Las papeleras estaban vacías. Aquella habitación no podía mejorar mucho más. Se tumbó en la cama, cruzó los tobillos, se puso las manos detrás de la cabeza y se planteó echar un sueñecito.

No pudo. Al minuto de que su cabeza hubiera tocado la almohada, tres brigadas de la 75 de la PM llegaron para arrestarle.

Llegaron en coche, a toda velocidad. Reacher lo oyó ya en la carretera, cómo entraba de golpe después en el aparcamiento, cómo giraba para llegar frente a su habitación y cómo se detenía. Oyó que se abrían tres puertas, una secuencia irregular compuesta por tres sonidos separados, todos ellos en un solo segundo, y oyó tres pares de botas, lo que significaba que eran tres, no cuatro, y por tanto no eran los del coche con las abolladuras. Hubo una pausa, oyó unos pasos alejándose aprisa, lo que le pareció que sería uno de ellos dando la vuelta para cubrir la parte de atrás; cosa que era una pérdida de tiempo porque el baño no tenía ventana, pero ellos no lo sabían y siempre es mejor prevenir que lamentar. Eso dejaba claro que estaba tratando con tipos competentes.

Descruzó los tobillos y sacó las manos de detrás de la cabeza, rodó hacia un lado y puso los pies en el suelo. De inmediato, llamaron con fuerza a la puerta. No se parecía en nada al educado «toc, toc, toquititoc» de la comandante Sullivan a las seis de la mañana. Aquella llamada era un furioso «¡pum, pum, pum!» de tipos grandes y fuertes, entrenados para causar una primera impresión que te paralizara. No es que fuera su método favorito. Siempre le había cohibido tener que hacer mucho ruido.

Los de fuera dejaron de aporrear la puerta y gritaron algo un par de veces. «¡Abra! ¡Abra!», supuso. Luego, golpearon la puerta de nuevo. Se puso de pie y fue hacia ella. La golpeó desde dentro con la misma fuerza y haciendo el mismo ruido. El escándalo de afuera se detuvo. Sonrió. Nadie espera que la puerta le responda.

Abrió y se encontró con dos soldados con uniforme de combate. Uno de ellos llevaba una pistola y el otro, una escopeta. Aquello era la hostia de serio para una tarde en las afueras de Virginia. Detrás de ellos había un coche que tenía tres de las puertas abiertas. El motor estaba en marcha.

—¿Qué? —les preguntó.

El soldado que estaba cerca de las bisagras era el que estaba al mando. El lugar más seguro, para el jefecillo.

—Señor, tiene que acompañarnos.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

—¿Unidad?

—La 75 de la PM.

—¿Son órdenes de quién?

—Ya lo verá.

Según la etiqueta de su uniforme, el que hablaba se llamaba Espin. El tipo era del tamaño de un boxeador de peso mosca, era moreno, fibroso y musculado, y tenía la nariz plana. Parecía de los que merecían la pena. En general, a Reacher le caían bien los brigadas. No tanto como los sargentos, pero más que la mayoría de los suboficiales.

—¿Es un arresto?

—¿Quiere que lo sea? —dijo Espin—. Porque, en ese caso, solo tiene que seguir hablando.

—Decídase, soldado. O es una cosa o es la otra.

—Preferiría que cooperara.

—Ni lo sueñe.

—En ese caso, sí, está usted arrestado.

—¿Cómo se llama?

—Espin.

—El nombre de pila.

—¿Por qué?

—Porque quiero recordarlo mientras viva.

—¿Es una amenaza?

—¿Cómo se llama?

—Pete.

—Entendido. Pete Espin. ¿Adónde vamos?

—A Fort Dyer.

—¿Por qué?

—Una persona quiere hablar con usted.

El tercer soldado llegó de detrás del edificio. Un subordinado de Espin, pero no por graduación. Los tres parecían veteranos. Visto uno, vistos todos.

—Primero vamos a cachearle.

—Como quiera.

Reacher levantó los brazos. No tenía nada que esconder. No llevaba nada en los bolsillos excepto el pasaporte, la tarjeta de crédito, el cepillo de dientes, algo de dinero en efectivo, chicles y la llave del motel. Los soldados lo confirmaron enseguida. Tras el registro, el de la escopeta lo guio hasta el coche. Al asiento trasero del lado del copiloto. Que era el sitio más seguro en el que llevar a un chico malo en un cuatro plazas sin pantalla de seguridad. Así tenía menos posibilidades de interferir con el conductor. El que había ido a controlar la ventana del baño era quien conducía. Espin se sentó al lado de Reacher. El de la escopeta cerró la puerta de Reacher y se subió al asiento del copiloto. Todo resuelto, rápido y fácil, de lo más profesional. Un buen equipo.

Era muy tarde para la comida de mediodía y demasiado pronto para la hora punta de la tarde, por lo que la carretera estaba casi vacía y el viaje fue rápido, por una ruta diferente a la que había seguido él, por entre un laberinto de calles hasta la entrada norte de Fort Dyer, que parecía mucho menos utilizada que la puerta principal del sur. Pero no era menos segura. Entrar les llevó el mismo tiempo. Dientes de dragón, barreras y un control después otro y finalmente, el último. Una vez dentro, dieron una



vuelta y aparcaron junto a la puerta trasera de la prisión. Escoltaron a Reacher desde el coche hasta cruzar la puerta y llegar al tipo que había detrás de ella. Que no era un guarda de prisiones. Parecía más un recepcionista o un administrativo. Iba desarmado, como la mayor parte del personal de las cárceles, y llevaba unas llaves colgando a la altura del cinturón. Estaba en un vestíbulo pequeño y cuadrado, con puertas de seguridad a derecha e izquierda.

Hicieron pasar a Reacher por la de la izquierda y lo llevaron hasta una sala de interrogatorios. Sin ventanas. Cuatro paredes lisas y una mesa atornillada al suelo, con tres sillas, dos a un lado y otra enfrente. La habitación no la había diseñado el mismo que el restaurante del club de oficiales, eso estaba claro. No había madera clara ni moqueta. Tan solo bloques de hormigón pintados de blanco y con arañazos, un suelo de cemento agrietado y, colgando del techo, una bombilla fluorescente dentro de una jaula de alambre.

Un hombre de la base que Reacher no había visto nunca llegó con una bolsita de plástico con cierre y metió en ella todo lo que llevaba en los bolsillos. Reacher se sentó en la silla que estaba sola. Supuso que era la posición que le tendrían asignada. Espin se sentó frente a él. Nada de preguntas, cumplidos o chorradas para pasar el rato.

—¿Y quién quiere hablar conmigo?

—Viene de camino.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre. Con apellido polaco.

—¿De quién se trata?

—Ya lo verá.

Cosa que, en efecto, hizo unos veinte minutos después. Se abrió la puerta y entró un hombre vestido con traje. Hacía poco que debía de haber entrado en la mediana edad. Tenía el pelo corto y moreno, con algunas canas; el rostro pálido y rechoncho, con rasgos de cansancio; y el cuerpo duro y compacto, como si visitara habitualmente el gimnasio. El traje era negro, no de los baratos, pero estaba raído por algún lado y tenía brillos por algún otro, con el identificador abierto y colocado encima del bolsillo derecho de la pechera. Un identificador de la policía metropolitana. El departamento de la policía local de D. C. Un civil.

El tipo se sentó al lado de Espin.

—Soy el detective Podolski.

—Me alegro de saberlo.

—He venido a buscar respuestas.

—¿A qué tipo de preguntas?

—Creo que eso ya lo sabe.

—Pues no.

—Preguntas sobre un asalto con intención criminal.

—¿Y este hace cuánto se produjo? ¿Veinte años? ¿Cien? ¿Sucedió durante la

Guerra de Secesión?

—Cuénteme qué ha hecho por la mañana.

—¿Qué mañana?

—Esta mañana. La de hoy.

—Me he levantado, he hablado con una abogada, luego he hablado con otra abogada y, luego, he hablado con un abogado. Me he pasado, como quien dice, la mañana rebotando de uno a otro.

—¿Cómo se llaman?

—Sullivan, Edmonds y Moorcroft.

—¿Moorcroft es el coronel Moorcroft?, ¿el de su academia de JAG de Charlottesville?, ¿el que está trabajando de forma temporal en la base?

—Yo no tengo ninguna academia de JAG, pero sí, ese.

—¿Y dónde ha hablado con él?

—Aquí, en la base. En el restaurante del club de oficiales.

—¿Y cuándo ha hablado con él?

—Por la mañana, ya se lo he dicho.

—¿A qué hora en concreto?

—¿Entra dentro de su jurisdicción una conversación privada entre dos oficiales del ejército en una base del ejército, detective?

—Esta sí. Créame. ¿A qué hora en concreto?

—Mientras él desayunaba. Qué ha sido más tarde de lo que lo he hecho yo. Diría que la conversación ha comenzado a las nueve y veintitrés.

—Eso es un detalle muy concreto.

—Es lo que me ha pedido.

—¿De qué ha hablado con el coronel Moorcroft?

—De asuntos legales.

—¿Confidenciales?

—No, sobre una tercera persona.

—¿Esa tercera persona es la comandante Susan Turner, de la 110 de la PM, que está siendo investigada por el ejército acusada de corrupción?

—Así es.

—Y la comandante Sullivan estaba presente, ¿no es así?

—Sí, estaba presente.

—Ella afirma que usted quería que el coronel Moorcroft hiciera una cosa, ¿es así?

—Sí, así es.

—Quería que presentara una apelación contra la prisión preventiva de la comandante Turner, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Pero él no quería presentarla, ¿verdad? De hecho, le ha pedido que se largara.

—Al principio de la conversación, sí.

—De hecho, han discutido. Han discutido de forma acalorada.

—No, no hemos discutido. Hemos hablado de un asunto técnico. De forma nada acalorada.

—La cuestión es que usted quería que el coronel Moorcroft hiciera una cosa y él se ha negado. ¿Podríamos resumirlo así?

—¿A qué viene todo esto?

—Al coronel Moorcroft le han dado una paliza brutal a última hora de la mañana, en la zona suroeste de D. C. En mis calles.

El detective sacó un bloc de notas y un bolígrafo, los dejó sobre la mesa, bien alineados, y dijo:

—Debería pedir usted un abogado.

—Hoy no he estado en el suroeste de D. C. Ni en ninguna otra zona de la ciudad. Ni siquiera he cruzado el río.

—¿Quiere un abogado?

—Ya tengo un abogado. De hecho, tengo dos. Aunque no es que me sirvan de mucho. De hecho, yo diría que uno de ellos en particular no me está ayudando nada.

—¿Se refiere a la comandante Sullivan?

—Se marchó antes de que acabara la conversación. El coronel iba a preparar el papeleo para el recurso. Aceptó después de que se marchara ella.

—Qué oportuno.

—Es la verdad. ¿Acaso Moorcroft afirma lo contrario?

—Moorcroft no afirma nada. Está en coma.

Reacher no dijo nada.

—Tiene coche, ¿verdad? —continuó Podolski—. Un Chevrolet sedán de color azul que le han dejado en el cuartel general de la 110, ¿no?

—¿Y qué?

—Podría haber hecho subir a Moorcroft y llevarlo al otro lado del río.

—Sí, supongo que podría haberlo hecho, pero no ha sido así.

—El ataque ha sido brutal.

—Si usted lo dice...

—Sí, lo digo. Había sangre por todos lados.

Reacher asintió.

—Los ataques brutales y la sangre por todos lados suelen ir de la mano.

—Hábleme de su ropa.

—¿Qué ropa?

—La que lleva.

Reacher se miró.

—Es nueva. Acabo de comprarla.

—¿Dónde?

—En un centro comercial que hay a dos manzanas de mi motel.

—¿Por qué la ha comprado?

«No tardará en estar fuera».

—Ya iba siendo hora.

—¿Estaba sucia su ropa vieja?

—Supongo.

—¿Se le ha manchado con algo?

—¿Algo como qué?

—Como sangre, por ejemplo.

—No, no estaba manchada de sangre.

—¿Dónde está esa ropa?

Reacher no respondió.

—Hemos hablado con el recepcionista de su motel. Dice que ha hecho hincapié en que le limpiara las papeleras de su habitación.

—Hombre, hincapié no he hecho.

—Pero ha limpiado las papeleras. Como usted le ha pedido. Justo antes de que llegara el camión de la basura. Así que, ahora, la ropa vieja ya no existe.

—Coincidencia.

—Qué oportuno, ¿no le parece?

Reacher no respondió.

—El recepcionista ha mirado la ropa. Es de ese tipo de gente. Era muy grande para él, claro está, pero quizá alguna prenda tuviera algún valor. No ha sido así. Ha dicho que estaba demasiado sucia. Demasiado manchada. Incluso con sangre, le ha parecido.

—La del coronel Moorcroft no.

—¿La de quién, entonces?

—Hace mucho tiempo que la llevo. Tengo una vida dura.

—¿Pelea a menudo?

—Lo evito siempre que es posible. A veces, me corto cuando me afeito.

—También se ha duchado, ¿verdad?

—¿Cuándo?

—Después de tirar la ropa. El recepcionista ha dicho que le ha pedido toallas secas.

—Sí, me he duchado.

—¿Es habitual que se duche dos veces al día?

—A veces.

—¿Había hoy alguna razón en particular para que lo hiciera?

«No tardará en estar fuera».

—Ninguna en particular.

—¿Para limpiarse la sangre, quizá?

—No estaba sangrando.

—Si mirásemos en el sumidero, ¿qué encontraríamos?

—Agua sucia.

—¿Está usted seguro?

—La habitación entera está sucia.

—Se enfrenta a cargos criminales por homicidio, ¿no es así? De hace dieciséis años, ¿no es así? Juan Rodriguez, ¿no es así? Al que le pegó una paliza, ¿no es así?

—Es una acusación falsa.

—Eso lo he oído muchas veces. Es lo mismo que ha respondido sobre el coronel

Moorcroft, ¿no? La comandante Sullivan me ha explicado que le ha mencionado el asunto, pero que no simpatizaba con usted. ¿Es eso lo que le ha molestado?

—Me ha frustrado un poco.

—Sí, puede resultar agotador que nadie te comprenda.

—¿Moorcroft está muy grave?

—¿Ahora se siente culpable?

—Me preocupan tanto él como su clienta.

—Me han dicho que ni siquiera conoce a la mujer en cuestión.

—¿Y qué importa eso?

—El médico dice que es probable que despierte. Aunque nadie puede asegurar cuándo o en qué estado se encontrará. Siempre que despierte.

—He pasado parte de la mañana en el cuartel general de la 110.

Podolski asintió.

—Unos veinte minutos en total. Lo hemos comprobado. ¿Qué ha estado haciendo el resto de la mañana?

—Caminar.

—¿Por dónde?

—De aquí para allá.

—¿Le ha visto alguien?

—No lo creo.

—Qué oportuno —comentó el detective por tercera vez.

—Se está equivocando usted de persona. La última vez que he visto al coronel, salía del restaurante del club de oficiales de esta base, más feliz que una perdiz. No sé quién le habrá pegado, pero está por ahí, riéndose de usted, mientras usted pierde el tiempo conmigo.

—En otras palabras, que ha sido otro.

—Es evidente.

—Eso lo he oído muchas veces.

—¿Nunca se ha equivocado?

—Eso no importa. Lo que importa es si estoy equivocado ahora. Y no creo que lo esté. Tengo ante mí a una persona con un historial violento al que han visto discutiendo con la víctima poco antes de que se cometiera el delito y que, poco después del mismo, ha tirado toda su ropa y se ha dado una segunda ducha. Una persona con acceso a un vehículo y cuyos movimientos apenas se controlan. Fue usted policía, ¿no es así? ¿Qué haría usted?

—Iría a buscar al verdadero culpable. Estoy seguro de haber visto esa frase escrita en algún lado.

—Suponga que el verdadero culpable dice que no es el culpable.

—Sucede a diario. Tiene que usar usted su capacidad de raciocinio.

—Es lo que estoy haciendo.

—Pues qué pena.

—Enséñeme las manos.

Reacher puso las manos sobre la mesa, planas, con las palmas hacia abajo. Eran grandes y estaban morenas, y también ajadas y callosas. Los nudillos de ambas estaban un poco rosados y un poco hinchados. Por lo de la noche anterior. Por lo de los dos de la camiseta. El gancho de izquierda y el de derecha. Buenos golpes. No los mejores de su vida, pero buenos. El policía le miró las manos largo rato.

—No concluyente. Quizá haya usado usted un arma. Algún instrumento romo. Ya me lo dirán los médicos.

—¿Y ahora qué?

—Eso es cuestión del fiscal del distrito. Mientras tanto, va a tener que acompañarme. Quiero tenerle encerrado en el centro.

La habitación se quedó en silencio y Espin habló por primera vez:

—No. Es inaceptable. Se queda aquí. Nuestro homicidio está por encima de su intento criminal.

Podolski replicó:

—Algo sucedido esta mañana está por encima de algo sucedido hace dieciséis años.

—La posesión es nueve décimas partes de la ley. Lo tenemos nosotros. No usted. Imagine el papeleo.

Podolski no respondió.

—Pero puede venir para hablar con él tantas veces como quiera.

—¿Van a tenerlo encerrado?

—No le vamos a dejar ni ver la luz del sol.

—Entonces, de acuerdo.

El detective se puso de pie, recogió su bloc de notas y su bolígrafo, y se marchó.

Después de aquello comenzó el proceso rutinario de prisión preventiva. Volvieron a cachearle, le quitaron los cordones de las botas y lo medio empujaron y lo medio guiaron a lo largo de un pasillo vacío y estrecho por el que dejó atrás dos salas de interrogatorio más grandes —una frente a la otra— y dobló la esquina en dos ocasiones hasta el pabellón de celdas. Mucho más civilizado que en algunas de las prisiones que había visto. Se parecía más a un hotel de medio pelo de una cadena hotelera que a una cárcel. Era una madriguera de pasillos y pequeñas recepciones, y la celda en concreto se parecía a la habitación de un motel. Reforzada, claro está, con cerraduras, pestillos y una puerta que se abría hacia fuera, paredes de cemento y un ventanuco con barrotes cerca del techo, con el inodoro y el lavamanos de metal y un catre estrecho por cama, como la de un barracón, pero espaciosa y razonablemente confortable. En general, mejor que la habitación que tenía junto a la carretera de tres carriles. Eso seguro, joder. Junto a la cama, incluso había una silla. La Base Conjunta Dyer-Helsington House en toda su opulenta gloria. Los prisioneros de alta graduación

que tenían encerrados allí vivían mejor que los oficiales de baja graduación que vivían fuera.

Se sentó en la silla.

Espin esperó en la puerta.

«Espera lo mejor, prepárate para lo peor».

—Quiero ver al capitán de guardia en cuanto sea posible.

—Se pasará antes o después porque tiene que explicarle las reglas.

—Ya conozco las reglas, que yo también fui capitán de guardia hace mucho tiempo. La cuestión es que quiero verle en cuanto sea posible.

—Le dejaré un mensaje.

Y se fue.

Cerró la puerta de golpe, con llave y echando todos los cerrojos.

Veinte minutos después volvió a oír los mismos ruidos, pero al revés. Alguien recorrió los cerrojos, giró la llave en la cerradura y abrió la puerta. El capitán, que era alto como una columna, tuvo que agacharse para pasar por la puerta.

—¿Va a darnos problemas?

—No sé por qué iba a hacerlo, siempre y cuando se comporten ustedes como es debido.

El capitán sonrió.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Puede hacer una llamada por mí. A la sargento Leach, de la 110. Dígale dónde estoy. Puede que tenga un mensaje para mí. Si es así, podría volver usted y dármelo.

—¿Quiere que le dé de comer a su perro y le haga la colada?

—No tengo colada que hacer. Ni perro. Pero puede llamar a la comandante Sullivan si lo prefiere. Del JAG. Es mi abogada. Dígale que quiero verla, aquí, a última hora del día. Dígale que necesito reunirme con ella. Dígale que es importantísimo.

—¿Ya está?

—No. Luego, llame a la capitana Edmonds, al MRH. Es mi otra abogada. Dígale que quiero verla después de hablar con la comandante Sullivan. Dígale que tengo asuntos urgentes que tratar con ella.

—¿Algo más?

—¿Cuántos huéspedes tiene hoy?

—Usted y otro más.

—Que es la comandante Turner, ¿verdad?

—Así es.

—¿Está cerca?

—Este es el único pabellón de celdas que tenemos.

—Habría que informarle de que su abogado está fuera de combate. Necesita otro.



Tiene que ir a verla para comunicárselo.

—Es curioso que proponga usted eso.

—No he tenido nada que ver con lo que le ha sucedido al coronel. Enseguida lo descubrirá. Y la mejor manera de evitar meterse en un lío es hacer todo lo posible por no meterse en él.

—Me sigue resultando extraño que esas palabras salgan de su boca. ¿Se ha muerto el presidente de la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles y le han nombrado sucesor a usted?

—En su día, juré defender la Constitución. Como usted. La comandante Turner ha de tener representación legal competente en todo momento. Esa es la teoría. Y este vacío tendrá mala pinta una vez empiecen a llegar los recursos. Así que dígame que tiene que conseguir otro abogado. Cuanto antes. Esta misma tarde sería lo mejor. Asegúrese de que lo entiende.

—¿Algo más?

—Con eso es suficiente. Gracias, capitán.

—De nada.

El alto capitán dio media vuelta y volvió a agacharse para pasar por debajo del dintel. Cerró la puerta de golpe, echó la llave y corrió los cerrojos.

Reacher permaneció en la silla.

Quince minutos después volvieron a oírse las puertas. Los cerrojos, la cerradura y los goznes. Esta vez, el capitán de guardia se quedó en el pasillo. Menos molestias para su cuello.

—Mensaje de la sargento Leach, desde su cuartel general. Han encontrado muertos a los dos soldados de Afganistán. En un camino de cabras del Hindukush. Muertos de un tiro en la cabeza. Con una nueve milímetros, lo más probable. Hace tres días, por lo que parece.

Reacher se quedó callado un rato antes de responder.

—Gracias, capitán.

«Espera lo mejor, prepárate para lo peor».

Y lo que había pasado era lo peor.

Reacher permaneció en la silla, pensando, lanzando al aire una moneda imaginaria. Primera vez: ¿cara o cruz? Un cincuenta por ciento de probabilidades de que salieran ambas, claro. Porque la moneda era imaginaria. Una moneda de verdad lanzada por un ser humano tiene, más bien, un cincuenta y uno por ciento de probabilidades de caer del lado que estuviera hacia arriba al lanzarla. Nadie puede explicar por qué, pero el fenómeno se había dado con claridad en los experimentos. Tenía algo que ver con los múltiples ejes de giro, el bamboleo, la aerodinámica y la diferencia general entre la teoría y la práctica.

Pero la moneda de Reacher era imaginaria. Así que, segunda vez: ¿cara o cruz? De nuevo un cincuenta por ciento de probabilidades exactas para ambas. Y la tercera vez, y la cuarta. Cada vez que la lanzaba era un acontecimiento aislado, con probabilidades idénticas, independientes, en el plano estadístico, de todo lo que hubiera sucedido antes. Siempre cincuenta por ciento, cada una de las veces. Lo cual no quería decir que la probabilidad de sacar cuatro caras seguidas fuera del cincuenta por ciento. Ni mucho menos. La probabilidad de sacar cuatro caras seguidas era de noventa y cuatro en contra y seis a favor. Mucho peor que cincuenta contra cincuenta. Matemática básica.

Y Reacher necesitaba que le salieran cuatro caras seguidas. Primera: ¿conseguiría Susan Turner un abogado aquella misma tarde? Respuesta: sí o no. Cincuenta-cincuenta. Como echarlo a cara o cruz lanzando una moneda. Luego: ¿sería dicho abogado un hombre de raza blanca? Respuesta: sí o no. Cincuenta-cincuenta. Y después: ¿estarían la comandante Sullivan o la capitana Edmonds en el edificio en el mismo momento que el nuevo abogado de Susan Turner? Eso, siempre y cuando consiguiera uno, claro. Respuesta: sí o no. Cincuenta-cincuenta. Y, por último: ¿entrarían los tres abogados por la misma puerta? Respuesta: sí o no. Cincuenta-cincuenta.

Cuatro preguntas respondidas con un sí o un no, cada una de ellas para una situación concreta. Cada una de ellas con su perfecta probabilidad de cincuenta contra cincuenta. Pero solo había un seis por ciento de probabilidades de que cuatro preguntas seguidas obtuvieran todas ellas la respuesta adecuada.

«Espera lo mejor». Era lo que iba a hacer. Hasta cierto punto, le parecía razonable. La estadística es fría e indiferente. El mundo real no era así, necesariamente. El ejército era una institución imperfecta. Ni siquiera en los cuerpos de no combatientes —como en el caso del JAG, por ejemplo— era perfectamente neutral en el género. Los puestos más altos solían asignárseles a hombres. Y se consideraría necesario una alta graduación para defender de cargos de corrupción a un comandante de la PM. Por tanto, el género del nuevo abogado de Susan Turner no era una cuestión de probabilidad al cincuenta por ciento. La cosa estaba más cerca de un setenta contra treinta, en la dirección deseada. Al fin y al cabo, el coronel

Moorcroft era varón. Y de raza blanca. Los negros estaban bien representados en el ejército, pero no en mayor proporción que la población en conjunto, que era, más o menos, de un octavo. Digamos que un ochenta y siete contra trece, en aquel caso concreto.

Y, como quien dice, Reacher podía mantener a alguna de sus abogadas de forma indefinida en el edificio. Lo único que tenía que hacer era hablar con ellas. Un punto falso tras otro. Representar que estaba muy nervioso. Podía mantenerlas allí para siempre, hasta que se aburrieran o se impacientaran lo suficiente como para dejar de lado la corrección legal y los buenos modales. Por tanto, las probabilidades de que su abogada y el de Turner estuvieran presentes en el edificio al mismo tiempo también eran mayores del cincuenta por ciento. De nuevo del setenta contra treinta, aproximadamente. Puede que incluso un porcentaje mayor.

Y los visitantes habituales de Dyer puede que supieran que la puerta norte estaba más cerca de la prisión y, por tanto, se sintieran tentados a entrar por ella. Quizá. Lo que hacía que la probabilidad de lo de la puerta también fuera mayor del cincuenta por ciento. Siempre y cuando el nuevo abogado de Turner fuera un visitante habitual. Algo que no tenía por qué ser así. Cabía la posibilidad de que los académicos listillos no tuvieran que ir por allí muy a menudo. Digamos cincuenta y cinco contra cuarenta y cinco. Una ventaja marginal. No apabullante.

En cualquier caso, y en general, las probabilidades de que el plan saliese bien eran un poco más altas del sesenta por ciento.

Pero no mucho más.

Y eso, siempre y cuando a Turner le asignasen un nuevo abogado.

«Espera lo mejor».

Reacher esperó. Relajado, paciente, inerte. Contó el tiempo mentalmente. Tres de la tarde. Tres y media. Cuatro en punto. La silla era cómoda. La habitación era cálida. Y estaba bastante insonorizada. Apenas se oía nada de fuera. Una acústica amortiguada. El sitio no se parecía ni remotamente a una cárcel. Era un sitio civilizado, para gente civilizada.

Todo lo cual, esperaba, iba a servirle de ayuda.

Por fin, a las cuatro y media, oyó cómo descorrían los cerrojos, cómo giraban la llave y cómo se abría la puerta. El capitán alto como una columna le dijo:

—La comandante Sullivan ha venido a verle.

Empezaba el espectáculo.

El altísimo capitán se hizo a un lado y dejó que Reacher pasara por delante de él. El pasillo giraba a la izquierda y después a la derecha. Determinó la geografía de la prisión a partir de lo poco que había visto. Le dio la impresión de que la oficina principal debía de estar después de doblar tres esquinas más. A cierta distancia, todavía. Después vendrían el pequeño vestíbulo cuadrado con las puertas de seguridad y el recepcionista, y la puerta trasera que daba afuera. Antes estarían las salas de interrogatorio, a ambos lados de un pasillo corto y estrecho. Las habitaciones arañadas para polis y sospechosos estarían a la derecha, y a la izquierda estarían las habitaciones más grandes que había visto de camino al pabellón de las celdas. Había dos. Y supuso que eran su destino. Mejor dispuestas, para charlas entre abogados y clientes. La puerta tenía una ventana, un rectángulo estrecho y vertical de vidrio reforzado, centrado por encima del picaporte.

Dejó atrás la primera puerta y miró la ventana, aunque fingió que no lo hacía. Allí estaba la comandante Sullivan, sentada en el lado izquierdo de la mesa, con su uniforme de clase A y las manos entrelazadas sobre su maletín, y siguió caminando, hasta la segunda puerta, donde se detuvo y miró abiertamente por la ventana.

Aquella otra sala estaba vacía.

Ni cliente, ni abogado, ya fuera hombre o mujer.

Ni cara ni cruz.

Al menos, de momento.

Detrás de él, el alto capitán dijo:

—Espere, comandante, es en esta otra sala donde tiene que entrar.

Se dio la vuelta y desanduvo el camino. La puerta no estaba cerrada. El capitán giró el picaporte y la abrió. Reacher escuchó los sonidos que hacía. Un clic metálico, un rechinar preciso al girar sobre las bisagras, el siseo de las juntas de silicona. No muy alto, pero distintivo. Entró. La comandante Sullivan levantó la vista.

—Pulse el timbre cuando haya acabado, abogada —dijo el capitán alto.

Reacher se sentó frente a ella, el capitán alto cerró la puerta y se fue. La puerta no estaba cerrada con llave porque no había picaporte en el interior. Solo una plancha en la que faltaba algo, inesperado, como una cara a la que le falta la nariz. Junto a la jamba había un timbre. «Pulse el timbre cuando haya acabado». La habitación era sencilla y acogedora. No tenía ventanas, pero estaba más limpia y nueva que la sala en la que lo había interrogado el policía. La bombilla daba más luz.

La comandante seguía con el maletín cerrado y con las manos sobre él.

—No pienso representarle en lo de Moorcroft. De hecho, no le quiero como cliente en ningún caso.

Reacher no respondió. Intentaba oír los ruidos del pasillo; que no eran gran cosa, pero cabía la posibilidad de que fuera suficiente.

—¿Comandante? —exclamó Sullivan.

—Soy el cliente que le han asignado, así que vaya haciéndose a la idea —repuso Reacher.

—El coronel Moorcroft es amigo mío.

—¿Fue su profesor?

—Uno de ellos.

—Entonces ya sabe cómo es esa gente. Por dentro, nunca deja de estar en clase. Socráticos, o como quiera que los llamen. Estaba tomándome el pelo por mera diversión. Me llevaba la contraria para pasárselo bien. Así es como es esa gente. Cuando se ha marchado usted, ha dicho que pondría el recurso en cuanto acabara la tostada. Era lo que iba a hacer desde el principio. Pero las respuestas directas no son su estilo.

—No le creo. Esta mañana no se ha interpuesto ningún recurso.

—La última vez que lo he visto salía del restaurante. Dos minutos después que usted.

—¿También niega todo esto?

—Piénselo, abogada: mi objetivo es sacar a la comandante Turner de la cárcel. ¿Cómo voy a conseguirlo si le pego una paliza a su abogado? Me retrasaría, por lo menos un día, si no dos o tres.

—¿Por qué se preocupa tanto por la comandante Turner?

—Me gustó su voz por teléfono.

—Puede que estuviera usted enfadado con Moorcroft.

—¿Le ha parecido a usted que estuviera enfadado?

—Un poco.

—Se equivoca, comandante. Es imposible que pareciera enfadado, porque no lo estaba. Me he sentado tranquilo y paciente. No es el primer profesor con el que trato. Al fin y al cabo, yo también fui al cole.

—Me he sentido incómoda.

—¿Qué le ha contado a Podolski?

—Eso mismo. Que ha habido una discusión y que me he sentido incómoda.

—¿Le ha dicho que me he acalorado?

—Se ha enfrentado a él. Han discutido.

—Pero ¿qué pretendía que hiciera? ¿Qué me cuadrara y saludara? Tampoco es que sea el presidente del Tribunal Supremo.

—Hay unas cuantas pruebas contra usted. Lo de la ropa, en especial. Es de lo más típico.

Reacher no respondió. De nuevo estaba escuchando. Oyó pasos en el pasillo. Dos personas. Ambos hombres. Hablaban en voz baja. Frases cortas y nada controvertidas. Un intercambio de información sucinto y habitual. Los pasos siguieron adelante. No se oyeron puertas. Ni clics, ni rechinares, ni siseos.

—¿Comandante?

—¿Lleva la cartera en el maletín?

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído.

—¿Por qué iba a llevarla?

—Porque no lleva usted bolso, y si no le importa que se lo diga, lleva el uniforme demasiado pegado al cuerpo y no veo que haya bultos en los bolsillos.

La mujer respondió sin quitar las manos del maletín.

—Sí, llevo cartera.

—¿Cuánto dinero lleva en ella?

—No lo sé. Unos treinta dólares.

—¿Cuánto sacó del cajero la última vez que usó la tarjeta?

—Doscientos.

—¿Lleva también un teléfono móvil?

—Sí.

—Entonces, hay tantas pruebas contra usted como contra mí. Está claro que llamó usted a un cómplice y le ofreció ciento setenta pavos para que le pegara una paliza a su antiguo profesor. Puede que porque, en su día, sus notas no fueran perfectas. Puede que todavía estuviera enfadada con él.

—Eso es una estupidez.

—A eso me refiero.

La comandante no respondió.

—¿Qué tales fueron sus notas?

—No fueron perfectas.

Reacher se quedó escuchando de nuevo. En el pasillo no se oía nada.

—El detective Podolski va a ordenar que registren el vertedero. Encontrará su ropa. No le costará. Lo último que llega está arriba del todo. ¿Superará un análisis de ADN?

—Con facilidad, porque no he sido yo.

Más pasos en el pasillo. Suaves, tranquilos, dos personas. Una pequeña procesión, quizá. Una persona que guiaba a otra. Se detienen, una explicación, una frase casual, en tono bajo, a ritmo lento. Puede que: «En esta, coronel, que la otra la están usando». Y ruido de puertas. El clic metálico del picaporte, el rechinar preciso al girar sobre las bisagras y el siseo de las juntas de silicona.

La llegada de un abogado. El de Turner, seguro. Porque, aparte de Reacher, ella era la única clienta que había en aquella prisión. Y la abogada de Reacher seguía en el edificio. Su primera abogada, todavía. Por ahora, todo bien.

«Cara y cara».

«Dos tantos».

—Hábleme de la declaración jurada de Rodriguez —le pidió Reacher.

—Una declaración jurada es una constatación jurada de un hecho.

—Eso ya lo sé. Como le he dicho a su colega, esto no es neurocirugía. De hecho, el nombre técnico es «afidávit», del latín, y significa, literalmente: «Ha declarado

bajo juramento». Pero ¿de verdad es útil más allá de la tumba? ¿En el sentido práctico? ¿En el mundo real?

Por primera vez, la mujer quitó las manos del maletín y las dejó caer a los lados. Ambiguo. Como todos los gestos de académicos. «Puede que sí, puede que no».

—En la jurisprudencia estadounidense no es muy habitual confiar en una declaración jurada no confirmada, en especial, si la persona que la juró no puede ratificarse más adelante. Pero se permite si es en interés de la justicia. O en interés de las relaciones públicas, si quiere ser cínico. Y la fiscalía argumentará que, en cualquier caso, la declaración jurada de Rodríguez está confirmada en cierta medida. Tienen el registro diario de los archivos de la 110 en los que se dice que usted fue a verle y tienen el informe médico del servicio de urgencias, inmediatamente posterior. Argumentarán que los tres detalles juntos suponen una narración sin interrupciones y coherente de los acontecimientos.

—¿Y no puede usted rebatir eso?

—Claro que sí, pero nuestros argumentos son muy débiles, poco dinámicos. En cambio, lo que ellos dicen tiene mucho sentido. Sucedió esto, luego sucedió esto otro y, por fin, sucedió esto. Tenemos que quitar el «esto» de en medio y reemplazarlo por algo que no suene muy improbable. Como, por ejemplo, que usted se fue y apareció otra persona en el mismo lugar, a la misma hora y fue ella quien le dio la paliza.

Reacher no respondió. Otra vez estaba escuchando.

—El problema es que si intentamos defendernos y fallamos, el juez se molestará y lo más probable es que dicte una sentencia todavía peor que si hubiéramos llegado a un acuerdo. Y eso es arriesgarse mucho. Mi consejo es que juegue sobre seguro y que acepte el trato. Dos años es mejor que cinco o diez.

Reacher no respondió. Todavía estaba escuchando. Al principio, nada. Silencio a secas. Luego, más pasos por el pasillo. Dos personas. Una seguía a la otra.

—¿Comandante?

Luego, los ruidos de la puerta. La misma puerta. El mismo clic metálico del picaporte, el mismo rechinar preciso al girar sobre las bisagras y el mismo siseo de las juntas de silicona. A continuación, una pausa y los mismos sonidos, pero al revés, porque se cerraba la puerta. Luego, un único tipo de pasos alejándose.

Así que, en ese momento, Turner estaba en la sala de al lado con su abogado y el pasillo estaba vacío.

«Empieza el espectáculo».

—Tengo un problema grave con mi celda, abogada. Tiene que venir a verla.

—¿Qué tipo de problema? —le preguntó Sullivan con tono de cansancio pero sin mostrar impaciencia.

Al menos, no se estaba desentendiendo del asunto a las primeras de cambio. Los abogados defensores lidian con todo tipo de estupideces. Los sospechosos siempre están buscando algo para salirse por la tangente. Para la inevitable apelación. Había que investigar y evaluar cualquier injusticia, incluso las imaginarias. Reacher lo sabía. Sabía cómo se jugaba a aquello.

—No quiero meterle nada en la cabeza. No quiero viciar su opinión honesta. Quiero que lo vea usted misma.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—De acuerdo —dijo la abogada, de nuevo con ese ligero tono de cansancio.

Se puso de pie. Fue hasta la puerta. Presionó el timbre.

Había dejado el maletín sobre la mesa.

Reacher se levantó y esperó detrás de ella.

Un minuto.

Dos.

Entonces, el ventanuco estrecho de vidrio reforzado de la puerta se oscureció, esta se abrió y el capitán de guardia dijo:

—¿Han acabado, abogada?

—No, tiene un problema con su celda.

El altísimo capitán miró a Reacher con cara de no comprender nada, en parte resignado y en parte sorprendido, como si pensara: «¿De verdad? ¿Tú? ¿Tú me vas a venir con esa mierda?». No obstante, respondió:

—Vale, de acuerdo. Vayamos a echar una ojeada.

Como si necesitase hacerlo. Él también sabía cómo se jugaba a aquello.

Reacher iba primero. Luego la abogada. El capitán iba el último. Caminaban en fila india, zigzagueando a derecha e izquierda, hasta que llegaron a la puerta de la celda, que tenía los cerrojos sin correr y la llave sin echar porque Reacher no estaba dentro. Reacher la sujetó para que pasaran los otros dos. El capitán sonrió, la cogió e hizo un gesto: «Después de ti». Era tonto, pero no tonto del culo.

Reacher entró el primero. Luego, la abogada. El capitán, el último. Reacher se detuvo y señaló.

—Ahí, en la grieta.

—¿Qué grieta? —preguntó ella.

—En el suelo, cerca de la pared. Debajo de la ventana.

La comandante se dirigió hacia allí. El altísimo capitán se detuvo cerca de la cama.

—No veo ninguna grieta.



—Hay algo dentro. Se retuerce.

La mujer se quedó de piedra. El altísimo capitán se agachó para mirar. La naturaleza humana. Reacher se agachó hacia el otro lado, un movimiento sutil, pero la masa del capitán se movía en una dirección y la de él en la otra. Empujó al tipo por debajo de los hombros, en la parte superior del brazo, con fuerza, tal y como un nadador empuja la parte final de la piscina, y el tipo cayó sobre la cama como si estuviera derrumbándose de unos zancos. La comandante se dio la vuelta mientras Reacher salía al pasillo, cerraba la puerta y corría el cerrojo.

Acto seguido, se apresuró, no sin cierta torpeza, debida a que le habían quitado los cordones de las botas, y dejó atrás la sala en la que su abogada había abandonado el maletín y llegó a la siguiente. Se asomó con cuidado por el ventanuco rectangular de la puerta.

Y vio a Susan Turner por primera vez.

«La espera ha merecido la pena —pensó—. Y mucho».

Estaba sentada en la parte derecha de la mesa. Llevaba el uniforme de combate, con todas las etiquetas de velcro quitadas, y botas de combate oscuras, también sin cordones. Mediría casi cinco centímetros más que la media. Era de hueso estrecho y esbelta, morena con el pelo echado hacia atrás, de tez oscura y con los ojos de color castaño oscuro. Tenía cara de cansada, aunque aún se veía espíritu en su expresión, e inteligencia, y una especie de indiferencia irónica.

Espectacular, en la considerada opinión de Reacher.

«Pero mucho mucho», pensó de nuevo.

Su abogado estaba en el lado izquierdo de la mesa, un coronel con todas las condecoraciones y vestido con uniforme de clase A. El pelo entrecano y la cara arrugada. Mediana edad y altura media.

Hombre.

De raza blanca.

«Cara».

«Tres tantos».

Reacher siguió adelante, hasta llegar a la puerta de seguridad que le separaba del vestíbulo trasero. Solo había un timbre, como en las salas de visita. Se quitó las botas y pulsó el botón con urgencia, una y otra vez. En menos de cinco segundos, la puerta se abrió. La abrió el recepcionista, que tenía el pomo en la mano. Llevaba las llaves en un aro cuadrado de metal, como si fuera parte del equipamiento de un alpinista, cogido a una de las trabillas del pantalón.

—¡A su capitán le está dando una especie de ataque! —dijo Reacher sin aliento—. ¡O un infarto! ¡Está tirado en el suelo, moviéndose de un lado a otro! ¡Tiene que irlo a ver! ¡Ahora, soldado!

Presencia imponente. Muy valorado entre los militares. El recepcionista dudó

menos de un segundo y se internó por el pasillo. La puerta empezó a cerrarse detrás de él. Reacher puso la bota izquierda en el quicio para impedirlo; luego, dio media vuelta y salió detrás del soldado. Corría sin botas, en silencio. Alcanzó al soldado y abrió la puerta de la primera celda con la que se topó. Y que tenía el cerrojo descorrido y la llave sin echar porque estaba vacía.

Pero no por mucho tiempo.

—Aquí —le dijo.

El recepcionista entró a toda prisa y Reacher le echó mano a las llaves y se las arrancó del pantalón, con trabilla y todo, tras lo que le pegó un empujón que lo envió hasta la otra punta de la celda, cerró la puerta y corrió el cerrojo.

Tomó aire y exhaló.

Faltaba lo difícil.

Reacher fue hasta la sala en la que estaba el maletín de su abogada. Abrió la puerta de par en par y lo cogió a toda velocidad, tras lo que dio media vuelta y agarró la puerta antes de que se cerrara. Se arrodilló en el pasillo y abrió el maletín. Ignoró los expedientes y demás papeles legales y rebuscó hasta que encontró la llave de un coche, que se metió al bolsillo. A continuación, encontró la cartera. Sacó la identificación del ejército. La abogada Sullivan se llamaba Helen. Metió la identificación en el bolsillo de su camisa. Cogió el dinero y se lo metió en un bolsillo del pantalón. Encontró un bolígrafo y rompió un pequeño triángulo de papel de una fotocopia, donde escribió: «Querida Helen, te debo 30 dólares. Jack Reacher». Metió el pedazo de papel en el bolsillito para el dinero y cerró la cartera. Y el maletín.

Se puso de pie con el maletín en la mano.

Tomó aire y lo exhaló.

«Empieza el espectáculo».

Siguió adelante, tres metros, hasta la siguiente habitación y miró por el estrecho ventanuco de la puerta. Susan Turner hablaba, con paciencia, ordenando argumentos, moviendo las manos, separando un punto del siguiente. Su abogado la escuchaba, con la cabeza gacha, tomando notas en una libreta de páginas amarillas. Tenía el maletín abierto sobre la mesa, a un lado. Estaba más vacío que el de Sullivan, pero llevaba los bolsillos más llenos. Su uniforme no estaba bien acabado. Le hacía bolsas y era evidente que le quedaba grande. En la etiqueta que llevaba en la solapa del bolsillo ponía Temple.

Reacher se puso en marcha otra vez y fue hasta la puerta de seguridad que había entre el vestíbulo y él. Reemplazó su bota izquierda por la llave del coche de Sullivan, para que la puerta siguiese sin cerrarse, y volvió a ponerse las botas, flojas, sin los cordones. Luego, volvió a la sala de interrogatorios en la que estaba Turner y se detuvo frente a la puerta.

Tomó aire y lo exhaló.

Abrió la puerta como si fuera lo más normal del mundo y entró. Dio media vuelta, se agachó y puso el maletín de Sullivan en la jamba, una vez más, para impedir que la puerta se cerrara. Al darse la vuelta de nuevo se fijó en que tanto Turner como su abogado le miraban; sin apenas expresión la cara de él, pero la cara de Turner parecía reflejar un reconocimiento.

—Coronel, tengo que ver su identificación.

—¿Quién es usted? —respondió este.

—Departamento de Inteligencia de Defensa. Es mera rutina, señor.

Presencia imponente. Muy valorada entre los militares. El tipo dudó un instante, tras lo que rebuscó en un bolsillo interior y sacó su identificación. Reacher dio un paso adelante, la cogió y la miró con atención. «John James Temple». Enarcó las cejas, como si algo le sorprendiese, volvió a observarla y se la metió en el bolsillo de

la camisa, con la identificación de Sullivan.

—Lo siento, coronel, pero necesito que me preste atención un minuto.

Volvió hasta la puerta y la abrió. «Después de usted». El tipo pareció desconcertado unos instantes, tras lo que se puso de pie, poco a poco. Reacher miró a Turner por encima del hombro y le dijo:

—Usted espere aquí, señora. Enseguida volvemos.

El abogado hizo una pausa y salió de la sala por delante de Reacher.

—Señor, a la derecha, por favor.

Y siguió al abogado arrastrando los pies, literalmente, por culpa de las botas flojas. Que eran el punto débil. Es probable que los abogados no fueran las personas más observadoras del mundo, pero tenían cabeza y eran, por lo general, muy lógicos. Y aquella fase del plan era una proposición a poca velocidad. No había prisa. No había que apresurarse. Ni dejar que el pánico se apoderara de él. Casi a cámara lenta. El tipo tenía tiempo para pensar.

Algo que, como es evidente, hizo.

A unos seis metros de la primera celda vacía, el coronel se detuvo de pronto, se giró y bajó la mirada. A las botas. De inmediato, Reacher le dio la vuelta y lo inmovilizó como había aprendido que había que hacer a la hora de arrestar a los oficiales de alta graduación, cosa que aprende cualquier PM en cuanto entra en el cuerpo y de lo que no se dice nada en ningún manual de campo y que no se enseña sino mediante pistas y ejemplos. Cogió el codo derecho del hombre y su mano izquierda y los apretó con fuerza al mismo tiempo, los llevó hacia abajo y los empujó hacia delante. Como pasaba siempre, el detenido se empeñaba tanto en enfrentarse a la fuerza que se ejercía hacia abajo que se olvidaba de resistirse al empujón. Se tambaleó hacia delante, avanzando como un cangrejo, retorciéndose y agachándose, jadeando un poco, no por el dolor, sino por la sensación de dignidad herida. Algo de lo que Reacher se alegraba. No quería hacerle daño. Aquello no era culpa suya.

Reacher maniobró con él hasta que llegó a una celda abierta y vacía, que supuso que bien podía ser la de Turner, por su apariencia, y lo metió dentro, cerró la puerta y corrió el cerrojo.

Se quedó en el pasillo, un instante, tomó aire y lo exhaló.

«Hora de irse».

Volvió a la segunda sala de entrevistas. Susan Turner estaba de pie, entre la mesa y la puerta. Le tendió la mano.

—Soy Jack Reacher.

—Lo sé. He visto su foto. En su expediente. Y he reconocido su voz. De hablar por teléfono.

Y él reconocía la de ella. De haber hablado por teléfono. Cálida, un pelín ronca, un tanto susurrante, un tanto íntima. Tan bonita como la recordaba. Puede que incluso mejor, en persona.

—Me alegro muchísimo de conocerla.

La mujer le estrechó la mano. Su tacto era cálido, nada duro, pero tampoco blando.

—Yo también me alegro mucho de conocerle. Pero ¿qué es lo que está haciendo?

—Ya lo sabe. Y el porqué. Al menos, eso espero. Porque, de no ser así, no merece la pena que lo haga.

—No quería que se viera implicado.

—¿Por eso lo de que no la visitara?

—Pensé que quizá aparecería. Quizá. Y, si era así, quería que diera media vuelta y se largara a toda hostia, de inmediato. Por su bien.

—Pues no ha funcionado.

—¿Qué probabilidades tenemos de salir de aquí?

—Hemos tenido mucha suerte hasta el momento.

Rebuscó en el bolsillo de la camisa y sacó la identificación de la comandante Sullivan. La miró y miró a Susan. Mismo género. Digamos que un color de pelo más o menos parecido. Y ya está. Le dio la identificación.

—¿Quién es?

—Mi abogada. Una de ellas. La he conocido esta mañana.

—¿Y dónde está?

—En una celda. Golpeando la puerta, lo más probable. Tenemos que irnos.

—¿Y usted va a ir con la identificación de mi abogado?

—Aquí la llevo. —Se tocó el bolsillo.

—Pero no se parecen en nada.

—Por eso va a conducir usted.

—¿Ya es de noche?

—Está anocheciendo.

—Pues vamos.

Salieron al pasillo y fueron hasta la puerta de seguridad. Aún estaba abierta unos centímetros gracias a la llave del coche de Sullivan. Reacher la abrió, Turner cogió la llave y salieron al pequeño vestíbulo cuadrado. La puerta se cerró tras ellos. La puerta de salida estaba cerrada con un mecanismo pequeño e inteligente, sin duda, caro y de alta seguridad. Reacher cogió las llaves del recepcionista y empezó a probarlas, una tras otra. Había ocho en total. La primera no era. Ni la segunda. Ni la tercera. Ni la cuarta.

La quinta sí. La cerradura se abrió. Reacher giró el picaporte y empujó la puerta. Les llegó un viento frío. La luz de la tarde empezaba a desvanecerse.

—¿Qué coche buscamos?

—Un sedán de color verde oscuro.

—Eso es de gran ayuda en una base militar.

Cálida, ronca, susurrante, íntima.

Salieron juntos. Reacher cerró la puerta con llave. Pensó que eso les daría algo más de tiempo. Delante de ellos, a la izquierda, había un pequeño aparcamiento, a

unos treinta metros, tras una franja de asfalto negro. Había diecisiete coches en él. La mayoría, vehículos privados. Solo había dos sedanes, ninguno de los cuales era verde. Más allá del aparcamiento había una carretera que giraba hacia el oeste. A la derecha, esa carretera doblaba una esquina y se perdía de vista.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Turner.

—En caso de duda, gire a la izquierda. Siempre ha sido mi principio operativo.

Giraron a la izquierda y encontraron otro aparcamiento escondido tras la esquina del edificio. Era pequeño, apenas unas pocas plazas para aparcar en semibatería. Seis coches en total, todos ellos aparcados de morro. Todos ellos idénticos sedanes de color verde oscuro.

—Mucho mejor —comentó Turner.

Se situó a medio camino del maletero de los seis y presionó el botón de apertura de puertas de la llave.

Nada.

Lo probó de nuevo. Nada.

—Puede que se haya descargado —dijo ella.

—¿La batería del coche?

—La pila de la llave.

—Entonces ¿cómo ha llegado Sullivan?

—Pues abriendo y cerrando con la propia llave. Como se hacía en nuestros tiempos. Tendremos que probar uno a uno.

—No podemos hacer eso. Pareceremos ladrones de coches.

—Somos ladrones de coches.

—Quizá no sea ninguno de estos. Esta mañana no me he fijado en la matrícula. Estaba oscuro.

—No podemos seguir deambulando por la base mucho más tiempo.

—Quizá tendríamos que haber girado a la derecha.

Volvieron sobre sus pasos tan deprisa y disimuladamente como les permitía el hecho de llevar las botas sueltas. Dejaron atrás la puerta trasera de la prisión y fueron hacia la esquina. Les estaba sentando bien andar. Libertad y aire libre. Reacher siempre había pensado que lo mejor de salir de la cárcel eran los primeros treinta metros. Y le gustaba que Turner estuviera con él. Estaba nerviosa como un gato, pero soportaba la presión. Parecía confiada. Dos personas caminando, como cualquier timador: «Actúa como si se supusiera que es ahí donde tienes que estar».

Al doblar la esquina, vieron otro aparcamiento para seis coches en semibatería, simétrico al del oeste. Lo ocupaban tres coches. Solo uno de ellos era un sedán. De color verde oscuro. Turner pulsó el botón de la llave.

Nada.

Se acercó e intentó meter la llave. No encajaba.

—¿Por dónde entra un abogado que viene de visita a la prisión? —se preguntó la mujer en voz alta—. Por la entrada de delante, ¿no? ¿Hay algún aparcamiento

delante?

—Debería. Pero preferiría que no. Allí estaremos muy expuestos.

—Pues no podemos quedarnos aquí. Somos presa fácil.

Siguieron andando hasta la esquina delantera del edificio y se detuvieron en las sombras. Reacher presintió que delante había un espacio abierto, y puede que luces, y puede que tráfico.

—A la de tres —dijo ella—. Uno, dos y tres.

Doblaron la esquina. «Actúa como si se supusiera que es ahí donde tienes que estar». Caminaron a buen ritmo, como si estuvieran atareados y fueran a algún sitio en particular. Por delante de la parte frontal de la prisión pasaba un carril de emergencia y también había una isleta para dividir el tráfico, con una larga fila de coches aparcados a un lado, en la que solo había una única plaza libre. Y a la izquierda de la plaza vacía había un sedán de color verde oscuro.

—Es ese —comentó Reacher—. Lo reconozco.

Turner fue directa hacia él y pulsó el botón de apertura de la llave. Las luces del interior se encendieron, los intermitentes se iluminaron una vez y los seguros de las puertas se abrieron. Por delante de ellos, a unos cien metros a la izquierda, un automóvil avanzaba en su dirección, a una velocidad prudente y las luces encendidas en la penumbra. Reacher y Turner se separaron; él fue a la derecha y ella a la izquierda de los flancos del coche verde; Reacher a la puerta del copiloto, Turner a la del conductor. Las abrieron y se subieron, sin titubear, sin vacilar. El otro coche iba acercándose. Cerraron las puertas, pam, pam, como empleados muy atareados a los que solo les quedan unos minutos para llegar a una reunión de importancia vital, y Turner metió la llave en el bombín y arrancó el motor.

El automóvil que avanzaba despacio entró en el aparcamiento y rodó hacia ellos, desde la izquierda, iluminándolos con los faros.

—Vamos —dijo Reacher—. Vamos ya.

Pero no fueron a ninguna parte. Turner metió la marcha atrás y pisó el acelerador, pero el coche no se movió. No podía moverse a causa del freno de mano.

—Mierda —soltó ella mientras bajaba la palanca.

Pero, para entonces ya era tarde. El otro automóvil estaba detrás de ellos. Se detuvo, bloqueándoles la salida y el conductor giró el volante, disponiéndose a aparcar en el hueco vacío que había al lado de ellos.

Y resultó que el conductor era la capitana Edmonds, la otra abogada de Reacher. La que trabajaba en el MRH. Candice Dayton. Su segunda cita de la tarde.

Reacher se pegó al asiento y se cubrió la cara con la mano, como si le doliera la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Es mi otra abogada, la capitana Edmonds. Había pedido que mis dos abogadas vinieran a verme.

—¿Por qué?

—Quería asegurarme de que yo estaría fuera de la celda cuando apareciera su abogado.

—Pues que no le vea.

—Ese será el menor de nuestros problemas. El ventilador hará que la mierda salga disparada por todas partes en cuanto la mujer entre, ¿no le parece?

—Debería haber supuesto que con una abogada sería suficiente.

—¿Sería lo que habría supuesto usted?

—Creo que no.

A su lado, la capitana avanzó y retrocedió en un par de ocasiones hasta que estuvo adecuadamente aparcada. Luego, apagó las luces del automóvil mientras Turner encendía las del otro, daba marcha atrás con decisión y giraba. La capitana abrió la puerta y salió del automóvil. Reacher mantuvo las manos delante de la cara. Turner metió primera, enderezó el rumbo y pisó un poco el acelerador. La capitana esperó pacientemente a que acabara la maniobra y Turner se lo agradeció con la mano antes de marcharse.

—Por la puerta sur —le dijo Reacher—, ¿no le parece? Yo diría que toda esta gente ha entrado por la puerta norte.

—Estoy de acuerdo.

Giró hacia el sur, a buen ritmo, pero nada suicida, recorriendo todo el complejo, dejando atrás edificios grandes y pequeños, girando a uno y otro lado, reduciendo el ritmo aquí y allí, respetando las señales de stop, mirando a derecha e izquierda, siguiendo adelante, hasta que, por fin, la base quedó tras ellos y se encontraron en la carretera de salida, camino del primer puesto de control.

El primero de los tres.



Pasar la primera barrera fue fácil. «Actúa como si se supusiera que es ahí donde tienes que estar». Turner le cogió la identificación a Reacher y la sujetó con la suya, desplegadas como si llevase un par de treses, redujo la velocidad, bajó la ventanilla y abrió el maletero mientras paraba, lo de siempre, una secuencia natural, como si llevara haciéndolo todos y cada uno de los días de su vida.

El centinela de la garita respondió a la actuación de la forma adecuada, tal y como Reacher suponía que ella esperaba que sucediera. El soldado no miró las identificaciones ni un segundo, no revisó el maletero ni un segundo y no tardó ni un segundo en cerrarlo.

Turner pisó el acelerador y siguió adelante.

Y dejó escapar el aire.

—Seguro que la capitana ya está dentro —comentó Reacher.

—¿Se le ocurre alguna idea brillante?

—Al menor signo de problemas, pise el acelerador. Atraviese la barrera. Romper un pedazo de metal pintado con franjas no puede meternos en muchos problemas más.

—Podríamos atropellar a algún guardia.

—Pegarán un salto a un lado. Son humanos, como cualquiera.

—Abollaremos un coche del ejército.

—Ya he abollado uno. Anoche. Con la cabeza de dos tipos.

—Parece que es habitual eso de que abolle propiedades del ejército con cabezas.

—Cálida, ronca, susurrante, íntima—. Como la abolladura del escritorio de mi despacho.

Asintió. Le había contado la historia por teléfono. Desde Dakota del Sur. Una antigua investigación y, como resultado de ella, un poco de frustración. Un relato corto que se había convertido en una novela. Para que la mujer siguiera hablando. Para seguir oyendo su voz.

—¿Quiénes eran los dos tipos de anoche?

—Es algo complicado. Ya se lo explicaré más tarde.

Avanzaron hacia el segundo puesto de control y resultó que embestir la barrera no era una opción. Eran poco más de las cinco de la tarde. Hora punta en el mundo de los militares. Había una modesta fila de vehículos esperando para salir. En el carril de salida había dos y tres en el de entrada. En la garita había dos centinelas. Uno iba a derecha e izquierda, dejando entrar un coche, dejando salir otro, atrás y adelante en una rotación estricta.

El otro soldado estaba dentro de la garita.

Estaba al teléfono, escuchando con atención.

Turner redujo la velocidad hasta detenerse. Eran el tercer coche de la fila en un carril que se iba estrechando, con la garita delante, a la izquierda, y una fila de dientes

de dragón de hormigón a la derecha, cada uno de ellos una pirámide diminuta y truncada de, más o menos, un metro de altura, sin duda, de hormigón armado y anclados bajo tierra a mucha profundidad.

El segundo soldado seguía al teléfono.

En el otro carril se levantó la barrera y un vehículo entró. El centinela que iba de un lado para otro se agachó junto a una ventanilla y comprobó una identificación, comprobó también un maletero y pulsó un botón, con lo que la barrera de salida se levantó y un vehículo salió.

—Puede que la hora punta nos beneficie. Quizá hagan los registros más por encima —comentó Reacher.

—Depende de qué le estén contando por teléfono —repuso Turner.

Reacher imaginó a Tracy Edmonds entrando por la puerta principal de la prisión y llegando hasta la recepción, donde se encontraría con que el capitán de servicio no estaba. Algún administrativo asentiría y se iría a alguna parte arrastrando los pies. ¿Cuánta paciencia tendría la abogada? ¿Cuánta paciencia tendría el administrativo? La graduación siempre tiene efectos. Edmonds también era capitana. Como el tipo de servicio. Oficiales de la misma graduación. La mujer le daría cierta cancha. No se mostraría impaciente de inmediato, como harían un comandante o un coronel. Y, desde luego, el administrativo no se daría prisa en intervenir.

Dentro de la garita, el segundo soldado seguía al teléfono. Fuera de ella, el primero seguía a toda prisa de un lado para el otro. Entró un segundo vehículo y salió un segundo vehículo. Turner avanzó y se detuvo. El suyo era el siguiente en salir, pero también estaba de lo más encajonado, tanto a derecha como a izquierda, además de por los dos vehículos que tenía detrás y la barrera metálica pintada con rayas que tenía delante. Tomó aire y abrió el maletero, cogió las identificaciones y bajó la ventanilla.

El segundo soldado acabó de hablar por teléfono. Colgó el auricular y miró hacia el carril de salida. Lo observó, de adelante atrás, y viceversa, empezando por Turner y acabando con Turner. Salió de la garita y se acercó a la comandante.

—Disculpe por el retraso —le dijo.

Miró las identificaciones, fue atrás y miró el maletero y lo cerró, tras lo cual pulsó el botón que había en el lateral de la garita, la barrera se levantó y Turner siguió adelante.

Y suspiró.

—Uno más —comentó Reacher—. Las cosas buenas vienen de tres en tres.

—¿De verdad cree eso?

—No, ni mucho menos. La probabilidad de que tres proposiciones de sí o no salgan bien son de doce sobre cien.

Ante ellos, el tercer puesto de control parecía una repetición exacta del segundo. La misma cola con tres vehículos para salir, una cola para entrar, dos soldados de servicio, uno de ellos fuera, agachándose aquí y allá, y otro dentro, al teléfono.

Escuchando con atención.

—Estas llamadas telefónicas tienen que ser importantes, ¿no? —preguntó Turner—. Es decir, estos chicos tienen cosas mejores que hacer ahora mismo. Están retrasando a un montón de oficiales. Y algunos de ellos tienen que ser marines. A esa gente no le gustan los retrasos.

—¿Y a nosotros sí?

—No es como lo de los marines. Nosotros no estamos siempre a la espera de tener que salir corriendo a salvar el mundo.

—Mi padre era marine.

—¿Y salvó el mundo?

—No era un oficial de alta graduación.

—Me gustaría saber quién está llamando.

Reacher pensó en cuando había sido capitán. ¿Cuánto tiempo habría esperado a que otro capitán acabase sus asuntos? No demasiado, lo más probable. Pero puede que Edmonds fuera más agradable. Más paciente. O quizá en la prisión se sintiera fuera de lugar. Por mucho que fuera abogada. Seguro que había visto multitud de prisiones. A menos que fuera más dada al trabajo de despacho. Más dada al papeleo. Bien podría ser así. Al fin y al cabo, estaba asignada al MRH. Algo querría decir eso. ¿Cuánta parte del trabajo de MRH se hacía en celdas?

—Esta es una base muy grande —dijo Reacher—. Las llamadas no tienen por qué venir de la prisión.

—¿Qué otra cosa sería tan importante?

—Puede que le tengan que abrir paso a un general. O quizá estén pidiendo una pizza. O asegurándole a su novia que no tardarán en llegar a casa.

—Esperemos que así sea. Una de las anteriores opciones. O todas.

En el carril opuesto se levantó la barrera y entró un vehículo. El centinela que estaba fuera se acercó al carril de salida y comprobó una identificación, comprobó un maletero, levantó la barrera y el vehículo salió. Turner avanzó un puesto. El soldado de la garita seguía al teléfono.

Aún muy atento.

—Ni siquiera necesitan una llamada de teléfono. No llevo las identificaciones del uniforme. Me las han quitado. Tengo, nada más y nada menos, que el aspecto de una prisionera a la fuga.

—O de una hijaputa autoritaria de las Fuerzas Especiales. De incógnito, anónima. Mire el lado bueno. Ahora bien, que no le miren ellos las botas.

Entró otro vehículo y salió otro. Turner avanzó y ya eran los siguientes. Abrió el maletero, cogió las identificaciones y bajó la ventanilla. El soldado de la garita seguía al teléfono. El de fuera estaba ocupado con un vehículo del carril de entrada. Más allá de la última barrera, los dientes de dragón se acababan y la carretera de salida se ensanchaba y se convertía en una carretera normal y corriente de Virginia.

En ella, estaba aparcado un coche de la policía del condado de Arlington.

—¿Todavía quiere que me lleve la barrera por delante? —preguntó Turner.

—Solo si es necesario.

El centinela de fuera acabó de comprobar el vehículo que quería entrar y levantó la barrera. El de dentro acabó de escuchar y colgó el teléfono. Salió, se agachó y miró las identificaciones que le tendía Turner. Pero no un simple vistazo. Se fijó en las fotos y las caras. Reacher oteaba el paisaje por el parabrisas. Permaneció encogido en el asiento, intentando parecer una persona de mediana edad y de estatura media. El soldado fue al maletero. No se limitó a revisarlo por encima. Luego, con mucho cuidado, lo cerró con la palma.

Se alejó hacia el lateral de la garita.

Y presionó el botón que elevaba la barrera.

Esta se levantó, Turner aceleró, el coche empezó a rodar, pasó por debajo de la barrera, dejó atrás el último de los dientes de dragón hasta llegar a aquella carretera de las afueras, ancha, próspera y de tres carriles, y siguió adelante, dejando atrás el coche aparcado de la policía de Arlington, cada vez más lejos.

«La capitana Tracy Edmonds debe de ser una mujer de lo más paciente», pensó Reacher.

Daba la impresión de que Susan Turner conocía las carreteras locales. Giró a izquierda y a derecha, y rodeó la parte norte del cementerio, tras lo que volvió a girar y condujo durante un rato por el lado este del mismo.

—Supongo que le parece bien que vaya hacia Union Station —dijo ella—, para dejar allí el coche y que parezca que hemos tomado un tren.

—Me parece bien.

—¿Cómo quiere llegar hasta allí?

—¿Cuál es la ruta más idiota?

—¿A esta hora del día? Ir por las calles y no por carretera, supongo. Constitution Avenue, seguro. Avanzaríamos despacio y se nos reconocería con facilidad.

—Pues vayamos por ahí. Será lo que menos se esperen.

Así que tomó dicha ruta, con intención de cruzar el puente. El tráfico era muy denso. En el mundo de los civiles también era hora punta. Todos pegados entre sí, como un aparcamiento en movimiento. Turner tamborileaba en el volante y miraba por el retrovisor para cambiar a uno u otro carril con la intención de conseguir un poquito de ventaja.

—Tranquila. La hora punta es nuestra aliada. No pueden perseguirnos.

—Siempre y cuando no lo hagan con un helicóptero.

—Cosa que no harán. Aquí no. Les preocupará demasiado estrellarse y matar a un congresista. Y eso no le vendría nada bien a su presupuesto.

Avanzaron poco a poco hasta el puente, muy despacio, hasta que estuvieron por encima del agua y dejaron atrás el condado de Arlington.

—Hablando de presupuestos, no tengo dinero. Me quitaron mis pertenencias y las metieron en una bolsa de plástico.

—A mí también, pero mi abogada me ha prestado treinta pavos.

—¿Cómo es que le ha prestado dinero?

—Bueno, a decir verdad, aún no sabe que lo ha hecho. Pero lo descubrirá enseguida. Le he dejado una notita.

—Vamos a necesitar más de treinta pavos. Para empezar, necesito ropa de calle.

—Y yo cordones para las botas. Tendremos que ir a un cajero.

—No tenemos tarjeta.

—Hay cajeros de muchos tipos.

Salieron del puente, poco a poco, deteniéndose y arrancando de nuevo, hasta que entraron en el distrito de Columbia. Territorio de la policía metropolitana. Reacher enseguida vio dos coches patrulla. Estaban aparcados morro contra morro en la acera que había detrás del Monumento a Lincoln. Tenían el motor encendido y entre los dos contarían una decena de antenas de radio. En cada coche había un poli, calentito y cómodo. Reacher esperaba que se tratara de una medida de seguridad estándar. Turner seguía cambiando a uno y a otro carril, y los dejó atrás por el lado ciego de

uno que apenas avanzaba. Los polis no reaccionaron.

Siguieron adelante mientras iba oscureciendo, despacio y deteniéndose, anónimos entre un grupo glacial de cincuenta mil vehículos que se acumulaban en unos pocos kilómetros de calles. Fueron hacia el norte por la 23, la misma manzana por la que Reacher había caminado el día anterior; después giraron a la derecha para tomar Constitution Avenue, que se les presentó por delante casi infinita, recta y larga, un río sin fin de luces rojas de freno.

—Cuénteme lo de los dos de anoche.

—Llegué en autobús y fui directo a Rock Creek. Venía para invitarla a cenar. Pero no estaba usted en su despacho, claro. Y el tipo que había sentado en su silla me contó no sé qué chorrada sobre un cargo de agresión que yo tenía pendiente en mi expediente. Un pandillero que habíamos investigado hacía dieciséis años. No me impresionó, así que se sacó de la manga no sé qué del artículo 10 para reengancharme.

—¿Cómo?, ¿que vuelve a estar en el ejército?

—Desde ayer, a última hora de la tarde.

—Es extraordinario.

—A mí no me lo parece. Al menos, no de momento.

—¿A quién han puesto en mi lugar?

—A un coronelito que se apellida Morgan. Un gestor, por lo que parece. Me asignó una habitación en un motel que hay al noroeste y a los cinco minutos de registrarme aparecieron dos tipos en un coche. Suboficiales, lo más seguro. Cerca de los treinta, soltando chorradas acerca de que había desprestigiado a la unidad y diciendo que debería largarme de la ciudad para evitarles la vergüenza que supondría que se celebrara un consejo de guerra. Que me iban a patear el culo si no me largaba. Así que les estrellé la cabeza contra un lateral del coche.

—¿Y quiénes coño eran? ¿Consiguió sus nombres? No quiero gente así en mi unidad.

—No eran de la 110. De eso estoy seguro. El interior del coche estaba caliente. Desde luego, venían de más lejos de Rock Creek. Además, sus habilidades de combate estaban por debajo de la media. No eran de los suyos. De eso también estoy seguro porque, además, al volver al cuartel general he hecho un repaso extraoficial. He recorrido el edificio y he mirado en todas las oficinas y despachos. No estaban allí.

—Entonces ¿quiénes eran?

—Eran dos piecitas de un rompecabezas mucho más grande.

—¿Y cuál es la foto de la caja?

—No lo sé, pero hoy he vuelto a verlos. A lo lejos. Estaban en mi motel, con refuerzos. Dos más, cuatro en total. Supongo que o estaban comprobando si me había

ido, o tenían intención de convencerme para que adelantase mi partida.

—Si no eran de la 110, ¿por qué iban a querer que se fuera?

—Exacto. Ni siquiera me conocían. Normalmente, la gente no quiere que me vaya hasta que me conoce.

Seguían avanzando muy poco a poco, dejando atrás el Muro de Vietnam. Allí había otro coche patrulla. Con el motor encendido y un montón de antenas.

—Deberíamos suponer que el ventilador ya ha esparcido la mierda por todos lados, ¿no? —comentó Reacher.

—A menos que su abogada se haya quedado dormida esperando, sí.

Pasaron despacio por delante del vehículo de la metropolitana, lo suficiente como para que Reacher viera al poli que había dentro. Era negro, alto y delgado como una brizna de hierba. Bien podría ser el hermano del capitán de servicio de Dyer. Lo que habría sido muy mala suerte.

—¿De qué va el cargo por agresión de hace dieciséis años?

—Un pandillero de Los Ángeles vendía armas del ejército compradas en el mercado negro, conseguidas durante la vuelta de la Operación Tormenta del Desierto. Un gordo grande e idiota que se hacía llamar Perrazo. Recuerdo que hablé con él. De hecho, me costaría olvidarlo. Era tan grande como una casa. Por lo visto, murió. Y dejó una declaración jurada en la que aparece mi nombre por todos lados. Pero yo no le pegué. Ni un solo guantazo. Como para hacerlo. La grasa me habría llegado hasta el codo antes de golpear algo sólido.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto?

—Yo diría que algún cliente contrariado apareció con un par de amigos y un montón de bates de béisbol. Cuando despertó, el tipo debió de pensar cómo conseguir que le compensaran. Ya sabe, algo a cambio de nada, típico de nuestra sociedad litigante. Así que supongo que fue a consultárselo a algún picapleitos, que no vería claro lo de ir a por los tipos de los bates. O puede que el gordo le mencionara la visita del ejército y el abogado cayera en la cuenta de que el tío Sam tiene mucho dinero, así que prepararon una reclamación de lo más falsa. De las que ha debido de haber cientos de miles a lo largo de los años. Seguro que nuestros archivos están llenos. Y, como es normal, la mirarían, se descojonarían y la guardarían en un cajón para olvidarse de ella. Solo que, por alguna razón, ha vuelto a ver la luz del día.

—¿Qué razón?

—Esa es otra pieza del rompecabezas. Morgan me dijo que mi expediente tenía un localizador, una alarma. Que, por lo visto, cuando usted lo cogió no funcionó como es debido y no dio el aviso, pero que sí que lo dio cuando devolvió el expediente. No me lo creo. Nuestros burócratas saben hacerlo mejor. No me creo lo del localizador. Yo diría que esto se ha organizado a todo correr. Alguien que está acojonado.

—¿Por usted?

Negó con la cabeza.

—No, por usted, al principio. Por usted y por Afganistán.

Dejó de hablar porque el coche se llenó de luces rojas y azules. Por los retrovisores. Un coche de policía, detrás de ellos, abriéndose paso. Con la sirena puesta, pasando por todas las variantes digitales de forma rápida, urgente. El ulular, el graznido frenético, la lastimera bocina de dos tonos. Reacher se giró. El coche patrulla estaba como a unos veinte vehículos de distancia. Por delante de él, el tráfico se dividía hacia el arcén, desperdigándose, intentando sacar de la nada un carril adicional en medio de una carretera embotellada.

Ella también miró hacia atrás y dijo:

—Tranquilo, es un coche de la metropolitana. Va a ser el ejército quien venga a por nosotros. No usamos a la metropolitana para nada. Al FBI quizá, pero a esos payasos no.

—La metropolitana me busca por lo del coronel Moorcroft, su abogado. Un detective llamado Podolski cree que he sido yo.

—¿Por qué?

—Porque he sido el último que ha hablado con él, porque después he tirado mi ropa a la basura y porque estaba solo, sin que pueda explicar dónde, en el momento concreto en que le han atacado.

—¿Por qué ha tirado la ropa?

—Es más barato que lavarla.

—¿Por qué había hablado con mi abogado?

—Quería que la sacara de la prisión.

El poli debía de estar a unos diez vehículos de distancia, empujando el tráfico bastante rápido.

—Quítese la chaqueta —le dijo Reacher.

—Por lo general me gusta tomar una copa y ver una peli antes de desnudarme.

—No quiero que vea su uniforme. Si me está buscando a mí, también la está buscando a usted.

—Pero tendrá nuestra matrícula.

—Puede que no la vea, estamos demasiado apelotonados.

Los coches de delante se apartaban hacia la acera. Turner los siguió, girando el volante con la mano izquierda y quitándose la chaqueta con la derecha, abriendo la solapa y bajando la cremallera. Se inclinó hacia delante, se quitó el hombro izquierdo primero y, luego, el derecho. Sacó el brazo izquierdo y, luego, el derecho. Reacher cogió la chaqueta y la puso en el suelo de los asientos de atrás. Debajo, Turner llevaba una camiseta de color verde aceituna, de manga corta. Pensó que lo más probable es que fuera una XS, que le quedaba muy bien, excepto porque era un poco corta. Apenas llegaba a la cinturilla del pantalón. Vio un centímetro de carne, suave, firme y bronceada.

Volvió a mirar hacia atrás. El policía estaba a dos vehículos de distancia y seguía adelante, con las luces rojas y azules, ululando, graznando, lloriqueando.



—De haber estado en su despacho, ¿habría salido a cenar conmigo anoche? ¿O esta noche, si el coronel Moorcroft la hubiera sacado?

—¿Es importante que le responda ahora? —contestó mientras miraba por el retrovisor.

Estaban a escasos metros de la calle 17. Delante, a la derecha, el Monumento a Washington estaba iluminado en la oscuridad.

El coche patrulla llegó a su altura.

Y allí se quedó.

Allí se quedó porque el vehículo que tenía delante no había acabado de apartarse y porque en el carril de al lado había una camioneta con unos guardabarros desproporcionados en las ruedas traseras. Y el poli no tenía espacio para pasar. Era un blanco con el cuello gordo. Reacher se fijó en cómo miraba a Turner a toda velocidad y sin la más mínima curiosidad, cómo apartaba la mirada y se fijaba en su panel de instrumentos, donde era evidente que estaba el interruptor de las sirenas, porque en ese mismo instante la nota cambió hasta convertirse en un cacareo constante, frenético, sin fin e increíblemente ruidoso.

Pero, por lo visto, entre los asientos del coche patrulla había algo más, y era mucho más interesante que los botoncitos de las sirenas. Porque el tipo mantuvo la cabeza gacha. Estaba mirando algo, con atención. «Un portátil», pensó Reacher. O algún otro tipo de aparato de comunicación moderno. Ya había visto cacharros así. Había estado en coches de policía civiles alguna que otra vez. Algunos de ellos tenían una pantalla plana de color gris dispuesta sobre un pie flexible y alargado, y la poli recibía en ella multitud de notas a tiempo real, boletines y advertencias.

—Tenemos problemas —le dijo a Turner.

—¿De qué tipo?

—Yo diría que ese poli también va camino de Union Station. O de la estación de autobuses. A buscarnos. Creo que tiene notas y fotos. Conseguir las fotos sería sencillo, ¿no? ¿Del ejército? Creo que las tiene delante, ahora mismo. Fíjese en cómo está evitando mirarnos.

La comandante miró a la izquierda. El policía seguía con la cabeza gacha. Movía el brazo derecho. Puede que estuviera buscando el micrófono. Por delante, el tráfico se movió un poco. El vehículo que el poli tenía delante se apartó de en medio. La camioneta de los guardabarros se apartó quince centímetros. El poli ya tenía espacio para pasar.

Pero siguió sin levantar la cabeza. Y su coche no se movió.

La sirena seguía aullando. El tipo seguía hablando. Era imposible saber qué estaba diciendo. Entonces se calló y escuchó. Le estaban haciendo una pregunta. Puede que se tratara de un protocolo de radio forzado que significara algo como: «¿Estás seguro?», porque en ese mismo instante, el poli giró la cara, al tiempo que la agachaba un poco más, para mirar por la ventanilla del copiloto. Se quedó observándola a ella un segundo y, después, a él.

Movió los labios.

Una sola sílaba, corta, inaudible, pero, sin lugar a dudas, una fricativa alveolar sorda. Se podría decir, casi con toda certeza, que acababa de pronunciar un «sí».

Entonces, se soltó el cinturón de seguridad y movió la mano derecha hacia la cadera.

—Abandonen el barco —dijo Reacher.

Abrió su puerta y en parte rodó, en parte se tiró a la acera. Turner salió gateando detrás de él, alejándose del poli, por encima del cuadro de mandos, por encima del asiento del copiloto. El coche rodó y se pegó al de delante, como un beso. La comandante salió, a cuatro patas, torpe por aquellas botas sin cordones. Él la ayudó a ponerse de pie cogiéndola de la mano y corrieron a toda prisa por el arcén, en dirección a la Explanada Nacional. A su alrededor no había más que árboles desnudos y la oscuridad del anochecer. Detrás de ellos no había nada más que el cacareo de la sirena. Giraron hacia el extremo más cercano del Estanque Reflectante. Turner iba en camiseta, nada más, y hacía frío. Reacher se quitó el chaquetón y se lo tendió.

—Póngaselo. Luego, nos separaremos. Es más seguro. Nos encontraremos dentro de quince minutos en el Muro de Vietnam. Si no llego, siga corriendo.

—Lo mismo digo.

Y cada uno se fue por su lado.

A Reacher era fácil reconocerlo en cualquier contexto, por su altura, así que lo primero que hizo fue buscar un banco. Se obligó a caminar despacio y como si no pasase nada, con las manos en los bolsillos, sin preocuparse por lo que le rodeaba, porque un hombre que corre llama la atención cien veces más que uno que camina. Otro antiguo legado evolutivo. Depredador y presa, movimiento y quietud. Y tampoco miró hacia atrás. No lanzó miradas furtivas. Siguió mirando adelante, normal, hacia lo que tenía enfrente. La oscuridad se le echaba encima, pero en la Explanada Nacional seguía habiendo bastante gente. No tanta como en verano, pero había muchos turistas invernales que estaban acabando allí el día, y en el Muro también había bastantes visitantes, como era habitual: algunos de ellos para llorar, otros para presentar sus respetos y otros, los componentes de la manada de tarados que aquel sitio no parecía dejar de atraer. No veía a Turner por ningún lado. Ya no se oía la sirena, que había sido reemplazada por los bocinazos. Lo más probable era que, para aquel entonces, el poli ya hubiera abandonado su vehículo y, sin duda, su coche y el de la comandante Sullivan estuvieran bloqueando un tráfico ya lento de por sí.

Vio un banco a veinte metros, en la oscuridad, libre, en paralelo con las aguas tranquilas del estanque y se dirigió hacia él, despacio, relajado, tras lo que hizo una pausa, como decidiéndose, se sentó y se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas. Miró hacia abajo, con aire contemplativo, como si tuviera muchas cosas en la cabeza. Si alguien lo mirase con atención lo descubriría pero, a primera vista, su pose no decía «hombre alto», ni «fugitivo». Lo único llamativo era que no llevaba ninguna prenda de abrigo. No se podía decir que hiciera una temperatura para ir en camiseta.

Treinta metros por detrás de él, aún sonaban las bocinas.

Esperó con la cabeza gacha, quieto y en silencio.

Entonces, a unos cuarenta metros, vio por el rabillo del ojo al poli del cuello

gordo, corriendo, con la linterna en la mano, pero sin haber desenfundado. Se giraba a derecha e izquierda, buscando con cuidado y nervioso, probablemente al saberse incluido en la lista negra de su jefe por haber estado tan cerca de ellos y que se le hubieran escapado. Reacher oyó dos sirenas más, ambas a lo lejos: una al sur, puede que por la calle C, y otra al norte, lo más probable es que en la calle 15 o en la 14, a la altura de la Casa Blanca o del Acuario.

Reacher esperó.

El poli de cuello gordo iba hacia el Muro; de hecho, estaba a mitad de camino, pero, de pronto, se detuvo y dio una vuelta completa. Reacher notó que lo miraba. Una persona sentada en un banco y mirando el agua no suscitaba ningún interés cuando hay sospechosos mucho mejores, como un grupo de entre treinta y cuarenta personas que se dirigían al pie del Monumento, ya fueran un grupo de turistas o una multitud de extraños que avanzaban por pura coincidencia en la misma dirección, o incluso una mezcla de ambos. Objetivos móviles. Evolución. El poli salió detrás de ellos. Reacher pensó que las posibilidades de esa apuesta no eran malas. Cualquiera esperaría movimiento. Quedarse sentado era improbable.

Las sirenas lejanas se acercaban, pero no mucho. Daba la impresión de que alguna especie de centro de gravedad tirase de ellas hacia el este. Lo que era una apuesta con posibilidades decentes. Era de suponer que la policía metropolitana conociera su terreno de juego. Al este había museos y galerías y, por tanto, multitudes; después, estaba el Capitolio; y, detrás de este, las mejores salidas hacia el norte y hacia el sur, tanto por carretera como en tren.

Reacher esperó, sin moverse, sin mirar a los lados, mirando solo al agua que tenía delante. Entonces, cuando su cronómetro mental contó diez minutos exactos, se puso de pie y practicó todos los movimientos «nada sospechosos» que se le ocurrieron. Bostezó, se llevó las manos a los riñones, se estiró y bostezó de nuevo. Luego, se encaminó hacia el oeste, paseando, como si tuviera todo el tiempo del mundo, con el estanque a la izquierda, trazando, sin prisa por entre los árboles, una larga curva que le llevó hasta el Muro cuatro minutos después. Se mantuvo al lado de la gente, como si fuera un peregrino más, y buscó a Susan Turner.

No la vio por ninguna parte.

Reacher recorrió el Muro, siguiendo la subida y la bajada y el leve ángulo, desde 1959 hasta 1975, tras lo que volvió al nivel más bajo, desde 1975 a 1959, dejando atrás en dos ocasiones más de cincuenta y ocho mil nombres, sin ver ni una sola vez a Susan Turner por ningún lado. «Si no llego, siga corriendo», le había dicho. A lo que ella había respondido: «Lo mismo digo». Y los quince minutos que habían convenido ya habían pasado. Pero se quedó. Hizo una pasada más, desde las primeras y solitarias muertes de los paneles más bajos, de unos veinte centímetros, a los picos de bajas de más de tres metros, entre 1968 y 1969, hasta llegar a las solitarias y últimas muertes, de nuevo en paneles bajos de veinte centímetros, mirando a todas las personas que había a su alrededor, ya fuera directamente o en el reflejo de la piedra negra. Pero ninguna de ellas era la comandante. Llegó al final de la guerra y delante de él, en la acera, estaban los típicos vendedores de recuerdos y mercaderes de pertenencias, algunos de ellos veteranos y otros haciéndose pasar por tales, todos ellos con emblemas de viejas unidades e insignias de batallones, mecheros Zippo grabados y miles de objetos más sin ningún valor, excepto en el plano sentimental. Como siempre, los turistas llegaban, elegían, pagaban y se iban; y, como siempre, un marco estático de tipos pintorescos y marginados orbitaba alrededor del monumento, más o menos de forma permanente.

Reacher sonrió.

Porque una de las marginadas era una chica delgada con una cortina de pelo moreno, vestida con un chaquetón que le venía grande y le llegaba hasta las rodillas, con pantalones de camuflaje y las lengüetas por fuera de las botas. Llevaba las mangas del chaquetón vueltas hasta las muñecas y las manos en los bolsillos. Estaba de pie, como encogida, con la cabeza gacha, como aturdida, bamboleándose de forma casi imperceptible de pie a pie, aparentemente desorientada como un porrero.

Susan Turner, representando un papel, encajando, escondiéndose a plena vista.

Fue hasta ella.

—Lo hace usted realmente bien.

—Debe de ser así, porque el poli ha pasado justo por mi lado. Tan cerca como está usted. El mismo del coche patrulla.

—¿Dónde está ahora?

—Ha ido hacia el este. Como un perímetro viviente. Ha pasado de largo. Como supongo que habrá hecho con usted.

—No le he visto.

—Ha pasado por el otro lado del estanque. Usted no ha levantado la cabeza.

—¿Me estaba observando?

—Sí. Y usted también es muy bueno.

—¿Por qué me observaba?

—Por si necesitaba ayuda.

—Pues si están peinando el este, lo suyo sería que fuéramos hacia el oeste.

—¿Andando?

—No, en taxi. En esta ciudad, parece que los taxis sean invisibles.

Todo punto significativo de la Explanada Nacional tenía una parada con dos o tres taxis. El Muro no era una excepción. Detrás de la última caseta de venta de recuerdos había aparcados coches destartados, mal pintados y con luces de taxi en el techo. Se subieron al primero.

—Al cementerio de Arlington —dijo él—. A la entrada principal.

Leyó las tarifas en la pegatina de la puerta. Aquello les iba a costar tres dólares por la bajada de bandera, más un dólar y cuarenta y cuatro centavos por cada kilómetro adicional. Más la propina. Lo que subiría unos siete pavos en total. Lo que les dejaría con veintitrés. Mejor eso a que te metieran un pincho en el ojo pero, desde luego, era mucho menos de lo que iban a necesitar. Se recostaron en aquellos asientos un tanto desvencijados y el taxi salió tambaleándose y dando tumbos como si tuviera las ruedas cuadradas. Pero el trayecto fue bien. Por la parte de atrás del Monumento a Lincoln y sobre las aguas del Puente del Homenaje, hasta llegar de nuevo al condado de Arlington. Y hasta la parada de autobús que había junto a la verja del cementerio. Justo donde había empezado Reacher, como quien dice, veinticuatro horas antes.

Había hecho un progreso la mar de extraño.

En la parada de autobús había un pequeño grupo de hombres esperando, todos ellos hispanos bajitos y de tez morena, todos ellos trabajadores, todos ellos cansados, pacientes y resignados. Reacher y Turner se quedaron entre ellos. Ella se mezclaba bastante bien. Él no. Le sacaba una cabeza al más alto y era el doble de ancho que cualquiera. Y mucho más pálido. Parecía un faro en una costa rocosa y oscura. Por tanto, la espera fue tensa. Y larga. Pero no pasó ningún coche patrulla y, al fin, llegó el autobús. Reacher pagó y Turner se sentó junto a la ventana. Él se sentó a su lado, en el pasillo, tan agachado como pudo. El autobús arrancó, despacio y como si le costase rodar, y tomó la misma ruta que Reacher había seguido el día anterior, más allá de la parada en la que se había bajado, por la ladera de la colina con la carretera de tres carriles, y adelante, hacia arriba, por la pendiente que llevaba al cuartel general de la 110.

—Van a llamar al FBI porque darán por hecho que vamos a cruzar la frontera del estado —comentó Turner—. La cuestión es quién llamará primero. Yo apuesto por la metropolitana. Lo más probable es que el ejército espere hasta por la mañana.

—No va a pasar nada. El FBI no va a bloquear las carreteras. Al menos, no en la Costa Este. De hecho, no creo ni que ellos vayan a mover el culo. Se limitarán a poner nuestras identificaciones y tarjetas bancarias en sus listados, cosa que nos da lo

mismo porque no tenemos ni identificación ni tarjetas bancarias.

—Puede que le digan a la policía local que vigile las paradas de autobús.

—Estaremos atentos.

—Y sigo necesitando ropa. Al menos, unos pantalones y un chaquetón.

—Nos quedan diecinueve dólares. O lo uno o lo otro.

—Pues pantalones. Y le cambio el chaquetón por su camisa.

—Mi camisa le quedará como un saco.

—He visto mujeres que llevaban camisas de hombre. Casi como mantones, ablusadas y muy a la moda.

—Pasaré frío.

—Nací en Montana. Nunca tengo frío.

El autobús siguió trabajosamente colina arriba y pasó por delante del cuartel general de la 110. El viejo edificio de piedra. La verja de entrada estaba abierta. El centinela estaba en la garita. El del turno de día. El coche de Morgan seguía en el aparcamiento. La puerta pintada estaba cerrada. Las luces estaban encendidas en todas las ventanas. Turner se giró en el asiento para ver el sitio durante tanto tiempo como le fue posible. Hasta el último instante. Luego, se dio la vuelta, volvió a mirar hacia delante y dijo:

—Espero volver.

—Volverá.

—He trabajado muy duro para llegar. Es un gran mando. Pero eso ya lo sabe.

—Todos nos odian.

—Solo si hacemos bien nuestro trabajo.

El autobús giró en lo alto de la colina y tomó la siguiente carretera de tres carriles, la que llevaba al motel de Reacher. Estaba lloviznando. Poca cosa, pero lo suficiente como para que el conductor hubiera puesto en marcha los limpiaparabrisas.

—Cuénteme otra vez eso de que todo esto es culpa mía. Mía y de Afganistán.

Volvían a estar en llano y el autobús fue cogiendo velocidad. Pasó traqueteando por delante del motel. El aparcamiento estaba vacío. No había ningún coche con las puertas abolladas.

—Es la única explicación lógica. Usted mete un zorro en un gallinero y alguien quiere cerrarle la boca. Cosa que le ha resultado bastante fácil. Porque, por lo que me ha parecido, nadie más de la unidad sabía de qué iba el tema. Su capitán de servicio no lo sabía. Ni la sargento Leach. Ni nadie más. Así que usted era la única. Le tendieron una trampa con eso de la cuenta bancaria en las islas Caimán y la detuvieron, lo que cortó la línea de comunicación. Que seguía cortada cuando le han pegado la paliza a su abogado, el coronel Moorcroft, en cuanto ha hecho el primer ademán de sacarla de la prisión. Problema resuelto, así de fácil. Estaba usted aislada. No podía hablar con nadie. ¡De fábula! Excepto por el hecho de que en los registros ponía que se había pasado usted horas al teléfono con un tipo que estaba en Dakota del Sur. Y los chismes que corrían por el edificio decían que el tipo había sido

comandante de la 110. Desde luego, su capitán de servicio lo sabía, porque se lo dije la primera vez que llamé. Puede que hubiera mucha gente que lo supiera. Desde luego, muchos me reconocían por el nombre cuando aparecí el otro día. Y alguien podría haber dado por hecho que usted y yo compartíamos intereses comunes. Podríamos haber estado intercambiando información. Quizá solo hubiéramos estado hablando de chorradas, o puede que usted hubiera estado pidiéndome consejo.

—Pero si no le conté nada de Afganistán.

—Pero ellos no lo sabían. Los registros telefónicos muestran duraciones, no contenidos. No tenían las grabaciones. Así que, en teoría, yo era un cabo suelto. Puede que supiera lo mismo que usted. No es que fuera un problema, porque era improbable que fuera a hacer aparición en escena. Parece que me han investigado. Por lo visto, saben cómo vivo. Pero, por si acaso, trazaron un plan. Tenían lo de Perrazo por ahí, por ejemplo.

—No sé cómo iba a ayudarles eso. Lo habrían metido en el sistema y tendría mucho tiempo para hablar.

—Suponían que saldría corriendo. Que desaparecería y que no volvería a acercarme al ejército durante el resto de mi vida. Ese era el plan. Eso es lo que pretendían. Incluso fueron al motel para asegurarse de que lo entendía. Y lo de Perrazo era un asunto ideal. El tipo está muerto y hay una declaración jurada. No hay forma de enfrentarse a eso. Salir corriendo habría sido lo más racional. De hecho, hasta la sargento Leach pensó que si encontraba la manera de advertirme, saldría por patas.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Quería invitarla a cenar.

—No, en serio.

—No es mi estilo. Me di cuenta cuando tenía unos cinco años. Las personas huyen o luchan. Es una elección binaria. Y yo soy un luchador. Además, tenían algo más en la manga.

—¿El qué?

—Otro asunto que pensaban que también me haría salir corriendo, pero que tampoco les ha funcionado.

—¿El qué?

«Samantha Dayton».

«Sam».

«Catorce años».

«Ya me pondré con eso».

—Ya se lo contaré más tarde. Es una historia complicada.

El autobús siguió avanzando, con marchas cortas y rugiendo como todo buen diésel, dejando atrás el centro comercial en el que había estado Reacher, con la ferretería, la



farmacia, el taller de enmarcación, la armería, el dentista y el restaurante griego. Luego, siguieron por territorios que no había visto todavía. Más y más lejos.

—Mire el lado bueno del asunto —continuó Reacher—. Su problema no es precisamente neurocirugía. No sé qué conejo estaría persiguiendo usted en Afganistán, pero él es quien está detrás de esta mierda. Así que tenemos que ir consiguiendo datos para llegar hasta él. Tenemos que descubrir quiénes son sus amigos y cuál de ellos ha hecho qué y cuándo y cómo y por qué, y después habrá que pegarles un martillazo.

—Hay un problemilla.

Reacher asintió.

—Lo sé. Que no va a ser fácil. No desde fuera. Es como si tuviéramos una mano atada a la espalda. Pero lo haremos lo mejor que podamos.

—Desafortunadamente, ese no es el problemilla al que me refiero.

—¿Y cuál es?

—Que alguien piensa que sé algo que, en realidad, no sé. Ese es el problemilla.

—¿Qué es lo que no sabe?

—Quién es el conejo. O qué cojones está haciendo, dónde o por qué. Ni cómo. De hecho, no tengo ni idea de lo que está pasando en Afganistán.

—Pero envié allí a dos soldados.

—Mucho antes. Y por una razón completamente distinta. A Kandahar. Pura rutina. Sin conexión alguna. Pero, por el camino, un informador pastún les contó un rumor sobre un oficial estadounidense al que habían visto por el norte, camino de reunirse con el anciano de una tribu. No se sabía la identidad del oficial ni tampoco cuál era su propósito, pero tenía toda la pinta de no tratarse de nada bueno. Nos estamos replegando. Se supone que vamos hacia el sur, no hacia el norte; hacia Bagram y Kabul, antes de salir cagando leches de allí. No se supone que tenemos que internarnos en el país y reunirnos con los de la toalla en la cabeza. Así que envié a los míos a averiguar qué había de cierto en el rumor. Nada más.

—¿Cuándo?

—El día antes de que me detuvieran. Así que ni siquiera sabré un nombre hasta que no me informen. Y no lo podrán hacer hasta que vuelva a estar dentro.

Reacher no dijo nada.

—¿Qué pasa?

—El panorama es aún peor que ese.

—¿Cómo es posible?

—Sus soldados jamás le informarán, porque están muertos.

Reacher le contó lo de las verificaciones por radio que no habían realizado, lo de la agitación en el viejo edificio de piedra, lo de la búsqueda aérea semiautorizada desde Bagram y lo de los dos cadáveres en el camino de cabras. Turner se quedó muda e inmóvil. Luego dijo:

—Eran buenos soldados. Natty Weeks y Duncan Edwards. Weeks era perro viejo y Edwards apuntaba maneras. No debería haberlos enviado allí. El Hindukush es demasiado peligroso para dos hombres solos.

—No fueron los de las tribus los que los mataron. Les habían disparado en la cabeza con munición de nueve milímetros. Pistolas del ejército estadounidense, lo más probable. Berettas M9, casi seguro. Los de las tribus les habrían cortado la cabeza. O habrían usado AK47. Son agujeros muy diferentes.

—Así que debían de haberse acercado demasiado al estadounidense equivocado.

—Sin ni siquiera saberlo, ¿no le parece? Un tiro en la cabeza es algo que hay que hacer desde muy cerca y de manera muy personal. Cosa que seguramente no habrían permitido si hubieran tenido la menor sospecha.

—Muy limpio. Me hicieron callar, por ambos lados. Aquí y allí. Antes de que descubriera nada. Que es como me encuentro, sin nada. Nada de nada. Así que estoy jodida. Voy a caer, Reacher. No veo cómo voy a salir de esta.

Reacher no dijo nada.

Bajaron del autobús en Berryville, Virginia, que era un pueblo antes de su destino. Pensaron que sería mejor hacerlo así. Había más probabilidades de que el conductor recordara a un par de pasajeros atípicos que permanecieron a bordo hasta el final del trayecto. En especial, si el asunto llegaba a la radio o a la tele, o en interrogatorios rutinarios de la policía, o en las fotografías de los más buscados que se ponen en las oficinas de correos.

Había dejado de llover pero el viento aún era frío y había humedad. El centro de Berryville era un sitio agradable, pero retrocedieron a pie, por donde había venido el autobús, cruzando las vías del ferrocarril, dejando atrás una pizzería y hasta llegar a una ferretería que habían visto por la ventana. La tienda estaba a punto de cerrar, lo que no era la situación ideal porque los dependientes suelen recordar a los primeros y a los últimos clientes del día, pero consideraron que seguir más rato con pantalones del ejército era peor. Así que entraron y ella cogió unos pantalones de trabajo de lona parecidos a los de Reacher. La talla más pequeña que tenían le quedaría grande de cintura y larga de pierna. No era perfecto, pero Turner consideró que la discrepancia sería buena. «Un rasgo, no un inconveniente», dijo. Porque las perneras caerían por encima de las botas, y eso disimularía su longitud hasta cierto punto y haría que no resultaran tan obvias.

Compraron los pantalones y tres pares de cordones para botas, uno para las de él, uno para las de ella y el tercero para que la comandante atara los cordones entre sí y los utilizara de cinturón. Realizaron la compra de la manera menos memorable que pudieron. No fueron ni educados ni maleducados, ni se dieron prisa ni se entretuvieron, y apenas hablaron. Turner no fue a los servicios. Quería cambiarse, pero supusieron que al dependiente se le quedaría en la memoria que la última cliente del día, que iba vestida con pantalones del ejército, compró otros pantalones y salió de la tienda vestida con ellos.

A un lado de la ferretería, había un gran aparcamiento, que estaba vacío y a oscuras, así que la comandante se cambió de ropa entre las sombras y tiró la prenda del ejército en un contenedor que había en la parte de atrás del edificio. Se acercó a Reacher y se intercambiaron el chaquetón de ella por la camisa de él. Luego, se sentaron en el bordillo de la acera y se ataron las botas.

Listos. Con cuatro dólares en el bolsillo de Reacher.

En algunos países, cuatro dólares es el salario de una semana, pero en Berryville, Virginia, no daban para mucho. No alcanzaba para coger un transporte que los sacara del estado ni tampoco para pagar una noche de motel, ni para una comida decente en ningún restaurante o cafetería conocidos.

—Me ha dicho antes que hay cajeros de muchos tipos.

—Y así es. A setenta kilómetros de aquí, hacia delante o hacia atrás. Pero no aquí.

—Tengo hambre.

—Y yo.

—No tiene sentido ahorrar cuatro dólares.

—Tiene razón. Tiremos la casa por la ventana.

Volvieron a cruzar las vías del ferrocarril, rápido y más seguros ahora que tenían las botas atadas, y fueron a la pizzería. No era un restaurante para sibaritas, pero tampoco era necesario. Cogieron una porción cada uno, para llevar, de pepperoni la de él y de queso la de ella, y un refresco en lata para compartir. Lo que les dejó con ocho centavos. Comieron y bebieron sentados el uno junto al otro en un raíl del cruce del tren.

—¿Perdió a soldados cuando era comandante?

—A cuatro. Uno de ellos mujer.

—¿Se sintió mal?

—No me puse a dar saltos. Pero es parte del juego. Todos sabemos para qué nos alistamos.

—Preferiría haber ido yo.

—¿Ha estado alguna vez en las islas Caimán?

—No.

—¿Ha tenido alguna vez una cuenta bancaria en el extranjero?

—¿Está de broma? ¿Para qué? Soy una oficial de categoría O4. Gano menos que algunos profesores de instituto.

—¿Por qué se tomó un día libre con lo del contacto de Fort Hood?

—¿Qué es esto? ¿Un tercer grado?

—Estoy pensando. Nada más.

—Ya sabe por qué. Quería detenerlo yo misma. Para asegurarme de que se hacía como es debido. Me di veinticuatro horas. Pero no lo encontré, así que se lo comuniqué al FBI. Deberían considerarse afortunados. Podría haberme tomado una semana.

—Yo lo habría hecho. O un mes.

Acabaron la pizza y el refresco. Reacher se limpió la boca con el envés de la mano, y el envés de la mano se lo limpió en los pantalones.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella.

—Vamos a dejar atrás el pueblo y a hacer autoestop en dirección oeste.

—¿Esta noche?

—Es mejor que dormir debajo de un arbusto.

—Al oeste, ¿hasta dónde?

—Hasta el final. Nos vamos a Los Ángeles.

—¿Por qué?

«Samantha Dayton».

«Sam».

«Catorce años».

—Ya se lo contaré más tarde. Es complicado.

Cruzaron el centro del pueblo por una calle llamada East Main, que se convirtió en otra llamada West Main después de un cruce. Los escaparates estaban a oscuras. Todas las puertas estaban cerradas. No había duda de que Berryville era un pueblo estadounidense típico, práctico y nada pretencioso, y no muy grande. Eso estaba claro. Todo estaba cerrado y adormecido, a pesar de que solo fuera última hora de la tarde.

Siguieron caminando. A Turner le quedaba bien la camisa, aunque también habría cabido en ella otra persona más. Se había remangado y la había doblado y arrugado como saben hacer las mujeres, con lo que había adquirido una forma coherente. En cierto modo, el enorme tamaño de la camisa enfatizaba lo esbelta que era. Seguía con el pelo suelto. Se movía con agilidad, flexibilidad y energía, y su mirada era siempre precavida y recelosa, pero sin temor. Sin tensión. Tan solo una especie de apetito. De qué, Reacher no estaba seguro.

Pensó que había merecido muchísimo la pena.

Siguieron caminando.

En la zona oeste del pueblo encontraron un motel.

Y en su aparcamiento estaba el coche con las puertas abolladas.

El motel era pulcro y aseado, igual que lo que habían visto del resto del pueblo. Era en parte de ladrillo rojo y en parte de pintura blanca, con una bandera y un águila sobre la puerta de recepción. Había una máquina expendedora de Coca-Cola y una de hielo, y, lo más probable, veinte habitaciones en dos hileras, empezando en la carretera y situadas las unas delante de las otras con un patio ancho en medio.

El coche de las abolladuras estaba mal aparcado en semibatería frente a la recepción, como si no pretendiera quedarse mucho, como si alguien hubiera entrado a hacer un par de preguntas.

—¿Está seguro? —preguntó Turner en voz baja.

—No me cabe duda. Es su coche.

—¿Cómo es posible?

—Quienquiera que maneje a estas marionetas sabe muy bien lo que se hace y es muy inteligente. Por eso es posible. No hay otra explicación. Se ha enterado de que nos hemos escapado y sabe que solo teníamos treinta pavos. También se habrá enterado de lo del poli que dio con nosotros en Constitution Avenue. Y se habrá sentado a pensar. ¿Adónde vas con treinta pavos? Solo hay cuatro posibilidades: o te refugias en la ciudad y duermes en un parque; o vas a Union Station; o a la gran terminal de autobuses que hay detrás y te marchas a Baltimore, a Filadelfia o a Richmond; o vas en dirección contraria, al oeste, en el autobús municipal. Y sea quien sea quien está pensando todo eso, ha determinado que nos íbamos a decantar por el autobús municipal. Puede que porque el billete es más económico o porque tanto Union Station como la gran terminal de autobuses son sitios que la policía puede vigilar con facilidad. Al igual que las estaciones y terminales de destino, en Baltimore, Filadelfia o Richmond. Y porque durmiendo en el parque solo consigues que te detengan a la mañana siguiente en vez de esa misma noche. Además, se jactan de saber cómo vivo y no paso mucho tiempo en la Costa Este. Tiendo a ir hacia el oeste.

—Pero en un principio había dicho que fuéramos a Union Station.

—Intentaba ser democrático. Intentaba no arrastrarla a mi forma de vida.

—Pero ¿cómo sabían que bajaríamos del autobús en Berryville?

—No lo sabían. Supongo que ya han preguntado en todos los pueblos desde Leesburg hasta aquí. En cualquier motel que quede a la vista. Hamilton, Purcellville, Berryville, Winchester. Si no nos encuentran aquí, allí es adonde irán.

—¿Y van a encontrarnos aquí?

—Eso espero.

La recepción del motel tenía ventanas pequeñas, decorativas, como si se tratase de una antigua casa colonial, y con unas cortinas finas. No había manera de saber quién

había dentro. Turner se acercó a una de ellas y miró hacia el interior, a derecha e izquierda, abajo y arriba.

—No hay nadie —susurró—, solo el recepcionista. Me parece. O quizá sea el dueño. Está sentado al fondo.

Reacher comprobó las puertas del coche. Estaban cerradas. Y el maletero. Puso la mano en el capó, sobre el radiador. El metal estaba caliente. El coche no llevaba mucho tiempo aparcado ahí. Fue a la izquierda, hacia la entrada del patio. Allí no había nadie. Nadie iba de habitación en habitación, nadie comprobaba las puertas o miraba por las ventanas.

Volvió y dijo:

—Pues hablemos con él.

La comandante abrió la puerta y Reacher entró antes que ella. El sitio era mucho más agradable que las recepciones a las que él estaba acostumbrado. Mucho más agradable que la del motel que había a kilómetro y medio de Rock Creek, sin ir más lejos. El vinilo del suelo era de buena calidad y el papel de la pared también, y tenía enmarcadas todo tipo de recomendaciones de los responsables turísticos. La recepción en sí misma era un escritorio como el que Thomas Jefferson habría usado para escribir sus cartas. Detrás había una silla de cuero roja con un hombre sentado en ella. Tendría unos sesenta años, era alto, tenía el pelo gris y resultaba impresionante. Se parecía a esos hombres que dirigen grandes empresas, no motelitos.

—Estamos buscando a nuestros amigos —soltó Turner—, los del coche de ahí afuera.

—¿Los cuatro caballeros? —le preguntó él con un punto de duda y escepticismo delante de la palabra «caballeros».

—Sí.

—Me temo que se han ido. Han venido a buscarles hace diez minutos. Al menos, yo diría que es a ustedes a quienes estaban buscando. Un hombre y una mujer, han dicho. Querían saber si ya se habían registrado.

—¿Y qué les ha dicho? —le preguntó Reacher.

—Bueno, pues, como es natural, les he dicho que no habían llegado ustedes todavía.

—De acuerdo.

—¿Van a registrarse ya? —preguntó con un tono de voz que dejaba claro que no se iba a morir de pena si no lo hacían.

—Primero tenemos que dar con nuestros amigos —respondió Reacher—. Tenemos que hablar con ellos. ¿Adónde han ido?

—Se preguntaban si habrían ido ustedes a comer algo. Los he mandado al Berryville Grill. Es el único restaurante abierto a esta hora de la tarde.

—¿La pizzería no cuenta?

—Digamos que no es un restaurante, ¿no?

- ¿Y dónde está el Berryville Grill?  
—Dos manzanas por detrás del motel. Un paseo corto.  
—Gracias —respondió Turner.

Había dos maneras de recorrer las dos manzanas que quedaban detrás del motel: por la derecha o por la izquierda. Cubrir las ambas a la vez suponía separarse, con lo que alguno de los dos podía correr el riesgo de tener que enfrentarse a los cuatro solo. No era un número que preocupara a Reacher, pero no lo tenía tan claro en el caso de la comandante. Medía la mitad que él, literalmente, e iba desarmada. Ni pistola ni cuchillo.

—Deberíamos esperar aquí —dijo él—. Esperar a que vengan hacia nosotros.

Pero no vinieron. Reacher y Turner permanecieron entre las sombras cinco largos minutos y no sucedió nada. Ella se movió un poco para dejar que la luz le diera a uno de los lados del coche.

—Buenas abolladuras —susurró.

—¿Cuánto se tarda en comprobar si hay alguien en un puto restaurante?

—Puede que los hayan enviado a otro lado. Puede que haya algún bar que hace hamburguesas. O un par de ellos. Y que no cuentan como restaurantes para el de recepción.

—No oigo ningún bar.

—¿Y cómo se oyen los bares?

—Hay alboroto, se oyen vasos y botellas y los ventiladores de los extractores. Es un sonido muy particular.

—Quizá estén lejos.

—En cuyo caso habrían vuelto a por el coche.

—En algún lado tienen que estar.

—Puede que estén cenando en el Berryville Grill. Quizá se hayan sentado a una mesa. Una decisión de última hora. Nosotros teníamos hambre, puede que ellos también.

—Yo sigo teniendo hambre.

—Podría ser más sencillo encargarnos de ellos en un restaurante. En un espacio abarrotado, podrían mostrarse un poco inhibidos. Y en las mesas hay cuchillos. Luego, podríamos comernos su cena. Seguro que ya han pedido. Espero que bistec.

—El camarero llamará a la policía.

Reacher miró hacia la parte derecha de la manzana. Nada. Miró la izquierda. Vacía. Volvió donde estaba esperando Turner.

—Están comiendo —concluyó Turner—. Tiene que ser eso. ¿Qué otra cosa van a estar haciendo? A estas alturas ya podrían haber registrado todo Berryville. Dos veces. Así que están en el restaurante. Podrían tardar una hora más. Y nosotros no podemos quedarnos aquí mucho más. Estamos deambulando por una propiedad



privada. Y seguro que Berryville tiene leyes. Y comisaría de policía. El de recepción podría llamarlos en un par de minutos.

—De acuerdo —dijo Reacher—, vamos a comprobarlo.

—¿Por la derecha o por la izquierda?

—Por la izquierda.

Tuvieron cuidado en la esquina. Pero, por la izquierda, la calle seguía estando vacía. Se trataba más bien de un callejón. A un lado tenía la valla de madera del motel y, al otro, el flanco vacío de un ultramarinos de pueblo construido con ladrillo. Cien metros más allá lo cruzaba una calle más ancha que era paralela a West Main. La segunda manzana era más corta y había más variedad, pues tenía algunos edificios independientes y algunas plazas de aparcamiento vacías, tras las que estaban las partes traseras de los edificios que había en la siguiente calle paralela, incluido uno a la derecha que tenía una alta chimenea de metal de cocina por la que salía bastante humo. El Berryville Grill, sin duda, ganando dinero a última hora de la tarde.

—¿Por la puerta de atrás o por la de delante? —preguntó Turner.

—Por la ventana de delante. El reconocimiento es fundamental.

Giraron a la derecha en el cruce y volvieron a avanzar con cuidado. Primero se encontraron con el escaparate a oscuras de lo que parecía una floristería. Después estaba el restaurante. Era un sitio grande, pero más profundo que ancho. Tenía cuatro ventanas delanteras, separadas en dos pares por una puerta central. Las ventanas llegaban al suelo. Puede que las abrieran en verano. Puede que pusieran mesas en la acera.

Reacher se pegó a la pared y se acercó al borde de la primera de las ventanas. Desde aquel ángulo podía ver casi un tercio del interior. Lo que no era poco. Y estaba bastante lleno. Las mesas eran pequeñas y estaban bastante juntas entre sí. Era un restaurante de estilo familiar. Nada sofisticado. Parecía que todo el personal de servicio lo componían jovencitas, más o menos con aspecto de ir todavía al instituto. Las mesas eran de madera. La mitad de ellas estaban ocupadas. Por parejas, o tríos, o familias. Gente mayor y sus hijos mayores, algunos de ellos pasándose bien, otros un poco cansados y en silencio.

Pero ninguna de las mesas estaba ocupada por cuatro hombres. Al menos, en la parte del restaurante que él alcanzaba a ver. Se apartó. Ella pegó un brinco y caminó con premura por delante del restaurante, mirando hacia otro lado, hasta que se detuvo un poco más allá de la cuarta ventana. Reacher observó la puerta. No hubo ninguna reacción. No salió nadie. La comandante se pegó a la pared y miró por la última ventana desde una esquinita. Reacher imaginó que, desde allí, vería una proporción simétrica a la que había visto él, pero desde el otro lado de la sala. Lo que haría que no pudieran examinar la parte central.

Turner negó con la cabeza. Ambos se acercaron a la puerta, que es donde se reunieron. Él la abrió y ella entró primero. En la parte central había muchas mesas. Pero ninguna de ellas estaba ocupada por cuatro hombres. No había jefe de comedor.

Ni mostrador de recepción. Tan solo el espacio vacío al otro lado de la puerta. Una mujer joven llegó con aire animado. Una chica muy joven, en realidad. Unos diecisiete. El recibimiento establecido. Vestía pantalones negros y un polo negro de manga corta que llevaba bordado en el pecho el logotipo del Berryville Grill. Tenía una mancha rojiza de nacimiento en el antebrazo.

—¿Dos para cenar?

—Estamos buscando a unas personas —respondió Turner—. Puede que hayan estado buscándonos.

La chica se quedó callada. Miró a la comandante y luego a Reacher y, de pronto, lo comprendió. «Un hombre y una mujer».

—¿Han estado aquí? —le preguntó Reacher—. Cuatro hombres, tres de ellos grandes y un cuarto más grande todavía.

La chica asintió y se frotó el antebrazo sin darse cuenta. O por nerviosismo. Reacher se fijó en la marca.

No era una marca de nacimiento. Estaba cambiando de forma. Y de color.

Era un moratón.

—¿Han sido ellos los que te han hecho eso?

Asintió.

—El más grande.

—¿Con la cabeza rapada y las orejas pequeñas?

—Sí. Me ha retorcido el brazo.

—¿Por qué?

—Quería saber a qué otro restaurante podrían haber ido ustedes. Y no he sabido qué decirle.

Era una marca grande. Hecha por una mano grande. De más de quince centímetros de ancho.

—Me ha dado mucho miedo. Tenía una mirada cruel.

—¿Cuándo se han ido de aquí?

—Hace unos diez minutos.

—¿Adónde han ido?

—No lo sé. No he sabido indicarles otro sitio al que ir.

—¿No hay bares ni hamburgueserías?

—Eso es justo lo que el hombre me ha preguntado. Pero es que en el pueblo no hay nada de eso.

La chica estaba a punto de echarse a llorar.

—No van a volver —dijo Reacher.

Era lo único que se le ocurrió decirle.

Dejaron allí a la chica, frotándose el brazo, y volvieron por la parte por la que no habían ido. Era una calle muy similar: estrecha, mal iluminada, no en muy buen

estado al principio, pero mejor en la segunda manzana, con la valla del motel a la derecha. Doblaron la esquina con cuidado y observaron con gran atención antes de avanzar.

El aparcamiento del motel estaba vacío.

El coche con las abolladuras en las puertas no estaba.

Trescientos metros después, Reacher y Turner llegaron al límite urbano de Berryville y West Main se convirtió, lisa y llanamente, en la Estatal 7.

—Si esos tipos han sido capaces de hacerse a la idea de dónde estábamos, tenemos que suponer que el ejército también puede. E incluso el FBI —sugirió la comandante.

Lo que convirtió el hacer autoestop en una pesadilla. Estaba muy oscuro. Una noche de invierno en mitad de la nada. Una carretera larga y recta. Los faros se veían a más de un kilómetro de distancia, pero era imposible saber qué había detrás de ellos. Quién iba al volante. ¿Era civil o no? ¿Amigo o enemigo?

Era un riesgo demasiado grande como para apostar.

Así que acordaron un plan en el que ganarían algo y perderían algo, un plan que, en opinión de él, tenía tantas ventajas como desventajas. Desanduvieron sus pasos y ella se quedó esperando en la esquina que había a unos cincuenta metros de la última manzana iluminada del pueblo mientras que él seguía adelante, hasta una esquina de un edificio en el que podía apoyarse, medio fuera, medio dentro de un callejón, sobre cuyo asfalto caía algo de luz. Mala idea, puesto que cualquier vehículo que girase hacia el oeste más allá de donde se encontraban era una oportunidad perdida, pues desperdiciaban un transporte en potencia; en cambio, era una buena idea porque Reacher podría hacer una evaluación rápida, aunque imprecisa, de los vehículos que pasaban por el pueblo en cuanto aparecieran. Convinieron que era mejor que fuera precavido, pero que si alguno le parecía bien, se asomaría y le haría una señal a Turner, que saldría hasta el arcén y sería quien hiciese dedo.

En un principio, Reacher pensó que quizá el plan tuviera más ventajas que desventajas porque, aunque por accidente, su sistema improvisado imitaba un truco muy viejo de los autoestopistas. Es la chica guapa la que saca el dedo y cuando el conductor se detiene, entusiasmado, sale el novio, grande y feo, y quiere que lo lleve también.

Pero, treinta minutos después, veía más desventajas que ventajas. Apenas había tráfico, por lo que los coches pasaban a buena velocidad y eso apenas le dejaba tiempo para emitir un juicio. Veía los faros acercarse, esperaba, el coche pasaba en medio segundo y su cerebro procesaba: «Sedán, nacional, año del modelo, especificaciones», y antes de que llegara a una conclusión, el coche ya estaba más allá del punto en el que esperaba Turner.

Así que cambió a un enfoque predeterminado. Decidió olvidarse de todos los sedanes, de los todoterrenos con menos de cinco años y quedarse con todas las camionetas y los todoterrenos más antiguos. Nunca había oído que el ejército persiguiera a los fugitivos en camioneta y, por otro lado, supuso que el ejército cambiaría sus todoterrenos antes de que tuvieran cinco años. Y lo más probable es que sucediera lo mismo en el caso del FBI. El riesgo que corrían era el de toparse con

agentes fuera de servicio que se unían a la acción en su vehículo privado. Pero algún riesgo había que correr o, de lo contrario, se pasarían allí toda la noche, que sería como dormir en un parque de D. C. Los detendrían en cuanto rompiera el alba en vez de durante aquel anochecer.

Esperó. Durante el primer minuto no pasó nada, pero entonces vio unos faros que venían del este, no muy rápido, respetando el límite de velocidad de las poblaciones. Se agachó, escondido en su esquina. Esperó. Vio pasar una forma.

Un sedán.

Nada.

Volvió a apoyarse contra el edificio.

Volvió a esperar. Cinco minutos. Siete. Ocho. Entonces, otros faros. Se agachó. Vio que era una camioneta.

Salió a la acera en cuanto el vehículo pasó y levantó el puño izquierdo. A cincuenta metros de allí, Turner salió al arcén y sacó el dedo. Precisión total. Como una eliminación doble de postemporada en el béisbol, pim, pam, rápida, definida y decisiva en mitad de la fría noche. Los faros de la camioneta iluminaron la forma inmóvil de Turner como si esta llevara allí todo el rato.

No paró.

«Mierda», pensó Reacher.

El siguiente candidato viable fue un antiguo Ford Bronco que tampoco paró. Ni tampoco lo hizo una F150 que tenía unos años, ni una Dodge Ram nueva. Después, la carretera volvió a quedarse en silencio. El reloj mental de Reacher marcaba más o menos las diez y media. Cada vez hacía más frío. Llevaba dos camisetas y el chaquetón con su milagrosa capa aislante. Empezó a preocuparse por Turner. Ella solo llevaba una camiseta y una camisa normal y corriente. Y la camiseta le había parecido delgadita. «Nací en Montana. Nunca tengo frío». Esperaba que fuera verdad.

Durante cinco minutos más, no llegó nada del este. Entonces, más faros, espaciados y bajos, siguiendo las elevaciones y las depresiones de la carretera con unas buenas ruedas y una buena amortiguación. Un sedán, lo más probable. Solo se inclinó un poco, pesimista.

Y se agachó a toda prisa. Era un sedán, rápido y con buen aspecto, un Ford Crown Victoria, de color brillante y oscuro, con las ventanillas tintadas y antenas en el maletero. PM, lo más probable, o el FBI, o el Cuerpo Federal de Alguaciles, o la policía estatal de Virginia. O no. Puede que fuera otra agencia, con una misión que nada tenía que ver con ellos. Volvió a inclinarse y observó cómo desaparecía el vehículo. Turner seguía entre las sombras, así que no la iluminó y siguió su camino.

Esperó. Un minuto más. Dos. Oscuridad y nada más.

Entonces, otros faros, de vuelta, puede que todavía por East Main, antes del cruce del centro del pueblo, despacio, ahora ya en West Main, acercándose. Su luz era amarilla y débil. Anticuada y apagada. Para nada moderno. Nada que ver con los halógenos. Reacher se agazapó en su esquina. Los faros seguían adelante, despacio y

a buen ritmo. Y pasaron de largo.

Una camioneta.

La misma jugada doble. Su puño izquierdo, el dedo de ella.

La camioneta fue frenando.

Se detuvo.

Turner se acercó hasta la ventanilla del copiloto, y el conductor y ella empezaron a hablar, por lo que Reacher recorrió corriendo los cincuenta metros que los separaban.

Esta vez fue Julieta la que llamó a Romeo, lo que era inusual. Por lo general, era Romeo quien daba las noticias. Pero sus quehaceres estaban divididos y, por tanto, de vez en cuando era Julieta quien tenía novedades.

—No hay rastro de ellos hasta Winchester.

—¿Están seguros?

—Lo han comprobado meticulosamente.

—De acuerdo, pero mantenlos en la zona. Esa línea de autobús es la mejor opción.

—De acuerdo.

Reacher llegó casi sin aliento y vio que la camioneta era una vieja Chevrolet, la más sencilla del mercado, comprada por su utilidad, no para fardar, y el conductor parecía un pájaro de unos setenta años, huesudo y con poco pelo y blanco. Turner se lo presentó de la siguiente manera:

—Este caballero va hacia el condado Mineral, en Virginia Occidental, cerca de un sitio que se llama Keyser, no lejos de la línea de Maryland.

Lo que a Reacher no le decía nada, salvo que Virginia Occidental parecía estar un paso más allá que la Virginia a secas. Se apoyó en la ventanilla, junto a ella, y dijo:

—Señor, le agradeceríamos de todo corazón que nos llevara.

—Pues suban y vamos allá.

El vehículo tenía un asiento corrido, pero la cabina era estrecha. Turner subió primero y por mucho que Reacher se pegara a la puerta, iban los tres muy juntos. No obstante, el asiento era suave y en la cabina hacía buena temperatura. Y la camioneta tiraba bien. No le costaba ponerse a noventa kilómetros por hora. Y parecía que fuera capaz de rodar por aquella carretera de por vida.

—Bueno, ¿y qué camino llevan?

—Estamos buscando trabajo —respondió Reacher pensando en la joven pareja de Ohio, en la camioneta Silverado roja y el perro al que no paraba de caérsele el pelo.

—¿Y qué tipo de trabajo buscan?

Y así es como comenzó la típica conversación entre autoestopistas y conductores,

con todos los implicados intercambiando verdades a medias y experiencias exageradas. Reacher había estado fuera del servicio mucho tiempo y cuando lo había necesitado había trabajado en cualquier cosa. Había sido portero de discoteca, había limpiado piscinas, cortado leña, demolido edificios, recogido manzanas, cargado cajas en camiones e hizo que pareciera que todas esas faenas habían sido la ocupación de toda la vida. Turner habló de servir mesas y de trabajos de administrativa en oficinas, de vender útiles de cocina de puerta en puerta; trabajos que, en opinión de Reacher, debían de estar basados en las experiencias laborales que habría tenido por las noches y los fines de semana cuando estaba en el instituto y en la universidad. El anciano habló de granjas de tabaco en las dos Carolinas, de caballos en Kentucky y de transporte de carbón en Virginia Occidental, en camiones de dieciocho ruedas.

Atravesaron Winchester, cruzando la I-81 en dos ocasiones, y siguieron hacia la frontera estatal, en la zona de los Apalaches, las últimas faldas norteñas del monte Shenandoah, con una carretera que subía y giraba hacia Georges Peak, con el motor esforzándose al máximo y los faros amarillos y débiles alumbrando de lado a lado la carretera con cada curva pronunciada. A medianoche llegaron a Virginia Occidental, todavía en mitad de la montaña, rodando por pasos boscosos en dirección a los montes de Allegheny, a lo lejos.

Entonces, Reacher vio un fuego, al oeste, en una colina arbolada, un poco al sur de la carretera. Un fulgor amarillo y naranja recortado contra el cielo negro, como si se tratara de una almenara. Cruzaron un pueblo dormido que se llamaba Capon Bridge y el fuego fue acercándose. A kilómetro y medio o poco más. Solo que, de pronto, estuvo más cerca, porque la carretera giraba hacia él.

—Señor, ¿podría dejarnos aquí? Si no le importa —dijo Reacher.

—¿Aquí?

—Es un buen sitio.

—¿Para qué?

—Creo que reúne las condiciones que buscamos.

—¿Están seguros?

—Se lo agradeceríamos de corazón.

El anciano refunfuñó, escéptico, como si no entendiera nada, pero levantó el pie del acelerador y la camioneta se fue parando. Turner tampoco lo entendía. Miraba a Reacher como si estuviera loco. El vehículo se detuvo en un arcén montañoso, con árboles a derecha e izquierda, con nada por delante y nada por detrás. Reacher abrió la puerta y salió, desplegándose poco a poco, Turner se deslizó detrás de él, le dieron las gracias al anciano y se despidieron de él. Luego, se quedaron solos en aquella oscuridad, en aquel silencio, con el frío de la noche y Turner dijo:

—¿Quiere explicarme por qué hemos abandonado la cabina templada de una camioneta para bajarnos en mitad de la nada?

Reacher señaló hacia delante y hacia la izquierda, hacia el fuego.

—¿Ve eso? Eso es un cajero.



Empezaron a caminar y siguieron la curva de la carretera, al oeste y ligeramente hacia el sur, acercándose al fuego en todo momento, hasta que estuvieron a la misma altura, a unos doscientos metros tras internarse por la colina boscosa. Diez metros más allá, en una curva a la izquierda, vieron la entrada a una pista pedregosa. Subía por la colina, entre los árboles. Turner se ajustó la camisa y dijo:

—No es más que un incendio forestal más.

—¿En esta época del año? ¿En este sitio? Aquí no sufren incendios forestales.

—Entonces ¿qué es?

—¿Dónde estamos?

—En Virginia Occidental.

—En efecto. A kilómetros de cualquier otro lugar, en el quinto pino. Ese incendio es lo que estábamos esperando. Pero no haga ni un ruido. Ahí arriba podría haber alguien.

—Los bomberos, ¿no?

—Desde luego, si hay alguien, no serán ellos, se lo garantizo.

Se internaron por el sendero pedregoso. Las piedras estaban sueltas y hacían ruido cuando las pisaban. Era difícil avanzar. Era mejor hacerlo en un vehículo que a pie. A ambos lados había árboles, algunos de ellos pinos, otros de hoja caduca y desnudos. La pista serpenteaba, subiendo en todo momento, con una curva amplia arriba del todo, al final de la cual les estaba esperando el fuego. Ya sentían el calor en el aire y oían un rugido vago, mezclado con crepitares y estallidos fuertes.

—Ahora, en el más completo silencio —advirtió Reacher.

Giraron la última curva y se encontraron con un claro abierto a hachazos en mitad del bosque. Justo delante había una estructura destartalada parecida a un establo y a su izquierda tenían una cabaña vieja y también destartalada, ambos edificios contruidos con tablas de madera, endurecidas o podridas por un siglo de inclemencias climáticas. Más lejos, a la derecha, el fuego ardía con intensidad contenido por una estructura rectangular con ruedas. Llamas de color amarillo, azul y naranja refulgían arriba y abajo, y los árboles que estaban cerca se quemaban y se calcinaban. Del fuego salía un humo gris y denso, en volutas, arremolinado, que al ascender se lo llevaba el viento y lo diseminaba por la oscuridad circundante.

—¿Qué es eso? —preguntó Turner entre susurros.

—Un chiste muy viejo. ¿En qué se parecen un incendio en un laboratorio de metanfetaminas y un divorcio de paletos?

—Ni idea.

—En que en ambos hay alguien que va a perder la caravana.

—¿Esto es un laboratorio de metanfetaminas?

—Era.

—De ahí que no haya bomberos. Una operación ilegal. No podían llamarlos.

—En cualquier caso, los bomberos no vendrían. Si fueran a todos los laboratorios de metanfetaminas que se incendian, no tendrían tiempo para nada más. Esos sitios son accidentes en potencia.

—¿Dónde está la gente?

—Es probable que solo haya una persona. Y que esté en las inmediaciones.

Avanzaron hasta el claro, hacia la cabaña, alejándose del fuego, cerca de los árboles. El humo ascendía y la luz y las sombras bailaban alrededor de ellos, paganas y elementales. El fuego rugía a unos cincuenta metros, impertérrito. La cabaña era la típica de una sola planta y con un retrete exterior en la parte de atrás. Ambos desocupados. Allí no había nadie. En el cobertizo cabían dos vehículos, que eran los que había aparcados en él: una gran camioneta Dodge de color rojo con las ruedas enormes y embellecedores de cromo por todas partes, nuevecita; y un descapotable rojo, un Chevrolet Corvette, limpito y reluciente, con tubos de escape tan grandes como los puños de Reacher. También nuevecito, o casi.

—A este chico de pueblo le va bien.

—No, no tan bien —dijo Turner mientras señalaba el incendio.

Aún se veía el esqueleto de la caravana, retorciéndose y bailando entre las llamas, y había restos ardiendo a su alrededor, caídos. También había una protuberancia plana, en el suelo, frente a ella, que alteraba su forma rectangular y parecía una lengua saliendo de una boca, algo bajo y redondeado, quemándose con fuerza, recorrido por llamas de diferente color e intensidad. El tipo de llamas que salen de una chuletilla de cordero si la dejas demasiado tiempo en la parrilla, pero cien veces más grandes.

—Yo diría que ha intentado salvar el fuerte —comentó Reacher—. Menuda memez. Siempre es mejor dejar que se queme.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a sacar dinero del cajero. Era un laboratorio de buen tamaño y tenía un par de buenos coches, así que yo diría que nuestro límite de crédito va a ser bastante elevado.

—¿Vamos a robarle a un muerto?

—Ya no lo necesita. Y solo nos quedan ocho centavos.

—Eso es un delito.

—Pues anda que lo que hacía él... El tipo era traficante de drogas. Y si no nos lo quedamos nosotros, se lo quedará la policía. En cuanto llegue por la mañana. O al día siguiente.

—¿Y dónde está?

—Eso es lo divertido. Hay que encontrarlo.

—Ya ha hecho esto otras veces, ¿verdad?

—Normalmente, cuando aún están vivos. Mi idea era dar un paseíto desde Union Station. Piense en ello como si se tratara de Hacienda. Al fin y al cabo, somos empleados del gobierno.

—Eso es horrible.

—¿Quiere dormir hoy en una cama? ¿Quiere desayunar mañana?

—Dios mío.

Pero la comandante buscó con tanto ahínco como él. Empezaron por la cabaña. El aire estaba viciado. En la cocina no había nada escondido. Nada de fondos falsos en los armarios, ni latas de alubias vacías, ni nada enterrado en el bote de la harina, ni huecos en las paredes. En la sala no había nada. No había trampillas en el suelo, ni libros huecos, nada en los cojines del sofá, nada en la chimenea. En el dormitorio tampoco había nada. Ni rajadas en el colchón, ni cajones cerrados con llave en la mesita de noche, nada en lo alto del armario, nada en las cajas que había debajo de la cama.

—¿Y ahora qué? —dijo Turner.

—Debería haberseme ocurrido antes.

—¿Dónde?

—¿Dónde se sentía este tipo realmente tranquilo?

—Toda la casa parece la mar de tranquila. Está a kilómetros de ninguna parte.

—Pero, de todas las habitaciones, ¿en cuál?

Lo entendió. Asintió y dijo:

—En la letrina.

Estaba en el techo de la letrina. Había un tablero falso justo encima del inodoro que Reacher sacó y tendió a Turner. Luego, metió el brazo en el hueco y palpó a uno y otro lado hasta que encontró un envase de plástico. Lo sacó. Era una especie de fiamblera como las que se veían en las tiendas de menaje de cocina. Dentro había unos cuatro mil dólares en fajos de billetes de veinte, las llaves tanto del Dodge como del Corvette, una escritura de la propiedad y un certificado de nacimiento de un niño llamado William Robert Claughton, nacido en el estado de Virginia Occidental hacía cuarenta y siete años.

—Billy Bob —comentó Turner—. Que en paz descanse.

Reacher hizo saltar las llaves en su mano y preguntó:

—¿La camioneta o el deportivo?

—¿También le vamos a robar el coche?

—Ya son robados. En esta caja no hay papeles que acrediten su propiedad. Lo más probable es que fueran un cambio, que los robara o que los aceptara como pago de una deuda. Y la alternativa es caminar.

La comandante se quedó callada un segundo, como si aquello significara ir demasiado lejos, pero negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—En ese caso, el deportivo, claro está.

Así que se quedaron el dinero y las llaves del Corvette y dejaron el resto de cosas

en la fiambarrera, en la trampilla del techo. Volvieron al cobertizo y dejaron el dinero en el maletero del Corvette. El fuego seguía ardiendo con fuerza en la linde del claro. Reacher le tiró la llave a la comandante y se subió al asiento del copiloto. Turner arrancó, encendió las luces y se puso el cinturón de seguridad.

Un minuto después estaban de nuevo en la carretera, en dirección oeste en mitad de la noche, a toda velocidad, a buena temperatura, cómodos y ricos.

Turner tardó algo más de un kilómetro en sentirse cómoda, para poder acelerar y encontrar el ritmo perfecto entre curvas. El coche era grande y bajo, duro y brutal. Alumbraba la distancia con unos faros que daban una luz muy blanca y el motor V-8 era como un ronroneo fuerte que se iba quedando atrás.

—Deberíamos coger un desvío pronto —comentó ella—. No podemos quedarnos mucho más en esta carretera. Yo diría que uno de los coches que ha pasado por Berryville era del FBI, ¿no cree?

—¿El Crown Vic?

—Sí, así que deberíamos alejarnos de cualquier extensión lógica de esa ruta de autobús. En especial, porque el anciano de la camioneta podría decirles dónde nos ha dejado exactamente. Esa parada no se le va a olvidar en un tiempo.

—No hablará con la poli. Transportaba carbón en Virginia Occidental.

—Podría hablar con los del coche abollado. Podrían amedrentarle. O darle dinero.

—De acuerdo, vaya hacia el sur. El sur siempre está bien en invierno.

Aceleró un poco más y los tubos de escape rugieron un poco más fuerte. Reacher lo consideró un buen coche. Puede que el mejor del mundo para las carreteras norteamericanas. Lo que era lógico, porque se trataba de un coche de fabricación estadounidense. De repente, sonrió y dijo:

—Pongamos la calefacción bien fuerte y bajemos la capota.

—Está usted disfrutando, ¿eh?

—¿Y por qué no? Es como cuando ponen un tema rockero en la radio. Un coche rápido, algo de pasta en el bolsillo y un poco de compañía por una vez.

Así que la comandante subió la calefacción al máximo y se detuvo a un lado de la carretera, donde desataron todos los pasadores y trabillas y descapotaron el coche. El aire de la noche entró, frío y fresco. Se arrellanaron y volvieron a arrancar. Las sensaciones de conducción se acentuaban. La velocidad, las luces, el ruido. Reacher sonrió y dijo:

—Esto es vida.

—Podría acostumbrarme. Pero me gustaría tener una alternativa.

—Podría tenerla.

—¿Cuál? No hay nada por donde empezar.

—Nada, exactamente, no. Tenemos una anomalía aparente, y tenemos una parte definida de la información del procedimiento. Y todo junto, podría sugerir una conclusión preliminar.

—¿Cuál?

—A Weeks y a Edwards los asesinaron en Afganistán, pero a usted no la asesinaron aquí, ni al coronel Moorcroft, ni a mí. Y a él bien podrían haberlo matado. Un disparo desde un coche en el suroeste de D. C. hubiera sido tan verosímil como una paliza. Y a mí también podrían haberme matado porque, ¿quién se iba a enterar?

Y a usted. Un accidente entrenando o mientras manipulaba su arma de forma descuidada. Pero han decidido no seguir ese camino. Por tanto, hay cierta timidez en el extremo de D. C. Eso significa algo, cuando lo juntas con lo demás.

—¿Con qué?

—¿Sabría abrir una cuenta bancaria en las islas Caimán?

—Podría descubrir cómo.

—Exacto. Lo buscaría en el ordenador y haría algunas llamadas para saber qué es lo que necesita, y lo haría. Pero ¿cuánto tardaría?

—Puede que una semana.

—Esta gente lo hizo en menos de un día. En una hora, lo más probable. Su cuenta estaba abierta a las diez de la mañana. Lo que supone que había alguna relación anterior. Le dijeron al banco lo que querían y este lo hizo de inmediato, sin preguntas. Eso los convierte en clientes de primera, con mucho dinero. Pero eso ya lo sabíamos, porque estaban dispuestos a quedarse sin cien mil dólares con tal de detenerla. Era una gran suma de dinero, pero no les importó. Cogieron y lo metieron en su cuenta, sin garantías de que fueran a recuperarlo. Podría ser incautado como prueba. Y aunque no lo fuera, no sé cómo van a aparecer más tarde y decir: «Ah, por cierto, esos cien mil eran nuestros y queremos que nos los devuelvan».

—Así que ¿quiénes son?

—Son personas muy educadas que tienen en marcha un fraude con el que obtienen muchísimo dinero y que disponen de una infraestructura para pedir que se cometan dos asesinatos en Afganistán, a doce mil kilómetros, pero que, sin embargo, quieren que en su puerta las cosas sigan limpietas y ordenaditas. Que tratan de tú a tú a banqueros extranjeros, de los que pueden conseguir que lleven a cabo una operación en una hora, no en una semana, que probablemente son capaces de encontrar y manipular expedientes antiguos en cualquier rama del servicio que les apetezca y con suficiente músculo a su disposición como para sentirse a salvo. Estoy casi seguro de que son oficiales veteranos del Estado Mayor en D. C.

Turner giró a la izquierda justo después de un pueblo llamado Romney y cogió una carreterita que los llevó hacia el sur pero los mantuvo en las colinas. Consideraron que así sería más seguro. No querían acercarse al corredor de la I-79. Estaría muy patrullado, incluso de noche. Demasiados policías locales intentando aumentar los ingresos municipales con multas por exceso de velocidad. Lo único malo de ir por una carreterita así era la ausencia total de infraestructuras civilizadas. Ni gasolineras, ni cafeterías. Ningún sitio donde comer algo. Ni moteles. Y tenían hambre y sed, y estaban cansados. Y el coche tenía un motor gigantesco que chupaba de lo lindo. Un solitario cartel de carretera prometía algo parecido a un pueblo a unos treinta kilómetros. Una media hora a velocidad de carretera secundaria.

—Mataría por darme una ducha y comer algo —soltó Turner en un momento

dado.

—Pues posiblemente tenga que hacerlo. No tiene pinta de que vayamos camino de la ciudad que nunca duerme. Lo más probable es que se trate de un pueblucho de mala muerte que nunca se despierta.

Nunca llegaron a descubrirlo. Porque no llegaron. Un minuto después se encontraron con un problema de otro tipo en la carretera.

Turner tomó una curva y tuvo que frenar de golpe porque sobre el asfalto, justo delante, había una bengala de emergencia de color rojo. Detrás de ella, más allá, había otra y, detrás, unos faros apuntando en direcciones extrañas: un par directamente en vertical, hacia el cielo, y otro en horizontal, pero en ángulo recto con la carretera.

Turner giró a derecha e izquierda para evitar las bengalas y se detuvo sin esfuerzo con los tubos de escape restallando con suavidad y ronroneando. Los faros que alumbraban el cielo eran de una camioneta que se había salido de la carretera de culo y había caído en una cuneta. Estaba más o menos de pie sobre la portezuela trasera. Se le veían los bajos, un entramado de lo más complicado y sucio.

Los faros que alumbraban en horizontal pertenecían a otra camioneta, una de esas grandotas y robustas, que había girado y retrocedido hasta quedar cruzada en la carretera en ángulo recto. Tenía una cadena corta y gruesa en la bola de remolcar. La cadena estaba tensa en un ángulo elevado y empinado, y la otra punta estaba atada a la suspensión delantera de la camioneta vertical. Reacher supuso que la idea era conseguir que la camioneta que apuntaba hacia el cielo volviera a estar sobre las ruedas, como si se tratase de un árbol talado, y, después, sacarla de la cuneta. Pero la geometría iba a ser complicada. La cadena tenía que ser corta, porque la carretera era estrecha. Pero que la cadena fuera tan corta implicaba que la camioneta caería encima de la que tiraba de ella a menos que esta se diera prisa y lo evitara. Pero sin caer ella misma en la cuneta de enfrente, claro. Iba a ser un intrincado ballet automovilístico.

En la escena había tres hombres. Uno estaba sentado en el arcén, mareado, con los codos en las rodillas y la cabeza gacha. Reacher supuso que era el conductor de la camioneta vertical, atontado por el accidente y puede que aún borracho o drogado, o ambas cosas. Los otros dos eran sus rescatadores. Uno estaba en la camioneta grandota, mirando hacia atrás, con el codo en la ventanilla, mientras que el otro iba de lado a lado, preparándose para dirigir las maniobras.

Reacher se figuró que aquello sucedía todos los días. O todas las noches. Demasiadas cervezas o demasiados porros, o demasiado de ambas cosas, y, después, una carretera oscura y serpenteante, y una curva que se toma demasiado deprisa, un frenazo inducido por el pánico, las ruedas traseras bloqueadas bajo una plataforma de carga vacía, puede que algo de hielo invernal, una vuelta y a la cuneta. Y, después, el extraño descenso desde el asiento elevado, deslizarse por un lado, en vertical, la llamada desde el móvil, y a esperar a que los amigos dispuestos llegaran con la camioneta grande.

Nada del otro mundo, desde la perspectiva de cualquiera. Rutina, como quien dice. Parecía que los lugareños sabían lo que se hacían, a pesar de las dificultades geométricas. Puede que ya lo hubieran hecho antes, puede que, incluso, en múltiples ocasiones. No iban a tardar más de cinco minutos. Puede que diez. Nada más.



Pero no fue así.

El tipo que estaba mareado se dio cuenta poco a poco de las nuevas y brillantes luces que aparecían en escena y levantó la cabeza y miró hacia la carretera, para luego apartar la mirada.

Y poco después volvió a fijarla en ellos.

Se puso de pie como pudo y dio un paso.

—Ese es el coche de Billy Bob.

Dio otro paso, y otro, y se los quedó mirando. A Turner primero y a Reacher después, y pegó un pisotón en la calzada y agitó el brazo como si pretendiera apartar una nube inmensa de insectos voladores mientras gritaba:

—¿¡Qué estáis haciendo en él!?

Que sonó más o menos como: «Qué efaif hafiendo en é», puede que debido a que le faltaran piezas dentales, al alcohol, a que estaba perplejo o a todo lo anterior. Reacher no estaba seguro. Entonces, el tipo que estaba listo para dirigir las maniobras también se interesó y el que estaba al volante de la camioneta grandota se bajó y los tres formaron en una especie de semicírculo irregular a unos tres metros del parachoques frontal del Corvette. Era evidente que estaban cansados. Vestían camisas de trabajo, de cuadros y sin mangas, sobre camisetas blancas, vaqueros azules y botas. Los tres llevaban gorro de lana. El que estaba mareado debía de medir metro setenta y poco, el director de operaciones algo más de metro setenta y cinco, y el conductor de la camioneta grandota superaría por poco el metro ochenta. Como las tallas pequeña, mediana y grande en un catálogo de ropa de campo. La más barata del mercado.

—Pase por encima de ellos —dijo Reacher.

Turner no lo hizo.

El que había estado al volante de la camioneta grandota comentó:

—Ese es el coche de Billy Bob.

El mareado gritó:

—¡Eso ya lo he dicho yo!

«Efo ya' o e hisho yo».

A voz en cuello.

Puede que el accidente hubiera mermado su capacidad auditiva.

El de la camioneta grandota les preguntó:

—¿Por qué vais en el coche de Billy Bob?

—Este coche es mío —respondió Reacher.

—De eso nada. Conozco la matrícula.

Reacher se desabrochó el cinturón de seguridad.

Turner se desabrochó el cinturón de seguridad.

—¿Qué os importa quién conduzca el coche de Billy Bob?

—Nos importa porque es nuestro primo.

—¿Ah, sí?

—Ya te digo. Hace trescientos años que los Claughton están en el condado de Hampshire.

—¿Tienes un traje negro?

—¿Por qué?

—Porque vas a tener que asistir a un funeral. Billy Bob ya no necesita coches. Su laboratorio se ha incendiado esta noche. No ha conseguido salir a tiempo. Pasábamos por ahí. No pudimos hacer nada por él.

Los tres se quedaron callados un rato. Se movieron a uno y otro lado y dudaron; luego, volvieron a moverse a uno y otro lado y escupieron en la carretera. El conductor de la camioneta grandota soltó:

—No podíais hacer nada por él más que robarle el coche, ¿no?

—Pensad en ello como una reestructuración.

—¿Antes incluso de que su cuerpo se enfriara?

—No podíamos esperar tanto. El fuego era muy grande. Tardará uno o dos días en enfriarse.

—¿Cómo te llamas, gilipollas?

—Reacher. Y hace unos cinco minutos que los Reacher están en el condado de Hampshire.

—¿Te estás mofando de mí?

—No, no es necesario que me mofe, te retratas tú solito.

—Quizá el fuego lo hayáis provocado vosotros.

—Ni mucho menos. El bueno de Billy Bob tenía un negocio de lo más peligroso. Quien a hierro mata, a hierro muere. Y es lo que ha pasado con el coche: lo que se obtiene de forma ilegal, se pierde de forma ilegal.

—No os lo vais a quedar. Deberíamos quedárnoslo nosotros.

Reacher abrió la puerta, sacó un pie y se levantó muy rápido. En un segundo, pasó de tener el culo a diez centímetros del asfalto a medir su metro noventa y cinco. Rodeó la puerta, dio unos pasos hacia delante y se detuvo, justo en el centro del semicírculo irregular.

—No empecemos a discutir por asuntos de herencias.

El conductor de la camioneta grandota dijo:

—¿Y la pasta?

—La posesión es nueve décimas partes de la ley —respondió, como había hecho Espin en la sala de interrogatorios de Dyer.

—¿También os habéis quedado la pasta?

—Toda la que hemos encontrado.

En ese momento, el que estaba mareado le lanzó un rechazazo violento describiendo un arco. Reacher se balanceó hacia atrás y dejó que el puño pasara acompañado de un silbido por delante de él, inofensivo, tras lo que sacudió su brazo derecho, atrás y adelante, como si estuviera apartando más insectos invisibles, y el tipo mareado se quedó mirando la pantomima. Reacher le pegó un golpecito en la

sien con la palma de la mano izquierda, justo por debajo del gorro, como un policía veterano con un chico maleducado del barrio, solo un coscorrón, pero el mareado se desplomó como si le hubieran volado la cabeza con un rifle de largo alcance. Se quedó tumbado, sin moverse.

El de la camioneta grandota siguió:

—¿Esa es tu política, ir primero a por el más pequeño?

—No he ido a por nadie. Ha sido él quien ha venido a por mí. ¿Vas a cometer el mismo error?

—Quizá no sea un error.

—Lo será —respondió Reacher antes de quedarse mirando la camioneta que estaba en vertical y soltar—: Joder, ese cacharro se está cayendo.

El tipo no se giró. No volvió la mirada. Siguió mirando fijamente a Reacher.

—Buen intento, pero no nació ayer.

—No es broma, gilipollas.

Y no lo era. Puede que la camioneta grandota tuviera suelta la transmisión. Puede que hubiera rodado quince centímetros hacia delante cuando el tipo se había bajado. Fuera como fuese, había una nueva tensión en la cadena. Estaba rígida. Como quien dice, zumbaba. Y la camioneta vertical había empezado a balancearse y le faltaban tres centímetros para caer hacia delante como un árbol talado. Un poco de viento la habría tirado.

Y entonces sopló una ráfaga y, en efecto, la tiró.

Las ramas de alrededor susurraron y se movieron ligeramente, una sola vez, y la plataforma de carga del vehículo rozó las piedras sobre las que estaba, la cadena se quedó floja y la camioneta empezó a caer hacia delante, de manera casi imperceptible, de grado en grado, hasta alcanzar el punto de inflexión. Después empezó a caer con rapidez, cada vez más rápido, más, hasta que se convirtió en una almádena gigante que aplastó la plataforma de carga de la camioneta grandota, porque el peso de su motor, un enorme bloque de hierro, asestó un potentísimo golpe al hierro ondulado, tanto, que le rompió el eje trasero e hizo que las ruedas traseras quedaran chafadas hacia fuera, como las rodillas de un patizambo o las patitas de un cachorro, y las delanteras de la camioneta se aplastaron hacia dentro, sujetas al eje roto de la dirección. La cadena traqueteó en el suelo, la traicionera suspensión se asentó y la camioneta más pequeña al fin se quedó quieta, en ángulo, parcialmente por encima de la grandota, ambas agotadas, inertes y en silencio.

—Parece que estén dándole al tema, ¿eh? —comentó Reacher.

Nadie respondió. El más pequeño de los tres seguía en el suelo y los otros dos miraban boquiabiertos el nuevo problema. Ninguno de los dos vehículos iba a ir a ninguna parte en un tiempo; no, al menos, sin una grúa y un camión plataforma. Reacher volvió a meterse en el Corvette. El accidente bloqueaba el camino de parte a parte, así que Turner no tenía opción. Retrocedió, sorteó las dos bengalas y volvió por donde habían venido.

—Esos tipos nos van a vender en cuanto se enteren de quiénes somos —dijo Turner—. Avisarán por teléfono. A sus agentes de la condicional. Intentarán hacer tratos de todo tipo. Nos usarán como la tarjetita de «Salir libre de la cárcel» en los próximos diez delitos menores que cometan.

Reacher asintió. La carretera no iba a estar bloqueada toda la vida. Antes o después, otro vehículo avisaría. O puede que los propios primos Claughton fueran quienes llamaran, cuando se hubieran quedado sin alternativas. Entonces aparecería la policía con sus inevitables preguntas, que obtendrían respuestas exculpatorias y darían pie a tratos, chanchullos, promesas e intercambios.

—Tire por la siguiente carretera que baje hacia el sur. No podemos hacer otra cosa.

—¿Todavía se lo está pasando bien?

—Nunca me lo había pasado mejor.

Se desviaron por la tranquila carretera de dos carriles que habían dejado hacía veinte minutos. Estaba desierta. Árboles a la derecha, árboles a la izquierda, nada por delante, nada por detrás. Cruzaron un río. El Potomac, estrecho y de lo más normal en aquella zona, fluyendo hacia el norte, colina abajo desde su lejano nacimiento, antes de girar al este y empezar a ensancharse hasta convertirse en la perezosa corriente como se lo conocía en su desembocadura. No había tráfico. En ninguno de los dos sentidos. Ni luces, ni sonidos, excepto los suyos.

—Si esto fuera una película, el vaquero se rascaría la mejilla y diría que el sitio está demasiado tranquilo —comentó Reacher.

—No es gracioso. Podrían haber cortado la carretera. Podría haber policía del estado detrás de la siguiente curva.

Pero no fue así. Al menos, no detrás de la siguiente. Ni de la siguiente. Aunque curvas no dejaba de haber. Una detrás de otra, como signos de interrogación.

—¿Cómo es que saben cómo vive?

—¿Quiénes?

—Los oficiales veteranos del Estado Mayor.

—Es una buena pregunta.

—¿De verdad saben cómo vive?

«No podían dar con usted, seguro que puede desaparecer de nuevo. El ejército no contrata rastreadores. Además, ninguno conseguiría encontrarle».

—Parece que saben que, al menos, no me he comprado un rancho en las afueras de algún sitio. Parece que saben que no soy entrenador en la Liga Infantil y que no tengo un huerto. Parece que saben que no me he dedicado a ningún trabajo en particular después del ejército.

—Pero ¿cómo lo saben?

—Ni idea.

—He leído su expediente. Había muchos detalles buenos.

—También muchos malos.

—Pero puede que lo malo sea bueno. Porque puede que haya alguien a quien le interese. En lo referente a la personalidad. Le han seguido la pista desde que tenía seis años. Ya entonces exhibía usted características únicas.

—Únicas no.

—Pues infrecuentes. Su respuesta agresiva al peligro.

Reacher asintió. A los seis años había ido al cine de una base que los marines tenían en algún punto del Pacífico. Una matinal infantil. Una peliculita de ciencia ficción. De pronto, un monstruo había salido de la nada de un lago cenagoso. A la joven audiencia la estaban filmando en secreto con una cámara para condiciones de baja luminosidad. Un experimento del Departamento de Psicología. La mayoría de los niños reuló cuando apareció el monstruo, pero Reacher no. Él se había lanzado contra la pantalla, listo para enfrentarse a él, con la navaja de muelle en la mano. Dijeron que su tiempo de respuesta había sido de tres cuartos de segundo.

Con seis años.

Le habían quitado la navaja.

Hicieron que se sintiera como un psicópata.

—Y le fue bien en West Point —continuó Turner—. Y sus años de servicio fueron impresionantes.

—Si los mira con los ojos entrecerrados. Yo recuerdo mucha fricción y muchos gritos. Pasaba en el suelo mucho tiempo.

—Pero puede que lo malo sea bueno. Desde alguna perspectiva en particular. Suponga que hay un escritorio en alguna parte, en el Pentágono, por ejemplo. Suponga que el trabajo de alguien consiste en dar con un tipo de persona en particular, alguien que podría ser útil en el futuro, en unas circunstancias determinadas. Como si se tratara de un plan de contingencia a largo plazo para una unidad nueva y supersecreta. Pero que se pueda negar. Como un listado de «personal adecuado». La clase de persona a la que llamar cuando el ventilador esparce la mierda por todos los lados.

—Habla como si hubiera visto muchas películas.

—En las pelis no sucede nada que no pase también en la vida real. Eso lo he aprendido con el tiempo. No puedes inventarte ciertas cosas.

—Especulación.

—¿Es imposible que haya una base de datos en algún lado con uno o dos centenares de nombres, o incluso mil, de personas a las que los militares quieren seguir la pista, por si acaso?

—Supongo que imposible no es.

—Sería una base de datos muy secreta. Por una serie de razones obvias. Lo que significa que si nuestros tipos la han visto, porque saben cómo vive usted, no son solo oficiales veteranos del Estado Mayor. Usted mismo lo ha dicho: tienen acceso a

expedientes de cualquier rama del ejército que se les antoje.

—Especulación.

—Pero lógica.

—Puede ser.

—Tienen que ser oficiales muy veteranos.

Reacher asintió. Era como lanzar una moneda. Cincuenta por cien de probabilidades. O era verdad o no lo era.

La primera carretera con la que se encontraron fue la ruta 220, que era un poco más ancha que la carretera por la que venían, y más llana, y con mejor asfaltado, y más recta e importante en todos los sentidos. En comparación, parecía una arteria. No es que fuera una autopista, pero dados sus sentidos aguzados, parecía algo del todo diferente.

—No —dijo Turner.

—De acuerdo.

Lo más probable es que hubiera gasolina y café, cafeterías y moteles, pero también que hubiera policía, ya fuera estatal o local. O federal. Porque era el tipo de carretera que estaba muy bien indicada en los mapas. Reacher se imaginó reuniones apresuradas, dedos impacientes señalando los mapas y voces nerviosas: «Bloqueos aquí, aquí y aquí».

—Tomaremos la siguiente —convino él.

Lo que les supuso siete tensos minutos más. La carretera seguía vacía. Árboles a la derecha, árboles a la izquierda, nada por delante, nada por detrás. Ni luces, ni sonidos. Pero no pasó nada. Y la siguiente salida era mejor. En un mapa no sería más que una insignificante marquita gris, o puede que ni siquiera apareciera. Era una carretera de montaña, como la otra por la que habían intentado ir, estrecha, llena de baches, con muchas curvas, con los arcones estropeados y zanjas con agua de lluvia a ambos lados. Pero agradecieron poder tomarla y la oscuridad de la misma los envolvió. Turner siguió con su ritmo para carreteras estrechas, a buena velocidad y con movimientos eficientes. Reacher se relajó y la observó. Iba apoyada en el respaldo, con los brazos estirados y ambas manos en el volante, sensible a los pequeños mensajes a modo de vibración que le enviaba la carretera. Llevaba el pelo por detrás de las orejas y le veía los músculos esbeltos de los muslos mientras pasaba el pie de un pedal a otro.

—¿Cuánto dinero ganaba Perrazo? —preguntó ella.

—Mucho, pero no lo suficiente como para dejar cien mil a fondo perdido en una maniobra defensiva, si es lo que está pensando.

—Pero estaba al final de la cadena. Él no era el jefe. No era un vendedor al por mayor. Él solo vería una pequeña parte del beneficio. Y eso pasó hace dieciséis años. Las cosas han cambiado.

—¿Cree que esto es por armas robadas?

—Podría ser. En su época fue durante el repliegue de Tormenta del Desierto y, ahora, durante el de Afganistán. Circunstancias similares. Oportunidades similares. Pero diferente material. ¿Qué vendía Perrazo?

—Once cajas de ametralladoras automáticas de apoyo, cuando nos enteramos de su existencia.

—¿En las calles de Los Ángeles? Tela.

—Eso era problema de la policía metropolitana, no mío. Lo único que yo quería era un nombre.

—A los talibanes se les podría vender ametralladoras de esas.

—Pero ¿por cuánto?

—Pues drones. O misiles tierra-aire. Armas muy caras. O la MOAB. ¿Tenían de esas en su época?

—Lo pregunta como si en mi tiempo fuéramos armados con arcos y flechas.

—Vamos, que no la tenían.

—No, pero sé lo que son. Bombas de detonación de gran diámetro. La Madre de Todas las Bombas.

—Solo las armas nucleares son más potentes que esos artefactos termobáricos. Hay muchos compradores para esos cacharros en Oriente Medio. No tengo ninguna duda. Compradores que tienen mucho dinero. Ninguna duda tampoco sobre esto.

—Miden casi diez metros. Es un poco difícil pasarlas escondidas en el bolsillo de la chaqueta.

—Cosas más raras he visto.

Y luego se quedó callada durante más de un kilómetro.

—¿Qué? —le preguntó Reacher.

—Suponga que es una política del gobierno. Podríamos estar armando a una facción contra la otra. Es algo que se hace cada dos por tres.

Reacher no dijo nada.

—¿No lo ve de esa manera?

—No acaba de cuadrarme. El gobierno puede hacer lo que le plazca. Entonces ¿para qué tenderle una trampa con cien mil dólares? ¿Por qué no desapareció usted sin más? O yo. Incluso el coronel Moorcroft. ¿Por qué no estamos en Guantánamo? ¿O muertos? ¿Y por qué eran unos mierdas los tipos que vinieron al motel la primera noche? Porque, desde luego, no eran uno de los equipos del gobierno. Ni me despeiné. Es más, ¿por qué fue eso lo primero que decidieron hacer? Podrían habérsela quitado de encima a usted con otro argumento. Podrían haberle ordenado que sacase a Weeks y a Edwards de allí. Podrían haberle ordenado que desistiera.

—No sin que me hubieran hecho sospechar. Habría sido como alumbrar el tema con un foco. Puede que sea un riesgo que no quieran correr.

—En ese caso, habrían encontrado una manera mejor. Habrían ordenado una retirada estratégica a lo largo y ancho del país, hasta la Zona Verde. Por alguna razón

política inventada. Para respetar la soberanía afgana o algo por el estilo. Habría sido un tsunami de mierda. Sus dos soldados se habrían visto envueltos en él como todo dios y usted no se lo habría pensado dos veces. Habrían hecho algo así. La misma mierda de siempre.

—Así que no le convence.

—Tengo la sensación de que tratamos con principiantes. Gente correcta, estirada, un tanto tímida, a la que, hasta cierto punto, le viene un poco grande este asunto y que, por lo tanto, está confiando en músculos mediocres para cubrirse el culo unos a otros. Eso nos plantea un problema pequeño y una gran oportunidad. El problema pequeño es que esos cuatro saben que tienen que dar con nosotros antes que la PM o el FBI, porque ahora, técnicamente, estamos de mierda hasta el cuello con lo de la fuga, por lo que estarán asumiendo que vamos a decir lo que sea con tal de salir de esta. Y aunque nadie nos crea, quedará en la calle como una posibilidad o un rumor, y esta gente no se puede permitir que la investiguen, aunque sea alguien que tiene pocas luces o que siga los protocolos a rajatabla. Ese es el problema pequeño. Esos cuatro se nos van a pegar al culo. Eso téngalo muy claro.

—¿Y cuál es la gran oportunidad?

—Esos mismos cuatro tipos. Sus jefes estarán perdidos sin ellos. Les habremos cortado las alas. Estarán aislados e indefensos. Serán nuestros.

—¿Y cuál es el plan? —quiso saber Turner—. ¿Vamos a dejar que esos cuatro den con nosotros, les vamos a dar para el pelo y vamos a seguir a partir de ahí?

—Solo que no les vamos a dar para el pelo. Vamos a hacerles lo que ellos pretenden hacer con nosotros.

—¿Que es...?

—Vamos a evitar que puedan hacer nada y, después, vamos a sentarnos a esperar cómo sus jefes se desgañitan sin que nadie les oiga. Y, después, vamos a explicarles con claridad por qué es tan mala idea meterse con la 110.



Cruzaron la frontera que daba al condado de Grant y la solitaria carretera montañosa siguió, sin variación, kilómetro tras kilómetro. El indicador de velocidad marcaba entre ochenta y noventa y cinco kilómetros por hora, arriba y abajo, pero el indicador de gasolina solo iba en un sentido, y a toda prisa. Entonces, una señal les anunció que el aeropuerto del condado de Grant estaba a treinta kilómetros, junto con un pueblo que se llamaba Petersburg.

—Un pueblo con aeropuerto tiene que tener gasolinera, ¿no? —preguntó Turner—. Y un motel. Y en un pueblo con aeropuerto, gasolinera y motel tiene que haber algún sitio en el que cenar, ¿no?

—Y comisaría.

—Espera lo mejor.

—Lo que hago siempre.

El pueblo estaba antes que el aeropuerto. La mayor parte de él estaba dormido. Pero no todo. Salieron de las colinas y giraron hacia la izquierda por una carretera estatal que se convirtió en North Main Street cien metros después, con bloques de casas a derecha e izquierda. En el centro del pueblo estaba el cruce con la ruta 220, que era la carretera que habían evitado antes. Después del cruce, North Main Street se convertía en South Main Street. El aeropuerto estaba al oeste, no muy lejos. No había tráfico. Algunas ventanas estaban iluminadas.

Turner condujo hacia el sur, cruzando una vez más el estrecho Potomac, y giró a la derecha, hacia el aeropuerto, que era un sitio pequeño, preparado solo para aviones pequeños, y estaba a oscuras y cerrado a cal y canto. Así que dieron media vuelta, de cuneta a cuneta, y volvieron por donde habían venido, por encima del río una vez más, hacia el cruce del centro del pueblo.

—Métase en la 220 —le dijo Reacher—. Seguro que ahí está lo bueno.

Al este del cruce de caminos, la 220 se llamaba Virginia Avenue y, por primera vez en trescientos kilómetros, estuvieron a punto de encontrar lo que buscaban. Había un restaurante de sándwiches, cerrado, y una pizzería, también cerrada. Había una gasolinera Chevron, que estaba fuera de servicio, y dos franquicias de comida, ambas cerradas por la noche. Había un motel anticuado, con puertas y ventanas cegadas por tablones cayéndose a pedazos y con el aparcamiento invadido por las malas hierbas.

—Todavía no hemos llegado a lo bueno —comentó ella.

—Mercado libre. Alguien ha hecho que ese Chevron cierre. Y el motel. Solo tenemos que descubrir quién.

Siguieron conduciendo, otra manzana, y otra, hasta que salieron de los límites del pueblo, tras lo que anotaron tres canastas consecutivas en las pobres tierras que había más allá. Primero encontraron una cafetería de carretera, abierta toda la noche, a la

izquierda de la calzada, detrás de un amplio aparcamiento de gravilla en el que había tres camiones. Después, a cien metros, había un motel, en el lado derecho de la calzada, un edificio moderno de dos plantas enclavado junto a un campo. Y más allá del motel, a lo lejos, se veía el resplandor rojo de una gasolinera Exxon.

Todo bien. Excepto porque a mitad de camino entre la cafetería y el motel estaba la comisaría de la policía estatal.

Era un edificio pálido, largo y bajo, de ladrillo marrón esmaltado, con antenas de radio y parabólicas en el tejado. Había dos coches patrulla aparcados frente a la puerta y luces en dos de las ventanas. Reacher supuso que se trataría de un operador y un sargento de mesa, desempeñando su turno de noche calentitos y cómodos.

—¿Se habrán enterado ya de lo de este coche? —preguntó ella.

Reacher miró el motel.

—¿O lo sabrán antes de que nos despertemos por la mañana? —remató.

—En cualquier caso, tenemos que echar gasolina.

—De acuerdo. Así nos haremos a la idea de qué sensaciones da el pueblo.

Así que Turner bajó la velocidad, tan discretamente como era posible en un descapotable de color rojo brillante con seiscientos caballos de potencia, y entró en la gasolinera Exxon, compuesta por dos isletas de surtidores y una pequeña cabaña construida con tablones de madera blancos, que era donde se pagaba. Parecía una casa en miniatura. También tenía antenas en el tejado.

Aparcó cerca de un surtidor y Reacher leyó las instrucciones con atención, que decían que, o bien pagaba con tarjeta de crédito, o tenía que hacerlo por adelantado en metálico.

—¿Cuántos litros? —le preguntó a Turner.

—No sé cómo es de grande el depósito.

—Lo más probable es que sea bastante grande.

—Pues, entonces, unos cincuenta.

Lo que les costaría cincuenta y nueve dólares y ochenta y cinco centavos, de acuerdo a la tarifa indicada. Sacó tres billetes de veinte de los fajos de Billy Bob y fue hacia la cabaña. En su interior, detrás de un cristal antibalas, había una mujer de unos cuarenta años. En el cristal, un poco más arriba del mostrador, había una ranura con forma de media luna, para pasar el dinero. Por ella salían dulces melodías nasales de una radio AM sintonizada en una emisora de música country, además del parloteo y ruido estático de un escáner de la policía en una frecuencia de emergencias.

Deslizó los billetes por la ranura y la mujer toqueteó algo que Reacher supuso que le daba permiso para echar hasta sesenta pavos de gasolina, ni una gota más. Acababa una canción country y empezaba otra, separadas solo por un restallido amortiguado de la electricidad estática del escáner. Reacher miró el cacharro y puso cara de viajero cansado antes de preguntar:

—¿Ha pasado algo esta noche?

—Todo está en calma hasta el momento.

Reacher miró hacia el otro lado, a la radio.

—¿No tiene suficiente con la música country?

—Mi hermano tiene una grúa, un negocio en el que tienes que ser el primero en llegar al escenario. Me da diez pavos por cada accidente que le consigo.

—¿Y esta noche no ha habido ninguno?

—Ninguno.

—¿Nada emocionante?

—Qué coche tan chulo conducen, ¿no?

—¿Por qué dice eso?

—Siempre he querido un Corvette.

—¿Ha oído algo de nosotros en el escáner?

—¿Han corrido mucho?

—Es difícil no hacerlo.

—Pues han tenido suerte. Se han librado.

—Espero que siga así —dijo Reacher, que sonrió y esperó que le hubiera quedado como un gesto cómplice. Luego, volvió al coche. Turner ya estaba llenando el depósito. Había dejado la boquilla enganchada al cuello de llenado y estaba vuelta tres cuartos, con el envés de un muslo contra el lado del coche y el otro pie en el bordillo de la isleta de surtidores. Tenía las manos en los riñones y la espalda arqueada, como si estuviera aliviando algún dolor. Miraba hacia el cielo. Reacher imaginó su forma, como una esbelta S debajo de la enorme camisa.

Había merecido mucho la pena.

—La dependienta escucha la radio de la policía con un escáner. Hasta ahora estamos limpios.

—¿Se lo ha preguntado? Ahora se acordará de nosotros.

—Iba a recordarnos de todas maneras. Siempre ha querido un Corvette.

—Deberíamos hablar con ella. Deberíamos llevarnos lo que tenga.

—Entonces se acordará de nosotros de por vida.

—Puede que esos pueblerinos no llamen. Puede que sus camionetas también fueran robadas. Puede que ellos también hayan desaparecido en el bosque.

—Es posible. No sé por qué iban a esperar tanto.

—Podríamos aparcar en la parte de atrás del motel. Para que no nos vean. Creo que deberíamos arriesgarnos. Tenemos que comer y dormir.

El surtidor se apagó justo cuando llevaba cuarenta y cinco litros. O el tanque era más pequeño de lo que habían calculado o el indicador era muy pesimista.

—Ahora sabe que el coche no es nuestro —comentó ella—. No sabemos ni cuánta gasolina necesita.

—¿Nos devolverá el cambio?

—Quizá deberíamos dejarlo estar.

—Son doce pavos. Estamos en Virginia Occidental. Llamará mucho la atención.

—Dígale que vamos al sur por la 220. Dígale que nos queda un largo camino

antes de que amanezca. Así, cuando oiga hablar de nosotros por el escáner, los guiará mal.

Reacher recogió los doce dólares con cincuenta y dos centavos y dijo que iban a intentar llegar a la I-64 antes de que amaneciera. La radio seguía murmurando sus melodías y el escáner de la policía seguía callado. La mujer miró por la ventanilla y sonrió con cierto aire de tristeza, como si fuera a pasar mucho tiempo antes de que volviera a ver otro Corvette.

La comandante lo recogió en la puerta de la cabaña y retrocedieron trescientos metros, hasta el motel.

—¿Nos registramos primero y vamos después a la cafetería? —sugirió ella.

—Vale.

La mujer hizo una pausa significativa y se quedó mirándolo.

—¿Cuántas habitaciones vamos a pedir?

Él también hizo una pausa significativa.

—Comamos primero y registrémonos después.

—¿Por qué?

—Tengo que contarle una cosa.

—¿El qué?

«Samantha Dayton».

«Sam».

«Catorce años».

—Después de que hayamos pedido. Es una historia muy larga.

La cafetería era poco más que una fonda rural, pero tampoco era el peor sitio en el que había estado Reacher. Junto a una plancha profesional de un metro de profundidad y dos de anchura había un negro con una camiseta blanca. Había también mesas de madera de pino bastante cascadas y con sillas dispares. Olía a grasa vieja y a café recién hecho. Había dos ancianos blancos con gorra de béisbol, uno de ellos sentado a una mesa a la izquierda de la puerta y, el otro, a otra mesa a la derecha. Puede que no se llevaran bien. Puede que fueran víctimas de una enemistad que durara ya trescientos años.

Turner eligió una mesa en el centro de la sala, arrastraron las sillas sobre el suelo de madera y se sentaron. No había carta. Ni pizarras con los especiales del día escritos a mano. No era esa especie de local. Era evidente que era de esos donde los clientes habituales y el cocinero se comunican por telepatía. En el caso de los nuevos clientes, iba a ser cuestión de pedir en voz alta, así, sin más. Lo que quedó confirmado por el cocinero, que levantó el mentón ligeramente y giró un poco la cabeza para presentar la oreja derecha al comedor.

—Una tortilla —dijo Turner—. Champiñones, cebolleta y queso cheddar.

El cocinero no se inmutó.

En absoluto.

Turner lo repitió un poco más alto.

Siguió sin inmutarse. Ni se movió. Una calma total y el mentón elevado, evitando la mirada, y un silencio digno e implacable, como un comercial veterano que se ha sentido insultado por una contraoferta.

Turner miró a Reacher y le susurró:

—¿Qué pasa?

—Usted es detective. ¿Ve que haya sartenes para tortillas por algún lado?

—No, me parece que no. Solo veo una plancha.

—En ese caso, puede que la mejor manera de conseguir algo de entusiasmo por parte de ese tipo sea pedir algo que se pueda cocinar en una plancha.

Turner se lo pensó un instante.

—Dos huevos fritos con un panecillo tostado y beicon a un lado.

—Sí, señora.

—Lo mismo para mí —pidió Reacher—. Y café.

—Sí, señor.

De inmediato, el cocinero dio media vuelta y se puso a trabajar con una cuñita de manteca y una paleta, planeando la superficie metálica, allanándola, un metro para aquí y un metro para allá, y dos metros de lado a lado. Lo que lo convertía en un cocinero de plancha convencido. Por experiencia, Reacher sabía que la gente así era, o cocinero de plancha convencido, o el dueño, pero nunca ambos. El primer impulso de un cocinero de plancha convencido era cuidar el metal, trabajarlo hasta que estaba

vidrioso a nivel molecular, tan fino que haría que el teflón a su lado pareciera papel de lija. En cambio, el primer impulso de un propietario sería servir el café, porque la primera taza de café sella el trato. El cliente no está comprometido hasta que ha consumido algo. Antes, puede levantarse y marcharse, si no le satisface la espera o si recuerda que había quedado. Pero no si ya le ha dado un sorbo a la primera taza de café. Porque entonces tendría que pagarla y, ¿quién sabe lo que cuesta una taza de café? ¿Cincuenta centavos? ¿Un dólar? ¿Dos?

—Vale, ya hemos pedido. ¿Qué tiene que contarme?

—Esperemos al café. No quiero que me interrumpen.

—En ese caso, quiero hablar yo de un par de temas. Para empezar, quiero saber algo más del tal Morgan. Quiero saber quién está toqueteando mi unidad.

—También es la mía. Siempre había pensado que habría sido su peor comandante, pero supongo que ya no es así. Sus soldados de Afganistán se perdieron dos comprobaciones consecutivas por radio y no hizo nada al respecto.

—¿Sabe de dónde viene?

—Ni idea.

—¿Será uno de ellos?

—Es difícil saberlo. Es evidente que la unidad necesitaba un comandante provisional. Lo que, en sí mismo, no demuestra que sea culpable.

—¿Y por qué les venía bien para sus planes reengancharle a usted? Lo más probable es que quisieran tenerlo lo más lejos posible, no que estuviera cerca.

—Creo que suponían que iba a darme a la fuga. Y podría haberlo hecho. Podría haber desaparecido para siempre. Me subrayaron que no iban a enviar a nadie a buscarme. Nada de rastreadores. Dos puñetazos, uno y dos, con lo de la declaración jurada de Perrazo. Un cargo contra el que no puedo hacer nada y un mandato para obligarme a que me enfrente a él. Creo que la mayoría de las personas en mi situación habría salido por piernas. Creo que su estrategia era esa, y lo que esperaban. Pero no ha funcionado.

—Porque cuando un monstruo sale del fango, usted tiene que enfrentarse a él.

—O podría haber sido una orden del JAG, así de sencillo. Podría haber habido en el expediente una anotación al margen que dejara claro que si no cooperaba tenían que detenerme. Por algún tipo de sensibilidad política en el despacho del secretario. Desde luego, no fue decisión de Morgan. Un coronel raso no decide qué hacer con mierda como esa. Ha tenido que venir de más arriba.

—De oficiales muy veteranos del Estado Mayor.

—De acuerdo, pero ¿de quiénes en concreto?

Turner no respondió. El cocinero trajo el café, por fin. Dos grandes tazas, junto con una cestita de plástico rosa llena de diminutos contenedores de leche y sobrecitos de azúcar, además de dos cucharas de metal tan finas que parecía que no pesaran nada. Reacher cogió una de las tazas, olió el humo que salía de ella y le dio un sorbo. El borde de la taza estaba frío y era grueso, pero el café estaba bien. Caliente y no

muy suave.

Dejó la taza sobre la mesa y entrelazó las manos alrededor de ella, como si la protegiera; luego miró a la comandante Turner a los ojos y empezó:

—Pues...

—Una cosa más. Y va a sonar fuerte cuando lo diga, así que le pido disculpas de antemano.

—¿Qué pasa?

—No debería haber preguntado lo de las habitaciones.

—A mí me da igual.

—Pero a mí no. No sé si estoy preparada para una sola habitación. Siento que le debo una. Por lo que ha hecho por mí hoy. Pero creo que no es lo mejor que se puede tener en la cabeza para afrontar lo otro. A lo que da pie a una sola habitación, me refiero.

—No me debe nada. Mi motivación ha sido de lo más egoísta. Quería invitarla a cenar. Cosa que estoy haciendo ahora mismo, creo. En cierta medida. Puede que no sea como lo había planeado. Pero me da igual, tengo lo que quería. Todo lo demás son daños colaterales. Así que no me debe una mierda.

—Me siento descolocada.

—La han arrestado y se ha fugado de prisión. Y ahora huye para salvar la vida, y roba coches y dinero.

—No, es usted quien me descoloca.

—¿Por qué?

—Hace que me sienta incómoda.

—Lo siento.

—No es culpa suya. Es por su manera de ser.

—¿Por mi manera de ser?

—No quiero herir sus sentimientos.

—No va a hacerlo. Soy policía militar. Y hombre. No tengo sentimientos.

—A eso me refiero.

—Estaba bromeando.

—No, no bromeaba. No del todo.

Hizo una pausa larga.

—Es usted fiero.

Reacher no respondió. Fiero, del latín *ferus*, salvaje, proveniente de *bestia fera*, animal salvaje. En general, venía a significar que había continuado indómito y que había involucionado a un estado natural.

—Es como si lo hubieran lijado hasta dejar solo el «sí» y el «no», y el «tú» y el «ellos», el «blanco» y el «negro», el «vivir» o «morir». Y eso me lleva a preguntarme en la razón por la que se convierte una persona en alguien así.

—La vida. Al menos, en mi caso.

—Es usted como un depredador. Frío y duro. Como este asunto. Lo tiene todo

planeado. Los cuatro del coche y sus jefes. Nada usted en dirección a ellos, en estos instantes, y va a haber sangre en el agua. La suya o la de ellos, pero va a haber sangre.

—En estos instantes espero estar nadando en la dirección contraria. Y ni siquiera sé quiénes son o dónde están.

—Pero lo descubrirá. No deja de pensar en ello. Veo cómo lo hace. Se preocupa por ello, intenta captar el olor.

—¿Y qué quiere que haga?, ¿que compre billetes de autobús para Leavenworth?

—¿Es la única alternativa?

—¿A usted qué le parece?

Ella le dio el primer sorbo al café, despacio, contemplativa.

—Estoy de acuerdo con usted. Y ese es el problema, justo ese. Eso es lo que hace que me sienta incómoda. Que soy como usted. Solo que aún no. Y esa es la cuestión. Mirarle a usted es como mirar al futuro. Usted es lo que yo seré algún día. Cuando yo también esté lijada.

—Entonces ¿soy demasiado similar a usted? La mayoría de las mujeres me rechazaría porque soy demasiado diferente.

—Me da usted miedo. O, bueno, lo que me asusta es la perspectiva de convertirme en usted. No sé si estoy preparada. Y no sé si lo estaré algún día.

—No tiene por qué suceder. Esto es un bache en el camino. Retomará el control de su carrera.

—Si ganamos.

—Ganaremos.

—En el mejor de los casos, me aparto del camino y volveré a él. En el peor, me salgo de él para siempre.

—No, en el peor de los casos morirá o irá a la cárcel. El peor de los casos es que los malos ganen.

—Con usted siempre es cuestión de ganar o perder, ¿no?

—¿Hay una tercera alternativa?

—¿Tanto le duele perder?

—Pues sí.

—Es una especie de arrogancia paralizante. A la gente normal no le jode tanto perder.

—Pues quizá debería. Pero usted no es como yo. En realidad, no. Usted no se está mirando a sí misma cuando me mira a mí. Esa es la razón de que hiciera un viaje tan largo para venir a conocerla. Usted es una versión mejorada. Lo noté por teléfono. Lo está haciendo usted como debería haberlo hecho yo.

—¿El qué?

—Todo. Su trabajo. Su vida. Ser una persona.

—Pues a mí no me lo parece. Al menos, no ahora mismo. Y no piense en mí como en una versión mejorada. Si yo no puedo mirarle y ver cómo voy a ser, usted no



puede mirarme a mí y ver cómo debería haber sido usted.

Volvió el cocinero, esta vez con platos llenos de huevos, beicon y panecillos fritos, todo ello con buena pinta, y todo ello perfectamente cocinado. Los huevos tenían los bordes limpios pero crujientes. Era evidente que al hombre le gustaba cuidar de su plancha. Después de que se fuera, Turner dijo:

—Eso, a menos que tenga usted una preferencia definida. Es decir, lo uno o lo otro, en cuanto al número de habitaciones.

—¿La verdad?

—Por supuesto.

—Tengo una preferencia definida.

—¿Cuál?

—Primero tengo que contarle una cosa.

—¿Qué?

—El otro asunto que han organizado para conseguir que me diera a la fuga.

—¿Y cuál es?

—Una demanda de paternidad. Por lo visto, tengo una hija en Los Ángeles. De una mujer que no recuerdo.

Reacher hablaba y Turner comía. Le contó todo lo que le habían contado a él. Red Cloud —entre Seúl y la zona desmilitarizada—, Candice Dayton, su diario, su casa en Los Ángeles, que se quedara sin casa en Los Ángeles, su hija, lo del coche, que fuera a ver a un abogado.

—¿Cómo se llama la chica?

—Samantha. Sam, abreviado, lo más probable.

—¿Qué edad tiene?

—Catorce. Casi quince.

—¿Cómo se siente?

—Mal. Si es mía, debería haber estado a su lado.

—¿De verdad no recuerda a la madre?

—De verdad que no.

—¿Es normal en usted?

—¿Está preguntándome cómo de fiero soy en realidad?

—Supongo.

—Creo que no me olvido de la gente. Espero que no. En especial, de las mujeres con las que me he acostado. Ahora bien, si me olvidara, por definición no podría recordarlo. No puedes ser consciente de que has olvidado a alguien.

—¿Por eso vamos a Los Ángeles?

—Tengo que saberlo.

—Pero es un suicidio. Estarán esperándole. Es el único sitio al que están seguros de que irá.

—Tengo que saberlo.

Ella no dijo nada.

—Bueno, pues esa es la historia. Por eso tenía que contárselo. Para revelárselo todo. Por si tiene alguna relevancia. Para lo de las habitaciones, por ejemplo.

Ella no respondió.

Acabaron de cenar y pidieron la cuenta, que era un total representado por un número garabateado dentro de un círculo, debajo de tres líneas, garabateadas también. ¿Cuánto valía la taza de café? Nadie lo sabía, porque nunca nadie lo descubriría. Puede que fuera gratis. Puede que no quedara otra, porque el total era modesto, desde luego. Reacher llevaba trece dólares con treinta y dos centavos en el bolsillo, que eran los ocho centavos que les habían sobrado del dinero de Sullivan más el cambio que les habían dado en la gasolinera, y lo dejó todo sobre la mesa, lo que incluía una muy buena propina. Alguien que se tiraba toda la noche delante de la plancha no merecía menos.

El coche seguía donde lo habían dejado, sin que nadie lo hubiera tocado, sin que

lo rodearan los focos y equipos de los SWAT. A lo lejos, a la izquierda, la comisaría parecía tranquila. Los coches patrulla seguían frente a la puerta. Las dos ventanas seguían iluminadas por la misma luz cálida.

—¿Nos quedamos o nos vamos? —preguntó ella.

—Nos quedamos. Este sitio es tan bueno como cualquier otro. Por raro que suene estando la poli tan cerca. No vamos a encontrar nada mejor. No hasta que este asunto haya acabado.

—No hasta que hayamos ganado, querrá decir.

—Es lo mismo.

Se acomodaron en los asientos bajos del Corvette y Turner lo arrancó y condujo hasta el motel. Se detuvo frente a la recepción.

—Le espero aquí —dijo ella—. Encárguese usted.

—De acuerdo.

Cogió un puñado de billetes de veinte de uno de los fajos de Billy Bob.

—Dos habitaciones —soltó ella.

El recepcionista del turno de noche estaba dormido en la silla, pero no le costó mucho despertarse. El ruido de la puerta hizo la mitad del trabajo y un educado toque con los nudillos sobre el mostrador hizo el resto. Era un chico joven. Puede que se tratara de un negocio familiar. Puede que fuera uno de los hijos o de los sobrinos.

—¿Tiene dos habitaciones?

Lo comprobó en el ordenador con gran teatralidad, como hacían muchos tipos, cosa que a Reacher le parecía una gilipollez. No se trataba de una cadena hotelera con operaciones por todo el mundo. Eran un motel con habitaciones que se podían contar con los dedos de las manos y los pies. Y si se olvidaba de algo, lo más probable es que fuera suficiente con darse la vuelta y comprobar las llaves que colgaban de los ganchos que tenía detrás.

Levantó la mirada de la pantalla y respondió:

—Sí, señor, tenemos dos.

—¿Cuánto?

—Treinta dólares por habitación y noche, con un vale incluido para desayunar en el café que hay al otro lado de la calle.

—Me parece bien.

Sacó tres de los billetes de veinte de Billy Bob y los cambió por dos de las llaves del joven. Las habitaciones 11 y 12. Contiguas. Todo un gesto de amabilidad por parte del chaval. Más fácil para la limpiadora por la mañana. Menos tendría que empujar el pesado carrito.

—Gracias —le dijo Reacher.

Volvió al coche y Turner condujo hasta la parte de atrás, donde, detrás del último de los edificios, encontró un parche de hierba invernal sobre un suelo desigual.

Aparcó sobre él, cerraron el coche con llave y lo dejaron allí, donde no se podía ver desde la carretera.

Fueron juntos hasta las habitaciones, que estaban en la segunda planta, a la que se llegaba por un tramo exterior de escaleras de cemento. Reacher le dio la llave de la 11 a Turner.

—¿A qué hora quedamos? —preguntó ella.

—A mediodía. Y, si quiere, conduzco yo.

—Ya veremos. Que duerma bien.

—Lo mismo digo.

Esperó a que ella entrara en su habitación para abrir la puerta de la suya. La habitación era una caja de cemento con techo de gotelé y paredes empapeladas con vinilo. Mejor que el motel que había a kilómetro y medio de Rock Creek, pero por muy poco. La calefacción no hacía tanto ruido, pero lo hacía. La moqueta estaba más limpia, pero no mucho más. Como la colcha. La ducha parecía razonable y las toallas eran finas, pero no transparentes. El jabón y el champú tenían una etiqueta con un nombre que sonaba a firma de abogados del viejo Boston. Los muebles eran de madera clara y la televisión, de las planas, pero pequeña, como una maleta de mano. No había teléfono. No había minibar, ni botellita de agua gratis, ni chocolatina en la almohada.

Encendió la televisión, buscó la CNN y leyó el teletipo que pasaba por la parte inferior de la pantalla, el ciclo completo. No se mencionaba a dos fugitivos que hubieran huido de un complejo militar en Virginia, así que fue al baño, abrió el grifo de la ducha y permaneció debajo de ella, sin propósito, hasta mucho después de haberse aclarado el jabón que se había dado. Le venían a la cabeza fragmentos de la conversación que habían mantenido en la destartalada cafetería y no podía evitarlo. «Es usted fiero —le había dicho—. Es usted como un depredador. Frío y duro».

Pero, a decir verdad, la parte de la conversación que le había calado era anterior a eso. Turner le había preguntado por Morgan y él le había respondido: «Sus soldados de Afganistán se perdieron dos comprobaciones consecutivas por radio y no hizo nada al respecto». Le dio vueltas una y otra vez, repitiendo las palabras en su cabeza, moviendo los labios, diciéndolas en alto, dividiendo las frases, musitando cada una de ellas debajo del agua, examinando los significados por separado.

«Sus soldados de Afganistán».

«Se perdieron dos comprobaciones consecutivas por radio».

«No hizo nada al respecto».

Cerró el grifo, salió de la ducha y cogió una toalla. Luego, aún mojado, se puso los pantalones, una de las camisetas y salió al rellano exterior. Fue descalzo hasta la puerta de la habitación 11 a pesar del frío.

Llamó a la puerta.

Reacher esperó en la fría noche, porque la comandante Turner no abrió de inmediato. Pero sabía que estaba despierta. Por la mirilla de su puerta se veía luz eléctrica. Entonces se oscureció por un instante, mientras la mujer miraba por ella para ver quién llamaba. Entonces, le tocó esperar un poco más. Supuso que se estaría poniendo algo de ropa. Lo más seguro es que ella también se hubiera duchado.

Entonces se abrió la puerta y allí estaba ella, con una mano en el picaporte y la otra en la jamba, bloqueándole el paso, ya fuera consciente o inconscientemente. Tenía el pelo húmedo y se lo había peinado con los dedos para apartárselo de los ojos. Llevaba la camiseta del ejército y los pantalones de trabajo. Iba descalza.

—Debería haber llamado, pero en mi habitación no hay teléfono.

—En la mía tampoco. ¿Qué sucede?

—Algo que le he dicho acerca de Morgan. Acabo de darme cuenta de qué significa.

—¿Qué es lo que me ha dicho?

—Que sus soldados de Afganistán se perdieron dos comprobaciones consecutivas por radio y que no hizo nada al respecto.

—Yo también he estado dándole vueltas. Creo que demuestra que es uno de ellos. No hizo nada porque sabía que no había nada que hacer. Sabía que estaban muertos. No tenía sentido organizar una búsqueda.

—¿Puedo pasar? —preguntó Reacher—. Hace frío.

No hubo respuesta.

—O podemos hablar en mi habitación, si lo prefiere.

—No, pase.

Quitó la mano de la jamba y se hizo a un lado. Reacher entró y la mujer cerró la puerta. Su habitación era igual que la de él. Había dejado la camisa en el respaldo de una silla. Las botas estaban debajo de la silla, bien alineadas, la una junto a la otra.

—Yo diría que ahora podría permitirme calzado nuevo —comentó ella.

—Podría permitírsele todo nuevo.

—¿A usted también se lo parece? —Y continuó—. ¿Y eso prueba que Morgan es uno de ellos?

—Podría probar que es vago e incompetente.

—Ningún comandante sería tan idiota.

—¿Cuánto tiempo lleva en el ejército?

La mujer sonrió unos instantes.

—Tiene razón, hay muchos comandantes así de idiotas.

—No creo que lo importante sea que no hiciera nada al respecto.

Ella se sentó en la cama y él se quedó de pie junto a la ventana. A Turner los pantalones le quedaban holgados y la camiseta ajustada. No llevaba nada por debajo. Eso estaba claro. Le veía las costillas y sus formas esbeltas. Cuando hablaban por

teléfono desde Dakota del Sur, se la había imaginado rubia, con los ojos azules, puede que del norte de California, lo que había resultado un juicio de lo más erróneo. Tenía el pelo oscuro, los ojos oscuros y era de Montana. Pero había acertado en otros aspectos. «Entre metro sesenta y cinco y metro setenta —había calculado en alto—, pero delgada». «Su voz es gutural», ante lo que ella se había reído y le había preguntado: «¿Está queriendo decir que no tengo pecho?». Entonces había sido él quien se había reído y le había soltado: «Una 75A como mucho», y ella: «Mierda».

Pero la realidad era mejor que las conversaciones telefónicas. En persona, era algo del todo diferente.

Y merecía mucho la pena.

—Entonces ¿qué es lo importante de lo que dijo Morgan?

—Lo de las dos comprobaciones por radio perdidas.

—¿Por qué?

—Sus soldados hicieron una verificación por radio el mismo día en que la detuvieron a usted, pero ya no hicieron la del día siguiente ni la del siguiente.

—Que yo tampoco podría haber recibido porque estaba en la cárcel. Eso ya lo sabe. Era una acción conjunta. Nos callaron a las dos partes, aquí y allí, al mismo tiempo.

—Pero no fue al mismo tiempo. Ahí quería yo llegar. Afganistán va nueve horas por delante de Rock Creek. En invierno, eso es casi un día entero de luz diurna. Y nadie se interna por un camino de cabras del Hindukush por la noche. Sería una mala idea por muchas razones, incluida tropezar y romperte la pierna por accidente. Así que a los suyos les pegaron un tiro en la cabeza durante el día. Eso se lo digo yo. No hay duda. Y las horas de sol acaban sobre las seis, hora local.

—Vale.

—Las seis de la tarde en Afganistán son las nueve de la mañana aquí.

—Vale.

—Pero mi abogada dijo que abrió usted la cuenta bancaria en las islas Caimán a las diez de la mañana, que los cien mil pavos los ingresaron a las once y que a usted la arrestaron a las doce.

—Lo último lo recuerdo.

—Eso significa que, antes de que empezaran a liarla a usted, sus soldados llevaban muertos al menos una hora. Muchas más, lo más probable. Un mínimo de una, un máximo de ocho o nueve.

—Vale, no fue exactamente simultáneo. Ambas situaciones no sucedieron a la vez, sino una después de la otra. ¿Acaso importa?

—Creo que sí pero, primero, tenemos que remontarnos un día más. Usted envió a Weeks y a Edwards a las colinas y la reacción fue instantánea. Todo había acabado para el mediodía del día siguiente. ¿Cómo es que reaccionaron con tanta rapidez?

—¿Suerte?

—Supongamos que fue algo más.

—¿Cree que tienen un infiltrado en la 110?

—Lo dudo. No con gente como la nuestra. En mí época habría sido imposible y no me cabe en la cabeza que la situación no haya ido incluso a mejor.

—Entonces ¿qué?

—Creo que tienen las comunicaciones pinchadas.

—¿Un micro en los teléfonos de Rock Creek? No creo que sea posible. Tenemos sistemas detectores.

—En Rock Creek no. No tiene sentido poner un micro en las terminaciones locales de la red. Hay demasiadas. Es mejor concentrarse en el centro de la red. Donde vive la araña. Creo que leen todo lo que entra y sale de Bagram. Oficiales muy veteranos del Estado Mayor, con acceso a todo lo que quieran. Que, en aquel momento, lo era todo. Que es justo lo que obtuvieron. Escarbaron entre toda la palabrería hasta llegar al rumor original, a las órdenes que usted dio, a la reacción de sus soldados y a todo lo que conllevó.

—Es posible.

—Cosa que, en efecto, importa.

—Pero solo como detalle de trasfondo.

—No, como algo más. Ya habían parado a Weeks y a Edwards, entre una y nueve horas antes, así que ¿por qué siguieron adelante y fueron a por usted?

—Ya lo sabe. Pensaron que sabía algo que, en realidad, no sé.

—Pero no tenían que pararse a pensar. O a suponer, o a prepararse para lo peor. No si estaban leyendo lo que entraba y salía de Bagram. No era necesario que especulasen. Sabían lo que Weeks y Edwards le habían contado. Estaban seguros. Lo sabían punto por punto. Sabían lo mismo que usted, Susan.

—Pero yo no sabía nada. Porque Weeks y Edwards no me contaron nada.

—Si eso es cierto, ¿por qué siguieron adelante y fueron a por usted? ¿Para qué iban a hacerlo? ¿Por qué iban a poner en marcha una operación muy compleja y muy cara sin razón alguna? ¿Por qué iban a poner en peligro esos cien mil dólares?

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Quiero decir que Weeks y Edwards sí que le contaron algo. Quiero decir que usted sí que sabe algo. Puede que en su momento no le pareciera gran cosa y puede que incluso se le haya olvidado, pero Weeks y Edwards le dieron alguna perla de información y, a consecuencia de ello, alguien se cagó en los pantalones.

Turner puso sus pies descalzos sobre la cama y se recostó sobre la almohada.

—No estoy senil, Reacher. Recuerdo lo que me dijeron. Estamos pagando a un infiltrado pastún y se reunieron con él. Les contó que habían visto a un oficial estadounidense internándose por el norte para encontrarse con el anciano de una tribu. En ese momento desconocía la identidad del oficial, así como el propósito de su encuentro.

—¿Dieron alguna descripción?

—Solo que era estadounidense.

—¿Hombre o mujer?

—Tenía que ser hombre, los ancianos pastunes no se reúnen con mujeres.

—¿Blanco o negro?

—No lo especificaron.

—¿Del ejército? ¿Marine? ¿De las Fuerzas Aéreas?

—Para ellos, todos somos iguales.

—¿Graduación? ¿Edad?

—Ningún detalle. Un oficial estadounidense. Es lo único que sabíamos.

—Tiene que haber algo más.

—Sé lo que sé. Y sé lo que no sé.

—¿Está segura?

—¿Qué quiere decir eso? Es como lo de usted y la mujer de Corea. Nadie es consciente de lo que ha olvidado. Solo que yo no he olvidado nada. Recuerdo lo que me dijeron.

—¿Cuánto tuvieron que ir para adelante y para atrás?

—Solo sucedió lo que le he contado, lo del rumor, y luego mi orden, que era que intentaran dar con su origen. Y eso fue todo. Una llamada saliente y una entrante.

—¿Qué hay de su última verificación por radio? ¿La vio?

—Es lo último que vi antes de que vinieran a por mí. Fue pura rutina. Ningún progreso. Aquí no hay nada que ver, chicos, así que seguid adelante. Ya me entiende.

—Por tanto, estaba en el mensaje original. En lo del rumor. Va a tener que recordarlo, palabra por palabra.

—«Han visto a un oficial estadounidense no identificado internándose por el norte para encontrarse con el anciano de una tribu». Por una razón desconocida. Ese era el mensaje, palabra por palabra. Aún lo recuerdo.

—¿Y qué parte de eso vale cien mil dólares? ¿Y su futuro, el del coronel Moorcroft y el mío? ¿Y un moratón en el brazo de una muchacha de instituto en Berryville, Virginia?

—No lo sé.



Después de aquello, se quedaron callados. No siguieron hablando. No siguieron comentando el tema. Turner se tumbó en la cama, mirando al techo. Reacher se apoyó en el alféizar, repasando lo que había dicho ella. Veinte palabras. Una frase perfecta. Con sujeto y predicado, con un ritmo satisfactorio y una cadencia agradable: «Han visto a un oficial estadounidense no identificado internándose por el norte para encontrarse con el anciano de una tribu». La repasó una y otra vez. Después la dividió en tres, oración por oración.

«Han visto a un oficial estadounidense no identificado».

«Internándose por el norte».

«Para encontrarse con el anciano de una tribu».

Cuarenta y seis sílabas. No era un haiku. De hecho, salían más de tres haikus.

¿Significado?

Incierto, pero presentía una pequeña inconsistencia entre el principio y el final de la frase, como un granito de arena en un mecanismo perfecto.

«Un oficial estadounidense no identificado».

«El anciano de una tribu».

¿Significado?

No lo sabía.

—Bueno, me marcho —dijo Reacher—. Ya seguiremos con ello mañana. Puede que se le ocurra algo por la noche. Es posible. Se debe a la manera en la que el cerebro reacciona al sueño. Procesos de memoria, o un portal al subconsciente, o algo así. Leí un artículo al respecto en una ocasión. En una revista que encontré en el autobús.

—No —dijo ella—. No.

—¿No qué?

—No se marche. Quédese.

Reacher se detuvo.

—¿De verdad?

—¿Quieres?

—¿A ti qué te parece?

—Pues quítate la camiseta.

—¿De verdad?

—Quítatela, Reacher.

Y es lo que hizo. Tiró de la camiseta elástica de algodón y se la sacó por los hombros primero, por la cabeza después y la tiró al suelo.

—Gracias —le dijo ella.

Y entonces, como hacía siempre, se quedó esperando a que le contaran las cicatrices.

—Me equivocaba. No solo eres fiero. Eres un animal.

—Somos animales. Eso es lo que hace que vivir resulte interesante.

—¿Cuánto ejercicio haces?

—No hago ejercicio. Es genético.

Y no le estaba mintiendo. La pubertad le había proporcionado muchas cosas sin que él las pidiera, incluidos peso, altura, un físico mesomórfico, con unas abdominales que parecían el empedrado de una ciudad, un pecho como las armaduras de la NFL y bíceps como los de los jugadores de baloncesto, además de una grasa subcutánea fina como un pañuelo de papel. Nunca había hecho nada por conseguirlo. Ni dieta. Ni pesas. Nada de nada en el gimnasio. Su política era: si no está roto, qué vas a arreglar.

—Ahora los pantalones —le dijo ella.

—No llevo nada debajo.

Ella sonrió.

—Yo tampoco.

Se desabrochó el botón. Bajó la cremallera. Empujó la tela por debajo de las caderas. Dio un paso adelante. Un paso más cerca de la cama.

—Te toca.

Ella se incorporó hasta sentarse.

Sonrió.

Se quitó la camiseta.

Era tal y como la había imaginado y era todo lo que quería.

Se despertaron muy tarde por la mañana, calentitos, somnolientos, profundamente saciados, y únicamente lo hicieron por el sonido de motores de coche que provenía del aparcamiento que había debajo de su ventana. Bostezaron, se estiraron y se besaron, largo, lentamente y con dulzura.

—Hemos malgastado el dinero de Billy Bob —dijo Turner—. Con lo de las dos habitaciones. Culpa mía. Lo siento.

—¿Por qué cambiaste de opinión?

—Lujuria, supongo. La cárcel te hace pensar.

—En serio.

—Por tu camiseta. Nunca había visto nada tan fino. O era muy cara o muy barata.

—En serio.

—Estaba en mi lista de cosas por hacer antes de morir desde que hablamos por teléfono. Me gustaba tu voz. Y vi tu foto.

—No te creo.

—Mencionaste lo de la chica de Berryville. Eso es lo que me hizo cambiar de opinión. La del brazo. Dijiste que te había molestado. Y no has hecho otra cosa que encargarte de mi problema. Ignoras el tuyo, lo de Perrazo. Que es igual de grave. Eso quiere decir que te preocupas por los demás. Lo que significa que no puedes ser fiero.

Supongo que lo primero que se deja a un lado es la preocupación por los demás. Y todavía distingues lo que está bien de lo que está mal. Cosa que, en general, significa que estás bien. Lo que significa que mi yo futura también estará bien. No va a ser tan malo.

—Vas a ser una general de dos estrellas, si quieres.

—¿Solo de dos?

—Tener más es como postularse para un cargo público: de lo más coñazo.

Ella no respondió. Todavía se oían motores en el aparcamiento. Era como si varios vehículos estuvieran dando vueltas en un círculo amplio. Puede que tres o cuatro, uno detrás del otro. Subiendo por un lado del edificio y bajando por el otro. Un bucle sin fin.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Faltan nueve minutos para el mediodía.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre sé qué hora es.

—¿A qué hora hay que dejar la habitación?

Entonces oyeron pisadas en el rellano y alguien les pasó un sobre por debajo de la puerta, tras lo que las pisadas volvieron a alejarse hasta que dejaron de oírse.

—Yo diría que a mediodía. Porque supongo que en ese sobre hay una copia de la factura, ya pagada.

—Qué formal.

—Tienen ordenador.

Seguían oyéndose los motores. Reacher dio por hecho que su parte reptil del cerebro ya habría analizado el peligro. ¿Serían vehículos del ejército? ¿Coches patrulla? ¿El FBI? Por lo visto, la parte reptil no le había dado importancia. Y no se equivocaba, porque estaba claro que se trataba de vehículos civiles. Todos ellos motores de gasolina, incluido un discordante V-8 con el silenciador agujereado, y al menos uno de esos de cuatro cilindros, poca cosa, uno de esos vehículos que te compras aprovechando una financiación especial, con mala suspensión y el tablero de instrumentos traqueteante. No tenía nada que ver con los ruidos militares o paramilitares.

El volumen fue en aumento y también la velocidad.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Mira a ver.

Fue hasta la ventana descalza, esbelta, desnuda. Abrió un poco las cortinas, miró y esperó a hacerse una idea general.

—Cuatro camionetas. Diferentes años, tamaños y estados de conservación —dijo —, todas ellas con dos ocupantes. Están rodeando el edificio una y otra vez.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea.

—¿Dónde estamos?

—Petersburg, Virginia Occidental.

—En ese caso, puede que sea una tradición rural del estado. Las ceremonias de primavera, o algo así. Como los sanfermines en Pamplona. Solo que en Petersburg corren en camionetas.

—Parece algo bastante hostil. Como esas películas de las que hablabas, en las que el vaquero dice que el sitio está demasiado tranquilo. Esta es la parte en la que llegan los indios y empiezan a cabalgar en círculos alrededor de la carreta a la que se le ha roto la rueda. Cada vez más rápido.

Reacher dejó de mirarla y se centró en la puerta.

—Espera —le dijo.

Salió de la cama y recogió el sobre. La solapa no estaba pegada. Dentro había un papel. Nada siniestro. Lo que esperaba. Una factura doblada en tres en la que ponía que no debían nada. Y así era. Habitación 11, treinta pavos, menos treinta pavos pagados de antemano.

Pero.

En la parte inferior de la factura había un alegre «gracias por habernos elegido» y, debajo, el nombre del dueño del motel impreso como una firma y, debajo, una información de lo más gratuita.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

Se unió a ella junto a la cama y se lo enseñó.

¡Muchas gracias por habernos elegido!

John Claughton, dueño.

¡En el condado de Grant los Claughton están desde hace trescientos años!

—Supongo que iban en serio con lo del Corvette —comentó Reacher—. Debieron de empezar a llamarse unos a otros. Un consejo de guerra. Una llamada a la acción. Los Claughton del condado de Hampshire, los del condado de Grant, y los de los demás condados también. Seguro. Puede que decenas de condados. Puede que en gran parte del territorio de Virginia Occidental. Y si la Bella Durmiente de anoche en recepción es hijo o sobrino, también es primo. Y ahora ya es un hombre hecho y derecho. Porque nos ha delatado él.

—El Corvette nos va a dar más problemas que soluciones. Fue una mala elección.

—Pero ha sido divertido mientras ha durado.

—¿Se te ocurre algo brillante?

—Vamos a tener que razonar con ellos.

—¿Lo dices en serio?

—Difunde el amor y la comprensión. Usa la fuerza si es necesario.

—¿Quién dijo eso?

—León Trotski, creo.

—Lo mataron apuñalándolo con un picahielos. En México.

—Eso no invalida su postura general. No en sí misma.

—¿Y cuál era su postura general?

—Sólida. También dijo que si no puedes convencer a tu oponente con la razón, debes convencerle dándole con la acera en la cabeza. Era una persona de instintos sensatos. En su vida privada, vamos. Es decir, si no tenemos en cuenta que lo mataron apuñalándolo con un picahielos en México.

—¿Qué vamos a hacer?

—Yo diría que deberíamos empezar por vestirnos. Solo que la mayor parte de mi ropa está en la habitación de al lado.

—Eso es culpa mía. Lo siento.

—No le des más importancia de la que tiene. Vamos a salir de esta. Vístete e iremos juntos a mi habitación, donde me vestiré yo. Es bastante seguro. Solo estaremos fuera un par de segundos. Pero date una ducha. No hay prisa. Esperarán. No van a entrar. No le van a romper la puerta al Primito Gilipollas. Seguro que eso es parte del código familiar de los Claughton.

Turner tardó en ducharse lo mismo que Reacher, once minutos exactos desde que puso la mano en el grifo hasta que salió por la puerta. Luego, esperaron un rato largo, calculando bien el tiempo, para ir a la habitación de al lado sin que les vieran las camionetas que no paraban de dar vueltas, tras lo que decidieron que con cuatro camionetas moviéndose a unos cincuenta kilómetros por hora, que no les vieran era casi imposible. Así que salieron y durante unos tres metros de los siete que tuvieron

que recorrer estuvieron por delante, hasta que una de las camionetas giró y Reacher oyó un rugido bajo su capó, producido por la reacción instintiva del conductor ante la aparición de su oponente: pisar el acelerador. Para perseguirlos, pensó Reacher. Para pasar por encima de ellos. Un mecanismo evolutivo, como tantos otros. Abrió la puerta y entraron a toda prisa.

—Ahora, tienen claro que estamos aquí —dijo Reacher—. Aunque no es que no lo supieran ya. Seguro que el Primo Cibernético les ha contado nuestra vida y milagros.

La habitación estaba como la había dejado. Las botas estaban debajo de la ventana, con los calcetines al lado; su ropa interior y la segunda camiseta, en la silla; y el chaquetón, en un colgador.

—Yo también voy a ducharme —anunció Reacher—. Si siguen dando vueltas, se habrán mareado para cuando salgamos.

Reacher había acabado en once minutos. Se sentó en la cama y se ató los cordones de las botas. Se puso el chaquetón y se lo abrochó.

—No tengo inconveniente en encargarme yo —le dijo a ella.

—¿Y los policías que hay al otro lado de la calle? No podemos permitirnos que vengan a ver qué pasa.

—Seguro que los polis dejan que los Claughton hagan lo que les parezca pero, en cualquier caso, estoy casi seguro de que lo vamos a hacer sin que nadie nos vea. Es lo que suele suceder.

—Voy contigo.

—¿Te has visto antes en alguna situación así?

—Sí —dijo ella—. Pero no muchas veces.

—No van a pelear todos. Habría problemas de congestión, entre otras cosas. Y podemos conseguir que su entusiasmo descienda si derribamos a los primeros con contundencia. La clave está en no pasar demasiado tiempo con cada uno. Lo mínimo es lo ideal. Es decir, un golpe y a por el siguiente. Los codos son mejores que las manos y las patadas son todavía mejor.

—Vale.

—Pero primero hablaré con ellos. A decir verdad, algo de razón tienen.

Salieron al rellano. La luz del mediodía era brillante y, tal y como esperaba Reacher, se encontraron con las cuatro camionetas, una junto a la otra, con el morro pegado a la escalera de cemento como rémoras. Había ocho tipos apoyados en puertas, guardabarros y plataformas de carga, pacientemente, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, cosa que, en efecto, tenían, porque no había manera de bajar de la segunda planta más que por la escalera de cemento. Reconoció a los tres de la noche

anterior, los de la carretera de montaña, el pequeño, el mediano y el grande, los dos últimos con un aspecto más o menos similar al de la noche anterior, y el pequeño, con mucho mejor cara, como si estuviera casi recuperado de lo que quiera que lo hubiera llevado a accidentarse. Los otros cinco eran similares, con pintas miserables. El más pequeño de ellos era un tipo nervudo, todo fibra y hueso, mientras que el más grande estaba como hinchado, probablemente, por el exceso de cerveza y comida rápida. Ninguno iba armado. Reacher veía las dieciséis manos y las dieciséis estaban vacías. Ni pistolas, ni cuchillos, ni llaves inglesas, ni cadenas.

Novatos.

Puso la mano en la barandilla y analizó la escena, sereno, como un dictador en una película antigua, listo para dirigirse a la multitud.

—Tenemos que encontrar la manera de que volváis a casa sin que os hayáis hecho daño. ¿Queréis que trabajemos juntos en ese sentido?

En una ocasión había oído a un tipo trajeado decir por el móvil: «¿Quieres que trabajemos juntos en ese sentido?» y había supuesto que se trataba de una técnica que le habían enseñado en uno de esos carísimos seminarios que se celebran en esos salones sin gracia de los hoteles. Puede que porque exigía una respuesta positiva. Porque la gente civilizada tendía a sentir la obligación de «trabajar juntos» si se les ofrecía la opción. Nadie iba a decir: «No, no quiero».

Excepto el tipo de la camioneta grandota de la noche anterior, que no quería.

—Aquí nadie quiere trabajar contigo, chaval. Hemos venido para darte una patada en el culo y recuperar nuestro coche y nuestro dinero.

—Vale —repuso Reacher—. Vayamos por ese camino, si es lo que queréis. Pero no hay razones para que os enviemos a todos al hospital. ¿Habéis oído hablar de Gallup?

—¿De quién?

—Es una empresa que hace encuestas. Durante las elecciones, por ejemplo. Son los que te dicen que tal candidato va a sacar el cincuenta y uno por ciento de los votos y que el otro va a sacar el cuarenta y nueve.

—He oído hablar de ellos.

—¿Sabéis cómo lo hacen? No llaman a todos los norteamericanos. Eso les llevaría mucho tiempo. Así que toman una muestra. Lllaman a un puñado de personas y hacen cálculos en función de sus respuestas.

—¿Y qué?

—Que es lo que deberíamos hacer. Deberíamos elegir una muestra. Uno de los nuestros contra uno de los vuestros. Y dejaremos que el resultado responda a la pregunta: «¿Qué habría pasado si nos hubiéramos enfrentado todos?». Como hace Gallup.

No respondieron.

—Si gana vuestro representante, nos dais vuestra peor camioneta a cambio del Corvette. Y os damos la mitad de la pasta de Billy Bob.

No respondieron.

—Pero si gana mi bando, os daremos el Corvette a cambio de la mejor camioneta. Y nos quedaremos toda la pasta de Billy Bob.

No respondieron.

—Es lo mejor que puedo ofrecerlos, chicos —continuó Reacher—. Estamos en Estados Unidos. Necesitamos ruedas y dinero. Seguro que lo entendéis.

No respondieron.

—Mi amiga está lista y ansiosa —siguió diciendo Reacher—. ¿Tenéis preferencias? ¿Preferís pegaros con una mujer?

—No, eso no está bien —respondió el tipo de la camioneta grandota.

—En ese caso, tendréis que pelear conmigo. Venga, voy a mejorar el trato. Voy a incrementar el tamaño de vuestra muestra. Yo contra dos de vosotros. ¿Queréis que trabajemos juntos en ese sentido?

No respondieron.

—Y lucharé con ambas manos a la espalda.

—¿Qué?

—Ya me habéis oído.

—¿Las dos manos a la espalda?

—En los términos que ya hemos convenido. Y son unos buenos términos, chicos. A ver, en cualquier caso, os quedáis el Corvette. Estoy siendo razonable.

—¿Dos de nosotros y peleas con las manos a la espalda?

—Me pondría una bolsa en la cabeza si la tuviera.

—Vale, nos parece bien.

—Maravilloso. ¿Alguno de vosotros tiene seguro sanitario? Porque esa sería una manera inteligente de elegir a los vuestros.

Entonces, de pronto, Turner le susurró:

—Acabo de recordar lo que había olvidado. Lo de anoche. Lo del informe original.

—¿Lo del anciano de la tribu? —le preguntó también entre susurros. «Un oficial estadounidense no identificado». «El anciano de una tribu». El granito de arena. Al estadounidense lo habían descrito como «no identificado», pero al anciano de la tribu no—. ¿Le dijeron su nombre?

—El nombre exactamente no. Sus nombres son demasiado complicados como para recordarlos. Por eso usamos números de referencia. Se les asignan la primera vez que las autoridades estadounidenses tienen noticia de ellos. Y el número del tipo estaba en el expediente. Lo que significa que está en el sistema. Que alguien lo conoce.

—¿Y cuál es?

—No lo recuerdo. V. A. algo.

—¿Qué significa V. A.?

—Varón afgano.



—Es un comienzo, supongo.

Entonces, desde abajo, el tipo de la camioneta grandota soltó:

—Vale, nosotros estamos preparados.

Reacher miró hacia abajo. El grupo se había separado en dos, seis por un lado y dos por el otro. Los dos eran el de la camioneta grandota y el hinchado, el que estaba lleno de McDonald's y Miller High Life.

—¿De verdad vas a poder? —le preguntó ella.

—Solo hay una manera de descubrirlo.

Y bajó las escaleras.

Los seis espectadores se hicieron a un lado y Reacher y los dos elegidos se acercaron, en un espacio vacío, un triángulo cerrado de tres hombres que se movían de manera sincronizada, dos de ellos hacia atrás y uno hacia delante, todos ellos alerta, vigilantes y recelosos. Más allá de las camionetas aparcadas, había una extensión de barro pisoteado casi tan amplia como la carretera. A la derecha estaba la parte trasera del motel, donde estaba aparcado el Corvette, detrás del último edificio, y a la izquierda, el aparcamiento daba a la ruta 220, pero la entrada era estrecha y no se veía nada más que asfalto y árboles. La comisaría quedaba hacia el oeste. Nadie de los que estuvieran en la extensión de barro pisoteado podía verla y, por tanto, la poli no podía ver a nadie que estuviera en el barro.

Bastante seguro.

Listos para empezar.

Normalmente, contra dos oponentes idiotas, Reacher habría hecho trampas desde el principio. ¿Las manos a la espalda? Les habría metido un codazo a cada uno en la mandíbula nada más bajar el último escalón. Pero no cuando había seis suplentes. Sería ineficaz. Se rebelarían todos, encabronados, y se les subirían los humos, lo que les haría estar por encima de sus capacidades habituales. Así que Reacher dejó que el triángulo se ajustase, rotase y patease el suelo hasta que todo el mundo estuviera preparado, tras lo cual metió las manos en los bolsillos de atrás, con las palmas contra el culo.

—Que empiece el juego —dijo.

Vio cómo los otros dos adoptaban lo que parecía su posición de combate y, después, que la cambiaban de forma radical. Dile a alguien que vas a pelear con las manos a la espalda y solo oírás eso, única y exclusivamente. Pensará: «¡El tipo va a pelear con las manos a la espalda!», tras lo que imaginará los primeros segundos de la pelea y le resultará tan extraño que centrará su atención en ello. «¡Sin manos! ¡Lleva el torso desprotegido! ¡Como el saco de un gimnasio!».

Así que esa gente no ve otra cosa que la parte superior del cuerpo, la parte superior del cuerpo, la parte superior del cuerpo y la cabeza, y la cara, como objetivos irresistibles, dolor a la espera de que lo administren, golpes incontestables que les están implorando ser propinados, y los tipos bajan la guardia y levantan los puños y adelantan el mentón y entrecierran unos ojos que les brillan, radiantes, mientras observan la tripa, las costillas o la nariz de su oponente, o cualquier lugar en el que estén planeando dar su primer y dichoso puñetazo. No ven otra cosa.

Como, por ejemplo, los pies.

Reacher dio un paso adelante y le pegó una patada en los huevos al gordo, fuerte, con la pierna derecha, con tanta potencia como para mandar el balón a la otra punta del campo, y el tipo se desplomó tan de golpe que pareció que alguien hubiera apostado un millón de dólares con él a que no era capaz de hacer un agujero en el

barro con la cara. Produjo un sonido como el de una bolsa cayendo al suelo y se encogió, se le asentó la grasa y se quedó quieto como un muerto.

Reacher dio un paso hacia atrás.

—Mala elección —dijo—. Está claro que hubiera sido mejor que dejarais a este tío en el banquillo. Ahora solo quedamos tú y yo.

El de la camioneta grandota también había dado un paso atrás. Reacher le miró a la cara y confirmó que el tipo estaba revisando a toda prisa todas y cada una de las asunciones que había hecho hasta el momento. Era inevitable. «Claro, los pies... Se me habían olvidado». Lo que hizo que bajara demasiado su centro de gravedad. A partir de ese momento todo era pies, pies, pies. Solo había pies. Bajó las manos, casi hasta la pelvis, puso un muslo por delante y encorvó tanto los hombros que acabó pareciendo un niño con dolor de tripas.

—Puedes retirarte ahora mismo y lo damos por zanjado. Nos llevamos una camioneta, os quedáis el Corvette y os largáis.

—No.

—Te lo diré una vez más, pero no te lo diré tres veces.

—No.

—Pues vamos a ello, amigo. Enséñame qué sabes hacer. Porque algo harás, ¿no? ¿O solo sabes conducir en círculos?

Reacher sabía lo que venía a continuación. Estaba claro que el otro era diestro. Así que le lanzaría un derechazo, de abajo arriba, pero sin llegar en ningún momento demasiado alto, como un jugador de béisbol devolviendo la pelota de lado, como un guante de boxeo atado a una puerta y que el golpe consista en que la puerta se cierra de golpe y tú estás delante. Así es como iba a ser. Cuando llegara. El tipo seguía moviéndose hacia un lado, intentando encontrar una rampa de lanzamiento.

En un momento dado, la encontró y allí se lanzó. Como un guante de boxeo atado a una puerta. ¿Qué hacer? La mayoría de la gente se apartaría. Pero un niño de seis años en una película de ciencia ficción no. Se pondría de lado, empujaría con fuerza, con las rodillas flexionadas, y pararía la puerta con el hombro, más cerca de la bisagra, más o menos por la mitad, puede que un poco más, un empujón sólido y agresivo donde el impulso es más bajo, pero que está bien dentro del arco del guante.

Eso es lo que hizo Reacher con el de la camioneta grandota. Se giró, se adelantó y le golpeó con el hombro, justo en el centro del pecho, con lo que el puñetazo del tipo salió volando hacia la espalda de Reacher, flojo, como el que intenta meter mano a su pareja durante la peli. Después de eso, el tipo se tambaleó unos pasos hacia atrás y recuperó el equilibrio abriendo los brazos, cosa que lo dejó inmóvil y sin guardia, como una estrella de mar, algo de lo que pareció darse cuenta de inmediato, porque bajó la mirada horrorizado, al pie de Reacher, que se movía.

Boletín informativo, amigo.

No son los pies.

Es la cabeza.

Los pies se movían, sí, pero como los de un boxeador, creando propósito e impulso, tras lo que la parte superior del cuerpo salió disparada hacia delante, como un latigazo, y el cuello giró y la frente se estrelló contra el puente de la nariz de su oponente, tras lo que el latigazo rebotó hacia atrás. Hecho. Reacher se incorporó a toda velocidad y el de la camioneta grandota se tambaleó, con las rodillas de goma, medio paso, y otro medio, y colapso vertical, débil e impotente, como una dama victoriana con miriñaque que se desmaya.

Reacher miró a Turner, que seguía en el rellano.

—¿Qué camioneta te parece mejor?

El código del honor de los Claughton era una maravilla. Eso estaba claro. Ninguno de los seis espectadores interfirió o intervino en modo alguno. Eso, o les preocupaba qué pudiera hacerles Reacher ahora que había sacado las manos de los bolsillos.

Al final, Turner había decidido que la camioneta del tipo hinchado era la que más le gustaba. Era una V-8, pero no la del silenciador agujereado. Era la segunda que más lleno tenía el tanque. Tenía buenas ruedas. Parecía cómoda. La aparcó junto al Corvette escondido y transfirieron el dinero de Billy Bob del maletero del Corvette a la guantera de la camioneta. Ambos receptáculos eran más o menos del mismo tamaño. Después, pasaron retumbando junto al silencioso grupo y Reacher les tiró la llave del deportivo por la ventanilla. Turner pisó el acelerador y tomó la 220 a la izquierda, dejando atrás la comisaría y la cafetería de la plancha, avanzando hacia el cruce de caminos del centro del pueblo.

Media hora después, habían dejado Petersburg treinta kilómetros atrás. Iban hacia el oeste por una estrecha carretera que recorría la linde de un bosque que era parque nacional. La camioneta era una Toyota, no nueva, pero que tiraba muy bien. Era tan silenciosa como una biblioteca y tenía navegador incorporado. Pesaba tanto que allanaba los baches. Tenía asientos de cuero cómodos y era espaciosa. Turner parecía pequeña en ella. Pero estaba feliz. Tenía algo en lo que trabajar. Tenía todo un escenario ante sí.

—Ahora entiendo por qué están preocupados. Un número que acompañe lo de V. A. lo cambia todo. Al tipo lo conocemos por alguna razón. Ya sea por su actividad o por sus opiniones. Y cualquiera de las dos cosas nos llevará a alguna parte —expuso la comandante.

—¿Cómo accedemos a la base de datos?

—Cambio de planes. Vamos a Pittsburgh.

—¿Está la base de datos allí?

—No, pero hay un aeropuerto muy grande.

—He estado en Pittsburgh hace poco.

—¿En el aeropuerto?

—En sus carreteras.

—En la variedad está el gusto.

Ir a Pittsburgh suponía cruzar el estado hacia el noroeste y tomar la I-79 en algún punto entre Clarksburg y Morgantown. Luego, como quien dice, era todo recto hacia el norte. «Bastante seguro», pensó Reacher. La camioneta Toyota era grande como una casa y pesaba tres toneladas, pero se camuflaba muy bien. ¿Cuál es el mejor sitio

para esconder un grano de arena? Una playa. Y si la Toyota era un grano de arena, las carreteras de Virginia Occidental eran la playa. Como quien dice, todos los vehículos que se veían eran camionetas enormes. Y el oeste de Pensilvania sería igual. Un visitante del espacio exterior que observara la zona llegaría a la conclusión de que la viabilidad de Estados Unidos dependía por completo de la habilidad de la ciudadanía para llevar tabloneros de madera de un lado para el otro en buenas condiciones y en grandes cantidades.

Haber empezado tan tarde el día acabó resultando bueno. O «un rasgo, no un inconveniente», como habría dicho ella. Porque conducirían por la noche. Mejor que hacerlo de día. Por un lado, en las autopistas había más policía pero, por el otro, la poli no puede ver lo que no ve y no hay nada más imposible de ver que dos faros respetando el límite de velocidad en una autopista interestatal por la noche.

—¿Y cómo vamos a conseguir el número que acompaña a V. A.? —preguntó Reacher.

—Vamos a tomar aire y a jugárnosla. Vamos a pedirle a una persona que se implique en una conspiración criminal, que nos ayude y que sea nuestro cómplice.

—¿A quién?

—A la sargento Leach. Es bastante íntegra y yo diría que sus sentimientos están donde deben.

—Estoy de acuerdo. Me gusta la sargento.

—Tenemos grabaciones y transcripciones en la sala de archivos. Lo único que tiene que hacer es echarles una ojeada.

—¿Y luego qué?

—Luego, la cosa se complica. Tendremos el número de referencia, pero ni un nombre ni una biografía. Y un sargento no puede acceder a la base de datos. Yo soy la única persona de todo Rock Creek que tiene acceso. Supongo que Morgan también, pero dudo que podamos pedírselo.

—De eso me encargo yo.

—No tienes acceso.

—Pero conozco a alguien que sí.

—¿Quién?

—Al fiscal general del JAG.

—¿Lo conoces?

—No en persona, pero sé qué lugar ocupa en todo el proceso. Me está obligando a defenderme de unos cargos falsos. Tengo derecho a usar la red para defenderme. Puedo pedir casi todo lo que se me antoje. La comandante Sullivan se encargará de conseguirlo.

—No, en ese caso, debería hacerlo mi abogado. Es mucho más relevante para mis cargos falsos que para los tuyos.

—Es muy peligroso para él. Al coronel Moorcroft le dieron una paliza brutal solo por intentar sacarte de la cárcel. A tu abogado no le van a permitir ni que se acerque a esa información.

—Entonces para la comandante Sullivan también será arriesgado.

—No creo que a ella la estén vigilando todavía. Seguro que acaban descubriéndolo pero, para entonces, ya será demasiado tarde. Será como cerrar la puerta cuando el gato ya se ha escapado.

—¿Crees que lo hará?

—No le queda otra, tiene una obligación legal.

Siguieron conduciendo, en silencio, cómodos, por Virginia Occidental, resiguiendo la pendiente dentada por la que el territorio del estado de Maryland va internándose en el sur. Allí, el navegador de la Toyota les informó de que había una carretera que iba hacia el noroeste y que se unía a la I-79 al sur de Fairmont.

—¿Estabas preocupado? —preguntó Turner.

—¿Por qué?

—Por los ocho de antes.

—No mucho.

—En ese caso, supongo que aquel estudio que te hicieron cuando tenías seis años daba en el clavo.

—Una conclusión correcta, pero un razonamiento erróneo.

—¿Y eso?

—Concluyeron que mi cerebro estaba conectado al revés. Se emocionaron con mi ADN. Puede que estuvieran planeando crear una nueva raza de guerreros. Ya sabes cómo era el Pentágono por aquel entonces. Pero yo era demasiado pequeño como para mostrarme interesado. Y, además, estaban equivocados. En lo que respecta al miedo, mi ADN es como el de todo el mundo. Estaba entrenado, nada más. Para convertir el miedo en agresión de forma automática.

—¿Con seis años?

—No, con cuatro y con cinco. Ya te lo expliqué por teléfono. Me lo planteaba como una elección: o me acobardaba, o me lanzaba contra ellos.

—Nunca había visto a nadie luchar sin manos.

—Ellos tampoco. Y eso era lo importante.

Pararon para echar gasolina y comer en una cafetería llamada Macomber, y después siguieron adelante, siempre hacia el oeste: cruzaron Grafton, tomaron la bifurcación adecuada, por mitad de un pueblecito llamado McGee, y, por fin, llegaron a la entrada de la I-79 que, según el navegador de la Toyota, estaba a una hora en dirección sur del aeropuerto internacional de Pittsburgh, lo que quería decir que llegarían allí a eso de las ocho de la tarde. El cielo ya estaba oscuro. La noche había caído, fiable, envolvente y encubridora.

—¿Por qué te gusta vivir así? —quiso saber Turner.

—Porque mi cerebro está conectado al revés. Eso es de lo que no se dieron cuenta hace ya años. Se centraron en la parte equivocada. No me gusta lo mismo que a la gente normal. Una casita con chimenea, césped y una valla blanca. A la gente es lo que le gusta. Trabaja toda la vida para pagarlo. Firma hipotecas a treinta años. Y me alegro por ellos. Si son felices, yo también. Pero yo preferiría pegarme un tiro.

—¿Por qué?

—Tengo una teoría. Tiene que ver con el ADN. Pero es demasiado aburrida.

—No, no, cuéntamela.

—En otro momento.

—A ver, nos hemos acostado. Ni siquiera me has invitado a un cóctel o a ver una peli. Lo menos que puedes hacer es contarme tus teorías.

—¿Me contarás alguna de las tuyas?

—Puede. Pero tú primero.

—Vale. Piensa en Estados Unidos hace mucho tiempo. El siglo XIX, de principio a fin. La migración hacia el oeste. Los riesgos que corrieron esas personas. Como si les obligaran.

—Y así era. Por la economía. Necesitaban tierra, granjas y trabajo.

—Pero era más que eso. Al menos, para algunos. Algunos no pararon nunca. Y piensa en los británicos cien años antes. Fueron por todo el mundo. Hacían viajes marítimos que duraban cinco años.

—Otra vez por temas económicos. Querían mercados y materias primas.

—Pero algunos no podían parar. Y, antes, los vikingos. Y los polinesios, lo mismo. Creo que es cosa del ADN, de verdad. Hace miles y miles de años vivíamos en pequeños grupos. Pequeños grupos de personas. Así que existía el peligro de la endogamia. Por eso, hubo un gen que evolucionó, para que en cada generación y en cada grupo hubiera alguien que sintiera la necesidad de ir de un lado para otro. De esa manera, el acervo genético se mezclaría un poco. Sería más sano.

—¿Y tú eres esa persona?

—Creo que el noventa y nueve por ciento de nosotros nace para que le guste reunirse en torno a la hoguera y que hay uno que lo odia. Noventa y nueve de cada cien crece temiendo el aullido del lobo y uno, envidiándolo. Y yo soy ese uno.

—Obligado a extender su ADN por el mundo. Pero por el bien de la especie, claro.

—Eso es lo divertido.

—Yo diría que ese no es un argumento que debas esgrimir en la vista por lo de tu paternidad.

Salieron de Virginia Occidental y entraron en Pensilvania y ocho kilómetros después de la frontera vieron un cartel que anunciaba un centro comercial. El cartel estaba



iluminado, por lo que supusieron que el centro seguía abierto. Se desviaron y encontraron una plaza de aparcamiento con la pintura casi borrada que estaba junto a un gran almacén. Turner fue a la sección de mujeres con un fajo de billetes. Reacher la siguió, pero la comandante le dijo que fuera a la sección de hombres.

—Pero si no necesito nada.

—Yo creo que sí.

—¿El qué?

—Una camisa. Y un jersey con cuello de pico, o algo así. Por lo menos.

—Si compras algo podrías devolverme la camisa.

—Voy a tirarla. Necesitas algo mejor.

—¿Por qué?

—Quiero que estés guapo.

Así que se separaron y Reacher encontró una camisa. Azul, de franela, con botones blancos. Quince dólares. Y un jersey con cuello de pico, de algodón, de color azul oscuro. Otros quince dólares. Se cambió en el diminuto probador, tiró las camisetas a la basura y se miró en el espejo. Los pantalones estaban bien. Y el chaquetón. La camisa y el jersey nuevos conjuntaban con el resto. ¿Guapo? No estaba seguro. Puede que más guapo que antes, pero no se sentía preparado para llegar más lejos.

Veinte minutos después, Turner volvió, cambiada de pies a cabeza. Unas botas negras de cremallera, tejanos azules, un jersey ajustado de cuello redondo y una sudadera. No llevaba nada en las manos. Ni una bolsa. Había tirado la ropa vieja y no había comprado nada superfluo. La mujer se fijó en que se daba cuenta.

—¿Sorprendido?

—Un poco.

—He supuesto que era mejor viajar sin equipaje.

—Ahora y siempre.

Fueron a las tiendas pequeñas de las zonas exteriores y encontraron una farmacia de genéricos. Compraron cepillos de dientes plegables y un tubo pequeño de pasta de dientes. Después, volvieron a la camioneta.

El aeropuerto internacional de Pittsburgh estaba alejado de la ciudad y la interestatal los llevó directamente a él. Era una construcción grande, espaciosa, con sus propios hoteles. Turner eligió uno y dejó la camioneta en el aparcamiento. Dividieron el dinero restante de Billy Bob en nueve partes y lo distribuyeron entre todos los bolsillos que tenían. Luego, cerraron el vehículo y se encaminaron a la recepción. No llevar maletas no era un problema. Al menos, no en un hotel de aeropuerto. Los hoteles de aeropuerto estaban llenos de gente sin equipaje. Parte del placer de viajar hoy en día. Desayunar en Nueva York, cenar en París y el equipaje en Estambul. Etcétera.

—Señora, ¿su nombre, por favor? —pidió el recepcionista.

—Helen Sullivan —respondió Turner.

—¿Y el suyo, señor?

—John Temple.

—¿Me enseñan sus identificaciones?

Turner le deslizó por el mostrador las dos identificaciones del ejército que habían tomado prestadas. El recepcionista las observó el tiempo suficiente como para darse cuenta de que, en efecto, eran identificaciones y que, en efecto también, eran de una tal Sullivan y de un tal Temple. No hizo ningún esfuerzo por fijarse en si las fotografías coincidían con los clientes. Reacher sabía por experiencia que poca gente lo hacía. Quizá no fuera una de sus responsabilidades, o no les diera la cabeza para tanto.

—¿Me permiten una tarjeta de crédito?

—Vamos a pagar en metálico.

Lo que tampoco era problema en un hotel de aeropuerto. Las tarjetas de crédito y los cheques de viaje también desaparecen porque, por malo que sea el manejo del equipaje, los carteristas siempre son buenos. Reacher pagó lo que costaba la habitación más cien dólares adicionales para imprevistos, que le solicitó el recepcionista, contento de cogerlos. A cambio, les dio dos llaves electrónicas y les dijo dónde estaban los ascensores.

La habitación estaba bien, aunque no es que fuera, en esencia, muy diferente de la celda de la prisión de Dyer. Pero, además de lo básico, tenía un minibar, botellas de agua gratis, batas, zapatillas y chocolatinas en la almohada.

Y un teléfono, que Turner descolgó.

Reacher oyó el zumbido de un tono de llamada. Turner tenía el auricular entre el hombro y el cuello y articuló sin voz: «El móvil de Leach», y sus ojos cambiaron de enfoque en cuanto respondieron a la llamada.

—Sargento, soy Susan Turner. Mi consejo como oficial al mando es que cuelgue el teléfono de inmediato y que avise de esta llamada al coronel Morgan. ¿Va a hacerlo?

Reacher no oyó la respuesta de la sargento, pero era evidente que había sido «no» porque la conversación continuó.

—Gracias, sargento. Necesito que me haga dos favores. El primero, necesito un número que acompaña al V. A. del comunicado de Weeks y Edwards. La transcripción debería de estar en la sala de archivos. ¿Sigue allí el coronel Morgan?

Reacher no oyó la respuesta, pero era evidente que había dicho «sí» porque Turner añadió:

—De acuerdo, pues no se arriesgue ahora. Le llamaré cada hora.

Se mantuvo en la línea, lista para pedirle el segundo favor, pero Reacher no oyó lo que era porque, justo en ese instante, llamaron a la puerta. Cruzó la habitación y abrió. Frente a él había un tipo con traje. Llevaba un comunicador en la mano y una insignia corporativa en la solapa. Le pareció que se trataba de algún tipo de gerente del hotel.

—Lo siento, señor, pero ha habido una confusión.

—¿Qué tipo de confusión?

—El depósito para posibles incidentes debería haber sido de cincuenta dólares, no de cien. Al pagar en metálico, me refiero. Por el teléfono y el minibar. Si hacen uso del servicio de habitaciones, tendrán que pagar directamente al servicio.

—De acuerdo.

Así que el tipo rebuscó en el bolsillo y sacó cincuenta dólares, dos billetes de veinte y uno de diez, y los desplegó como si Reacher hubiera ganado un premio de un programa de televisión.

—Y, como ya le he dicho, siento que le hayamos cobrado de más.

Reacher cogió el dinero y lo comprobó. Moneda estadounidense. Cincuenta pavos.

—No pasa nada.

El tipo se fue. Reacher cerró la puerta. Turner colgó el teléfono y le preguntó:

—¿Qué quería?

—Por lo visto, al recepcionista se le ha debido de pasar por alto alguna notificación. Resulta que solo debíamos dejar cincuenta dólares por si acaso, no cien, porque el servicio de habitaciones se paga en metálico.

—¿Qué más dará.

—¿Qué tal estaba la sargento?

—Es una mujer valiente.

—¿Sabes su número de memoria? ¿El de un sargento que, como quien dice, acabas de conocer en un mando nuevo?

—Me sé de memoria los números de todos.

—Eres una buena comandante.

—Gracias.

—¿Cuál es el segundo favor que le has pedido?

—Ya lo verás. Espero.

Romeo marcó pero Julieta tardaba en responder. Romeo frotó el brazo de cuero del sillón con la palma. La tenía seca y el cuero estaba suave y lustroso, lo que se debía a cincuenta años de antebrazos de personas vestidas con traje.

Entonces, Julieta respondió:

—¿Sí?

Romeo dijo:

—Los apellidos Sullivan y Temple acaban de aparecer en un hotel del aeropuerto de Pittsburgh, Pensilvania. Por fortuna para nosotros, el registro está enlazado con Seguridad Nacional. Porque es un aeropuerto.

—¿Crees que son ellos?

—Pronto tendremos descripciones. El hotel ha enviado a alguien para que eche una ojeada. Pero creo que sí, que son ellos. Al fin y al cabo, ¿qué probabilidades hay? De combinar esos dos apellidos, me refiero. Por lo que sé, son las únicas tarjetas identificativas que llevan.

—Pero ¿qué hacen en un aeropuerto de Pittsburgh?

—Eso no importa. ¿Dónde están los nuestros?

—Camino de Los Ángeles.

—Pues que den la vuelta a toda leche.

En la habitación hacía una buena temperatura, así que Reacher se quitó el chaquetón milagroso y Turner el suyo.

—¿Quieres pedir algo al servicio de habitaciones? —preguntó ella.

—Claro.

—¿Antes o después?

—¿Antes o después de qué?

—Antes o después del sexo.

Reacher sonrió. Por experiencia, sabía que la segunda vez siempre era mejor. Seguía siendo nuevo, pero no tanto. Seguía siendo desconocido, pero no tanto. Siempre era mejor que la primera vez y, con ella, la primera vez había sido espectacular.

—Después.

—Pues quítate la ropa.

—No, esta vez tú primero.

—¿Por qué?

—Porque en la variedad está el gusto.

La comandante sonrió. Se quitó el jersey nuevo. No llevaba nada debajo. No llevaba sujetador. No es que lo necesitara y tampoco sentía la necesidad de fingirlo. Eso le gustaba de ella. En realidad, le gustaba todo de ella. No es que le molestase ninguna mujer desnuda de cintura para arriba en su habitación. Pero ella era especial. En el plano mental y en el físico. En lo físico era perfecta. Era esbelta y fuerte, pero parecía suave y pequeña. Una curva fluía hasta la otra, sin fin, sin costuras, como un solo contorno, como una cinta de Möbius, desde la curvatura de su espalda hasta el hombro, hasta la cintura, hasta las caderas, hasta la espalda, donde empezaba de nuevo. Tenía la piel del color de la miel. Una sonrisa pícara y una risa contagiosa.

Romeo marcó y, en esta ocasión, Julieta respondió de inmediato.

—Son ellos. Un hombre alto, fuerte y rubio, y una mujer más joven, morena y mucho más bajita. Es lo que ha visto el gerente.

—¿Se sabe cuánto tiempo se van a quedar?

—Han pagado una noche en metálico.

—¿Han pedido que les despierten a alguna hora?

—No. Y no van a poder volar. No, desde luego, con dinero en metálico y esas identificaciones. Reacher no se parece a Temple en nada. Hasta alguien de la Administración de Seguridad de Transportes se daría cuenta. Creo que solo pretenden refugiarse. Y no han escogido una mala opción. Los hoteles de aeropuerto son anónimos y, desde luego, Pittsburgh no es el centro del universo. Ahora bien, me gustaría saber cómo han conseguido tanto dinero.

—Nuestros chicos llegarán lo antes posible.

—El gerente del hotel ha dicho que Turner estaba hablando por teléfono.

—¿Con quién?

—He pedido que rastreen la llamada.

Cuando acabaron, yacieron, cansados y sudorosos, enredados entre las sábanas, respirando hondo primero y más suave después. Ella se apoyó en el codo y se quedó mirándolo. Luego, le acarició la frente con los dedos, despacio, buscando.

—Ni siquiera está arrugada.

—Es todo hueso. De una pieza.

Bajó la mano a la nariz.

—Esta no, ¿eh? Al menos, no de parte a parte. Y reciente, ¿no?

—Nebraska. Un tipo muy alterado por algo.

Siguió los cortes con el dedo, todos curados, pero no de hace mucho tiempo, y las protuberancias endurecidas del hueso, que le daban ahora a la nariz una ligera curvatura a la derecha. Para él seguía siendo una sorpresa, pero para ella era normal. Le acarició alrededor de la oreja, el cuello, el pecho. Metió la punta del meñique en el agujero de bala. Encajaba a la perfección.

—Una 38 —le explicó—. Un disparo flojo.

—Qué suerte.

—Siempre tengo suerte. Fíjate ahora.

Siguió acariciándole, hasta la cadera. Hasta la vieja herida de metralla.

—Beirut. He leído tu expediente. Una Estrella de Plata y un Corazón Púrpura. No está mal, pero estoy segura de que esto te dejó más metal en las tripas que en el pecho.

—Fue hueso. Fragmentos de la cabeza de alguien que estaba más cerca.

—En el expediente pone metralla.

—¿Cuántas veces has leído mi expediente?

—Una y otra vez.

—¿Sabes de dónde proviene la palabra «metralla»?

—De dónde.

—De un británico del siglo XVIII que se llamaba Henry Shrapnel.<sup>[1]</sup>

—¿De verdad?

—Fue capitán de artillería durante ocho años. Entonces inventó una bomba explosiva y lo ascendieron a comandante. El duque de Wellington usó el artefacto explosivo en la Guerra de Independencia española y en la Batalla de Waterloo.

—Tremendo.

—Gracias por leer el expediente. Es muy importante para mí.

—¿Y eso?

—Porque ahora no tengo que pasar un montón de tiempo contándote batallitas. Ya las conoces.

—Pues a mí me gusta eso de contarnos batallitas.

—Tú no me has contado ninguna.

—Pues lo haré. Te contaré tantas como quieras.

Romeo llamó a Julieta.

—Ha llamado a un teléfono móvil de tarjeta comprado, casi seguro, en un Wal-Mart. Si lo pagaron en metálico, no hay manera de dar con él. Y me temo que es el caso.

—Merecía la pena intentarlo.

—Los militares son una estupenda clientela para los teléfonos de tarjeta porque algunos de ellos no ganan lo suficiente como para poder tener uno de contrato. Lo

que es vergonzoso, la verdad. Y porque algunos de ellos llevan vidas desorganizadas y los teléfonos de tarjeta les van mejor.

—Eso podría jugar en nuestro favor.

—El teléfono aparece en tres torres de comunicaciones al norte y al oeste del Pentágono.

—Entiendo.

—Rock Creek está al norte y al oeste del Pentágono.

—Así es.

—Creo que estaba llamando a la nave nodriza. Y que alguien de la nave nodriza ha cogido la llamada.

—Nuestros chicos van camino de Pittsburgh.

—No importa. En Rock Creek ya no puede ayudarle nadie.

Turner se dio una ducha, pero Reacher no se molestó en hacerlo. Se puso un albornoz y se arrellanó en una silla, calentito, muy satisfecho y más relajado que nunca. Cuando ella salió con el otro albornoz, le preguntó:

—¿Qué hora es?

—Faltan cuatro minutos para que tengas que llamar de nuevo a Leach. ¿Sabe que estoy contigo?

Turner asintió.

—A estas alturas, seguro que todo el mundo lo sabe. Además, se lo he dicho.

—¿Le ha parecido bien?

—Es sargento del ejército estadounidense, no creo que sea una mojigata.

—Esa no es la cuestión. Si tú resuelves tu problema, nadie podrá tocarla por haberte ayudado. De hecho, saldrá reforzada. Pero si yo no resuelvo lo mío, seguirá en apuros por haberme ayudado. Y viceversa. Etcétera. Está corriendo el doble de riesgos y reduciendo a la mitad sus probabilidades.

—No se ha quejado.

—Deberías cuidarla como oro en paño.

—Lo haré. Si vuelvo.

Cogió el teléfono y llamó de nuevo.

A veinte kilómetros de allí sonó un teléfono, en la sucursal que el FBI tenía en la calle East Carson, Pittsburgh, que estaba un poco al sureste del centro. Respondió un agente de servicio, que se encontró hablando con el edificio Hoover, en D. C. Le explicaron que los ordenadores de Seguridad Nacional decían que los apellidos Sullivan y Temple habían aparecido como huéspedes en uno de los hoteles de un aeropuerto cercano. El agente de servicio repasó los boletines y las órdenes de arresto y comprobó que la policía metropolitana de D. C. y la PM estaban buscando a dos fugitivos que, por lo visto, viajaban con esos nombres.

El agente de servicio llamó al agente especial al mando.

—¿Quiere que avise a D. C. y al ejército?

El agente especial al mando se quedó callado un momento.

—No es necesario complicar el asunto.

«No hay por qué compartir los méritos», pensó el agente de servicio.

—Envíe a uno de los nuestros a comprobarlo —le ordenó el agente especial.

—¿Ahora?

—En cuanto pueda. No hay prisa. Tenemos hasta por la mañana. Seguro que no van a ningún lado.



Turner sujetaba el teléfono con el hombro y el cuello, como antes, y Reacher pudo escuchar la señal de llamada. Luego, oyó que Leach respondía. No oyó lo que decía, pero sí que se dio cuenta de su tono. No era bueno. La sargento se embarcó en un monólogo rápido y largo, reducido en un momento dado a un rápido graznido de plástico por el auricular, pero frustrado y molesto de principio a fin.

—Gracias de todos modos —respondió la comandante, que colgó con aspecto de estar muy cansada y de lo más decepcionada.

—¿Qué pasa?

—Imagínatelo.

—Que no hay ningún número.

—La transcripción no está. Alguien se la ha llevado de la sala de archivos.

—¿Morgan?

—¿Quién si no? Nadie más lo haría o podría hacerlo.

—Pues, o bien es uno de ellos, o bien obedece órdenes a ciegas.

Turner asintió.

—Están limpiando la casa. Y están cubriendo todas las bases. Porque son mejores de lo que pensaba. Y eso me jode. Ya no tengo salida. No sin el número que acompañaba al V. A.

—¿Seguirá aún en algún ordenador?

—No confiamos en los ordenadores. Tenemos la sensación de que es como entregarle el material al *New York Times*. O a China.

—¿Así que tu transcripción física es el único registro?

Asintió de nuevo.

—El único del que soy consciente. Puede que en Bagram se guarde una copia. ¿Por qué? ¿Te estás planteando que el JAG envíe una citación? Pues buena suerte.

—¿Podría estar mal archivado?

—No. Además, la sargento ha mirado por todos lados. No es tonta.

—Tiene que haber otra manera.

—Despiértame si se te ocurre algo porque, ahora mismo, estoy fundida. Necesito dormir.

Tiró el albornoz al suelo, cerró las cortinas, apagó la luz y se metió en la cama; dio una vuelta y soltó un suspiro de cansancio largo y triste, tras lo que se quedó quieta. Él la observó durante un rato y volvió a la silla, donde estuvo sentado unos momentos a oscuras. Imaginó la sala del archivo de Rock Creek, escaleras arriba, la primera a la derecha, la oficina 201. Imaginó al capitán de servicio abajo, en la 103, recibiendo la llamada de larga distancia de Weeks y Edwards, escribiéndola, llevando el preciado papel por las escaleras de piedra, enseñandoselo a Turner, esperando su respuesta, transmitiéndola, copiándolo todo y volviendo a la planta de arriba para archivar llamada y respuesta en el sitio adecuado, de la forma adecuada, en orden,

uno detrás del otro.

Y entonces imaginó a Morgan saliendo de su despacho, a dos puertas de distancia, y mirando a uno y otro lado del pasillo. Solo era un momento. Dos páginas quemadas, rotas o hechas trizas. O dobladas en el bolsillo para dárselas más tarde a personas desconocidas a cambio de tensos asentimientos de apreciación y promesas implícitas de tenerlo en consideración en el futuro.

«Tiene que haber otra manera». Puede que él hubiera recordado el número. Le gustaban los números. Este en concreto quizá hubiera tenido un atractivo intrínseco. Que fuera primo, o casi, o que tuviera factores interesantes. Pero no lo había visto. Aunque nada era imposible. Ningún sistema era perfecto, ninguna seguridad era cien por cien a prueba de idiotas, y siempre había algo que no se había tenido en cuenta.

«Tiene que haber otra manera».

Pero a Reacher no se le ocurría. No en ese momento. Se levantó, bostezó, se estiró, dejó caer su albornoz encima del de Turner y se metió en la cama junto a ella. Estaba profundamente dormida. Respiraba despacio. Caliente y suave. Sus interruptores estaban apagados. Ella misma se había apagado, superada por la situación. Como en aquella película antigua: «Mañana será otro día». Miró el techo, gris y borroso. Cerró los ojos, tomó aire, lo exhaló y se quedó dormido.

Durmió bien durante cinco horas.

Entonces, se despertó, a las cuatro de la mañana.

Porque alguien estaba aporreando la puerta.

Turner también se despertó de inmediato, pero Reacher le puso la mano en el hombro.

—Ya voy yo —le susurró.

Parpadeó, se levantó y cogió el albornoz. Se lo puso de camino a la puerta. No dejaban de llamar. No era un sonido educado o de disculpa. No era el típico sonido de un hotel en mitad de la noche. Estaba lleno de urgencia y exigencia. «¡Pum, pum!». Arrogante y entrometido. Era un sonido indiscutible. Era el sonido de los cuerpos de seguridad. O el de alguien que quería que pareciera que pertenecía a los cuerpos de seguridad.

Reacher no miró por la mirilla. No le gustaban las mirillas. Nunca le habían gustado. Era demasiado fácil para el asaltante esperar a que la lente se oscureciera y, acto seguido, disparar su pistola por el agujero. No hacía falta puntería. Era mejor olvidarse de la mirilla, abrir la puerta a toda velocidad y pegarle un puñetazo en la garganta. O no. Dependería de quién se tratara y de cuántos fueran.

Detrás de él, Turner se había levantado y se había puesto el albornoz. Reacher le indicó que se metiera en el baño. No iban a ganar nada si presentaban un blanco conjunto. Y ella no podía escapar. Solo había una manera de salir de la habitación, la puerta. Estaban en un piso alto y, además, las ventanas no se podían abrir. Temas legales, lo más probable; debido a niños curiosos y a que se trataba de un hotel de aeropuerto, con ruido y humos desde primera hora de la mañana a última hora de la noche.

Ella se metió en el baño y él cogió el picaporte. Tomó aire. La PM o los agentes federales llevarían el arma en la mano. Seguro. Pero no dispararían. No a las primeras de cambio. Estaban muy bien entrenados. Y tenían muchos protocolos. Y demasiado papeleo que rellenar después. Pero los cuatro tipos del coche abollado sí que podrían disparar en cuanto abriera la puerta. Ellos también estaban entrenados, pero no tenían ni protocolos que seguir ni papeleo que rellenar.

«Lo mejor que puedes hacer es abrir la puerta pero quedarte detrás de ella». Irresistible. Una puerta que se abre aparentemente sola está pidiendo a gritos que alguien asome la cabeza para echar una ojeada. Y, por su lado, una cabeza asomada para echar una ojeada está pidiendo a gritos un derechazo en la sien derecha. Luego, cierras la puerta de una patada y tienes un huésped en el suelo a un lado de la puerta, con sus compañeros fuera, al otro lado. Lo básico para entablar una negociación.

Reacher movió el picaporte. Hacia abajo. Diez grados. Veinte. Treinta. No hubo reacción. Cuarenta, cincuenta, sesenta. No hubo reacción. Así que siguió hasta noventa, a toda prisa, tiró con fuerza de él para abrir la puerta como dos tercios de su arco, se preparó para pegar un puñetazo y esperó.

Mucho rato.

Estaba claro que la puerta la mantenía abierta una bota desde el otro lado mientras

se tomaban decisiones. Proceso que les estaba llevando un tiempo considerable.

Pasó casi un minuto.

Entonces apareció un objeto por la puerta.

Reacher no lo miró. No lo siguió con la vista consciente. No había nacido ayer. Pero el breve flogonazo que captó por el rabillo del ojo decía «sobre». Un sobre marrón de tamaño carta, con un cierre metálico, le pareció, como si fuera algo que proviniera de una oficina. Con poca cosa en su interior, no era grueso. Y el sonido que hizo mientras caía revoloteando, sobre la moqueta, confirmó las primeras impresiones. De papel, pero rígido, con un leve crujido resonante allí donde tocó el suelo y unos soniditos deslizantes, como si contuviera unos pocos objetos, todos ellos finos y ligeros.

Esperó.

Entonces apareció una cabeza asomando por la puerta.

Acompañada de una cara.

La de la sargento Leach.

Iba vestida con uniforme de combate. Tenía cara de cansada. Entró en la habitación y la comandante salió del baño. Él cerró la puerta. Turner vio el sobre en la moqueta y le preguntó:

—¿Está todo ahí?

—Sí —respondió Leach.

—Pensaba que iba a enviarlo para que llegara por la mañana.

—He pensado que iba usted a necesitarlo antes de que FedEx se lo trajera.

—¿Ha venido en coche hasta aquí?

—Andando o volando no he venido.

—¿Cuánto ha tardado?

—Unas cuatro horas.

—Gracias, sargento.

—De nada.

—¿A qué hora tiene que presentarse en el cuartel mañana?

—Tan temprano como para que debiera marcharme ya.

—¿Pero?

—Estoy en una posición en la que no quiero estar.

—¿Qué posición?

—Voy a tener que criticar a un compañero del equipo, a un oficial superior.

—¿Una sola persona o dos?

—Una sola, señora.

—¿A mí?

—No, señora.

—¿A Morgan?

—No, señora. A otra. Pero usted es la oficial al mando y yo no soy ninguna chivata.

—Pues cuénteselo al comandante Reacher, que no es el oficial al mando.

La sargento Leach hizo una pausa para sopesar el ardid. Y, por lo visto, le pareció bien, porque se giró hacia Reacher y le explicó:

—Señor, hace tiempo que albergo mis dudas acerca del capitán de servicio.

—¿Hace cuánto?

—Desde siempre.

—¿Por qué no ha hecho nada al respecto?

—No sé cómo hacerlo. Él es capitán y yo soy sargento.

—¿Qué es lo que sucede?

—No para de hacer garabatos. Dibuja y garabatea mientras está al teléfono.

Reacher asintió.

—Lo he visto —respondió—. En su escritorio. En un bloc de páginas amarillas.

—¿Sabe por qué lo hace?

—Porque se aburre.

—Pero a veces no está aburrido. Cuando llegan noticias importantes. Cambia. De pronto, está contento.

—Eso no es ningún delito.

—Pero sigue teniendo el bolígrafo en la mano. Él cambia y los dibujos y garabatos también cambian. A veces ni siquiera son dibujos. A veces hace anotaciones. Palabras clave.

Reacher no dijo nada.

—¿No lo entiende? —continuó Leach—. Trabaja con información clasificada que se supone que solo debe existir en forma física en un sitio, que es la sala de archivos de Rock Creek. Que exista esa información o parte de esa información en forma física en otro sitio va totalmente en contra de las normas.

—Oh, no me diga que... —soltó Turner.

—¿Anotó el número? —le preguntó Reacher.

—Sí, señora. Sí, señor. Anotó el número.

La sargento Leach sacó una hoja de papel arrugada del bolsillo. Era una de las páginas amarillas del bloc que Reacher había visto. La parte superior estaba marcadamente rizada, porque llevaba días enrollada. Como quien dice, estaba cubierta de arriba abajo de tinta negra de bolígrafo. Había diferentes formas, espirales, cajitas, círculos y laberintos alternados en ocasiones con texto o con nombres y palabras muy subrayadas o metidas en cajas y sombreadas hasta el punto de que eran casi ilegibles.

Leach señaló con el dedo la primera palabra legible, que se encontraba en el tercio superior de la página. La palabra era «Kandahar». Un nombre propio. El

nombre de una población. Tenía una flecha grande esbozada a su lado. La flecha partía de la palabra para señalar en otra dirección, con énfasis.

—Esta es la última comunicación antes de la que falta. Son Weeks y Edwards saliendo de Kandahar —comentó la sargento—, volviendo a Bagram a esperar, como se les había ordenado. Todo eso sigue en la sala de archivo, tal y como debería estar.

Luego, Leach desplazó el dedo al tercio inferior de la página, donde se leían dos palabras separadas por un guion: «Hood - Días». La H de Hood estaba realzada con florituras barrocas. Un hombre aburrido al teléfono.

—Esta es la siguiente comunicación después de la que falta —continuó explicando la sargento—. Esa sigue también en la sala de archivo, justo después de la de Kandahar. Esto son nuestros chicos hablando con Fort Hood, Texas, informando de que creían que estarían de vuelta en cuestión de días.

Luego volvió a subir la mano e hizo un paréntesis con los dedos en el tercio medio de la página.

—Así que esta es la parte que corresponde al vacío que hay en los registros.

El tercio central de la página era una masa de garabatos desalentadores, con formas y espirales que se repetían una y otra vez, con cajas, laberintos y círculos. Pero enterrado justo en el centro de todo estaban las letras «V» y «A», seguidas de un número de cuatro dígitos. Todo ello lo había garabateado el capitán en un primer momento y repasado con cuidado después, con líneas más precisas, arreglando los trazos y aclarándolos, subrayándolos y abandonándolos después.

V. A. 3435.

Turner sonrió y dijo:

—Sargento, técnicamente el capitán está infringiendo el reglamento pero, en esta ocasión, vamos a pasarlo por alto.

V. A. 3435.

Que era un número que Reacher habría recordado sin problemas porque tenía cierto interés dado que el 3 y el 4 y el 3 y el 5, si se elevan a las potencias de 3, 4, 3 y 5 respectivamente, suman entre todos 3435. Eso tenía cierto interés. Un tipo llamado Joseph Madachy, antiguo dueño, director editorial y editor de una revista llamada *Recreational Mathematics*, había discutido mucho sobre los números así. Reacher había leído un montón de números atrasados cuando era niño, en la biblioteca de una de las bases que los marines tenían en el Pacífico.

—Sargento —dijo Reacher—, ¿cuál es la mejor manera que tengo para ponerme en contacto con la comandante Sullivan, del JAG?

—¿Directamente, señor?

—En persona.

—¿Cuándo, señor?

—Ahora mismo.

—¿En mitad de la noche?

—En este mismo instante.

La mujer sacó otro trozo de papel del bolsillo. Más pequeño. De una libreta: una hoja partida por la mitad.

—Este es el número del móvil personal de la comandante Sullivan, señor. Seguro que tiene el teléfono en la mesita de noche, señor.

—¿Cómo sabía que iba a necesitarlo?

—He supuesto que esta era la manera en la que iban a tener que hacerlo. Las mociones de defensa tienen un margen muy amplio de libertad. Pido permiso para hablar con franqueza.

—Por supuesto.

Sacó otro papel más del bolsillo. Otra hoja de libreta, rota por la mitad, igual que la otra.

—Este es el número del móvil personal de la capitana Edmonds, su otra abogada. Creo que con ella tiene más posibilidades. Es probable que se encargue de la situación con más vigor. Le gusta que se haga justicia.

—¿Aunque me haya fugado de la cárcel?

—Creo que sí.

—¿Es una idealista?

—Aprovéchese de ello. No le durará. A la comandante Sullivan no le duró.

—¿Está involucrado ya el FBI?

—Se le ha notificado.

—¿Quién organiza los esfuerzos del ejército?

—La 75 de la PM. Un equipo dirigido por el brigada Espin. Ya lo conoce. Es quien le llevó a Dyer. He oído decir que se lo ha tomado como algo personal. Dice que se aprovechó usted de su buena disposición. Dice que le hizo un favor y que, de forma inadvertida, lo puso todo en marcha.

—¿Qué favor me hizo?

—Mantenerlo encerrado en Dyer. El detective Podolski quería llevarle a la ciudad. Espin se lo impidió. Y, además, le pidió usted que fuera a hablar con el capitán de servicio de la PM de inmediato, cosa que hizo, y lo considera como otro favor del que usted se aprovechó.

—El capitán de servicio habría venido de todas formas.

—Pero no tan rápido. Y su plan requería que todo estuviera preparado antes de última hora de la tarde. Así que tenía que empezar cuanto antes. Espin considera que se lo facilitó por accidente.

—¿Ha conseguido algo?

—Hasta el momento no, pero no porque no lo esté intentando.

—¿Puede darle un mensaje de mi parte?

—Es probable.

—Dígale que lo supere. Pídale que se plantee qué hubiera hecho él en nuestra situación.

—Lo haré, señor. Si tengo oportunidad.

—¿Cómo se llama, sargento?

—Leach, señor.

—No, su nombre de pila.

—Chris, señor.

—¿De Christine, Christina o algo así?

—Chris a secas, señor. Es lo que pone en mi certificado de nacimiento.

—Bueno, Chris, quiero que sepa que si siguiera siendo el oficial al mando de la 110 movería cielo y tierra para mantenerla a mi lado. La unidad ha tenido muy buenos suboficiales y puede estar segura de que es usted una de ellos.

—Gracias, señor.

—No, gracias a usted, sargento.

La sargento Leach se marchó después de eso, a toda prisa, con un viaje de cuatro horas en coche por delante, seguido de todo un día en la oficina. Reacher miró a Turner y le dijo:

—Tienes que ser una comandante la hostia de buena para inspirar una lealtad así.

—No más que tú. Tú tenías a Frances Neagley.

—¿Su expediente también lo has leído?

—He leído todos los archivos. Y todos los historiales operativos. Quería conocer la 110 de cabo a rabo.

—Me reafirmo, eres una gran comandante.

Alisó la hoja amarilla sobre el escritorio que había en el hotel y también una de las mitades arrancadas de la libreta. Luego, cogió el teléfono y marcó el número del móvil personal de la capitana Tracy Edmonds.



Sonó muchas veces, pero era lo que Reacher esperaba. Las redes móviles pueden tardar hasta ocho segundos en encauzar una llamada. Y son pocas las personas dormidas que saltan para coger el teléfono. La mayoría se despierta despacio, parpadea y lo busca a tientas.

La capitana Edmonds acabó por responder.

—¿Diga?

Su tono de voz era un poco nervioso y la voz un poco engolada, como si tuviera la lengua seca o la boca llena.

—¿Capitana Edmonds?

—¿Quién es?

—Su cliente, Jack Reacher. Comandante del ejército estadounidense. Reenganchado recientemente. En la actualidad, estoy de maniobras con la 110 de la PM. ¿Está usted sola?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Vamos a tener una conversación privada, abogada. Tenemos que hablar de asuntos legales.

—Y tanto que tenemos que hacerlo, joder.

—Tranquilícese, capitana.

—Se ha fugado de la prisión.

—¿Acaso ya no está permitido?

—Tenemos que hablar.

—Es lo que estamos haciendo.

—Hablar de verdad, me refiero.

—¿Está usted sola?

—Sí, estoy sola. ¿Y qué?

—¿Tiene bolígrafo?

Tardó un instante en responder.

—Ahora sí.

—¿Y papel?

—Sí.

—De acuerdo, preste atención. Para poder organizar mejor mi defensa, necesito todo lo que haya sobre un ciudadano afgano que conocemos como V. A. 3435.

—Es probable que eso sea secreto.

—Estoy a la espera de juicio. En los juzgados se toman esta mierda muy en serio.

—En cualquier caso, está pidiendo mucho.

—Lo justo es justo. Ellos tienen su declaración jurada falsa.

—Reacher, le represento en un caso de paternidad, no en lo de Juan Rodriguez. Eso es cosa de la comandante Sullivan. Y sacar una copia en papel de información militar clasificada sobre Afganistán sería la hostia de complicado incluso en un caso

criminal. No lo va a conseguir para un caso de paternidad. En todo caso, ¿para qué lo quiere?

—Me dijo usted que el Código Unificado de la Justicia Militar aún considera el adulterio como un delito. ¿Cuál es la pena?

—Considerable, en potencia.

—Así que no es solo un caso de paternidad. También es un caso criminal.

—Ese es un argumento poco convincente.

—No pueden prestar atención solo a lo que quieren. Han sido ellos los que han mencionado que el adulterio es un crimen. Eso, o significa algo, o no significa nada.

—Comandante Reacher, tenemos que hablar.

—¿Es ahora cuando me va a soltar eso de que lo mejor que podría hacer es entregarme?

—Debería hacerlo.

—Puede, pero he elegido el plan B. Así que necesito esa información.

—Pero ¿cuál es la relación? Lo de Afganistán ni siquiera había empezado cuando estaba usted en Corea. Ni cuando fue a ver a Perrazo.

Reacher no dijo nada.

—Oh —exclamó Edmonds.

—Pues eso. Es usted bastante rápida para ser abogada. Esto es por la comandante Turner, no por mí. O puede que sea por la comandante Turner y por mí, porque lo que tenemos entre manos es que alguien está lanzando un reto a dos oficiales al mando de la unidad especial 110. Lo que significa que va a haber ganadores y perdedores, y la lógica le dice que tiene que estar con los ganadores, porque estar en el bando adecuado de la historia le proporcionará a usted un botín inimaginable en este ejército de hombres.

—¿Y van a ser ustedes quienes ganen?

—Cuenta con ello. Vamos a darles su merecido como no se lo habían dado nunca. Y es necesario, capitana. Han matado a dos soldados en Afganistán y a uno de sus colegas le han dado tal paliza que lo han dejado al borde de la muerte.

—Veré qué puedo hacer.

Turner seguía en albornoz y no parecía que tuviera ninguna intención de volver a la cama.

—¿Qué había en el sobre? —le preguntó Reacher.

—Lo otro que le pedí a la sargento.

—Evidentemente, pero ¿qué es?

—Nos vamos a Los Ángeles.

—¿En serio?

Asintió.

—Tienes que encargarte de lo de Samantha.

—Ya me pondré con eso.

—En el peor de los casos, no conseguiremos lo que pretendemos, y nos encerrarán y tirarán la llave. No puedo permitir que te pase eso. No antes de que conozcas a tu hija. No pensarías en otra cosa el resto de tu vida. Así que deja en segundo plano mi problema durante un rato y pongámonos con el tuyo.

—¿Cuándo has planeado esto?

—Hace unas cuantas horas. Tal y como me corresponde. Por lo que parece, estás en mi unidad, así que soy tu oficial al mando. Nos vamos a Los Ángeles.

—¿Qué hay en el sobre?

Turner respondió dejando caer su contenido en la cama.

Dos tarjetas de crédito.

Y dos carnés de conducir.

Los emparejó, se quedó un par y le tendió el otro a Reacher. Un carné de conducir del estado de Nueva York y una Visa. El carné iba a nombre de un tal Michael Dennis Kehoe, de cuarenta y cinco años, con una dirección de Queens. Varón, ojos azules, metro noventa y ocho. Donante de órganos. La fotografía mostraba una cara cuadrada con el cuello ancho. La Visa llevaba el mismo nombre, Michael D. Kehoe.

—¿Son reales?

—Los míos sí.

—¿Los míos no?

—Son más o menos reales. Son del archivo de identidades secretas.

Reacher asintió. La 110 tenía efectivos de incógnito en todo momento. Necesitaban documentación. El gobierno se la proporcionaba, auténtica en cierta manera, solo que no le pertenecía a una persona real.

—¿De dónde has sacado los tuyos?

—De una amiga de Leach. Me dijo que conocía a una persona que se parecía a mí.

—¿Y cómo te llamas ahora?

Respondió dándole la vuelta al carné en su regazo, como si fuera un juego de manos. Illinois, Margaret Vega, metro sesenta y nueve, ojos marrones, treinta y un años. No era donante de órganos. En la fotografía aparecía una hispana de piel clara. A primera vista se parecía algo a Turner pero, a decir verdad, no se parecía en nada.

Reacher le dio la vuelta al carné.

—¿Y a la señora Vega no le importa dejar su carné de conducir? ¿Sin más? ¿Y su tarjeta de crédito?

—Se los vamos a devolver. Y vamos a devolver todos los gastos que hagamos. Como es normal, tuve que prometerlo. Pero lo arreglaremos con el dinero de Billy Bob.

—Esa no es la cuestión. Ahora mismo, la señora Vega está en el limbo.

—Supongo que la sargento puede ser muy persuasiva.

—Solo porque cree que lo vales.

—No tiene amigos que se parezcan a ti. Ni de cerca. Razón por la que ha tenido que echar mano del archivo. Es probable que el señor Kehoe fuera el objetivo en algún escenario de entrenamiento. Es clavadito al que lleva la motosierra en una peli de miedo.

—Siendo así, me irá bien. ¿Cuándo nos vamos?

—Lo antes posible. Cogemos un vuelo a primera hora.

Se ducharon y se vistieron, y recogerlo todo no consistió más que en meterse en el bolsillo los nuevos cepillos de dientes y ponerse el chaquetón. Dejaron las cortinas cerradas y las luces apagadas, y Reacher colgó el cartel de «No molestar» por fuera, tras lo que se apresuraron por el pasillo hacia los ascensores. Eran poco más de las cinco de la mañana. Turner suponía que los vuelos de larga distancia a la Costa Oeste empezarían a eso de las seis. No es que la variedad de aviones que salían del aeropuerto internacional de Pittsburgh fuera a ser muy grande, pero habría varios. En el peor de los casos, podían volar hasta San Francisco, Phoenix o Las Vegas.

El ascensor llegó al vestíbulo y salieron a un escenario desierto. Tras el mostrador de recepción no había nadie. De hecho, no había nadie en ningún lado. Reacher tiró las llaves electrónicas en una papelera y se encaminaron a la puerta, donde se enredaron en un «No, no, usted primero» con un tipo que iba solo y que había elegido el mismo instante para entrar al hotel desde la acera a oscuras. Era un hombre compacto, con un traje azul marino, una camisa blanca y una corbata azul marino. El corte de pelo era reciente, corto y conservador, y tenía la cara sonrosada, recién afeitada. Por fin llegaron a un acuerdo jerárquico a tres bandas. El hombre le sujetó la puerta a Turner para que pasara la primera y luego fue Reacher quien esperó.

No había taxis frente al hotel, pero había una lanzadera con el motor en marcha y la puerta abierta. No había nadie al volante. Puede que estuviera en el lavabo.

Diez metros más allá estaba aparcado un Crown Vic en el carril de emergencia. De color azul oscuro, limpio, brillante, con antenas en la cubierta del maletero. Reacher se dio la vuelta y miró la puerta del hotel. En el vestíbulo, el tipo que acababa de entrar estaba esperando a que alguien llegase al mostrador de recepción. Un traje azul marino. Camisa blanca. Corbata azul marino. Pelo corto, cara sonrosada, recién afeitado.

—FBI —dijo Reacher.

—Estaban siguiendo los apellidos. Sullivan y Temple.

—Acabamos de cruzarnos con él. ¿Cuánto tardará en darse cuenta?

—Es del FBI, así que no será instantáneo.

—Podríamos volver a la camioneta y marcharnos en ella.

—No, la camioneta debería quedarse aquí. Tenemos que seguir rompiendo la cadena. Sube al autobús. El conductor volverá enseguida. Seguro. Ha dejado el motor en marcha.

—Seremos presas fáciles —advirtió Reacher.

—Seremos invisibles —repuso Turner—. Personas en un autobús.

Reacher miró en derredor. El tipo seguía frente al mostrador. No había nadie detrás. La lanzadera era cromada y de aspecto corporativo. Tenía las ventanas oscuras. Como una limusina de película. Un toque de encanto para el viajero de cada día.

Ventanas oscuras. Personas en un autobús. Depredador y presa, movimiento y quietud. Un antiguo legado evolutivo.

—Vale, subamos.

Subieron y la suspensión se hundió por su peso. Recorrieron el estrecho pasillo y se sentaron por el fondo, en el lado más alejado del hotel.

Se sentaron y esperaron.

No era una sensación maravillosa.

La vista tampoco lo era debido a la distancia, al tinte de la ventana y a las múltiples capas de cristal, pero Reacher veía al tipo del FBI. Se estaba impacientando. Se había girado, de forma que estaba de cara al vestíbulo vacío, y se había alejado un metro del mostrador. Así reclamaba un espacio más amplio, expresaba su molestia, pero seguía lo suficientemente cerca de la recepción como para no dejar de ser el primero de la fila. Aunque tampoco tenía rivales. Ni los tendría hasta dentro de una hora o así. Los vuelos de madrugada tampoco empezarían a llegar hasta las seis, más o menos.

Entonces, el tipo se movió hacia delante, de repente, un paso largo, ansioso, como si fuera a saludar a alguien. O a abordarle. En la parte derecha del marco apareció una segunda figura. Un hombre con uniforme negro de chaqueta corta. Un botones, quizá. El del FBI le hizo una pregunta, acompañada de un barrido con el brazo como si preguntara «¿Dónde cojones está todo el mundo?» y el de la chaqueta corta se detuvo, incómodo, como si le obligaran a aventurarse más allá de su territorio habitual, tras lo que se coló detrás del mostrador y llamó a la puerta, sin resultados, por lo que la abrió un resquicio y preguntó algo, inquisitivo, y quince segundos después salió una mujer joven peinándose con los dedos. El del FBI se volvió hacia el mostrador y la mujer le atendió. El de la chaqueta corta se largó del vestíbulo.

No era ningún botones.

Era el conductor del autobús.

Subió al vehículo y vio que tenía clientes, miró hacia el vestíbulo para ver si iba a tener más y debió de llegar a la conclusión de que no, porque les preguntó:

—¿Nacional o internacional?

—Nacional —respondió Turner.

El conductor se sentó, desenrolló un larguísimo cinturón de seguridad, se lo aseguró y la puerta se cerró con un suspiro sibilante. Metió primera.

Y esperó, no le quedaba otra, porque un coche recién llegado estaba maniobrando alrededor del Crown Vic aparcado y, por tanto, le bloqueaba la salida.

Era el coche con las puertas abolladas.

El coche con las puertas abolladas pasó pegado al Crown Vic, ralentizó la velocidad y se preparó para aparcar frente a la entrada del hotel. El autobús se movió y ocupó el espacio vacío, avanzando poco a poco, como si le costase, y pasó muy cerca del coche. Reacher se puso de pie y miró por la ventana. Iban los cuatro en el coche. Los dos de la primera noche, el tercero y el grandote de las orejitas. La tripulación al completo.

—Déjalo —le dijo Turner.

—Tenemos que sacarlos del tablero.

—Pero no aquí ni ahora. Más tarde. Los hemos dejado en segundo plano, ¿recuerdas?

—Pero los tenemos ahí.

—¿En el vestíbulo de un hotel? ¿Delante de un agente del FBI?

Reacher se estiró y vio cómo salían del coche. Miraron a derecha e izquierda, rápido, de forma fluida, y entraron en el hotel, en fila india, como un riachuelo que corre recto, uno, dos, tres, cuatro, como personas con un propósito urgente.

—Siéntese, comandante. En otro momento y en otro lugar. Nos vamos a Los Ángeles.

El autobús fue acelerando y dejó atrás el hotel. Reacher siguió mirando mientras hubo algo que ver; luego se dio la vuelta.

—Cuéntame lo que sepas de cómo es posible que el FBI haya seguido nuestros apellidos —le pidió a ella.

—El mundo moderno. Seguridad Nacional. Es una operación que depende de la información. Hay todo tipo de sitios enlazados entre sí. Las líneas aéreas, no me cabe duda, y seguro que los hoteles de aeropuerto también. En cuyo caso, sería sencillo preparar una alerta por si dos apellidos concretos aparecieran en el mismo punto, en el mismo momento.

—¿Compartiría el FBI esa información?

—¿Estás de broma?

—Entonces tendremos que reconsiderar lo que dijimos de los jefes de este tinglado. No son oficiales muy veteranos del Estado Mayor, son muy muy veteranos. ¿No te parece? ¡Se meten en las bases de datos de Seguridad Nacional de manera independiente y en tiempo real!

—Puede que no en tiempo tan real. Al fin y al cabo, el del FBI ha llegado primero.

—Desde su sede en Pittsburgh. Los otros han tenido que recorrer más camino. Han tenido que salir antes. Han debido de saberlo incluso antes que los del FBI. Tienen su propia alerta.

El autobús del hotel los dejó en la terminal y fueron directos a mirar el panel de salidas. Los próximos vuelos eran dos que salían con un minuto de diferencia: uno de U. S. Airways a Long Beach y otro de American Airlines al condado de Orange.

—¿Preferencias? —preguntó Turner.

—Long Beach. Podemos alquilar un coche. Subimos por la 710. Luego cogemos la 101. La declaración jurada de la madre salió de un despacho de abogados de North Hollywood. Supongo que es por allí por donde está.

—¿Cómo vas a encontrarla?

—Empezaré por el aparcamiento de su abogado. De allí no la echará nadie.

—El despacho estará vigilado, seguro. Por agentes de la 75 y por el FBI, lo más probable. Y nuestros amigos no oficiales llegarán allí unas seis horas después de que se den cuenta de que en el hotel no estamos.

—Pues tendremos que tener mucho cuidado.

El mostrador de U. S. Airways estaba abriendo. Una mujer sonriente de unos cincuenta años pasó un minuto encendiendo ordenadores y organizando etiquetas, papeles y bolígrafos, tras lo que se giró hacia ellos con una sonrisa. Turner pidió dos asientos para Long Beach en el vuelo de la mañana. La mujer hizo varios clics en el teclado, con los dedos planos debido a las uñas, y dijo que no le quedaban muchos. Pero que no había problemas para reservar dos. Así que, Turner en primer lugar y Reacher después, le tendieron el carné de conducir y la tarjeta de crédito, como si nada, como si acabasen de sacarlos sin más de entre un montón de documentos. La mujer los alineó delante de ella en una analogía física de un asiento de ventana y otro de pasillo y tecleó los nombres moviendo la cabeza adelante y atrás mientras miraba los carnés y la pantalla, tras lo que pasó las tarjetas, y rastreó, seleccionó y tecleó un poco más. Una maquina imprimió unas tarjetas de embarque. La mujer las cogió, las puso en orden con el carné y la tarjeta de crédito adecuados y les dijo mientras se los tendía, como si se tratase de una especie de ceremonia:

—Señora Vega, señor Kehoe, aquí tienen.

Le dieron las gracias y se fueron.

—Por eso me pediste que me comprara un jersey, ¿no? —dijo Reacher.

—Vas a conocer a tu hija. Y las primeras impresiones cuentan.

Julieta llamó a Romeo, porque había una división de labores y algunas de las responsabilidades eran suyas. Estaba muy excitado.

—Los nuestros están ahora mismo en el pasillo, justo delante de la puerta de la habitación.

—¿En el pasillo?

—En el pasillo del hotel. La habitación del hotel. Dicen que no hay luz, que está



en silencio, que hay un cartelito de «No molestar» en el pomo y que aún no han pasado por recepción para dejar la habitación.

—¿Así que están dentro?

—Eso parece.

—Entonces ¿qué hacen los nuestros todavía en el pasillo?

—Hay un problema.

—¿Qué problema? —preguntó Romeo.

—El FBI está allí.

—¿Dónde?

—Con los nuestros. Literalmente. En el pasillo. Haciéndose el remolón. Uno solo. No puede hacer nada porque cree que hay cuatro testigos civiles. Y nosotros no podemos hacer nada porque sabemos que tenemos un testigo del FBI. Estamos todos haciéndonos los remolones.

—¿En el pasillo?

—Justo delante de su habitación.

—¿Estamos seguros de que están dentro?

—¿Y dónde iban a estar?

—¿Están los dos ahí?

—¿Por qué lo preguntas?

—He hecho un poco de corta y pega.

—¿De qué?

—De datos. Después de la llamada a la nave nodriza. Me dejó pensativo. Decidí que merecía la pena ser precavido. Entre las cosas que puse bajo alerta estaba el archivo de identidades secretas de la 110. Por ninguna razón en particular. Por tener la sensación de que estaba haciendo todo lo que estaba en mi mano. Pero he obtenido premio. Una de las identidades acaba de sacar un billete de U. S. Airways, de Pittsburgh a Long Beach, California.

—¿Para cuándo?

—El primer vuelo de la mañana. Hace una media hora.

—¿Solo uno de ellos?

—Ninguna de las demás identidades me sale como activa.

—¿Y de quién se trata?

—Michael Dennis Kehoe. El hombre, en otras palabras. Se habrán separado. Supongo. Lo único que tenía la mujer era la identificación de Helen Sullivan y ahora ya deben tener claro que nadie llamada Helen Sullivan va a subirse a un avión. No sin que le pongan trabas y le hagan muchas preguntas. Cosa que Turner no puede permitirse. Por tanto, Reacher vuela solo a California. Tiene sentido. Él tiene algo que resolver allí. Ella no.

—Puede que Turner siga en la habitación —sugirió Julieta.

—Sería lógico. Si Reacher va camino de California.

—Lo más lógico del mundo. Si él va.

—Pero no si no va. Tenemos que desentrañarlo. Ahora mismo. Tenemos que hacer un trato con el FBI. Nosotros no los delatamos a ellos y ellos no nos delatan a nosotros. O lo que sea. Pero los nuestros tienen que cruzar la puerta. Ahora mismo. Aunque el FBI también lo haga.

Turner era la oficial al mando y quería subir al avión cuanto antes. Consideraba que la seguridad del aeropuerto conformaría una especie de barrera. Al menos, contra los cuatro del coche. Si es que llegaban hasta el aeropuerto, claro está. Cosa que harían si hablaban con el conductor de la lanzadera. «¿Dos pasajeros? Sí, señor, un vuelo nacional». Pero la seguridad del aeropuerto de nada serviría contra el FBI o el ejército. Esos estaban siempre los primeros de la fila y podían pasar por cualquier puerta.

Así que no era una barrera. Más bien un filtro.

No llevaban nada de metal en los bolsillos, excepto algunas monedas, que dejaron en una bandeja negra y arañada. Pasaron por el arco, el uno detrás del otro, dos figuras más sin chaquetón y sin zapatos entre la multitud. Se volvieron a poner el chaquetón y se acordonaron las botas, se dividieron el cambio y fueron a buscar un café.

Julieta llamó a Romeo.

—Los nuestros han entrado en la habitación. Han dicho que estaban preocupados por su amigo y al del FBI se le ha abierto el cielo. Abrir la puerta le ha parecido un servicio público.

—¿Y?

—En la habitación no había nadie.

—Están en la terminal del aeropuerto.

—¿Los dos?

—Una de las pasajeras del vuelo de U. S. Airways ha usado una tarjeta de crédito de un banco del condado de Arlington. Se llama Margaret Vega.

—¿Y?

—Ha comprado el billete a última hora. En esta última hora.

—¿Y?

—Solo ha habido dos pasajeros que han comprado billetes en ese momento. El otro ha sido Michael Dennis Kehoe. Les han pasado el cargo a la tarjeta en el mismo minuto.

—¿Cómo ha conseguido Turner una tarjeta de crédito con el nombre de Margaret Vega?

—No lo sé. Todavía.

—¿No es del archivo de identidades secretas?

—No. Es posible que sea una persona de verdad. Puede que de la nave nodriza. Voy a comprobarlo.

—¿Cuándo sale el vuelo?

—Empezarán a embarcar en quince minutos.

—Vale, voy a enviar a los nuestros a la terminal. Al menos, podrán comprobarlo desde tierra.

—Me he adelantado. Pueden pasar. De hecho, pueden incluso subir al avión, si es necesario. He conseguido dos asientos y otros dos de la lista de espera. Cosa que no me ha resultado sencilla, por cierto. El vuelo va de bote en bote. Diles que las tarjetas de embarque están en el mostrador.

La zona de puertas de embarque era amplia, un salón espacioso, con moqueta, pintado con relajantes colores pastel, pero no era nada sosegado, porque había más de cien personas. Era evidente que la ruta entre Pittsburgh y Long Beach era popular, cosa que Reacher no alcanzaba a entender. Aunque había leído que Pittsburgh se estaba convirtiendo en una ciudad muy solicitada para rodar películas. Porque era económico. Estaban ofreciendo incentivos financieros y las productoras estaban respondiendo. Ya se habían rodado en la ciudad todo tipo de películas y había más proyectadas. Así que puede que se tratase de gente del negocio cinematográfico que volvía a casa. A la gente de Hollywood y Beverly Hills le venía tan bien el aeropuerto de Long Beach como el de Los Ángeles. Ambos estaban en la misma autopista lenta. En cualquier caso, había una multitud y era ruidosa. Y, como siempre, Reacher intentó quedarse al margen, sin internarse en ella, pero Turner era la oficial al mando y quería subir al avión cuanto antes. Como si el fino fuselaje fuera territorio soberano, como una embajada en territorio extranjero, que no es como la ciudad que la rodea. Tenían un número de fila alto, lo que significaba que sus asientos estarían en la parte trasera y que embarcarían antes que la mayoría, directamente después de «los inválidos, los cojos y los ciegos», de las familias con hijos pequeños, de los de primera clase y los pasajeros frecuentes. Así que Turner quería estar cerca del mostrador. Tenía la destreza de una persona pequeña. Se colaba por huecos que, en cambio, le negaban el paso a la estructura más torpe de Reacher. Pero la siguió con tenacidad y llegó un minuto después al mismo sitio que ella había conquistado.

Y, entonces, casi de inmediato, empezó el proceso de embarque. Una azafata abrió la puerta, habló por un micrófono con un cable rizado y la muchedumbre se movió como una ola; los que iban en silla de ruedas empezaron a abrirse paso, los ancianos con bastón avanzaron por detrás de ellos cojeando, y las parejas con niños y sillitas de esas de una terrible complejidad los siguieron y, después, hombres y mujeres con traje elegante que caminaban de forma apresurada y, por fin, Reacher se vio arrastrado por la marea, por el puente de embarque, donde el aire era frío y olía a queroseno, hasta que llegaron a la cabina. Se encorvó, se agachó y se abrió paso por

el pasillo hasta su asiento, que era una butaca estrecha con el espacio justo para las piernas solo si las plegaba. A su lado, Turner parecía más contenta. El suyo era el tipo y tamaño de cuerpo para el que estaban diseñados aquellos asientos.

Se abrocharon los cinturones y esperaron.

Romeo llamó a Julieta.

—Tengo el sistema de U. S. Airways delante.

—¿Y?

—Malas noticias. Me temo que Kehoe y Vega ya han embarcado. Y acabamos de perder los asientos de la lista de espera. Han aparecido dos de sus pasajeros frecuentes y los han cogido. Tienen prioridad.

—¿No puedes llamar a la compañía y decir que esta vez no los van a tener?

—Podría, pero no creo que vaya a hacerlo. La aerolínea efectuaría un recargo. Así es como funciona ahora. Por lo visto, ahora, la buena voluntad vale dinero, al menos cuando es el tío Sam quien paga el billete. Y un recargo provocaría papeleo, cosa que no podemos permitirnos. Así que tendremos que adecuarnos a lo que tenemos. Al menos, tendremos a dos dentro.

—¿Qué dos?

—Parece que ha sido por orden alfabético.

—No es lo ideal.

—En este momento nos basta con ojos y oídos. Una operación de contención. He metido a los otros dos en American Airlines camino del condado de Orange. Llegarán más o menos a la misma hora. Que se reúnan en California.

Reacher miraba hacia delante, hacia el largo tubo de aluminio, contemplando cómo la gente iba entrando poco a poco, se giraba a la derecha, avanzaba un poquito más, miraba el número de su asiento y guardaba grandes maletas y abrigos gruesos en los compartimentos de arriba. Maletas, bolsas, bultos. No era lo suyo. La cara de algunos de los que se acercaban era alegre, pero la de la mayoría era taciturna. Recordaba haber volado cuando era crío, hacía mucho, a costa de los militares, en aerolíneas ya olvidadas, como Braniff, Eastern o Pan American, cuando viajar en avión no era habitual, sino exótico, y la gente se vestía para volar y se mostraba feliz y contenta por la novedad. Traje y corbata, vestidos de tirantes y, en ocasiones, incluso guantes. Platos de porcelana, jarritas de leche y cubertería de plata.

Entonces vio al tipo al que le había pegado un puñetazo en la sien.

No, no se confundía. Lo recordaba bien. En el motel, la primera noche, cuando apareció el coche —sin abollar aún—, el que bajó del asiento del copiloto, rodeó el capó y empezó con la cháchara.

«No nos das ningún miedo, anciano».

Recordaba el largo gancho de izquierdas, la sensación del hueso y cómo le había crujido el cuello por el latigazo lateral provocado por el golpe. Y luego había vuelto a verlo, a lo lejos, al día siguiente, en el motel, y por tercera vez hacía un rato, bajando del coche frente al hotel.

Era él, no había duda.

Y detrás iba ese al que Reacher consideraba el tercero. Ni el conductor de la primera noche, ni el grandote de las orejitas, sino el contrapeso del segundo día. Ambos miraban hacia delante, a derecha e izquierda, cerca y lejos, hasta que localizaron a su presa, momento en que miraron a toda prisa hacia otro lado y se comportaron como si nada. Reacher miró detrás de ellos, pero la siguiente era una pasajera, y la siguiente también, además de la última. Un azafato avisó por megafonía de que estaba a punto de cerrar la puerta de cabina y pidió que todo el mundo apagara sus aparatos electrónicos. Los dos tipos del coche siguieron avanzando despacio, tras lo que se dejaron caer en asientos separados, uno a la derecha y el otro a la izquierda, tres y cuatro filas por delante, respectivamente.

—Es increíble —comentó Turner.

—Ya te digo. ¿Cuánto dura el vuelo?

Pregunta que fue respondida de inmediato, pero no por Turner, sino por el azafato, que volvió a soltar por megafonía uno de sus anuncios estándar. Les comunicó que el ordenador de vuelo decía que el viaje duraría cinco horas y cuarenta minutos debido a que tenían viento de cara.

—Esto de dejar el tema en segundo plano no está funcionando —se quejó Reacher—. No está funcionando en absoluto. Porque no nos lo están permitiendo. Es decir, ¿a qué viene esto? ¿Ahora van a volar con nosotros? ¿Por qué? ¿Qué van a hacer delante de todo el mundo y en un tubito de metal?

—Puede que solo pretendan tenernos vigilados.

—¿Tienen ojos en la nuca?

—Pues debe de ser un disparo de advertencia de algún tipo. Quizá pretendan intimidarnos.

—Sí, la verdad es que me muero de miedo. Han enviado a por nosotros a Tonto Uno y a Tonto Dos.

—¿Y dónde están los otros dos?

—El vuelo está lleno. Quizá solo hayan podido conseguir dos asientos.

—En cuyo caso, ¿por qué no han enviado al grandote?

—La cuestión no es por qué sí o por qué no. La cuestión es el cómo. ¿Cómo lo

están haciendo? Empezaban de cero y, ahora, resulta que solo les llevamos cinco minutos de ventaja. Y, por lo que ellos saben, no tenemos identificaciones o carnés. Excepto las de Sullivan y Temple, y seguro que tienen claro que sabemos que nadie con ese apellido se va a subir hoy a ningún avión, al menos no sin que lo investiguen. Así que, ¿cómo sabían que nos dirigíamos a las salidas del aeropuerto? ¿Por qué íbamos a hacer algo así sin identificación? Era mucho más probable que nos dirigiéramos al aparcamiento y volviéramos a la carretera.

—Se lo habrá dicho el conductor del autobús.

—Demasiado rápido. Ni siquiera ha podido darle tiempo a volver. Son ellos. No hay información que no puedan conseguir. Están en el sistema operativo de la aerolínea, ahora mismo. Nos han visto comprar los billetes y nos han visto embarcar. Lo que significa que también saben lo del archivo de identidades secretas de la 110. Porque, ¿por qué otra razón iba a significar algo para ellos el apellido Kehoe? Saben todo lo que hacemos. Cada uno de nuestros movimientos. Es como si estuviéramos en una pecera.

—En ese caso, ya han debido de asociar a Vega y a Kehoe. Porque hemos comprado el billete al mismo tiempo. Y estamos sentados juntos. Así que saben que Vega soy yo. Lo que significa que la Vega de verdad corre un grave peligro. Y la sargento Leach también, por conseguirnos su identidad. Y por traérselo todo. Tenemos que avisarlas a ambas cuanto antes.

—No podemos avisar a ninguna de las dos. No podemos hacer nada. No, al menos, durante las próximas cinco horas y cuarenta minutos.

El avión se puso en marcha, rodando por la pista de enlace, torpe, por delante de otro de American Airlines, que Reacher supuso que debía de ser el vuelo con destino al condado de Orange, cuyo despegue estaba previsto para un minuto después del suyo. El cielo seguía oscuro. No había ni rastro del sol de la mañana.

Entonces, el avión llegó a la pista de despegue, giró e hizo una pausa, como para componerse, tras lo que sus motores rugieron y empezó a acelerar, de camino, retumbando por las secciones de cemento, inexorable, y Reacher observó por la ventana cómo la tierra empezaba a quedarse abajo y la ancha ala de aluminio bajaba y se doblaba al encargarse del peso. Las luces de Pittsburgh parpadeaban a lo lejos, describiendo curvas y promontorios a lo largo de anchos ríos negros.

Tres y cuatro filas por delante, los dos tipos miraban aplicadamente hacia el frente. Ambos estaban sentados en asientos centrales, los que menos gustan y, por tanto, los últimos en venderse. El de la primera noche iba a la izquierda de la cabina. A su lado, en la ventanilla, iba una mujer más joven, y otra mayor en el de pasillo. El contrapeso del segundo día iba a la derecha de la cabina. Llevaba a su lado, junto a la ventanilla, a un anciano de pelo blanco, uno que, por lo que recordaba, iba con un bastón y había sido de los primeros en embarcar. En el pasillo iba una mujer de traje

con falda que habría encajado mejor en primera clase. Puede que el suyo fuera un viaje de negocios. Puede que su jefe estuviera haciendo recortes.

—Me gustaría saber quiénes son —comentó Turner.

—Ahora viajan en avión, no en coche. Eso implica dos cosas seguras: llevan identificaciones en sus bolsillos, pero no armas.

—¿Cómo de arriba hay que estar en la cadena de mando para encontrar a alguien que tenga acceso libre, las veinticuatro horas del día, a todos los sistemas de Seguridad Nacional que tiene el país?

—Supongo que todo cambió después del 11-S. Yo lo había dejado cuatro años antes, pero supongo que un comandante general de Inteligencia podría tener esa capacidad. Aunque no de libre disposición. Son una gente de lo más paranoica. Les hacen todo tipo de comprobaciones y pruebas. Husmear por su cuenta en la lista de embarque de un vuelo a las cinco de la mañana es algo totalmente diferente.

—Entonces ¿quién?

—Plantéatelo al revés. ¿Cómo de abajo en el escalafón tendrías que estar? El presidente podría hacerlo. O el consejero de Seguridad Nacional. O cualquiera que entre habitualmente en la Sala de Emergencias de la Casa Blanca. El jefe del gabinete, en otras palabras. Solo que esta es una responsabilidad de todo el día y lleva en el cargo más de doce de años. Así que tiene que ser otro despacho. Un secretario de Estado. Una especie de hombre para todo que tiene que estar arriba del todo, todo el tiempo. Alguien que podría entrar y salir cada vez que quisiera. Sin comprobaciones ni pruebas porque es la persona a la que se le envían las comprobaciones y las pruebas.

—¿Así pues, nos estamos enfrentando a uno de los secretarios de Estado?

—Cuanto más alto están, más dura es la caída.

—¿Y está conspirando con alguien de Afganistán?

—Se conocen todos. Son muy sociables. Puede que hasta compañeros de clase.

—Entonces ¿quiénes son estos tíos del avión? Porque no parecen empleados del Pentágono.

Reacher no respondió. Se quedó observando y esperó.

Diez minutos después, su paciencia se vio recompensada.

La mujer del traje elegante se levantó para ir al baño.

Reacher esperó a que la mujer del traje se alejara, se desabrochó el cinturón de seguridad, se puso de pie y fue hacia delante, una fila, dos, tres, cuatro. Se dejó caer en el asiento que había dejado libre la mujer y el tipo que hacía de contrapeso el segundo día se echó hacia el anciano del pelo blanco y el bastón, que estaba muy dormido, con la cabeza contra la ventanilla.

—Déjeme ver su identificación —dijo Reacher.

Algo que el contrapeso no hizo. Se quedó allí, sentado, desconcertadísimo, apretado contra su presa como sardinas en lata. Vestía una especie de pantalón de camuflaje de nailon y una camiseta negra debajo de un abrigo de marinero, también negro. Llevaba un reloj Hamilton en la muñeca izquierda, lo que, probablemente, significaba que era diestro. ¿Cuánto tiempo se tiran las mujeres en el cuarto de baño? Por lo que Reacher sabía, centellas no eran. Cuatro minutos, posiblemente.

Que eran tres más de los que necesitaba.

Se inclinó hacia delante, como si le fuera a meter un cabezazo al asiento de enfrente, giró a la derecha y se inclinó hacia atrás de nuevo, en un movimiento continuo y fluido, con lo que el tipo acabó medio atrapado entre su hombro derecho y el brazo, luego le cogió la muñeca derecha con la mano derecha y la atrajo hacia sí, retorciéndosela, con los nudillos por delante y la palma hacia atrás, y con la mano izquierda le cogió el dedo índice derecho y le soltó:

—Tienes dos opciones: afrontarlo como un hombre o gritar como una niña.

Y le rompió el dedo, tirando de él noventa grados y chasqueando el primer nudillo, tras lo que le reventó el segundo nudillo con la bola del dedo gordo. El tipo dio un salto y se revolvió y ahogó un chillido de sorpresa y dolor, pero no gritó. No como una niña. No con un centenar de personas alrededor.

A continuación, le rompió el dedo corazón de la misma manera, por los dos mismos sitios que el otro, tras lo que el tipo intentó liberar el brazo izquierdo, cosa que Reacher le permitió, pero solo para cambiar de mano y dedicarse a los dos mismos dedos de la otra.

—¿La identificación?

El tipo no respondió. No podía. Estaba demasiado ocupado gimoteando, haciendo muecas y mirándose las manos rotas. Tenía los dedos de cualquier manera, en ángulos extraños, doblados en forma de L. Reacher lo cacheó, de cerca, empujándolo y tirando de él para mirar en todos los bolsillos. No había nada emocionante en la mayoría de ellos, pero notó un bulto característico en el bolsillo derecho del pantalón. Una cartera de tres hojas, lo más seguro. Se la cogió y se puso de pie. Al otro lado del pasillo y una fila más atrás, el otro tipo estaba medio levantado. La mujer del traje había salido del baño y se acercaba. Esperó para dejar que Reacher se sentara y siguió hasta su asiento.



Reacher tiró la cartera en el regazo de Turner y volvió a ponerse el cinturón.

—¿Qué le has hecho?

—No va a apretar ningún gatillo en una o dos semanas. Ni a pegar a nadie. Ni a conducir. Ni a abrocharse los pantalones. Ese se ha quedado fuera del juego. Más vale prevenir que curar. Toma represalias antes de que haya sucedido nada.

Ella no respondió.

—Lo sé —dijo Reacher—. Fiero. Lo que ves es lo que hay.

—No, ha sido un buen trabajo.

—¿Qué te ha parecido?

—Ha dado unos saltitos. Saltaba a la vista que algo pasaba.

—¿Qué hay en la cartera?

La abrió. Era vieja y gruesa, de un cuero decente que se había moldeado alrededor del contenido. Que era abundante. En la parte posterior tenía dinero en dos secciones, un buen fajo de algo más de medio centímetro de billetes de veinte, y otro más fino de billetes de diez y de cinco. En la parte frontal había tres compartimentos para tarjetas de crédito. En la parte superior de la parte central había un carné de conducir de Carolina del Norte con la cara del tipo en la foto y el nombre Peter Paul Lozano. Detrás del carné había una serie de tarjetas de crédito —Visa, MasterCard, Discover y American Express—, y más en las ranuras de la izquierda y de la derecha, todas ellas actuales, activas y sin caducar, todas ellas con el nombre Peter P. Lozano.

No había ninguna identificación militar.

—¿Un civil? —preguntó ella—. ¿O un saneado?

—Yo diría que saneado, pero ya nos lo confirmará la capitana Edmonds. Le pasaré el nombre. Trabaja en el MRH.

—¿Vas a sacarle el nombre al otro?

—Con dos sería más fácil triangular el asunto.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Ya se me ocurrirá algo.

Cuatro filas por delante, el tipo apellidado Lozano estaba encorvado y se balanceaba adelante y atrás, como si se hubiera metido las manos bajo los brazos para sobrellevar el dolor. Se le acercó una azafata y él levantó la cabeza y la miró, como si quisiera decirle algo, pero apartó la vista. Porque, ¿qué iba a decirle? ¿Un señor malo ha venido y me ha hecho pupa? ¿Como una niña? ¿Como un chivato en el despacho del director? Estaba claro que no era su estilo. No delante de un centenar de personas.

—Militar —comentó Reacher—, ¿no te parece? En el campo de entrenamiento le enseñaron a tener la boca cerrada.

Entonces, el otro tipo se esforzó para pasar por delante de la mujer mayor que tenía al lado. El tipo de la primera noche, el de la cháchara. Se adelantó una fila y se

inclinó para hablar con su colega. El asunto se convirtió en una conferencia, pero a pequeña escala. Parlamentaron, se mostraron las heridas, hubo miradas hostiles por encima del hombro. La mujer del traje elegante desvió la vista, con rostro inexpresivo.

—No va a salir bien dos veces —dijo Turner—. Hombre precavido vale por dos. El otro se lo está explicando todo punto por punto.

—Y está empezando a desear que su compañera de asiento tenga una vejiga más grande.

—¿De verdad crees que Edmonds va a conseguir el expediente del 3435?

—O lo consigue o no lo consigue. Tiene un cincuenta por ciento de probabilidades. Como lanzar una moneda al aire.

—Y las dos opciones te parecen bien, ¿verdad?

—Preferiría tener el expediente.

—Pero no te va a partir el corazón que no sea así. Porque con pedirlo ha sido suficiente. Pedirlo ha sido como decirles que vamos un paso por delante. Como respirarles en la nuca.

—Preferiría tener el expediente.

—Como estos dos tipos del avión. Vas a enviarlos de vuelta heridos. Estás mandando un mensaje, ¿no?

No respondió.

Reacher no le quitaba ojo al tipo de la primera noche, tres filas por delante a la izquierda. Daba la impresión de que la mujer que tenía al lado, junto a la ventanilla, estuviera dormida. Por detrás parecía joven e iba vestida como una indigente. Desde luego, no llevaba un vestido de tirantes, ni guantes. Pero iba aseada. Alguien del mundo del cine, lo más probable. Alguien que llevaba poco tiempo, porque viajaba en clase turista. Nadie importante. Puede que una becaria o la asistente de un asistente. Puede que hubiera estado comprobando localizaciones u organizando unas oficinas. La mujer mayor, la que estaba al otro lado, parecía una abuela. Puede que fuera a visitar a sus nietos. Puede que sus antepasados hubieran trabajado para Carnegie y Frick en sus brutales molinos y que, después, cuando llegaron las vacas flacas a la ciudad, sus hijos se hubieran unido a la diáspora de personas que, después de años viviendo alrededor de viejas empresas, habían decidido mudarse a climas más soleados. Puede que estuvieran viviendo el sueño americano en el cálido suroeste de California.

Reacher esperó.

Al final, resultó que fue la vejiga del tipo la que se llenó. Demasiado café por la mañana, quizá. O zumo de naranja. O agua. Fuera por lo que fuese, el tipo se levantó, maniobró para pasar por delante de la abuela, salió al pasillo y miró a Reacher, tras lo que avanzó con paso dubitativo hacia la parte trasera del avión, sin dejar de mirarle,

una fila, dos, tres y, después de pasar por su lado, se dio la vuelta y recorrió de espaldas el resto del camino, sin quitarle ojo, exagerado, como si pensara «a mí no me vas a coger», y al llegar manoteó en busca de la puerta y entró en el cuarto de baño con el culo por delante, sin apartar la vista hasta el último segundo, momento en que cerró la puerta y corrió el pestillo.

¿Cuánto tardan los hombres en salir del baño?

Por lo general, no tanto como las mujeres.

Se desabrochó el cinturón y se levantó.

Reacher esperó fuera del cuarto de baño, paciente, como un pasajero normal, como si fuera el siguiente. La puerta era la típica corredera de dos hojas plegables, con las bisagras a la derecha, de color crema y un poco sucia. Sin sorpresas. Entonces oyó una descarga repentina y apagada, una pausa para lavarse las manos —esperó—, después de lo cual la lucecita roja de OCUPADO paso a la verde de LIBRE y la parte central de la puerta se fue hacia atrás al tiempo que la parte izquierda empezaba a retroceder por el riel; en cuanto estuvo tres cuartos abierta, Reacher se giró y golpeó con el pulpejo de la mano izquierda por la abertura, cada vez mayor, e impactó al tipo en el pecho con tanta fuerza que lo lanzó contra el mamparo que había detrás del inodoro.

Reacher se metió como pudo detrás de él y cerró la puerta con un golpe de cadera. Era un espacio muy pequeño. Apenas suficiente para que Reacher cupiera solo. Estaba pegado con fuerza al otro, pecho contra pecho, cara contra cara. Se volvió hacia la izquierda de manera que quedaron cadera contra cadera, para no recibir una patada en las pelotas, apretó su antebrazo derecho en horizontal contra el cuello del tipo para mantenerlo sujeto contra la pared de atrás, y este empezó a revolverse y a forcejear, pero no servía de nada, porque no se podía mover más que unos pocos centímetros. Ni balanceo, ni impulso. Reacher se apoyó con más fuerza y llevó la mano izquierda hacia atrás hasta que agarró al tipo por la muñeca derecha y la giró como si se tratara de un picaporte, lo que significaba que cuanto más giraba Reacher su mano, más se retorció el brazo del otro, inexorablemente, hasta el punto en que el tipo tendría que haber hecho una pirueta o dado una voltereta para liberarse de la agonizante presión, cosa que, como era evidente, no podía hacer por falta de espacio. Reacher siguió girando hasta que el codo del tipo quedó enfocado hacia él, tras lo que levantó el brazo, más, más, sin dejar de retorcerlo, hasta que estuvo en horizontal, a dos centímetros de la pared lateral, momento en que quitó su antebrazo del cuello del tipo y golpeó con su propio codo el codo del otro, con lo que lo hizo trizas, y, de pronto, el brazo de su rival quedó doblado en una posición para la que no están diseñados los brazos.

El tipo gritó y Reacher esperó que el berrido quedara ahogado por la puerta, o que se perdiera entre el ruido de las ráfagas de viento. El otro se desplomó sentado sobre la tapa del inodoro y Reacher le rompió el otro brazo, de la misma manera, retorcer, retorcer y golpear, y luego lo levantó por el cuello y le registró los bolsillos, a dos centímetros, muy pegados, íntimamente, con el tipo retorciéndose aún y moviendo las piernas como si fuera en bicicleta, pero sin fuerza alguna, debido a la extrema proximidad entre ambos. Por eso Reacher solo notaba algo parecido a un roce.

Llevaba la cartera en el bolsillo de la cadera derecha, como el otro. Reacher se la quitó, se giró hacia la izquierda y le pegó un codazo, con fuerza, en el centro del

pecho, y este volvió a caer sobre el inodoro. Reacher se liberó del enredo de miembros flojos y empujó la puerta con el hombro. Una vez fuera la cerró tanto como pudo y volvió a su asiento, que no estaba muy lejos.

La segunda cartera llevaba más o menos lo mismo que la primera. Un buen fajo de billetes de veinte nuevos y otro de billetes más pequeños y usados, que debían de ser los que le habían dado de cambio, una serie de tarjetas de crédito y un carné de conducir de Carolina del Norte con la foto del tipo y el nombre Ronald David Baldacci.

Ninguna identificación militar.

—Cuando sanean a uno, los sanean a todos —comentó Reacher.

—O son civiles.

—Supongamos que no.

—Entonces son militares de carrera en Fort Bragg. Por eso tienen carnés de Carolina del Norte.

—¿Quién hay en Fort Bragg hoy en día?

—Casi cuarenta mil personas. Seiscientos cincuenta kilómetros cuadrados. En el último censo era como una ciudad. Mucha fuerza aerotransportada, incluida la 82. Y Fuerzas Especiales, operaciones psicológicas, el Centro Especial de Guerra Kennedy, la 16 de la PM y un montón de aprovisionamiento y logística.

—En otras palabras, mucha gente que entra y sale de Afganistán.

—Incluidos los de logística. Llevaron el material y ahora lo están trayendo. O no.

—¿Sigues pensando que es lo mismo que pasó con Perrazo?

—Solo que a mayor escala y mejor hecho. Y no creo que lo estén vendiendo en casa. Creo que se lo están vendiendo a la población afgana.

—Pues lo descubriremos —concluyó Reacher—. Al fin y al cabo, estamos a un paso.

—Venga, vuelve a dejarlo en segundo plano —pidió Turner—. Ya has hecho lo que tenías que hacer. Ahora vas a conocer a tu hija.

Unos cinco minutos después, el tipo salió del baño, pálido, sudoroso, más bajito, muy desmejorado, moviendo solo la parte inferior del cuerpo, con la parte superior rígida, como un robot que no funciona como es debido. Avanzó tambaleándose por el pasillo, maniobró otra vez para pasar por delante de la abuela y se dejó caer en el asiento.

—Debería pedirle una aspirina a la azafata —comentó Reacher.

El viaje volvió a la normalidad y pasó a ser como la mayoría de los vuelos que Reacher había tomado. No sirvieron comida. No gratis. Podías comprar artículos del carrito, en su mayor parte bolitas químicas disfrazadas con mucho arte de productos

naturales, pero ni él ni ella compraron nada. Prefirieron comer en California. Lo que haría que llegaran con hambre, pero a él no le importaba sentir hambre. Pensaba que el hambre mantenía vivo el ingenio. Creía que estimulaba la creatividad del cerebro. Otro antiguo legado evolutivo. Si tienes hambre, descubres una manera mejor de cazar el siguiente mamut lanudo, y no mañana, sino hoy.

Calculó que tenía pendientes tres horas de sueño, dado que la sargento Leach los había despertado a las cuatro de la mañana, por lo que cerró los ojos. Los dos del avión no le preocupaban. ¿Qué iban a hacerle? Podían escupirle cacahuetes, pero poco más. A su lado, notó cómo Turner llegaba a la misma conclusión. La mujer apoyó la cabeza en su hombro. Él se durmió en una posición incómoda y se despertaba cada vez que la cabeza se le inclinaba hacia delante.

Romeo llamó a Julieta.

—Tenemos un problema grave.

—¿A qué te refieres?

—Turner ha debido de recordar el número. Una de las abogadas de Reacher acaba de rellenar una petición para leer la biografía de V. A. 3435.

—¿Cómo que una de las abogadas de Reacher?

—Creo que se lo están dividiendo. Han supuesto que vigilábamos al abogado de ella pero que puede que no a las de él. Ni siquiera es la principal. Es la novata que se encarga de lo de la demanda de paternidad.

—En ese caso, seguro que podemos quitárnosla de encima. No tiene nada que ver con el caso de paternidad.

—Es una petición, como cualquier otra. El proceso es el que es. Tendríamos que justificarlo con una buena razón. Y no podemos, porque no hay nada que pueda considerarse especial sobre el tipo. Excepto para nosotros. No podemos permitirnos atraer ese tipo de atención. Pensarían que hemos perdido la cabeza. Se preguntarían quién coño está clasificando a ese tipo si es un campesino del montón.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Un día, quizá.

—¿Has cancelado sus tarjetas de crédito?

—Las de él. Ha sido sencillo porque son del ejército. Pero no puedo tocar las de ella sin un rastro de papel. Margaret Vega es una persona real.

—¿Qué vamos a hacer?

—Acabaremos con esto en California. Pronto habrán aterrizado, cuatro contra uno.

Reacher y Turner durmieron gran parte de esas tres horas y se despertaron cuando el avión se acercaba a Long Beach, con el azafato hablando de nuevo por megafonía,

diciendo lo de poner los respaldos de los asientos en posición vertical, lo de las bandejas extensibles y lo de apagar los dispositivos electrónicos. Nada de lo cual interesaba a Reacher porque no había reclinado el asiento, no había usado la bandeja extensible y no llevaba dispositivos móviles, ni electrónicos ni de ningún tipo. Por la ventanilla veía las desérticas colinas marrones. Le gustaba California. Imaginaba que podría vivir allí, de tener que hacerlo en alguna parte. Hacía buen clima y nadie le conocía. Podría tener perro. Podrían tener perro. Se imaginó a Turner, puede que en el patio trasero de una casa, podando un rosal o plantando un árbol.

—No deberíamos usar Hertz ni Avis —comentó ella—. Para alquilar el coche, me refiero. Ni ninguna de las franquicias más grandes. Por si acaso su sistema informático está enlazado con el del gobierno.

—Te estás volviendo paranoica con la edad.

—Como si no estuvieran buscándome.

Él sonrió.

—¿Qué alternativas hay? —preguntó ella.

—Gente local. Chatarras o Lamborghinis de cuatro años.

—¿Aceptarán dinero en metálico?

—Tenemos tarjetas de crédito.

—Puede que las hayan cancelado. Parece que tengan capacidad para hacer algo así.

—No es posible. Todavía no. Ni siquiera saben que las tenemos.

—Saben que hemos comprado billetes para este vuelo.

—Saben que Vega y Kehoe han comprado billetes para este vuelo. Pero ya no somos Vega y Kehoe. A partir de ahora, somos Lozano y Baldacci, al menos, en lo que se refiere a las tarjetas de crédito. Usaremos las suyas. ¿Qué te parece ese mensaje?

—Pueden rastrearlas.

—Lo sé.

—Quieres que nos encuentren, ¿verdad?

—A nosotros nos resultará más difícil encontrarlos a ellos. Pero estoy de acuerdo contigo en lo de Hertz y Avis. No queremos ponérselo demasiado fácil. Hay que procurar que tengan la sensación de que lo han conseguido ellos solitos.

—Primero tenemos que salir del aeropuerto, que podría estar lleno de PM. Porque el brigada Espin no es un tonto de pueblo. Seguro que sabe adónde vas. Y tiene personal. Podría tener destacado un soldado en cada aeropuerto a ciento cincuenta kilómetros de Los Ángeles. Día y noche. Y también podría estar el FBI. No es necesario que los de Pittsburgh sean genios para hacerse a la idea de adónde vamos.

—Mantengamos los ojos abiertos.

El descenso del avión fue largo y suave, el aterrizaje también fue suave y el recorrido

rodado le pareció rápido y ligero. Entonces sonó una campanilla, se apagó una lucecita y unas noventa y siete personas se pusieron de pie como por resorte. Reacher permaneció sentado, porque no era más incómodo que ponerse de pie bajo un techo de dos metros de altura. Y los dos que estaban tres y cuatro filas por delante también permanecieron sentados, porque la ciencia no había descubierto todavía ninguna manera de levantarse del asiento de un avión sin usar las manos o los brazos para apoyarse.

El avión solo tenía puerta delante y la gente iba saliendo por capas, como en un reloj de arena. Cogían sus maletas y sus abrigos de allí donde los hubieran guardado e iban saliendo como por un embudo, tras lo que los reemplazaba la siguiente fila, y la siguiente. El anciano del pelo blanco y el bastón y la becaria de la industria del cine tuvieron que hacer esfuerzos para pasar por delante de sus inmóviles vecinos del asiento central. Entonces se vaciaron las siguientes filas y los dos tipos se quedaron sentados en un mar de asientos vacíos. Reacher se levantó y recorrió el pasillo, con la cabeza inclinada y encorvado, se detuvo tres filas más adelante y levantó al tipo de la izquierda tirando de él de la pechera de la camisa. Era lo menos que podía hacer. Volvió a detenerse una fila más adelante e hizo lo mismo con el de la derecha. Luego, siguió por el pasillo, pasó por delante de la cocina, salió por la puerta y le recibieron una temperatura cálida, el olor a queroseno y el aeropuerto de Long Beach.



Los aeropuertos están llenos de merodeadores solitarios, lo que hace imposible, como quien dice, saber quién te está vigilando. Porque todo el mundo es sospechoso. ¿Una persona sentada, sin hacer nada, detrás de un periódico arrugado? En la calle es raro, pero es bastante más habitual en un aeropuerto. En los primeros diez metros podría haber habido cincuenta PM de paisano y cincuenta agentes del FBI.

Pero nadie demostró interés en ellos. Nadie les miró, nadie se acercó a ellos y nadie les siguió. Así que caminaron a buen ritmo, directos a la parada de taxis, se subieron a los asientos traseros de un sedán bastante viejo y le pidieron al conductor que les llevara a un negocio de alquiler de coches que estuviera fuera del aeropuerto, pero que no fuera ningún Hertz, Avis, Enterprise ni ningún otro con carteles iluminados. El conductor no hizo preguntas. No necesitó que le especificaran nada más. Arrancó sin más, como si tuviera claro adónde les llevaba. Al de su cuñado, lo más probable, o al del tipo que le diera la mejor comisión.

En cuyo caso, el cuñado o el que mejor comisión pagaba debía de llamarse Al, y debía de ser un tipo guay, porque el taxi se detuvo en un descampado en el que habría estacionados veinte coches y que estaba al lado de un cobertizo de madera en cuyo tejado ponía con letras pintadas por un aficionado, a mano, con poca pintura y una brocha gorda: COCHES DE ALQUILER AL EL GUAY.

—Perfecto —comentó Reacher.

Peter Paul Lozano se hizo cargo de la cuenta del taxi con uno de los billetes de veinte sacados de su fajo de más de medio centímetro de grosor y Reacher y Turner pasearon por el aparcamiento. Era evidente que Al el Guay había posicionado su negocio en lo que debía de considerar un buen punto a mitad de camino entre las chatarras y los Lamborghinis de cuatro años. El aparcamiento estaba lleno de vehículos que habían empezado siendo de alta gama, y que lo más probable es que hubieran seguido siéndolo durante mucho tiempo, pero que, a aquellas alturas, llevaban tiempo atrapados en las garras de un largo y triste declive. Había marcas como Mercedes-Benz, Range Rover, BMW y Jaguar, todos ellos el antepenúltimo modelo, rayados, con golpes y con el color un poco apagado.

—¿Funcionarán? —preguntó Turner.

—Ni idea. No es que entienda mucho de coches. A ver qué dice Al el Guay.

Y lo que dijo fue, traducido y parafraseado: «Han durado hasta ahora, así que, ¿por qué se iban a parar hoy?», frase que a Reacher le sorprendió tanto por la lógica como por el optimismo que encerraba. Al el Guay era un tipo de entre sesenta y sesenta y cinco años, con el pelo cano y abundante, una gran panza y camisa amarilla. Estaba sentado a un escritorio que ocupaba la mitad de la cabaña, en la que hacía calor y olía a madera polvorienta y a creosota.

—Venga, elijan uno. El que prefieran.

—Un Range Rover —propuso Turner—. Nunca he conducido ninguno.

—Le encantará.

—Eso espero.

Reacher cerró el trato en el escritorio gigantesco, con los carnés de Vega y Baldacci, un número de teléfono inventado, una de las tarjetas de crédito de Baldacci y una firma garabateada en la que podría haber puesto cualquier cosa. A cambio, Al el Guay le entregó una llave y describió con su ancho brazo un arco hacia el lado del aparcamiento en el que estaba el coche.

—El negro.

El negro, en realidad, era de color púrpura oscuro acerado porque el sol le había comido la pintura y tenía las láminas tintadas que recubrían las ventanillas un poco levantadas y con burbujas, y los asientos cuarteados y hundidos. Turner supuso que debía de ser de los años noventa. Ya no era un coche de gama alta. Pero arrancó, giraba y rodaba.

—Ha durado hasta ahora, así que, ¿por qué se iba a parar hoy? —soltó Turner.

Se paró un kilómetro después, pero porque así lo quisieron Turner y Reacher, para desayunar en la primera cafetería que encontraron, que era un sitio familiar en Long Beach Boulevard. Había de todo y todo bueno, incluida una tortilla que pidió Turner y que tardó en llegar. Ella llamó a la sargento Leach desde un teléfono de pago y le dijo que se anduviera con cuidado. Él se quedó vigilando el aparcamiento, pero no vio a nadie. Ni les perseguían, ni los controlaban; no habían despertado ningún interés. Así que volvieron a la carretera y se dirigieron primero al norte y después al oeste, en busca de la entrada de la 710, con él al volante por primera vez. Aquella majestuosa barcaza le iba que ni pintada. Las ventanillas tintadas eran reconfortantes. Eran casi opacas. Y parecía que la parte mecánica estaba cumpliendo su función. El coche avanzaba flotando, como si la superficie de la carretera no fuera más que un vago rumor, algo muy muy lejano.

—¿Qué vas a hacer si las encuentras? —preguntó Turner.

—¿A quiénes?

—A tu hija y a su madre.

—¿Te refieres a qué voy a decirles?

—No, me refiero a distancia, la primera vez que las veas.

—No sé cómo voy a reconocerlas.

—Supón que lo haces.

—Entonces, intentaré averiguar dónde está la trampa.

—De acuerdo. Son un cebo, hasta que se demuestre lo contrario. Seguro que la PM y el FBI están allí. Es un destino claro. Todas y cada una de las personas que veas podrían ser agentes encubiertos. Así que procede en consonancia.

—Sí, señora.

—Desde aquí y hasta North Hollywood, el peligro se duplica con cada kilómetro. Vamos directos al centro del infierno.

—¿Son estas las instrucciones previas a una operación?

—Soy tu oficial al mando. Estoy obligada a dártelas.

—Estás gastando saliva.

—Podrías reconocerlas, ¿sabes?

—Las hijas no tienen por qué parecerse a su padre.

—Ya, pero es que quizá recuerdes a la madre.

Julieta llamó a Romeo, porque algunas de las responsabilidades eran suyas.

—Tengo muy malas noticias.

—¿Tienen que ver con que Baldacci haya usado su tarjeta de crédito en un alquiler de coches llamado Al el Guay?

—¿Qué Al?

—Uno de la Costa Oeste. ¿Qué ha pasado?

—Reacher los ha sorprendido en el avión. Los ha dejado fuera de combate y les ha robado la cartera.

—¿En el avión?

—A Lozano le ha roto varios dedos y a Baldacci los brazos y nadie se ha dado cuenta.

—Es imposible.

—Por lo visto, no. Uno contra dos, en un avión, con cien testigos. Es una humillación descarada. ¿Y ahora está alquilando coches con nuestro dinero? ¿Pero quién se cree que es?

Reacher creía que era un mal conductor. Al principio había querido vestirlo de subterfugio del tipo «la seguridad es lo primero», diciéndose a sí mismo que eso le ayudaría a concentrarse, pero había acabado admitiendo la verdad. Su percepción espacial y sus tiempos de reacción estaban fundamentados en la escala humana, no en la de una autopista. Estaba hecho para movimientos de cerca y personales. Un animal, no una máquina. Puede que Turner estuviera en lo cierto. Puede que fuera fiero. No es que fuera un conductor horrible, solo peor que la media. Pero no peor que la media de la I-710 en aquella mañana en particular, en la zona conocida como autovía de Long Beach. La gente comía y bebía, se afeitaba, se cepillaba el pelo, se maquillaba, se limaba las uñas, ordenaba papeles, leía, enviaba mensajes de móvil, navegaba por internet y mantenía largas conversaciones telefónicas, algunas de las cuales acababan en gritos y otras en lágrimas. En medio de todo eso, él intentaba mantener la velocidad y no salirse del carril mientras analizaba las derivas y bamboleos que había por delante de él, calculando hacia dónde tendría que apartarse

en caso de peligro.

—Deberíamos detenernos y llamar a la capitana Edmonds —dijo—. Quiero saber si puede conseguir lo que necesitamos.

—Deja ese asunto en segundo plano —contestó Reacher.

—Es que no puedo. Porque no nos dejan. Sus otros dos muchachos bien podrían ir camino del condado de Orange en el otro avión. O haber tomado el siguiente vuelo hacia Long Beach. En cualquier caso, solo están una o dos horas por detrás de nosotros.

—Saber lo que la capitana puede o no puede conseguir no nos va a servir de nada con ellos.

—Tácticamente es crucial. Como en el manual de campo. De cara a interrogatorios futuros, tenemos que determinar si es importante que mantengan intactas sus funciones cognitivas.

—Eso no está en el manual de campo.

—Puede que lo hayan revisado.

—¿Quieres decir que si la capitana no lo ha conseguido pretendes mantener con vida a los otros dos para sacárselo a golpes?

—No se lo sacaré a golpes. Se lo pediría por favor, como hice con Perrazo. Pero si sé que no tienen nada que decirme, puedo dejar que la naturaleza siga su curso un poco antes.

—¿Y qué curso es ese?

—No puedo ver el futuro. Pero, lo más probable, es que sea uno muy sencillo.

—Pero vamos a ver a tu hija.

—Y me gustaría vivir lo suficiente para llegar. No podemos dejar en segundo plano un tema frente al otro. No en este caso. Tenemos que tener ambos temas delante. Señora. Con todos mis respetos.

—De acuerdo, pero vamos a comprar un móvil para no tener que seguir deteniéndonos. De hecho, vamos a comprar dos. Uno para cada uno. De tarjeta prepago. Y también un callejero.

Lo hicieron más o menos un kilómetro y medio después. Salieron de la autovía y pararon en una densa franja de tiendas donde la principal era una farmacia en la que vendían móviles de tarjeta y mapas, y cuyos dueños aceptaban dinero en metálico además de cualquier otro método de pago habido y por haber. Guardaron el mapa en el coche y memorizaron en los móviles el número del otro, tras lo que él se apoyó en el lado del Range Rover, que estaba calentito y llamó a la capitana Edmonds al móvil.

—He hecho la petición nada más entrar a trabajar —respondió Edmonds.

—¿Y?

—Hasta el momento no me la han denegado.

—¿Cuánto creía que tardarían?

—Al instante. O en menos tiempo.

—Así que eso es bueno.

—Sí, lo es.

—¿Cuándo la tendrá?

—A última hora de hoy o mañana por la mañana.

—¿Tiene bolígrafo?

—Y papel.

—Quiero que busque a Peter Paul Lozano y a Ronald David Baldacci en el MRH.

—¿Quiénes son?

—No lo sé. Por eso le pido que los busque.

—¿Son relevantes para algo en concreto?

—Para estar en el bando adecuado de esta historia.

—Me he enterado de algo que debería contarle.

—¿El qué?

—El detective Podolski encontró su ropa en el vertedero. Le han hecho las pruebas.

—¿Y?

—La sangre no coincide.

—¿Debería esperar que la comandante Sullivan se disculpase?

—Se ha convencido. Le conmovió que le dejase una notita.

—¿Va a dejar de perseguirme la policía metropolitana?

—No, porque huyó después de que un agente de la ley presentara cargos.

—¿Tampoco está permitido eso ya?

—Haré lo que pueda con lo de Lozano y Baldacci.

—Gracias —dijo Reacher.

Después de eso volvieron a la carretera, en dirección norte, y se convirtieron de nuevo en uno más de las decenas de miles de vehículos que parpadeaban bajo el sol.

Romeo llamó a Julieta.

—He hablado directamente con el caballero conocido como Al el Guay, con una excusa, y me ha contado que viajan en un Range Rover de veinte años de antigüedad.

—Es bueno saberlo.

—No es el coche más rápido del planeta. Aunque con ninguno los alcanzaríamos. He enviado a los nuestros en helicóptero. Del condado de Orange a Burbank. Estarán en posición al menos una hora antes.

—¿Quién lo ha pagado?

—El ejército no, tranquilo.

—¿Has cancelado la tarjeta de crédito de Baldacci? Y la de Lozano, supongo.

—No puedo. Son tarjetas personales. Van a tener que hacerlo ellos en cuanto salgan del hospital. Hasta entonces, tendremos que reembolsárselo, como siempre.

—Esto nos está costando una fortuna.

—Migajas, amigo mío.

—Algo más que migajas.

—Casi ha terminado. Después, de vuelta a la normalidad.

Reacher siguió sorteando a los que comían, a los que bebían, a los que se afeitaban, a los estilistas, a los maquilladores, a las esteticistas, a los que ordenaban, a los lectores, a los que enviaban mensajes, a los navegadores, a los que gritaban y a los que lloraban, y consiguió llegar hasta la zona más alejada del este de Los Ángeles, donde tomó la autovía de Santa Ana hasta la 101, en Echo Park. A partir de ahí fue un viaje monótono hacia el noroeste a través de las colinas, dejando atrás nombres que aún le parecían encantadores, como Santa Monica Boulevard, Sunset Boulevard o Hollywood Bowl. Y entonces sonó su teléfono. Respondió:

—Estoy conduciendo por la 101 con el cartel de Hollywood a mi derecha y hablando por el móvil. Por fin me siento uno más.

—¿Tiene papel y bolígrafo? —le preguntó Edmonds.

—No.

—En ese caso, escuche con atención. Peter Paul Lozano y Ronald David Baldacci son soldados en activo desplegados en un batallón de logística de Fort Bragg, Carolina del Norte. Están asignados a una compañía entrenada para infiltrar material delicado en Afganistán o sacarlo de allí. En estos momentos, como es evidente, por el repliegue, se están dedicando a sacarlo, lo que los tiene muy ocupados. Sus informes de idoneidad están por encima de la media. Eso es todo lo que sé.

Reacher proporcionó esa información a Turner después de colgar.

—Ahí lo tienes. Material que debería estar volviendo a casa y que no lo está haciendo —dijo Turner.

Reacher no dijo nada.

—¿No te lo parece?

—Estoy intentando imaginarlo. Sacan ese material delicado de cuevas, o de donde esté, y cargan con la mayor parte de él para que vuelva a Fayetteville, pero una parte se está cargando en camionetas viejas con matrículas extrañas que salen hacia las montañas. Puede que las camionetas vuelvan cargadas de dinero. Puede que sean entregas contra reembolso. ¿Es eso lo que estás pensando?

—Más o menos.

—Yo también. Una pecera. Mucho estrés e incertidumbre. Y visibilidad. Y riesgo de traición. Así es como han aprendido en quiénes confiar. Porque todo está contra ellos, hasta las carreteras. ¿Cómo de delicado será ese material? ¿Va bien en la parte trasera de una camioneta vieja con matrícula extraña?

—¿Adónde quieres llegar?

—La acción está en Afganistán. Pero nuestros chicos están en Fort Bragg.

—Puede que hayan vuelto de Afganistán.

—No creo. Me fijé en eso en cuanto vi a los dos primeros. Ninguno de ellos había

estado hacía poco en Oriente Medio. No tenían quemaduras solares, ni patas de gallo o rastro de cansancio alrededor de los ojos. Son hogareños. Y también son el Equipo A. En cuyo caso, ¿por qué tienes al Equipo A en Carolina del Norte cuando la acción está en Afganistán?

—Lo normal sería que tuvieran un Equipo A en cada extremo.

—Pero solo hay un extremo. El material sale de las cuevas y va directo a las plataformas de carga de camionetas viejas con matrículas extrañas. No llega a Fort Bragg o a Carolina del Norte.

—En ese caso, puede que me equivoque. Puede que lo estén vendiendo en Estados Unidos y no en Afganistán. Para eso necesitarían un Equipo A en Fort Bragg, para desviar el material.

—Pero tampoco creo que sea eso lo que está sucediendo. Porque, seamos realistas, aquí solo podrían vender armas pequeñas. Si estuvieran vendiendo algo más gordo, nos habríamos dado cuenta. Y vender suficientes armas pequeñas para ganar el dinero que parece que están ganando implicaría que han inundado el mercado. Y el mercado no está inundado. O habrías oído algo al respecto. Alguien habría levantado la liebre si hubiera un torrente de armas militares a la venta. Probablemente, los fabricantes nacionales, porque estarían perdiendo mucha pasta. En cualquier caso, habría llegado un mensaje a tu despacho. Para eso está la 110.

—Bueno, entonces ¿qué están haciendo?

—Ni idea.

Reacher recordaba todos los datos pertinentes de la declaración jurada de Candice Dayton, incluido el nombre de su abogado y la dirección del despacho de este. Turner había encontrado en el callejero la manzana en la que estaba situado y la tenía marcada con la uña del pulgar izquierdo mientras con el índice derecho seguía el camino por el que avanzaban. Y ambos dedos estaban ya muy cerca. Cruzaron la autopista Ventura y Turner le indicó:

—Sigue hasta Victory Boulevard. Debería figurar en el letrero del aeropuerto de Burbank. Luego bajaremos desde el norte. Supongo que estarán concentrados en la zona sur. Llegaremos por su espalda.

Resultó que la de Victory Boulevard era la siguiente salida. Luego, giraron a la derecha en Lankershim y volvieron hacia el sur y hacia el este, en paralelo a la autopista que habían abandonado minutos antes.

—Aparca. A partir de aquí vamos a ser muy cautelosos.

Reacher aparcó en la boca de una calle transversal y miraron hacia el sur juntos, hacia las manzanas que quedaban al norte de la autopista Ventura, que eran un animado catálogo de la A a la Z de actividad comercial estadounidense, de la mediana empresa a la pequeña y la diminuta, con comercios de venta al por menor y empresas mayoristas, empresas de servicios, algunas de ellas duraderas, otras terriblemente optimistas, otras emergentes, otras apagándose a la velocidad del rayo, otras familiares y ubicuas. Un alienígena que viera todo esto llegaría a la conclusión de que las uñas acrílicas eran tan importantes como los tablones de madera.

Turner aún llevaba el mapa abierto y dijo:

—Está en Vineland Avenue, dos manzanas al norte de la autopista. Así que gira a la izquierda en Burbank Boulevard y a la derecha en Vineland, y después es todo recto. Nadie conoce este coche, pero no podemos permitirnos pasar más de dos veces por allí.

Así que Reacher volvió a ponerse en marcha, hizo los giros y condujo por Vineland como uno más, ni despacio como un mojigato, ni rápido y agresivo, sino como un vehículo anónimo más que rodaba bajo el sol matutino.

—Está ahí delante, a la derecha. En la siguiente manzana. Veo el aparcamiento de delante.

Él también lo vio. Pero era un aparcamiento compartido, no exclusivo del despacho del abogado. Porque la zona derecha de la manzana la ocupaba un edificio largo y bajo con el tejado de tejas de madera y una pasarela cubierta, con las paredes pintadas con lo que a él le pareció ese tono de beis exclusivo del valle, como el maquillaje color carne de las películas. El edificio estaba dividido a lo largo en seis empresas: una tienda de pelucas, una de artículos de cristal, un negocio que abastecía a geriátricos, una cafetería y un asesor fiscal de esos de «Se Habla Español», con el abogado de Candice Dayton más o menos en el centro de la fila, entre los cristales mágicos y las sillas de ruedas eléctricas. El aparcamiento tenía unas ocho filas de profundidad e iba de parte a parte de la fachada, por lo que valía para todos los negocios. Reacher supuso que los clientes podían aparcar donde prefirieran.

La mitad del aparcamiento estaba lleno, con la mayoría de los coches a primera vista bien aparcados, limpios y brillantes bajo el sol implacable, pero algunos de ellos mal aparcados, como si sus conductores se hubieran detenido solo unos instantes, para hacer un recado. Reacher le había dado muchas vueltas al tipo de coche en que vivirían dos personas y había llegado a la conclusión de que una ranchera vieja o un todoterreno moderno sería lo mínimo, con la parte trasera plegable y suficiente espacio sin obstáculos entre los asientos de delante y la puerta de atrás como para poner un colchón. Tener cristales tintados detrás y en los lados sería una ventaja. Un viejo Buick Roadmaster o un Chevy Suburban serían de lo más adecuados, solo que cualquiera que planeara vivir en un Chevy Suburban nuevo seguro que era capaz de



darse cuenta de que era mejor venderlo, comprarse un viejo Buick Roadmaster y quedarse con el cambio. Así que buscó rancheras viejas, puede que polvorientas, puede que con las ruedas un poco deshinchadas, instaladas, en cierta manera, como si llevarasen aparcadas una buena temporada.

No vio ningún vehículo así. La mayoría eran normales y tres o cuatro de ellos eran tan nuevos e insípidos que parecían coches alquilados en el aeropuerto, que era lo que Espin y los de la 75 de la PM estarían usando. Dos o tres de ellos eran tan raros que parecían decomisos del FBI reutilizados como vehículos de vigilancia no marcados. Las sombras, el reflejo del sol y los cristales tintados hacían que fuera difícil saber si alguno de ellos estaba ocupado o no.

Siguió conduciendo, a la misma velocidad, con la misma trayectoria, y volvieron a meterse en la autopista, porque a Reacher le pareció que un giro de ciento ochenta grados o cualquier otra maniobra atípica llamaría la atención, así que condujo por el mismo rectángulo largo y bajo, salieron por Lankershim por segunda vez y aparcaron al principio de la misma calle una vez más, sintiéndose cómodos con la gran distancia que los separaba de allí y siendo invisibles desde el sur.

—¿Quieres pasar otra vez? —le preguntó ella.

—No es necesario.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Podrían estar en cualquier parte. No sabemos qué aspecto tienen o en qué coche están, así que no tiene sentido seguir dando vueltas. Necesitamos que el abogado nos dé una ubicación precisa. Si es que la sabe, a día de hoy.

—Claro, pero ¿cómo?

—Podría llamar, o podría pedirle a la capitana Edmonds que llamase por mí, pero el abogado dirá que la correspondencia deberían enviársela a su despacho y que las reuniones deberían llevarse a cabo en su despacho. No puede permitirse decirle dónde está a una parte tan implicada como se supone que es la mía. Tendría que dar por hecho que todo contacto que pretenda tener con su clienta acabará de forma extraña o en violencia. Responsabilidad profesional básica. Podrían demandarle por millones de dólares.

—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a hacer lo que hacen los tíos cuando no tienen nada mejor que hacer.

—¿Y qué es?

—Llamar a una puta. Volvieron atrás, de nuevo hacia el norte, encontraron una hamburguesería donde bebieron café y donde Reacher estudió ciertas entradas de un volumen de páginas amarillas que le pidió prestado al dueño; luego regresaron a la carretera y fueron a un motel que vieron cerca de uno de los aparcamientos de larga duración del aeropuerto de Burbank. No se registraron. Permanecieron en el coche y él llamó a un número que había memorizado. Respondió una mujer con acento extranjero. Parecía de mediana edad y que estuviera medio dormida.

—¿Quién es la mejor chica estadounidense que tienes? —preguntó Reacher.

—Emily.

—¿Cuánto?

—Mil la hora.

—¿Está disponible ahora?

—Por supuesto.

—¿Acepta tarjetas de crédito?

—Sí, pero en ese caso son mil doscientos la hora.

Reacher no respondió.

—Puede estar contigo en menos de treinta minutos y vale cada centavo que pagues. ¿Cómo te gustaría que fuera vestida?

—Como una profesora de colegio. Como si hiciera un año que hubiera salido de la universidad.

—¿Cómo si fuera la vecina de al lado? Es un atuendo que se pide mucho.

Reacher le dijo que se llamaba Pete Lozano y le dio el nombre y la dirección del motel que tenían detrás.

—¿Está cerca del aparcamiento del aeropuerto?

—Sí.

—Lo usamos mucho. Emily no tendrá ningún problema en encontrarlo.

Colgó, se pusieron cómodos y esperaron, sin hablar, sin hacer otra cosa que mirar a través del cristal del parabrisas.

Diez minutos después, Turner preguntó:

—¿Estás bien?

—Lo cierto es que no.

—¿Por qué?

—No paro de mirar a las chicas de catorce años que pasan. Me siento como un perverso.

—¿Has reconocido a alguna?

—Todavía no.

En total esperaron más de treinta y cinco minutos, momento en que sonó el teléfono de Reacher. No era la mujer extranjera con una excusa porque Emily llegara tarde, sino la capitana Edmonds con lo que le parecía una noticia de portada. Reacher puso el teléfono entre ambos y Turner inclinó la cabeza para oír.

—Lo tengo todo sobre V. A. 3435. Me ha llegado hace cinco minutos. Y he de añadir que he tenido que prestarme a algunos chanchullos.

—¿Y bien?

—No, de verdad, comandante, de nada. Ha sido un placer. No me importa arriesgar mi carrera metiéndome en berenjenales de esos que tanto temen los capitanes del JAG.

—Vale, gracias. Debería haber sido lo primero que hubiera dicho. Lo siento.

—Hay algunos puntos que debe tener en cuenta primero. Llevamos más de diez años en Afganistán y, en ese contexto, 3435 es un número relativamente bajo. En la actualidad vamos por encima del cien mil. Lo que significa que los datos sobre este tipo son de hace cierto tiempo. De hace unos siete años, diría yo, por lo que sé. Y no ha habido actualizaciones significativas. Nada que fuera más allá de la mínima rutina. Porque es un tipo bastante normal. Incluso aburrido. A primera vista, es un campesino sin más.

—¿Cómo se llama?

—Emal Gholam Zadran. Tiene cuarenta y dos años y es el más joven de los cinco hermanos Zadran, todos los cuales siguen con vida. Por lo visto, es la oveja negra de la familia y todos lo consideran poco respetable. Los hermanos mayores son cultivadores de amapola respetables, trabajan en la granja familiar, como llevan haciendo sus ancestros desde hace mil años, muy tradicional, un negocio modesto. Pero el joven Emal no quería dedicarse a eso. Probó en varios campos y no tuvo éxito en ninguno. Sus hermanos le perdonaron y volvieron a acogerlo. Por lo visto, vive con ellos en las colinas, no hace nada productivo y no cuenta nada de lo que hace.

—¿Por qué le abrieron un expediente hace siete años?

—Por uno de los asuntos en los que se metió y que le salió rana.

—¿Que fue...?

—No quedó demostrado o le habríamos pegado un tiro.

—¿Qué es lo que no quedó demostrado?

—La cuestión es que quiso establecerse como emprendedor. Les compraba granadas de mano a la 10.<sup>a</sup> División de Montaña y se las vendía a los talibanes.

—¿Cuántas consiguió?

—No lo pone.

—¿Y no está demostrado?

—Lo intentaron todo.

—¿Y por qué no le pegaron un tiro de todas formas?

—Comandante, está usted hablando con una abogada del ejército. No quedó demostrado y somos estadounidenses.

—Suponga que no estuviera hablando con una abogada del ejército.

—En ese caso, diría que no pudieron demostrarlo y que en aquel momento era posible que estuviéramos besando culos afganos con la esperanza de que establecieran un gobierno civil propio en un futuro no demasiado lejano y pudiéramos largarnos de allí; un clima en el que disparar a nativos contra los que no se ha demostrado nada, incluso por nuestro irritable sistema judicial militar, se habría considerado de lo más contraproducente. De lo contrario, yo diría que le habrían pegado un tiro de todos modos.

—Es usted muy inteligente. Para ser abogada del ejército.

Tras eso colgó el teléfono porque vio a una chica que acababa de salir de un taxi y se encaminaba a la entrada del motel. Era luminosa. Era joven y rubia, fresca y

enérgica, sincera en cierto modo, como si estuviera decidida a dedicar los años que le quedaban de vida a hacer el bien en el mundo. Parecía una profesora de colegio que hacía un año que hubiera salido de la universidad.

La chica llegó hasta la recepción del motel y allí se detuvo, como si no supiera adónde ir. Tenía un nombre, pero no un número de habitación. Turner bajó la ventanilla y le preguntó:

—¿Eres Emily?

Era algo que Reacher y ella habían preparado. No cabía duda de que era raro que te abordase una mujer en un coche, aparcada frente a un motel, antes de embarcarte en lo que estaba claro que iba a ser un extraño trío. Pero que te abordase un hombre en circunstancias similares sería todavía más raro. Así que le tocó hacer la pregunta a Turner, que la chica respondió con un:

—Sí, soy Emily.

—Somos tus clientes.

—Lo siento. No me lo habían dicho. Las parejas cuestan más.

—Seguro que ya te han dicho esto antes, o puede que no, pero solo queremos hablar. Te daremos dos mil dólares por una hora de tu tiempo. Sin quitarnos la ropa, ninguno de los tres.

La chica se acercó a la ventanilla, pero no demasiado, se inclinó y miró hacia el interior.

—¿De qué va esto?

—Tienes que representar un papel —respondió él.

Hablaron allí mismo, para que la situación no le resultara amenazadora a la chica, con Reacher y Turner apoyados en el lateral del coche y Emily completando el triángulo a metro y medio, donde era libre para darse la vuelta y salir corriendo. Pero no lo hizo. Pasó la American Express de Lozano por una ranura de su iPhone y en cuanto vio un número de autorización les dijo:

—No hago porno.

—Nada de porno.

—Entonces, ¿a qué os referís con eso de representar un papel?

—¿Eres actriz?

—Soy señorita de compañía.

—¿Has sido actriz?

—Lo intenté.

—¿Sueles jugar a disfrazarte?

—Eso es a lo que pensaba que venía hoy. La joven inocente e idealista, preparada para hacer, de muy buena gana, lo que sea necesario para conseguir fondos adicionales para su colegio. O puede que necesite pedirle prestado el cortacésped a uno de los padres de la AMPA. Aunque, por lo general, suelen ser entrevistas de trabajo. «¿Cómo podría demostrarle cuánto me interesa el trabajo?».

—En otras palabras, que actúas.

—Todo el tiempo. Incluso ahora.

—Necesito que vayas a ver a la recepcionista de un despacho de abogados y consigas ver sus Sagradas Escrituras. —Reacher le explicó lo que quería y ella no mostró curiosidad alguna respecto al por qué—. Si hay opción, elige a una que parezca que es madre. Será más comprensiva. La historia es la de una madre luchadora que necesita ayuda. Di que la señora Dayton es amiga de tu tía y que te prestó algo de dinero cuando ibas a la universidad, dinero con el que conseguiste salir del bache, y que ahora quieres devolverle el favor. Que, en cualquier caso, quieres volver a verla. Algo así. Tienes libertad para escribir tu propio guion. La cuestión es que se supone que en recepción no deberían darte la dirección. De hecho, lo tienen prohibido. Así que es tu oportunidad de ganar el Oscar.

—¿Quién va a salir herido?

—Nadie. Todo lo contrario.

—¿Por dos mil dólares? Nunca había oído nada igual.

—Si la mujer existe, la ayudaremos. Si no existe, soy yo quien no sale herido. De una u otra forma, es bueno.

—No sé si quiero hacerlo.

—Cobrar has cobrado.

—Por una hora de tiempo. No me importa quedarme aquí y hablar. O podemos subir al coche. Si queréis, me despeloto. Generalmente, es lo que hago.

—¿Y si te damos quinientos más en metálico? Como propina. Cuando vuelvas.

—Setecientos.

—Seiscientos.

—Y el Oscar es para... ¡Emily! —dijo la chica.

No dejó que la llevaran en coche. Chica lista. Hablar es gratis. El largo preámbulo bien podría haber sido una fantasía, previa a que su cadáver apareciera desnudo en una zanja tres días después. Así que le dieron la dirección y veinte pavos, y ella cogió un taxi. Observaron cómo se perdía de vista, tras lo que volvieron a subirse al Range Rover y esperaron.

—Anímate —dijo Turner—. V. A. 3435 es Emal Zadran, que tiene un historial documentado de compraventa de armas de Estados Unidos en las colinas de las zonas tribales. Además, Peter Lozano y Ronald Baldacci tienen un historial documentado de formar parte de una compañía a la que se le ha asignado infiltrar esas mismas armas estadounidenses en esas colinas y también sacarlas de allí. ¿Ese ruido ensordecedor que oigo es el del entramado cayendo en pedazos?

—Compraba y vendía armas en las colinas, sí, pero hace siete años.

—Y después ha desaparecido del radar. Porque mejoró. Se subió a la copa del árbol. Ahora es el jefazo, la persona de referencia. Está amasando una fortuna para

alguien. No queda otra. ¿Por qué si no se iban a esforzar tanto en esconderlo?

—Puede que tengas razón.

—Necesito tu contribución sincera. Nada de darme la razón porque sí. Eres mi oficial asesor.

—¿Me estás ascendiendo?

—Solo son órdenes nuevas.

—Lo digo de verdad, podrías estar en lo cierto. El informador dijo que era un anciano de la tribu. Lo que me parece una etiqueta fundamentada en la posición social. Como un honor. Y nadie consideraría que una oveja negra que se pasa el día sentada, sin hacer nada productivo, tiene una buena posición social. Más bien lo considerarían el tonto del pueblo. Desde luego, nadie lo honraría. Así que el bueno de Emal está haciendo algo para alguien. Y mi única objeción era que hubiera un equipo preparado en Carolina del Norte cuando la acción está en Afganistán. A pesar de eso, puede que tengan un papel importante. Porque si tu razonamiento es cierto, a casa está llegando mucho dinero. A carretadas, lo más probable. Una cantidad física muy grande. Así que, sí, necesitan un equipo en Carolina del Norte. Pero no para encargarse de las armas. Para encargarse del dinero.

Romeo llamó a Julieta.

—La cosa va de mal en peor.

—¿Cómo es posible?

—Acaban de usar la American Express de Lozano. Dos mil dólares en una animadora. ¿Sabes qué quiere decir eso?

—¿Que están aburridos?

—Solo hay un tipo de animadoras que llevan su propio lector de tarjetas: prostitutas. Nos están tomando el pelo. Si los indigentes tuvieran lectores de tarjetas en el móvil, les darían la pasta a ellos. O si tuvieran teléfono, supongo.

—Cosa que no tienen.

—Y la abogada de Reacher lo sabe todo de Zadrán, lo ha conseguido hace cosa de una hora. Así que ya es público.

—Te preocupas demasiado.

—Es una conexión evidente. No hay que ser un genio para darse cuenta.

—Bueno, pues puede que estés preocupándote demasiado rápido. Todavía no has oído las buenas noticias.

—¿Las hay?

—Los nuestros acaban de verles pasar por delante del despacho del abogado. En un Range Rover de veinte años de antigüedad, negro. Es difícil corroborarlo, porque tiene los cristales tintados, pero están casi seguros de que iban dos personas, una alta y la otra baja.

—¿Cuándo?

—Hace menos de una hora.

—¿Una sola vez?

—Hasta ahora. Por reconocimiento, obviamente.

—¿Hay mucha actividad por la zona?

—Es una zona comercial. Eso es como el desfile del 4 de julio.

—¿Adónde han ido después de pasar?

—Han cogido la autopista. Lo más probable es que hayan dado la vuelta. Posiblemente están escondidos a unas manzanas al norte.

—¿Podemos hacer algo?

—Sí, creo que sí. Han sido muy cautelosos al pasar por delante del despacho, deben de saber que la PM y el FBI están por todas partes. Y que de allí no pueden sacar nada. Al menos, ellos. Sería una negligencia escandalosa. Así que no creo que vayan a acercarse al despacho de nuevo. En cuyo caso, vigilarlo es malgastar personal. No podemos tener ahí parados a los nuestros, porque los otros no van a aparecer. Así de sencillo. Por tanto, es mejor que usemos a los nuestros de otra manera. De forma más activa. Solo es una sugerencia.

—Estoy de acuerdo. Déjalos sueltos.

Reacher y Turner pasaron el rato intentando hacerse a la idea de qué tipo de armas de artillería se vendían por mucho dinero y no suponían problemas en la plataforma trasera de una camioneta. Resultó frustrante, porque ambas categorías parecían excluirse la una a la otra. Las MTB eran cilindros siniestros de diez metros de largo y casi metro y medio de ancho, con quillas. Los drones costaban treinta y siete millones de dólares cada uno, sí, pero tenían una envergadura de alas de más de dieciocho metros. Y sin los controles y palancas de mando no eran más que bloques inútiles de metal. Y todos los controles y palancas de mando estaban en Texas y Florida. Por otro lado, los rifles, las pistolas y las granadas no tenían mucho valor. Una Beretta M9 costaba unos seiscientos pavos en la tienda. Puede que, en la calle, o en las colinas, usada, unos cuatrocientos, menos los gastos generales y el coste, por lo que tendrían que vender entre trescientas y cuatrocientas solo para cubrir los cien mil que habían arriesgado en las islas Caimán. Y hasta el ejército se daría cuenta si estuviera perdiendo miles de armas de poco calibre.

No llegaron a ninguna conclusión.

Y entonces Emily volvió.



Emily salió del taxi, como la primera vez, todavía metida en el personaje, radiante e ingenua. Apretó el paso y se quedó como antes, a metro y medio de la ventanilla de Turner, quien la bajó.

—Me he sentido mal —comentó la chica.

—¿Por qué? —le preguntó él.

—Era una buena mujer. La he manipulado.

—¿Con éxito?

—Tengo la dirección.

—¿Dónde es?

—Me debéis seiscientos dólares.

—Técnicamente, no. Era una propina, lo que significa que es un regalo que no tiene que ver con el contrato principal. No existe una deuda real.

—¿Estás intentando dejarme sin los seiscientos?

—No, es que soy pedante por naturaleza.

—Vale, vale, pero sigo queriendo los seiscientos pavos.

La cantidad la pagó Ronald Baldacci del fajo de billetes de veinte que llevaba en la cartera. Reacher se los pasó a Turner, que se los pasó a Emily, que miró en derredor y comentó:

—Parece que estemos traficando con droga.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó Reacher.

Les dio la dirección de una calle, con el número de la casa y todo.

—¿Qué es esto? —le preguntó Reacher—. ¿Un aparcamiento? ¿Un negocio con su propio aparcamiento?

—Ni idea.

—¿Qué ambiente se respiraba en la oficina?

—Muy ajetreado. La señora Dayton es una de sus prioridades.

—Muy bien. Pues gracias, Emily. Ha sido un placer conocerte. Que tengas un buen día.

—¿Y ya está?

—¿Es que falta algo?

—¿No vais a preguntarme por qué una buena chica como yo se dedica a un trabajo como este? ¿No vais a darme consejos para el futuro?

—No —respondió Reacher—. Nadie debería escuchar mis consejos. Además, parece que te las arreglas bien. Mil pavos la hora no está nada mal. Conozco a gente que deja que la jodan por veinte.

—¿Quién?

—Gente con uniforme, en su mayoría.

En el mapa de Turner ponía que el nuevo destino estaba al sur de la autopista Ventura, en un vecindario sin nombre. No es que fuera Universal City, tampoco era West Toluca Lake, desde luego, no era Griffith Park y estaba muy al sur para ser North Hollywood, pero Reacher supuso que sería un sitio por el estilo. Habría mucho movimiento de personas, de un lado para el otro, nada curiosas, y habría empresas y negocios que abrían y cerraban. Por tanto, habría edificios vacíos y aparcamientos para trabajadores enfrente de negocios que habían fracasado. La mejor manera de llegar era coger hacia el sur por Vineland otra vez, pasar por delante del despacho del abogado y meterse en la autopista Ventura. Luego, el vecindario quedaba a la derecha de esta.

—Tenemos que suponer que la PM y el FBI tienen esta misma información — comentó ella.

—Estoy seguro, así que lo haremos igual que lo hemos hecho con el despacho del abogado.

—Una sola pasada.

—Que podría ser la segunda para alguno de ellos, porque estoy seguro de que están haciendo rotaciones constantes. Entre esa dirección y el despacho del abogado, me refiero. No pueden permitirse que ninguno de los escenarios parezca estático.

—¿Y si es un callejón o una calle de un solo sentido?

—Pues abortamos la misión. Ya encontraremos otra manera.

—En el mejor de los casos, solo las veremos. Nada de pararse a saludar. Es necesario hacer una vigilancia exhaustiva a larga distancia antes de que nos planteemos siquiera acercarnos.

—Entendido —dijo Reacher.

—Aunque la quinceañera más mona del mundo salga a tu encuentro con un cartel en la mano en el que ponga «Bienvenido a casa, papi». Porque podría ser la quinceañera equivocada, con un padre diferente.

—Entendido —repitió Reacher.

—Dilo.

—Nada de pararse a saludar.

—Vamos allá.

Pero no fueron por Vineland Avenue. Consideraron que volver a pasar por delante del despacho del abogado convertiría una pasada en dos para algunos vigilantes, con ningún objetivo en particular, y que para otros se convertiría en tres si la rotación coincidía. Y tres veces era jugársela mucho. La mayoría de las personas se dan cuenta de las cosas a la tercera. Esa era la experiencia de Reacher. Aunque no se dieran cuenta de que se estaban dando cuenta. ¿Un tartamudeo en una palabra mientras

hablabas con un amigo? Acababas de ver por el rabillo del ojo al mismo tipo por tercera vez. O el mismo coche, o el mismo camión de reparto de una floristería, o el mismo abrigo, perro, zapatos o persona merodeando.

Así que giraron en dirección a las agujas del reloj, primero al este, después al sur, y cruzaron la autovía no en línea recta, sino desviándose un poco a la derecha. Luego, estacionaron junto al bordillo. Tenían delante el vecindario objetivo, a la derecha. Era un laberinto de casas de poca altura con aceras de cemento y hierba seca, con postes calafateados que sujetaban decenas de cables, algunos de ellos tan gruesos como las muñecas de Reacher, y detrás de ellos había edificios bajos, bungalós, casitas con jardín, almacenes o bodegas. Solo había un salón de manicura y pedicura, y una camioneta. Había canastas de baloncesto y porterías de hockey sobre hielo, antenas parabólicas grandes como bañeras y coches aparcados por doquier.

—Pinta mal —comentó Turner.

Reacher asintió, porque pintaba mal. Estaba todo concentrado, junto, y conducir por allí implicaría tener que pararse y arrancar una y otra vez, maniobrar para salvar un obstáculo tras otro. Avanzar a velocidad de paseo sería un lujo.

—Tú eres la oficial al mando.

—Y tú el oficial asesor.

—Yo digo que lo hagamos. Pero tú decides.

—¿Por qué consideras que deberíamos hacerlo?

—La negación tiene mala prensa pero, en realidad, es positiva. El asunto podría salirnos bien. La PM y el FBI no saben qué coche llevamos. Para ellos, este no es más que un vehículo antiguo con los cristales tintados. No lo están buscando.

—Pero puede que los dos del coche abollado sí. Reciben información de primera. En el peor de los casos, alguien ha visto el cargo de la tarjeta de crédito y sabe en qué coche vamos.

—No importa —repuso Reacher—. No pueden hacernos nada. Aquí no. No delante de testigos del gobierno. Seguro que saben que, además de ellos, hay PM y FBI. Están entre la espada y la pared. Tendrán que joderse y no hacer nada.

—Podrían seguirnos. La PM y el FBI no se darían cuenta. Un coche más saliendo del vecindario.

—Es cierto. Pero, tal y como he dicho, eso podría beneficiarnos. Podría ser como matar dos pájaros de un tiro. Localizamos la dirección exacta y atraemos a los chicos adonde queramos. En general, lo consideraría un buen día de trabajo. Hablando como oficial asesor. Pero tú decides. Por eso ganas más. Casi tanto como algunos profesores de instituto.

Turner no dijo nada.

—Recuerda que tenemos ambos asuntos en primer plano —insistió Reacher.

—Vale, hagámoslo.

Consultaron el mapa y Reacher memorizó los giros. A la derecha, a la izquierda, a la derecha y ya estaban en la calle indicada, por lo visto. Al parecer, el número del solar en el que estaban se hallaba a mitad de camino entre el principio y el final de la calle.

—Recuerda que solo vamos a mirar —subrayó Turner—. Nada de pararse a saludar.

—Entendido.

—Sin excepciones.

—Sí, señora.

Dejó el bordillo, reemprendió la marcha hasta la primera esquina, giró el volante y ya estaba en el vecindario. La primera calle era un caos. Zonas de uso compartido, una furgoneta de reparto de pan aparcada frente a una tienda de comestibles, la bici de un niño tirada en el suelo y un coche sin ruedas subido en unos ladrillos. La segunda calle estaba mejor. No era más ancha, pero era recta y no había tanto desbarajuste. En los primeros cincuenta metros uno se daba cuenta del tipo de vecindario que era. Tanto a derecha como a izquierda había casitas. No era próspero, pero se respiraba estabilidad. Algunas casas tenían tejado nuevo; otras, las paredes exteriores estucadas; y otras, plantas reseca en macetas de cemento. Gente normal haciendo lo que podía para llegar a fin de mes.

Entonces llegó el último giro y el tono del vecindario subió un poco. Pero no como para quitar el aliento. Reacher vio una calle larga y recta, con el 101 pintado con claridad a lo lejos, tras una valla de tela metálica. A ambos lados había casas pareadas construidas para soldados rasos en los años cuarenta del siglo pasado y que, por tanto, llevaban allí más de sesenta años. Todas las casas estaban cuidadas, pero en diferente medida: algunas de ellas muy bien mantenidas, otras renovadas y otras ampliadas, pero había algunas más marginales. La mayoría de ellas tenía un coche aparcado en el camino de acceso al garaje y otro en la acera. Había tantos que solo quedaba un carril para circular.

Lento e incómodo.

—Uno del FBI ahí delante, a la derecha —avisó Turner—. Estoy segura.

Reacher asintió y no dijo nada. Uno de los coches que había en la acera era un Chevy Malibu, a unos dos metros, plateado, sin adiciones exteriores, con plástico donde debería haber habido cromo y dos antenas cortas y gruesas pegadas al parabrisas trasero, con un tipo con camisa de cuello blanco al volante. Un coche que no llamaba la atención, pero que no lograba engañar. Por lo que era posible que se tratara de un supervisor que se hubiera detenido unos instantes para comprobar la moral y levantar el ánimo. Al tipo que estaba aparcado delante de él, quizá.

—Fíjate en esa cosa que tiene delante —dijo Reacher.

Era un Hummer H2 civil, ancho, alto, gigante, negro, encerado y con los detalles cromados, con ruedas enormes y llantas pequeñas, como si fueran tiras de goma

negra.

—De hace ocho años —comentó ella.

Un decomiso, lo más probable, por llevar coca en el compartimento de la puerta o por estar asociado con algún delito de estafa, o quizá por llevar objetos robados detrás. En un primer momento lo habrían confiscado y, más tarde, reasignado a vigilancias encubiertas, aunque no llegaba a ser creíble, cosa que al gobierno le pasaba a menudo.

Y a unos veinte metros, al otro lado del Hummer había un utilitario blanco, compacto, aparcado en la acera, mirando hacia ellos, limpio y soso, poco usado, sin nada que lo personalizase. Un coche de alquiler del aeropuerto, casi seguro. La 75.<sup>a</sup> División de la PM. Algún desafortunado que habría tenido que viajar a Los Ángeles en clase turista y alquilar un coche en Hertz o Avis tirando de una cuenta del gobierno en la que apenas había fondos. El peor coche que tenían, y sin mejoras.

—¿Lo ves? —preguntó él.

Turner asintió.

—Y ya sabemos cuál es la dirección. Justo entre el parachoques delantero del Hummer y esa cosa, diría yo. Qué sutiles, ¿eh?

—Como siempre.

Reacher había estado mirando los números de las casas y el solar que buscaban tenía que estar a la izquierda, algo más de veinticinco metros por delante, si la triangulación del gobierno era precisa.

—¿Ves a alguien más? —preguntó él.

—Es difícil de decir. Cualquiera de estos coches podría tener ocupantes.

—Esperemos que así sea. Sobre todo, que estén dos en particular.

Siguió avanzando, despacio y con cuidado, dejándose margen de error. El volante del viejo Range Rover era un poco impreciso. Solo respondía bien en maniobras de, más o menos, quince centímetros. Pasaron por delante del Malibu plateado y Reacher miró hacia la derecha. El de la camisa de cuello blanco llevaba corbata. Se confirmaba que era del FBI. Lo más probable es que fuera la única corbata en un kilómetro a la redonda. El siguiente era el Hummer. Al volante había un rubio con un corte de pelo de cepillo, alto y abundante. Probablemente, el primer peinado de cepillo visto en un H2 tuneado. El gobierno. Baja cota de credibilidad.

Entonces, Reacher miró hacia la izquierda y empezó a fijarse en los números. No tenía claro qué esperaba. Un hueco de algún tipo, más o menos. Algo diferente de las casas que había a uno y otro lado. Una casa con la puerta y las ventanas tapadas con tablones. Embargada. O quemada y demolida. O un solar sin construir. Con un coche grande y viejo aparcado a la sombra de las casas vecinas. Puede que un Buick Roadmaster.

Pero la dirección que les había dado Emily era la de una casa como las demás. No se diferenciaba en nada de las que había delante y detrás, ningún banco había claveteado las entradas con tablas, no estaba quemada, no estaba demolida. Una casa

normal y corriente, en un solar normal y corriente. Había un coche en el camino de acceso al garaje, pero no era un Buick Roadmaster. Era un cupé, importado, de color rojo comido por el sol, bastante viejo e incluso más pequeño que el utilitario blanco y compacto del hombre de la PM. Desde luego, no había espacio para que durmieran dos personas en él. Ni pegadas. La casa era vieja, de una sola planta, extendida hacia delante, con una ventana frontal en el lado izquierdo y otra en el lado derecho, y una ventana en el ático, dispuesta justo encima de la puerta de entrada, que estaba pintada de azul.

Y por la puerta azul salió una chica.

Bien podría tener catorce años. O quince.

Era rubia.

Y era alta.

—No pares —dijo Turner.

Pero Reacher pisó el freno. No pudo evitarlo. La chica rodeó el cupé aparcado y fue hasta la acera. Llevaba una camiseta amarilla, una chaqueta vaquera azul, unos pantalones holgados y unas zapatillas deportivas sin cordones ni calcetines. Era esbelta, tenía los brazos y las piernas largos, era todo codos y rodillas, y su pelo era del color de la paja en verano. Lo llevaba peinado con raya en el medio, lo tenía ondulado y le llegaba por la mitad de la espalda. Tenía el rostro sin formar, como todos los adolescentes, pero destacaban sus ojos azules y los pómulos, y lucía una media sonrisa socarrona, como si su vida estuviera llena de molestias insignificantes, de esas que se sobrellevan mejor con paciencia y buena voluntad.

Empezó a caminar hacia el oeste, alejándose de ellos.

—Mira al frente. Pisa el acelerador, déjala atrás y no te detengas. Ve hasta el final de la calle. Ahora mismo. Es una orden. Si es ella, ya lo confirmaremos más tarde y nos encargaremos del asunto.

Así que Reacher volvió a coger velocidad, y pasaron del equivalente a pasear al equivalente a un trote gimnástico y dejaron atrás a la chica justo cuando esta llegaba a la altura del utilitario blanco del PM. A primera vista, no pareció sorprenderse al verlo. No parecía que supiera que habían ido hasta allí por ella. Lo más probable es que no le hubieran contado nada. Porque ¿qué iban a decirle? «Hola, señorita, hemos venido a arrestar a su padre. A quien no conoce. Si aparece, claro está. Acabamos de comunicarle que usted existe».

Reacher miraba por el retrovisor y vio cómo la chica se iba haciendo más pequeña. Luego, se paró en la T que hacía la calle al final, giró a la izquierda y la miró una vez más antes de alejarse y perderla de vista.

Nadie les siguió. Se detuvieron junto a la acera cien metros más allá, pero, detrás de ellos, la calle seguía vacía. Lo que, de acuerdo con las expectativas, era una decepción menor. Aunque no es que Reacher la considerase así. En su cabeza, en aquel instante, los dos supervivientes del coche abollado estaban en quinto o sexto plano, guardados en una caja a diez mil metros de profundidad.

—Me dijeron que estaba durmiendo en un coche —murmuró Reacher.

—Quizá su madre haya conseguido trabajo. O un novio.

—¿Has visto algún sitio desde el que vigilar?

—Nada obvio.

—Podríamos unirnos al grupo y aparcar en la calle. No nos pasará nada siempre que no salgamos del coche.

—Sabemos hacerlo mejor —dijo Turner.

La comandante consultó el mapa y miró por las ventanillas, a su alrededor,

estirando el cuello, buscando un terreno alto o puntos de observación elevados. Había muchos al sur, donde las colinas de Hollywood estaban cubiertas de niebla, pero estaban demasiado lejos y, en cualquier caso, desde el sur no verían la parte frontal de la casa. Al final, señaló hacia el oeste, un poquito al norte, una salida del enmarañado nudo que se formaba allí donde la 134 se encontraba con la 101. Estaba elevada y la curva que describía parecía abrazar todo el vecindario mientras bajaba de una autovía a la otra.

—Podríamos fingir una avería, si la salida tiene arcén —dijo ella—. Un recalentamiento o algo. Desde luego, con este coche, nadie sospecharía. Podríamos pasar horas allí. El FBI no tiene departamento de asistencia en carretera. Si para la policía de Los Ángeles, podemos decirle que gracias, que el motor ya casi está frío y que enseguida nos vamos.

—El brigada Espin también habrá visto esta zona. Habrá explorado el terreno, seguro. Si ve algún vehículo parado allí, irá a investigar.

—Vale, pues si para alguien que no sea un coche patrulla, arrancamos de inmediato y si se tratase de Espin, lo dejaremos atrás en los bosques de Burbank.

—Lo dejaremos atrás mucho antes de llegar a Burbank. Seguro que no le han dado más que para alquilar un cuatro cilindros.

Lo siguiente era encontrar una casa de empeños, porque querían conseguir un objeto de calidad para un breve espacio de tiempo, y tenían que hacerlo rápido y sin dejar rastro, porque iban a pagarlo con una tarjeta de crédito robada, así que el mercado de segunda mano era el mejor sitio donde buscar. Se metieron por las calles de West Hollywood y eligieron uno de los muchos establecimientos de la zona, donde Reacher le dijo al dependiente:

—Quiero ver tus mejores prismáticos.

Había muchos, en su mayoría viejos. Algo que tenía sentido. Imaginó que en época de su padre se compraban binoculares porque sí. En toda casa había unos. Y una enciclopedia. Que tampoco nadie utilizaba. O la cámara de ocho milímetros que funcionaba como un reloj, si se trataba de la familia de un coronel o superior. Aunque te las tenían que suministrar. Parte del deber sagrado del hombre de la familia. Pero, ahora, todos esos «hombres de la familia» estaban muertos y las casas de sus hijos, ya adultos, tenían mucha menos capacidad. Así que sus pertenencias acababan aparcadas entre guitarras acústicas y anillos universitarios sin sacar de la cajita de cuero ribeteada de terciopelo en la que venían y etiquetados con precios entre lo mucho y lo poco.

Hubo unos prismáticos que les gustaron, potentes pero que no pesaban mucho, tan ajustables como para encajar tanto en la cara del uno como en la del otro; pagó Baldacci y volvieron al coche.

—Creo que deberíamos esperar a que empezara a anochecer —sugirió Turner—.



Entre otras cosas, porque antes no sucederá nada. No si la madre tiene un trabajo nuevo. Y conducimos un coche negro. Espin no podrá verlo a oscuras. Pero la calle sí que estará iluminada como para que podamos ver.

—De acuerdo. Creo que deberíamos comer algo. Esto podría llevarnos horas. ¿Cuánto tiempo estás preparada para estar vigilando?

—Lo que haga falta. Cuantas veces haga falta.

—Gracias.

—De todas las citas que he tenido, no sé si esto es lo más inteligente que he hecho, o lo más idiota.

Comieron en West Hollywood, bien y despacio, y caro, a cuenta de Peter Paul Lozano, y dejaron que la última hora de la tarde se convirtiera en la primera de la noche, y en cuanto las luces de las farolas brillaron más que las del cielo, volvieron al coche y cogieron Sunset Boulevard hasta la 101. Había mucho tráfico, como siempre, pero el cielo aprovechó esos minutos desperdiciados para oscurecerse más, de manera que, para cuando llegaron a la salida elevada, el día había desaparecido por completo.

En la salida no había un arcén como tal, pero, en el lado derecho había unas marcas pintadas más anchas que un arcén y que servían para definir por dónde se debía tomar la curva, así que aparcaron allí y encendieron todas las luces, de forma que el tablero de instrumentos parecía un árbol de Navidad. Turner sacó los nuevos prismáticos usados y rodaron hasta que decidió cuál era el mejor sitio desde el que otear. Reacher apagó el motor. Estaban a unos trescientos metros de la puerta azul y a algo más de diez metros por encima de ella. Como recomendaba el manual de campo. Una línea de visión directa, con elevación. Más que satisfactorio. Nada mal. La casa estaba en calma. La puerta azul estaba cerrada. El viejo cupé de color rojo seguía en el camino de entrada al garaje. El Malibu del FBI ya no estaba, pero el Hummer seguía allí, lo mismo que el utilitario blanco y compacto, a unos veinte metros. El resto de la plantilla automovilística había cambiado un poco. Los trabajadores con turno de día volvían a casa y los que tenían turno de noche se marchaban.

Se turnaron los prismáticos. Reacher se revolvió en el asiento del conductor, apoyó la espalda en la puerta y miró más allá de Turner, junto a él, por la ventanilla de esta, abierta. La imagen era oscura e indistinta. Los prismáticos no tenían visión nocturna. Pero eran adecuados. Detrás de él, los coches pasaban a toda velocidad, a pocos centímetros, una procesión sin fin, dejando la 101 y tomando la 134. Nadie se paró para ayudar. Al pasar, balanceaban el viejo Range Rover con su estela y seguían adelante, sin prestar atención.

Romeo llamó a Julieta.

—Acaban de estar en West Hollywood. Han comprado algo en una casa de

empeños con la tarjeta de Baldacci y han comido en un restaurante carísimo con la de Lozano.

—¿Qué podrían querer de una casa de empeños? —pensó Julieta.

—No importa. La cuestión es que han estado pasando el tiempo en West Hollywood, al parecer, sin propósito alguno, cosa que es de suponer que no harían si les quedaran temas por resolver, como determinar la dirección de la señora Dayton, por ejemplo. Así que creo que deberíamos dar por hecho que ya saben dónde vive.

—¿Y cómo lo han descubierto?

—Eso tampoco importa. Lo que importa es lo que hagan a continuación. Lo más probable es que hayan estado en West Hollywood ocultándose hasta que anocheciera, en cuyo caso, es probable que ya estén en la casa otra vez, a punto de iniciar un largo periodo de vigilancia.

—Los nuestros ya no están allí.

—Pues que vuelvan. Diles que busquen por el vecindario con mentalidad militar y que descubran desde dónde podría estar vigilando un equipo experimentado. No puede haber más de un puñado de puntos de vigilancia. No van a estar agachados en el patio trasero de un vecino, por ejemplo. Lo más probable es que estén lejos. El manual de campo dice que hay que buscar línea de visión y elevación. En el piso de arriba de un edificio vacío, quizá, o en un depósito de agua elevado, o en un garaje con varias plantas. Diles que reúnan una lista de posibilidades y que se dividan para investigar. Así será más eficaz. Tenemos que hacerlo esta noche.

—En las casas de empeño se pueden comprar armas.

—Pero no las han comprado. Hay un plazo de espera hasta poder tenerlas. California tiene leyes. Y solo se han gastado treinta dólares.

—De la tarjeta de crédito. Podrían haber hecho otro trato en metálico. Lozano y Baldacci llevaban mucho dinero en el avión.

—¿Una compra ilegal? No se hubieran parado a comer. Y menos en el mismo vecindario. Habrían estado nerviosos. Habrían ido a otra parte. Creo yo. Hay que considerar que siguen desarmados.

—Espero que tengas razón —dijo Julieta—. Nos facilitaría las cosas.

Turner pasó treinta minutos con los prismáticos, y luego se los cedió a Reacher mientras parpadeaba y se frotaba los ojos. Este los abrió para ajustarlos a sus ojos y los enfocó, para lo que tuvo que darle una gran vuelta a la rueda. O estaba medio ciego o lo estaba ella.

—Quiero llamar a la sargento Leach —dijo Turner—. Quiero asegurarme de que está bien.

—Dale recuerdos.

Reacher solo escuchó a medias lo que decía Turner durante la conversación, enfrascado como estaba en observar qué sucedía trescientos metros más allá. Que no

era gran cosa. El Hummer seguía en el mismo sitio y el utilitario blanco también. Nadie entraba ni salía por la puerta azul. Por lo visto, la sargento Leach estaba bien. Igual que Margaret Vega, su solícita amiga. Al menos, en ese instante. Hasta entonces. La conversación fue corta. Turner no dijo nada explícito, pero entre líneas, pareció que la sargento estaba de acuerdo con ella en que el dado estaba lanzado y que las únicas opciones posibles eran ganar o irse a casa.

La puerta azul seguía cerrada. La mantenía vigilada la mayor parte del tiempo pero, durante cuatro segundos de cada veinte, iniciaba una exploración fragmentada del vecindario. Repasaba el camino que había seguido por la calle horas antes, el giro por el que habían entrado, con la furgoneta de reparto de pan frente a la tienda de comestibles, la bici tirada en el suelo y el coche sin neumáticos. Luego venía la calle principal, Vineland Avenue, tan al sur de la autovía como el despacho del abogado lo estaba al norte.

Y volvía a la puerta azul, que seguía cerrada.

Luego recorría, una vez más, el camino que había seguido por la calle, pero esta vez al revés, por la derecha en vez de por la izquierda, y así descubrió que hacia el otro lado, la calle era idéntica, como una imagen en un espejo. El mismo tipo de casas y el mismo tipo de situaciones. Y de nuevo la calle principal, que seguía siendo Vineland, pero unos ochocientos metros más al sur. Lo que hacía que el vecindario no fuera rectangular. Era más alto en la parte derecha que en la izquierda. Como un banderín. La autovía estaba cerca de la parte superior derecha, luego venía el despacho del abogado y, un poco más abajo, también a la derecha, había una cafetería alargada y solitaria, toda iluminada y resplandeciente.

Reacher sabía hacia dónde iría él.

Volvió a la puerta azul, que seguía cerrada.

Y permaneció cerrada hasta un minuto antes de las ocho. Entonces se abrió y la chica salió otra vez, igual que antes. Las mismas zancadas, casi gráciles, el mismo pelo, la misma camiseta, la misma chaqueta, las mismas zapatillas. Probablemente sin cordones ni calcetines. Y, también probablemente, con la misma sonrisa sardónica. Pero estaba oscuro y la óptica de los prismáticos tenía límites.

Igual que antes.

Pero hacia el otro lado.

Hacia el este, no hacia el oeste. Alejándose de la intersección de la autovía. Hacia la calle principal. No la acompañaba nadie. Ni sombra, ni protección. Reacher la señaló y Turner asintió.

—¿Crees que existe la posibilidad de que no se lo hayan dicho a ninguna de las dos? —preguntó él.

—Es evidente que a la niña no se lo han dicho. No pueden decirle: hemos encontrado a tu padre pero hemos decidido arrestarle.

—¿Y pueden decírselo a la madre? Poca pensión compensatoria va a ver si me encierran y tiran la llave.

—¿Qué te está rondando por la cabeza?

—No han enviado a nadie con ella. Cosa que deberían haber hecho. Porque si no puedo hablar con ella en la casa, intentaré hacerlo fuera. Eso está más claro que el agua. Pero no la acompaña nadie. La única razón lógica es que no sepa nada y que, por tanto, sea imposible explicar por qué la siguen cuatro tipos a todas partes, así que no la siguen.

—Y además son unos agarrados. Si se lo dijeran tendrían que poner a un oficial de apoyo en la casa. Y eso costaría dinero.

—Vale. En ese caso, si la madre y la hija solo son un cebo y ni siquiera lo saben, cuando salen de casa, lo único que puede hacer Espin, o cualquier otro, es seguir las de lejos, además de pasadas ocasionales en un vehículo.

—Opino igual.

—Pero no se ha movido nadie y ningún vehículo ha encendido el motor.

—Puede que esperen hasta que se pierda de vista.

—Vamos a ver si lo hacen.

No lo hicieron. La chica dobló a la derecha al final de la calle y desapareció, pero frente a su casa no se movió nadie y nadie arrancó el motor.

—Puede que haya otro equipo —comentó Turner.

—¿Aprobarías tal presupuesto?

—Claro que sí.

—¿Y ellos? ¿Teniendo en cuenta que ni siquiera pondrían un oficial de apoyo en la casa?

—Vale, solo hay un equipo y no se ha movido. Vagancia y complacencia. Además de que puede que resulte difícil encontrar aparcamiento.

—No se han movido porque creen que soy tan tonto como para ir caminando hasta la casa y llamar a la puerta.

En ese momento apareció un coche, desde la parte más alejada del vecindario, por Vineland, por la misma calle por la que habían entrado ellos antes. Las luces enfocaron a la derecha, luego a la izquierda y, después, se internó en la calle, recto, cegador, dejando atrás el Hummer, dejando atrás la puerta azul, casi a la altura del utilitario blanco, momento en que se paró y dio marcha atrás a toda prisa, dejando atrás la casa, dejando atrás el Hummer y volviendo hasta el único hueco que había en la calle para aparcar, que estaba mucho más lejos de lo que el conductor habría deseado. El coche estacionó, se apagaron las luces y salieron dos tipos, poco reconocibles desde tan lejos, poco más que sombras, puede que uno de ellos más grande que el otro.

Su parte reptil del cerebro se removió y, mil millones de años después, Reacher se inclinó hacia delante un par de centímetros.

Los prismáticos tenían limitaciones a esa distancia y había muy poca luz, así que Reacher decidió mostrarse abierto de miras. A diario, en California había cerca de cuarenta millones de personas y, por tanto, era improbable que dos individuos en concreto aparecieran mientras un tercero los observaba.

Pero lo improbable sucede de vez en cuando, así que siguió a ambas figuras y, mientras avanzaban, fue variando el enfoque para conseguir la mejor imagen posible. Iban por la calle, no por la acera, por el asfalto, rápido, uno al lado del otro, acercándose cada vez más. Y Reacher estaba cada vez más seguro. Volvieron a dejar atrás el Hummer y los bañó la luz de una farola, momento en que Reacher lo tuvo claro.

Estaba mirando al conductor de la primera noche y, a su lado, iba el grandote de la cabeza afeitada y las orejas pequeñas.

Se detuvieron justo delante de la casa, permanecieron así unos instantes y se volvieron por donde habían venido, como si estuvieran estudiando el horizonte, y empezaron a girar sobre sí mismos, poco a poco, en sentido contrario al de las agujas del reloj, dando pasos cortos, señalando de vez en cuando, siempre puntos alejados de la casa y elevados.

—Nos están buscando —anunció Reacher.

Siguieron girando, pasado el punto central, momento en que vieron la salida elevada por primera vez. Daba la sensación de que el de las orejitas se había dado cuenta de inmediato. Levantó la mano y esbozó la curva de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, describiendo la amplia circunferencia, explicando que abrazaba el vecindario entero, tras lo que se llevó la palma de la mano hacia el pecho, como si estuviera diciendo: «Es como la primera fila de un palco y esto es el escenario», tras lo cual se puso la misma mano a modo de visera y observó la salida con atención, sección por sección, metro a metro, en busca del mejor ángulo, hasta que, por fin, lo encontró y se quedó quieto, como si estuviera mirando por el otro lado de los prismáticos.

—Nos han encontrado —dijo Reacher.

Turner miró el mapa y dijo:

—Tardarán en llegar, dados los sentidos en que van las carreteras. Tendrán que bajar hasta el Hollywood Bowl por entre las calles y volver a subir para estar por detrás de nosotros en la 101. Es una vuelta muy grande.

—La chica está sola.

—Nos quieren a nosotros.

—Y nosotros a ella. Deberían quedarse con ella. Es lo que yo haría.

—No saben a dónde ha ido.

—No es tecnología aeronáutica. Su madre no está en casa y ella ha estado viendo la tele hasta las ocho, y luego ha salido a cenar algo.

—No van a raptarla.

—Al coronel Moorcroft le dieron una paliza que lo dejaron medio muerto. Y se les acaba el tiempo.

—¿Qué quieres hacer?

Reacher no respondió. Dejó los prismáticos en el regazo de Turner, arrancó, metió primera y miró por encima del hombro. Salió de la zona señalizada como una exhalación y se incorporó al tráfico, tomó la curva a toda prisa y dejó la 101 para meterse en la 134, donde no le quedó otra opción que mezclarse con el tráfico lento, mirando hacia delante en busca de la primera salida, que supuso que no tardaría en llegar y que sería Vineland Avenue. Y así fue, con la opción de tomarla por el norte o por el sur. Avanzaban poco a poco por culpa de la congestión, lo que frustraba a Reacher, que se dirigió hacia el sur, por el lado más alto del vecindario, pasada la primera calle, esa en la que había tanto viviendas como servicios, pasada la segunda y hacia delante, cien metros, hasta que vio la cafetería alargada y solitaria, toda iluminada y resplandeciente.

Y allí estaba la chica, cruzando Vineland en dirección al establecimiento.

Redujo la velocidad y la dejó pasar cincuenta metros por delante, tras lo cual se quedó mirando cómo entraba en el aparcamiento de la cafetería. En una esquina había una cuadrilla de chavales, puede que unos ocho, chicos y chicas, en las sombras, sin hacer nada, tomando el aire, sin propósito, pasando el rato y divirtiéndose, chuleando, pavoneándose; tal como hacen los adolescentes. La chica fue directa hacia ellos. Quizá no hubiera ido a cenar. Quizá hubiera cenado en casa. Puede que algo de la nevera que había metido en el microondas. Y quizá aquella fuera la vida social que hacía después de cenar. Quizá había salido para reunirse con el grupo, como hacía habitualmente, para echarse unas risas hasta bien entrada la noche.

Lo que parecía genial. El número hace la fuerza.

La chica se acercó a los demás, y algunos hicieron comentarios inexpresivos, con algunos chocó los cinco, algunos hicieron payasadas y otros rieron. Reacher se estaba quedando sin carretera, así que tomó una decisión apresurada y aparcó en la cafetería, pero en la esquina contraria. La chica seguía hablando. Su lenguaje corporal era relajado. Eran sus amigos. Les caía bien. Eso estaba claro. La situación era de lo más normal.

Pero, unos minutos después, se apartó unos centímetros, su lenguaje corporal decía «Voy adentro» y nadie se movió para seguirla, pero no pareció que a ella le importara. Casi lo contrario. Parecía que hubiera disfrutado de su compañía, pero que estuviera lista para disfrutar de su soledad. Tanto o más. Como si le diera lo mismo.

—Es una solitaria —comentó Turner.

—Y alta.

—Eso no tiene por qué significar nada.

—Lo sé.

—No podemos quedarnos aquí.

—Quiero entrar.

—Nada de pararse a saludar. Todavía no.

—No voy a saludarla.

—Llamarás su atención.

—Solo si esos tipos ven el coche aquí aparcado.

Turner no dijo nada. Reacher observó cómo la chica tiraba de la puerta y entraba. La cafetería era de esas de estilo antiguo, con acero inoxidable, con pliegues, dobleces y franjas de esas con tres surcos, como uno de esos automóviles antiguos, con ventanas pequeñas y enmarcadas, como las de un viejo vagón de tren, y letreros de neón diseñados con estilo *art déco*. Parecía que tuviera mucha clientela. La hora de máxima afluencia, entre los especiales baratos de la casa y los bebedores de café de última hora. Reacher lo sabía todo sobre este tipo de cafeterías. Conocía sus ritmos. Había pasado cientos de horas en ellas.

—Solo observación —dijo Turner.

—De acuerdo.

—Ningún contacto.

—De acuerdo.

—Vale, ve. Voy a esconder el coche en algún lado y a esperar. No te metas en problemas.

—Ni tú.

—Llámame cuando hayas acabado.

—Gracias —dijo Reacher.

Se bajó del coche y cruzó el aparcamiento. Oyó otros vehículos en Vineland y un avión en el cielo. Oyó al grupo de chavales discutiendo, hablando y riendo. Oyó cómo el Range Rover se alejaba. Se detuvo un instante y tomó aire.

Luego, tiró de la puerta de la cafetería y entró.

El interior también era de estilo retro, como el exterior, con mesas con sofás de respaldo alto a derecha e izquierda de la puerta y una barra perpendicular frente a estas, a unos dos metros de la pared, que estaba cubierta de espejo, excepto por la puertecita que daba a la cocina. Los sofás de las mesas eran de vinilo y frente a la barra había una larga fila de taburetes, todos cromados y de colores pastel, como los descapotables de los años cincuenta; el suelo estaba recubierto de linóleo y las demás superficies horizontales estaban cubiertas de laminado, ya fuera en rosa, en azul o en amarillo pálido, con un patrón que parecía que representase anotaciones hechas con un lápiz, lo que, dado el contexto, a Reacher le trajo a la cabeza interminables ecuaciones que tenían que ver con la barrera del sonido o la bomba de hidrógeno.

Detrás de la barra había un hombre encorvado y con el pelo gris; una camarera rubia de unos cuarenta años se encargaba de la parte izquierda de las mesas, y otra morena de unos cincuenta se encargaba de las de la derecha, todos ellos atareados, porque tenían tres cuartos de las mesas y los taburetes ocupados. Todas las mesas de la izquierda estaban ocupadas, algunas por gente que cenaba al final de su día de

trabajo, otras por gente que cenaba antes de salir a dar una vuelta, una de ellas por unos *hipsters* cuyo único interés, al parecer, era tener aspecto de auténticos. En el lado derecho quedaban dos mesas libres y en la barra se veían diecinueve espaldas y cinco huecos.

La chica estaba al fondo a la derecha, en la barra, dueña del último taburete, como si el garito fuera un bar y ella llevara cincuenta años sentándose allí. Le habían puesto cubiertos, una servilleta y un vaso de agua, pero nada de comer todavía. El taburete de al lado estaba vacío y en el siguiente, inclinado sobre un plato, estaba sentado un cliente y otro, y otro, y no había otro taburete libre hasta nueve sitios más allá. Reacher supuso que podría observarla mejor desde una de las mesas libres, pero las cafeterías tienen sus propias reglas y no se mira con buenos ojos a los clientes solitarios que ocupan una mesa para cuatro en hora punta.

Así que Reacher se quedó en la entrada, inseguro, y la camarera rubia de la izquierda se apiadó de él y se desvió para acercarse a él y darle la bienvenida con una sonrisa, pero estaba cansada y no le salió muy bien. Por el contrario, esbozó una mueca aburrida y sin interés, vacía, y dijo:

—Siéntese donde prefiera y enseguida irá alguien a atenderle.

Tras lo cual volvió al ajetreo y Reacher imaginó que «donde prefiera» incluía las mesas para cuatro, por lo que giró a la derecha y dio un paso.

La chica lo estaba observando por el espejo.

Y lo estaba observando con bastante descaro. Tenía la vista puesta en él, en la pared de espejo, gracias a los reflejos, las refracciones, los ángulos de incidencia y todo ese rollo que te enseñan en las clases de física del instituto. No apartó la mirada, ni siquiera cuando él se quedó mirándola a ella.

Había prometido no ponerse en contacto con ella.

Avanzó junto a las mesas de la derecha y se sentó en una que estaba justo detrás de la chica, a una mesa más de distancia. Para verla mejor, apoyó el hombro en la ventana, con lo que daba la espalda al resto del establecimiento, cosa que no le gustaba, pero no tenía otra opción. La camarera morena llegó con una carta y una sonrisa tan lánguida como la de su compañera.

—¿Agua?

—Café —pidió él.

La chica seguía mirándolo por el espejo.

No tenía hambre, porque la comida que les había pagado Lozano en West Hollywood había sido un banquete digno de un rey, así que dejó la carta a un lado. A la morena no le emocionó que no fuera a pedir nada de comer y a él le dio la sensación de que no iba a verla por su mesa muchas veces más. Nada de rellenarle la taza gratis.

La chica seguía mirándole.

Probó el café. Estaba bien. El camarero le sirvió un plato a la chica, que desvió la mirada el tiempo suficiente como para decirle algo que le hizo sonreír. El hombre



llevaba un parche bordado en el uniforme, con su nombre, Arthur. Le respondió algo a la chica y esta sonrió. El camarero se alejó.

Acto seguido, la chica cogió los cubiertos y la servilleta con una mano y el plato con la otra, se bajó del taburete deslizándose, se acercó a la mesa de Reacher y le soltó:

—¿Y si me siento contigo?

La chica dejó los cubiertos en la mesa, luego la servilleta, y luego el plato y, a continuación, volvió a la barra a por el vaso de agua. Le hizo un gesto al tal Arthur y señaló la mesa como diciendo: «Me cambio», volvió a la mesa con el agua y la dejó junto al plato, se deslizó por el sofá de vinilo y se puso justo frente a Reacher. De cerca tenía el mismo aspecto que de lejos, pero los detalles estaban más claros. En particular, los ojos, que parecían en consonancia con los labios, en lo tocante a lo sardónico.

—¿Y por qué ibas a querer sentarte conmigo? —preguntó Reacher.

—¿Y por qué no?

—No me conoces.

—¿Eres peligroso?

—Podría serlo.

—Arthur tiene un Colt Python detrás de la barra, al otro lado de donde estás sentado. Y otro en la otra punta. Ambos cargados. Con Magnums del calibre 357. Que salen por cañones de veinte centímetros.

—¿Vienes mucho aquí a comer?

—Prácticamente cada comida, pero yo diría que «a menudo». No mucho. Mucho se refiere a cantidades y yo prefiero las porciones pequeñas.

Reacher no dijo nada.

—Perdona. No puedo evitarlo. Soy pedante por naturaleza.

—¿Por qué has querido sentarte conmigo?

—¿Por qué he visto tu coche tres veces hoy, a lo largo del día?

—¿Cuál ha sido la tercera?

—Técnicamente, fue la primera vez. Yo estaba en el despacho del abogado.

—¿Por qué?

—Curiosidad.

—¿Por saber qué?

—Por saber por qué vemos los mismos coches tres veces al día.

—¿Vemos?

—Los que prestamos atención. No te hagas el tonto conmigo. En el vecindario está pasando algo y nos encantaría saber de qué se trata. Y da la impresión de que tú podrías contárnoslo. Si te lo pido por favor.

—¿Qué te hace pensar que sé algo?

—Que eres uno de ellos, dando vueltas todo el día, husmeando.

—¿Y qué crees tú que está pasando?

—Sabemos que estáis alrededor del despacho del abogado. Y sabemos que estáis en mi calle. Así que suponemos que alguien de mi calle es cliente del abogado y que, juntos, se traen algún asunto turbio entre manos.

—¿Quién de tu calle?

—Esa es la gran pregunta, ¿no? Depende de qué trucos para despistar uséis cuando estáis aparcados. Creemos que querríais estar cerca del objetivo, pero no justo delante, porque eso sería demasiado obvio. Pero ¿cómo de cerca? Eso es lo que no sabemos. Podríais estar vigilando varias casas, si vais a derecha e izquierda, calle arriba y calle abajo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Reacher.

—¿Te acuerdas del Colt Python?

—Cargado.

—Me llamo Sam.

—¿Sam qué?

—Sam Dayton. ¿Y tú?

—¿De verdad es eso lo único que sabes de la operación de tu calle?

—No me vengas con débiles alabanzas. Creo que bastante bien lo hemos hecho descubriendo todo eso. Parece que no quieras soltar prenda. Que es una gran expresión, ¿no te parece? La cuestión es la manera en la que movéis los coches entre el despacho del abogado y mi casa. Me doy cuenta de que lo estáis haciendo, pero no veo la conexión.

—¿No te han contado nada?

—¿Deberían?

—¿No te ha dicho nada tu madre?

—No es que me preste mucha atención. Siempre está estresada.

—¿Por qué?

—Por todo.

—¿Y tu padre?

—No tengo. A ver, es evidente que, biológicamente, he de tenerlo, pero no lo conozco.

—¿Hermanos?

—Ninguno.

—¿Quiénes crees que somos? —preguntó Reacher.

—Agentes federales, es evidente. De la DEA, de la ATF o del FBI. Esto es Los Ángeles, el tema siempre tiene que ver con drogas, armas o dinero.

—¿Qué edad tienes?

—Casi quince. Todavía no me has dicho tu nombre.

—Reacher.

La observó con mucha atención. No hubo reacción. No hubo desencadenante. No hubo un «¡Ah!». Ni un «¡Dios mío!», que supuso que era más típico de las adolescentes. Su apellido no significaba nada para ella. Nadie lo había mencionado en su presencia.

—Bueno, ¿vas a contarme lo que pasa?

—Se te va a enfriar la cena. Eso es lo que pasa. Deberías comer.

—¿Tú no comes?

—Ya he comido.

—¿Y para qué has venido?

—Por la decoración.

—Arthur está muy orgulloso de ella. ¿De dónde eres?

—Me muevo mucho.

—Así que eres agente federal.

Dicho esto, empezó a comer un plato que, imaginó Reacher, debía de tener en la carta un nombre como «El increíble pastel de carne de mamá». El olor a carne de ternera picada y kétchup era inconfundible. Lo sabía todo de este tipo de cafeterías. Había pasado cientos de horas en ellas y había comido casi todo lo que ofrecían.

—Entonces ¿tengo razón? —quiso saber la chica—. ¿Es por el abogado y uno de sus clientes?

—En parte. Pero no se traen ningún negocio turbio entre manos. Tiene más que ver con que un hombre podría ir a visitar a uno de los dos. O a los dos.

—¿Una tercera parte implicada? ¿Con una queja?

—Más o menos.

—¿Así que va a haber una emboscada? ¿Estáis esperando a que aparezca el tío? ¿Vais a detenerlo en mi calle? Eso molaría. Aunque seguro que sucede en el despacho del abogado. ¿Podéis elegir? Si podéis, ¿podrías hacerlo en mi calle? En cualquier caso, deberíais planteároslo. La calle es más segura. El centro comercial del bufete siempre está abarrotado. ¿Es peligroso el tío?

—¿Has visto a alguien por aquí?

—Solo a los tuyos. Se quedan sentados en el coche y se dedican a vigilar todo el día. Además de las patrullas móviles. El tío del Malibu plateado viene mucho.

—¿Mucho?

—Con frecuencia, debería haber dicho. O «a menudo». Y los dos del coche de alquiler. Y vosotros dos en el Range Rover. Pero no he visto a nadie que vaya solo y que parezca peligroso.

—¿Quiénes son los dos del coche de alquiler?

—Uno de ellos tiene una cabeza muy graciosa. Y las orejas recortadas.

—¿Recortadas?

—De lejos me pareció que eran pequeñas, pero de cerca me fijé en que las tenía recortadas. Con forma de hexágono.

—¿Cuándo has estado cerca de ese tipo?

—Esta tarde. Estaba en la acera, frente a la puerta de casa.

—¿Te ha dicho algo?

—Nada. ¿Por qué iba a hacerlo? No soy ni el abogado ni el cliente, y no tengo cuentas pendientes con nadie.

—No tengo autorización para contarte gran cosa, pero esos dos no van con nosotros. No son de los nuestros, ¿entendido? De hecho, podrían ser parte del problema. Así que mantente alejada de ellos. Y avisa a tus amigos.

—Eso no mola.

En ese momento sonó el teléfono de Reacher. No estaba acostumbrado a llevar móvil, por lo que, al principio, dio por hecho que era el de otra persona, así que lo ignoró. Pero la chica se quedó mirándole el bolsillo hasta que se dio cuenta. En la pantallita aparecía el número grabado de Turner.

Se excusó y respondió.

Turner respiraba con fuerza.

—Voy para allá y necesito que estés en la parte delantera a la voz de ya.

Había tensión en el tono de sus palabras.

Reacher colgó y dejó a Sam Dayton sola en la mesa, salió y se apresuró hasta el aparcamiento. Un minuto después vio unos faros a su izquierda, espaciados, altos y anchos, que venían hacia él a toda velocidad. El viejo Range Rover apareció por el sur, con mucha prisa. Iluminó a Reacher y se detuvo con brusquedad a su lado, él abrió la puerta y entró a todo correr.

—¿Qué sucede?

—La situación se ha salido un poco de madre.

—¿Cuánto?

—Acabo de disparar a un tipo.

Turner tomó la autopista Ventura en dirección oeste y explicó:

—He pensado que el despacho del abogado estaría cerrado por la noche, los seis negocios del centro, de hecho, y, por tanto, he supuesto que habría dejado de haber vigilancia, así que he ido para echar un vistazo, considerando que quizá hubiera cosas que nos vendría bien saber en el futuro, incluido el tipo de cerraduras y alarma que tiene el despacho. Que, por cierto, son ambas bastante simples. Podríamos pasar cinco minutos dentro, si fuera necesario. Entonces he mirado el mapa y he visto una manera muy rápida de llegar a Mulholland Drive... porque siempre me había hecho ilusión conducir por esa carretera, como un agente del gobierno en una peli. He imaginado que si la chica estaba cenando, contigo dentro, seguro que se tiraba treinta minutos más, así que me daba tiempo de hacer una excursioncilla. Así que he ido para allá.

—¿Y?

No dijo nada más porque quería que ella siguiera hablando. Dispararle a alguien es estresante y el estrés es una sensación compleja. La gente reacciona ante él de maneras muy diferentes. Algunos se encierran en sí mismos y otros tienen que soltarlo. Le pareció que ella era del grupo de habladores.

—Me han seguido.

—Ha sido una tontería —dijo Reacher, que era consciente de que la mujer no quería que le diera la razón como a los tontos.

—Me he dado cuenta bastante rápido. Las luces que lo iluminaban me han permitido darme cuenta de que iba solo. El conductor, nada más. Así que no me he preocupado mucho. Y a mucha gente le gusta Mulholland Drive, así que no le he dado mucha importancia a que llevara el mismo camino que yo.

—¿Y qué ha hecho que empezaras a dársela?

—Que fuera a la misma velocidad que yo. Lo que no es normal. La velocidad es algo muy personal. Y yo tiendo a ir bastante despacio. Lo habitual es que los demás me adelanten. Pero ese tío seguía allí, todo el rato. Como si lo estuviera remolcando con una cuerda. Y sabía que no era de la 75 ni del FBI porque ninguno de los dos sabe qué coche llevamos, así que tenían que ser nuestros otros amigos, pero solo iba uno en el coche, lo que significaba que, o bien no eran ellos, o bien se habían dividido y nos estaban dando caza por separado. En cualquier caso, enseguida le he visto las orejas al lobo, pero como en las pelis dicen que Mulholland Drive es de lo más salvaje, he pensado que era mejor detenerme en el siguiente apartadero, a modo de mensaje, para decirle que lo había descubierto y que tenía dos opciones: aceptar la derrota con deportividad y seguir adelante, o ser un perdedor, detenerse y venir a por mí.

—Y se ha detenido.

—Ya te digo. Era el tercero de los cuatro que iban en el coche abollado esta

mañana. Ese al que describes como el conductor del primer día. Se han separado y están cazando en solitario.

—Me alegro de que fuera ese y no el otro.

—Pues bastante jodido ha sido.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—Venga ya, pero si es un inútil. A ese le pegué en segundo lugar. Lo que le deja peor que al que nos ha pagado la comida.

—Me has pillado. Ha sido como quitarle el caramelo a un niño.

—¿Qué tipo de caramelo?

—Tenía una pistola.

—Eso nivelaría el escenario un poquito.

—Así ha sido, durante tres cuartos de segundo, y después el tipo ya no tenía el arma, lo que quiere decir que la tenía yo, y una voz en mi cabeza ha empezado a chillarme «amenaza, amenaza, amenaza, centro de gravedad, pam» y he parpadeado y resulta que lo había hecho, en el corazón. Estaba muerto antes de caer al suelo.

—Bueno, ¿y para qué me necesitas?

—No me vengas con que no me vas a dar ningún consejo.

—Ni el más mínimo.

—Por suerte, soy soldado profesional y no necesito consejos.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarte?

—Te necesito para mover el cadáver. Yo no podía con él.

Mulholland Drive era igual que en las películas, pero más corta. Condujeron con tanta cautela como agentes del gobierno, preparados para detenerse en caso de que no hubiera moros en la costa, preparados para seguir adelante si en el escenario había luces parpadeantes y se oía el cacareo acompañado de interferencias de las radios. Pero ni había uno ni se oía lo otro. Así que se detuvieron. Había muy poco tráfico. Pintoresco, pero nada práctico.

Ahora bien, las vistas nocturnas desde el apartadero eran espectaculares.

—Venga, Reacher, no es el momento para entretenerse.

El cadáver yacía en el suelo, cerca de una de las esquinas del frontal de su coche. Tenía las rodillas dobladas hacia un lado pero, por lo demás, estaba boca arriba. No había duda. Era el conductor de la primera noche. Con un agujero en el pecho.

—¿Qué pistola era?

—Una Glock 17.

—¿Y dónde está?

—Limpia y de vuelta a su bolsillo. De momento. Tenemos que pensar cómo lo hacemos.

—Solo hay dos opciones —empezó Reacher—. En cualquiera de los casos, la

policía de Los Ángeles lo encontrará antes o después. Yo diría que lo mejor sería tirarlo por el barranco. Podría pasar allí una semana. Quizá hasta se lo coman. O, al menos, lo mordisqueen. Con suerte, los dedos. Meterlo en el coche es mucho peor. Da igual que pretendamos que parezca un suicidio o un homicidio, porque lo primero que van a hacer es comprobar sus huellas dactilares y, en ese momento, Fort Bragg se va a poner como loco y este asunto va a empezar a aclararse por el otro extremo.

—Que no es nuestro extremo. Y no quieres eso, ¿no?

—¿Tú sí?

—Quiero que se aclare. Me da igual quién lo haga.

—En ese caso, eres la persona menos fiera que he conocido. Te han difamado de la peor manera posible. Deberías cortarles la cabeza con un cuchillo para mantequilla.

—No es peor que lo que han dicho de ti con lo de Perrazo.

—Exacto. Y yo pienso parar a comprar un cuchillo de mantequilla. Así que dame la oportunidad de ganar. Unos días en el barranco no le harán daño a nadie. Porque, aunque no seamos nosotros los que aclaremos el asunto, lo harán la policía de Los Ángeles y Fort Bragg, puede que la próxima semana, en cuanto encuentren a este tipo. De una u otra manera, el asunto se va a aclarar.

—Vale.

—Y vamos a quedarnos la Glock.

Cosa que, en efecto, hicieron. Además de la cartera y el móvil. A continuación, Reacher agarró al tipo por las solapas de la chaqueta, lo levantó del suelo y lo arrastró hasta dejarlo tan cerca del borde del precipicio como se atrevió. La mayor parte de las veces que se tira un cadáver por un barranco, la cosa no sale bien. Los muertos se quedan a poco más de dos metros, en la ladera. Lo que se debe a la falta de altura y distancia. Así que Reacher empezó a dar vueltas con el tipo, como si fuera un lanzador de martillo en los Juegos Olímpicos, dos círculos completos, bajo en la zona del apartadero, alto en la del barranco, tras lo que lo soltó en mitad de la noche. Oyeron el chasquido de las ramas de los árboles y piedras que repiqueteaban entre sí. Y poca cosa más, aparte del zumbido de la llanura que se extendía a sus pies.

Dieron una vuelta de ciento ochenta grados allí mismo y volvieron en sentido contrario, por Laurel Canyon, hasta llegar a la autovía. Conducía Reacher. Turner desmontó la Glock y la comprobó, tras lo que volvió a montarla y se la metió en el bolsillo, con una nueve milímetros en la recámara y quince más en el cargador. Luego, abrió la cartera. Estaba tan llena como las otras dos. Un buen fajo de billetes de veinte, unos cuantos billetes más pequeños, varias tarjetas de crédito sin caducar y legítimas, y un carné de conducir con la foto del tipo. Se llamaba Jason Kenneth Rickard y su estancia terrenal había terminado algo más de un mes después de que



cumpliera veintinueve años. No era donante de órganos.

El móvil era de esos baratos, similar a los que habían comprado Reacher y Turner en la farmacia de genéricos. Un teléfono de tarjeta prepago imposible de rastrear, específico para aquella misión, sin duda. En el directorio de contactos solo había tres números, los dos primeros etiquetados como «Pete L» y «Ronnie B», que, como es evidente, eran Lozano y Baldacci, y el tercero, con un simple «Shrago». No había mucha actividad en el registro de llamadas. Ninguna saliente y solo tres entrantes, todas ellas de Shrago.

—Shrago debe de ser el grandote de las orejas pequeñas —dedujo Turner—. Parece que es el jefe del equipo.

—No son pequeñas. Las tiene recortadas.

—¿Que las tiene qué?

—Recortadas.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho la chica. Las ha visto muy de cerca.

—¿Has hablado con ella?

—Ha sido ella la que ha iniciado el contacto, en la cafetería.

—¿Y por qué lo ha hecho?

—Piensa que somos federales. Siente curiosidad acerca de lo que está pasando en su calle. Ha pensado que quizá pudiéramos darle detalles.

—¿Dónde le ha visto las orejas al otro?

—En la acera, frente a la entrada de su casa.

—¿De verdad no sabe lo que está pasando?

—Ni siquiera sabe lo de la demanda de paternidad. Mi apellido no significaba nada para ella. Está claro que su madre no le ha contado lo de la declaración jurada. No sabe que el cliente del despacho de abogados es su propia madre. Cree que es alguno de los vecinos.

—No deberías haber hablado con ella.

—No tenía alternativa. Se ha sentado a mi mesa.

—¿Con un completo extraño?

—En esa cafetería se siente segura. Por lo visto, el de la barra cuida de ella.

—¿Cómo es ella?

—Es agradable.

—¿Es tuya?

—Es la mejor candidata que he visto. Es tan rara como yo. Pero sigo sin acordarme de ninguna mujer en Corea. No esa última vez.

—¿Las orejas recortadas?

—Como pequeños hexágonos.

—Nunca había oído nada así.

—Ni yo.

Reacher sacó el móvil y llamó a la capitana Edmonds. En la Costa Oeste eran las

nueve, por lo que era medianoche en la Costa Este, pero seguro que respondía. Era una idealista. Sonó siete veces, tras lo que descolgó, con la lengua de trapo, como la otra vez.

—¿Tiene bolígrafo?

—Y papel —respondió Edmonds.

—Necesito que compruebe dos nombres más en el MRH. Estoy casi seguro de que son de la misma compañía de logística de Fort Bragg, pero quiero confirmarlo. El primero se llama Jason Kenneth Rickard y el segundo es un tal Shrago. No sé si es su nombre o su apellido. Intente conseguir algo de información acerca de él. Por lo visto, le mutilaron las orejas.

—¿Las orejas?

—Eso que se tiene a los lados de la cabeza.

—He hablado con la comandante Sullivan esta tarde. La oficina del secretario del Ejército está presionando para que se resuelva cuanto antes lo de Rodríguez.

—Si retiraran los cargos se resolvería de inmediato.

—Pero eso no va a suceder.

—Vale, yo me encargo.

Colgó, guardó el móvil en el bolsillo y volvió a conducir con ambas manos. Laurel Canyon Boulevard era un nombre estúpido para la carretera por la que iban. Estaba claro que circulaban por Laurel Canyon, abriéndose paso curva tras curva por un vecindario la mar de bonito y pintoresco, pero aquello no era un bulevar. Un bulevar es una calle ancha, recta, ceremonial, con árboles u otros elementos naturales a los lados. La palabra proviene del francés antiguo, de *boullawerc*, que en inglés había desembocado en *bulwark* y que tenía el significado de «baluarte», que era de donde venía la idea. Un bulevar era la parte embellecida de un terraplén, largo, ancho y liso, ideal para pasear.

Entonces llegaron a Ventura Boulevard, que no era lo mismo que la autopista Ventura pero, por lo menos, era ancho y recto. La autopista Ventura seguía adelante, con Universal City a la derecha y Studio City a la izquierda.

—Espera... —dijo Reacher.

—¿Qué pasa?

—El abogado de Perrazo estaba en Studio City. Justo en Ventura Boulevard. Lo sé por la declaración jurada.

—¿Y qué?

—Puede que sus cerraduras y su alarma también sean bastante sencillas.

—Eso es dar un gran paso. Cometeremos un montón de delitos adicionales.

—Al menos, echemos una ojeada.

—Seré cómplice.

—Puedes vetar la idea. El pulgar de dos personas diferentes en el botón, como para lanzar una bomba nuclear.

Giró a la izquierda y avanzó por la calle. Sonó un teléfono. Un canto de pájaros

ruidoso, como un gorjeo electrónico demente. No era ni su móvil ni el de ella, sino el de Rickard, en el asiento de atrás, junto a su cartera.

Reacher aparcó, se dio la vuelta y cogió el teléfono. Hacía un ruido espantoso y vibraba. En la pantalla ponía «llamada entrante», información superflua, dado tanto ruido y tanta vibración, pero también ponía «Shrago», lo que sí resultaba útil. Abrió el móvil y se lo llevó a la oreja.

—¿Sí?

—¿Rickard? —preguntó una voz.

—No, no soy Rickard.

Silencio.

—¿En qué estabais pensando? —preguntó Reacher—. ¿Cuatro mozos de almacén contra la 110? Esto es como una pachanga. Es como hacer prácticas de bateo. Y eres el único que queda. Y estás solo. Y eres el siguiente. ¿Qué te parece?

Silencio.

—No deberían haberte dejado en esta posición. No es justo. Y lo sabes. Sé cómo es la gente del Pentágono. No es que no te comprenda. Puedo ayudarte.

Silencio.

—Dime cómo se llaman, vuelve directo a Fort Bragg y te dejo en paz.

Silencio. Seguido de un rápido «bip-bip-bip» en el auricular y un «Llamada terminada» en la pantalla. Tiró el móvil al asiento de atrás y dijo:

—Se lo pediré una segunda vez, pero no una tercera. Siguieron conduciendo y Studio City apareció como de la nada, de golpe. El bulevar estaba lleno de empresas, algunas de ellas en edificios que les pertenecían, otras apiñadas en manzanas comerciales, como el despacho del abogado de Candice Dayton en North Hollywood. A algunos de los edificios y algunos de los centros comerciales se accedía por vías de servicio compartidas, mientras que otros se alzaban detrás de aparcamientos para ellos solos. Era difícil ver los números porque muchos de los escaparates estaban a oscuras. Hicieron dos giros prematuros, para salir de aparcamientos equivocados, pero no tardaron en encontrar el sitio que buscaban. Era un centro comercial de color verde lima, con cinco negocios en fila. El abogado de Perrazo ocupaba el de en medio.

Solo que no era el abogado de Perrazo.

El negocio del centro era una asesoría fiscal. «Se Habla Español» y muchos otros idiomas más.

—En dieciséis años, las cosas cambian. La gente se jubila —comentó Turner.

Reacher no dijo nada.

—¿Seguro que la dirección es esta?

—¿Crees que me equivoco?

—No te lo tendría en cuenta.

—Gracias, pero estoy seguro.

Se acercó un poco más para ver mejor. No es que el aspecto del centro fuera muy

innovador. Los carteles y señalizaciones, todo lo que estaba a la vista, era un poco anticuado. Desde luego, el abogado no se había retirado recientemente.

Había luz al fondo.

—Un temporizador —dijo Turner—. Por seguridad. No hay nadie dentro.

—Es invierno. Empieza la época de recaudación de impuestos. El asesor está dentro.

—¿Y?

—Podríamos hablar con él.

—¿De qué? ¿Vas a pedir que te devuelvan el dinero?

—Seguro que le reenvía al abogado el correo que le llega. Puede que incluso lo conozca. Quizá el abogado siga siendo el propietario.

—O puede que haya muerto. O se haya mudado a Wyoming.

—Solo hay una forma de descubrirlo. —Se acercó a la puerta y llamó con fuerza en el cristal—. A estas horas de la noche, será mejor que hables tú.

Julieta llamó a Romeo, porque algunas de las responsabilidades eran suyas.

—Shrago me ha dicho que Reacher tiene el móvil de Rickard. Y, por tanto, supongo que su arma. Y sabe que son gente de los almacenes de Fort Bragg.

—Por la biografía de Zadran. Era fácil establecer una relación.

—Solo nos queda uno. Estamos casi indefensos.

—Shrago vale mucho.

—¿Contra ellos? Ya hemos perdido a tres.

—¿Estás preocupado?

—Pues claro. Vamos perdiendo.

—¿Alguna sugerencia?

—No queda otra —dijo Julieta—. Sabemos cuál es el objetivo de Reacher. Deberíamos darle permiso a Shrago.

Por un instante, dio la impresión de que Turner tenía razón y de que allí no había nadie, tan solo una luz con un temporizador de seguridad, pero Reacher siguió llamando a la puerta y, al rato, apareció un tipo que les hacía gestos para que se largasen. A lo que Reacher respondió también con gestos, pero para que se acercara, lo que acabó en empate, con el asesor explicándoles por mímica «No trabajo por las noches» y Reacher sintiéndose como un niño al que envían al médico, en mitad de la noche, después de ver una película, en plan «¡Ven rápido, que el viejo Jeb ha quedado enterrado bajo una montaña de borradores de Hacienda!». Pero fue el otro el que cedió. Resopló, exasperado, y se acercó pisando con fuerza por el pasillo, que dividía la oficina en dos. Descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Era un joven asiático. Treinta y pocos. Llevaba pantalones grises y chaleco rojo.

—¿Qué quieren?

—Disculpárnos —respondió Turner.

—¿Por qué?

—Por interrumpirle. Sabemos que su tiempo es valioso, pero necesitamos que nos atienda cinco minutos. Y le pagaremos cien dólares.

—¿Quiénes son ustedes?

—Técnicamente, ahora mismo, trabajamos para el gobierno.

—¿Puedo ver sus identificaciones?

—No.

—¿Pero van a darme cien dólares?

—Solo si tiene información útil.

—¿Sobre qué?

—Sobre el abogado que trabajaba aquí antes que usted.

—¿Qué pasa con él?

—El Congreso ha solicitado que verifiquemos cierto tipo de información de cinco formas diferentes y ya lo hemos hecho de cuatro, con lo que esperamos que usted, esta noche, sea la quinta. Así podremos irnos a casa.

—¿Qué información?

—Para empezar, nos vemos obligados a preguntarle, como una mera formalidad, si tiene constancia personal de si el sujeto de nuestra investigación está vivo o muerto.

—Sí, la tengo.

—¿Y está...?

—Vivo.

—Bien —dijo Turner—. Eso tan solo era un punto de partida. Lo que necesitamos es saber su nombre completo y su dirección actual.

—Deberían haber venido a verme el primero, no el quinto. Soy quien le reenvía el correo.

—No, abordamos lo difícil al principio. Hace que el día vaya a mejor. Cuesta abajo, no cuesta arriba.

—Esperen, que se la escribo.

—Gracias —respondió Turner.

—Tiene que ser exacta —añadió Reacher—. Ya sabe cómo es el Congreso. Si uno pone «Avenue» y otro solo «Av.», es posible que lo echen para atrás.

—No se preocupen.

El nombre completo del abogado era Martin Mitchell Ballantyne y no se había mudado a Wyoming. Su dirección seguía estando en Studio City, Los Ángeles, California. Casi se podía ir andando. El mapa de Turner decía que estaba cerca del final de Ventura en Coldwater Canyon Drive. Puede que fuera donde el tipo había

vivido toda su vida.

En cuyo caso, había sido un abogado pésimo. La dirección era la de una casita con jardín, probablemente construida en torno a 1930, víctima de ochenta años de decadencia. Hacía tiempo había sido una casa sin estilo. Ahora era horrible. Paredes de color verde oscuro, como cieno, y luz amarilla en las ventanas.

—No tengas muchas esperanzas —dijo Turner—. Puede que se niegue a vernos. Es un poco tarde para hacer una visita.

—Tiene la luz encendida —repuso Reacher.

—Y puede que no se acuerde de nada. Sucedió hace dieciséis años.

—Bueno, tampoco perdemos nada.

—Podría alegar que hemos intentado acosar a un testigo de la fiscalía.

—Debería exponerlo como una deposición.

—No te sorprendas si nos larga con viento fresco.

—Es un anciano solitario. Nada les gusta más que tener visita.

Ballantyne ni les pidió que se largaran con viento fresco ni agradeció su visita. Se quedó en la puerta, con actitud pasiva, como si hubiera pasado buena parte de su vida abriendo la puerta por la noche en respuesta a peticiones urgentes. Era de estatura media, parecía que estuviera bastante sano y no tendría mucho más de sesenta años. Pero tenía aspecto de cansado. Y una actitud de lo más lúgubre. Tenía pinta de haberse enfrentado al mundo y haber perdido. Lucía en el labio una cicatriz que Reacher dedujo que no era resultado de un procedimiento quirúrgico. Y, detrás, a la que supuso que era su esposa. Tenía el mismo aspecto taciturno, pero no era tan pasiva, sino mucho más hostil.

—Queremos comprar quince minutos de su tiempo, señor Ballantyne. ¿Qué le parecen cien dólares a cambio? —le dijo Reacher.

—Ya no ejerzo. No tengo licencia.

—¿Jubilado?

—Inhabilitado.

—¿Cuándo?

—Hace cuatro años.

—Queremos hablar con usted de un caso antiguo.

—¿Por qué tienen interés en él?

—Estamos haciendo una película.

—¿Cómo de antiguo?

—Dieciséis años.

—¿Por cien pavos?

—Son suyos si los quiere.

—Pasen. A ver si los quiero.

Los cuatro avanzaron casi de lado por un pasillo estrecho y entraron en un salón

estrecho en el que había un mejor mobiliario del que Reacher había esperado, como si el hombre hubiera tenido que mudarse de una casa mejor. Puede que hace cuatro años. Inhabilitado, quizá multado, o denunciado, o en bancarrota.

—¿Y si no me acuerdo?

—Le daremos el dinero de todas formas. Siempre y cuando se esfuerce de verdad.

—¿Cuál era el caso?

—Hace dieciséis años redactó usted una declaración jurada para un cliente llamado Juan Rodriguez, también conocido como Perrazo.

Ballantyne se inclinó hacia delante, preparado para hacer un esfuerzo de verdad que le valiera cien pavos, pero parecía que no fuera a conseguir ni un centavo.

Se reclinó.

—¿Aquello del ejército?

Pronunció la pregunta con un tono que indicaba que lo recordaba. Y con cierto tinte de dolor. Como si algo se hubiera removido y volviera de entre los muertos. Como si aquello del ejército solo le hubiera traído problemas.

—Sí, aquello del ejército.

—¿Y qué es, en concreto, lo que quieren saber?

—Puso usted mi nombre en los espacios en blanco.

—¿Es usted el tipo? —se sorprendió Ballantyne—. ¿En mi casa? ¿Acaso no he sufrido suficiente?

—¡Lárguense inmediatamente! —gritó su esposa.

Y debía decirlo en serio, porque no paró de repetir la frase alta, clara y cargada de veneno, con gran énfasis en lo de «inmediatamente». Cosa que, en términos de tono y contenido, a Reacher le pareció que indicaba que les habían retirado el consentimiento y que comenzaba el allanamiento, y como le había prometido a Turner que habría que poner dos pulgares diferentes para autorizar el lanzamiento nuclear y no quería que lo acusaran de acosar a un testigo de la fiscalía, se largó de allí de inmediato, con Turner siguiéndole de cerca. Volvieron al coche y se apoyaron en él.

—Así que tiene que ver con el sistema de archivos —concluyó Turner.

Reacher asintió y dijo:

—Crucemos los dedos.

—¿Vas a sacar a jugar a la comandante Sullivan?

—¿Tú lo harías?

—Sin dudar. Es un oficial superior y está en el JAG, no atrapada en el MRH.

—Estoy de acuerdo.

Sacó el móvil y llamó a la capitana Edmonds.



Edmonds respondió al teléfono, soñolienta y un tanto impaciente.

—Antes me ha dicho que la comandante Sullivan le había contado que la oficina del secretario del Ejército está presionando para que el caso de Rodríguez se resuelva cuanto antes.

—¿Y me ha despertado en mitad de la noche para darme otra de sus respuestas ingeniosas?

—No, necesito saber quién le ha dado ese mensaje a la comandante Sullivan o, al menos, de dónde le ha llegado.

—Gracias por pensar en mí, pero ¿no debería ser la comandante Sullivan la que se encargase de esto?

—Va a estar muy ocupada con otro asunto. Es muy importante, capitana. Y urgente. Necesito que lo descubra cuanto antes. Así que tire de todo aquel que conozca, donde sea. En cuanto amanezca, mientras estén todavía corriendo en la cinta, o haciendo lo que sea que hace la gente por la mañana.

Reacher rebuscó en sus bolsillos y encontró el número personal de la comandante Sullivan, en la media hoja rasgada que le había dado la sargento Leach. Lo marcó y contó el número de tonos. Ella descolgó después del sexto, lo que le pareció bastante bien. Por lo visto, tenía el sueño ligero.

—¿Sí?

—Soy Jack Reacher. ¿Se acuerda de mí?

—¿Cómo iba a olvidarle? Tenemos que hablar.

—Es lo que estamos haciendo.

—De su situación.

—Más tarde, ¿vale? Ahora mismo tenemos cosas que hacer.

—¿Ahora mismo? Es por la noche.

—O ahora mismo o cuanto antes. Depende de su nivel de acceso.

—¿A qué?

—Acabo de hablar con el abogado que redactó la declaración jurada de Perrazo.

—¿Por teléfono?

—En persona.

—Eso ha sido totalmente inadecuado.

—Ha sido una conversación muy corta. Nos hemos ido en cuanto nos lo ha pedido.

—¿Nos?

—Estoy con la comandante Turner. Una oficial de la misma graduación y la misma capacidad. Una testigo independiente. Ella también lo ha oído. Como una segunda opinión.

—¿Qué ha oído?

—¿Tiene su archivo legal una función de búsqueda computarizada?

—Por supuesto que sí.

—Así que si teclease «Reacher» y «queja contra», ¿qué me saldría?

—Justo lo que tiene, básicamente. Lo de la declaración jurada de Perrazo, o algo similar.

—¿Es una búsqueda rápida y fiable?

—¿De verdad me ha despertado en mitad de la noche para hablarme de ordenadores?

—Necesito información.

—El sistema es muy rápido. No es un protocolo de búsqueda muy intuitivo, pero es capaz de llevarte directamente hasta un documento en concreto.

—Le he mencionado el caso al abogado y lo ha recordado de inmediato. Lo ha llamado «aquello del ejército». Luego me ha preguntado qué interés tenía en el caso y, cuando se lo he dicho, ha respondido preguntándose si no había sufrido ya bastante.

—¿Qué ha querido decir con eso?

—Había que estar presente para oírlo. Su tono de voz lo decía todo. Lo de la declaración jurada de Perrazo no fue una queja que envió por correo y de la que se olvidó. No fue un tema rutinario. Fue «aquello». Había una historia detrás, con un principio, un nudo y un final. Y me temo que fue un final malo. Eso es lo que hemos oído. Ha hecho que pareciera uno de los episodios más negativos de su vida. Lo estaba recordando con remordimiento.

—Comandante Reacher, soy abogada, no profesora de oratoria. Necesito hechos, no la forma en la que la gente dice las cosas.

—Y yo soy interrogador, y un interrogador descubre mucho escuchando. Me ha preguntado qué interés tenía en el caso como si no entendiera cómo alguien podía seguir teniendo interés en aquel tema. Como si todo el posible interés se hubiera agotado hace años.

—Es de noche. ¿Quiere llegar a alguna parte?

—Espere. No creo que tenga nada mejor que hacer. Ya no va a volver a dormir. Adonde quiero llegar es a que entonces ha dicho «¿Acaso no he sufrido suficiente?» y, de inmediato, su esposa ha empezado a gritarnos a voz en cuello que nos marcháramos. Es evidente que su nivel adquisitivo ha ido a menos y que no les hace ninguna gracia. Y han saltado en cuanto han oído lo de Perrazo. Como si fuera un punto de inflexión, de hace años, con consecuencias negativas que duran aún hoy. Solo así tendría sentido la manera en la que han reaccionado. Con lo que empiezo a preguntarme si este asunto se litigaría en su momento, hace dieciséis años. Y puede que al abogado le pegaran una patada en el culo. Y puede que lo consideraran su primera violación de los preceptos morales de la abogacía. Que podría haber sido el primer paso por un camino pedregoso que acabó hace cuatro años, cuando lo

inhabilitaron. Por eso su esposa y él no quieren ni oír hablar de aquel caso, porque fue el comienzo de sus problemas. «¿Acaso no he sufrido suficiente?». Como si quisiera decir: «He vivido un infierno de dieciséis años por culpa de aquel caso ¿y pretendéis que vuelva a pasar por ello?».

—Comandante Reacher, ¿qué es lo que está fumando? Ni siquiera recordaba usted el caso. Por tanto, no llegó a litigio. O usted lo recordaría. Y si se litigó hace dieciséis años hasta el punto de que al abogado contrario le pegaron una patada en el culo, ¿por qué iban a querer litigarlo de nuevo?

—¿Lo están litigando de nuevo?

—Estoy a punto de colgar.

—¿Qué sucedería si alguien buscara «Reacher» y «queja contra» y pidiera la declaración jurada de Perrazo y la devolviera al sistema sin más? Con una cortina de humo que ocultase lo serio que fue.

Sullivan no respondió.

—Parecería un caso más, ¿no? Montamos un caso y empezamos a prepararnos y a trazar estrategias, y esperamos a tener una reunión con el fiscal y albergamos esperanzas de que la estrategia siga viva después.

Sullivan no respondió.

—¿Ha mantenido alguna reunión con el fiscal?

—No —reconoció Sullivan.

—Puede que no haya fiscal. Puede que sea una ilusión unilateral. Diseñada para funcionar solo un rato. En plan «se suponía que en cuanto leyera la declaración jurada saldría corriendo por patas».

—No puede ser una ilusión. Me están presionando desde la oficina del secretario.

—¿Quién? Puede que esté recibiendo mensajes pero que, en realidad, no sepa de dónde vienen. ¿Sabe siquiera si Perrazo está muerto? ¿Ha visto su certificado de defunción?

—Está usted desbarrando.

—Puede. Pero sígame la corriente. Suponga que, en efecto, el caso se litigó hace dieciséis años. Sin que yo lo supiera. Puede que uno de cientos, con un caso de muestra en el que hay implicado otro tipo, pero en el que yo soy uno de los que conforma el reparto. Como en una demanda colectiva. Puede que decidieran poner en práctica una política nueva contra los picapleitos, muy agresiva. Podría ser la razón por la que le pegaron tal patada en el culo al tipo. ¿Qué papeleo habríamos visto?

—¿Si realmente se litigó? Mucho. No se hace a la idea.

—Así que si yo buscara «Reacher» y «defensa contra queja», ¿qué me saldría?

—Encontraría todo lo que etiquetaron como material de defensa, supongo. Si es un caso grande, cientos de páginas, lo más probable.

—¿Y es como comprar en un sitio web, donde una cosa te enlaza con otra?

—No, ya se lo he dicho. Es un sistema viejo y un poco torpe. Lo diseñaron personas mayores de treinta. Esto es el ejército, no lo olvide.

—Vale, entonces, si me preocupara un tipo apellidado Reacher y quisiera darle un susto y tuviera mucha prisa, podría buscar «Reacher» y «queja contra» y encontraría la declaración jurada de Perrazo y podría volver a ponerla en circulación, pero sin tener ni idea de que forma parte de un expediente muchísimo más extenso. Por cómo funciona el sistema de búsqueda. ¿Es así?

—Hipotéticamente.

—Pues, a partir de ahora, ese es su quehacer. Tiene que poner a prueba esa hipótesis. Tiene que intentar encontrar rastros de un expediente muchísimo más extenso. Y búsquelos con todas las etiquetas que se le ocurran.

Subieron al coche y condujeron hacia el este por la autopista, de vuelta a Vineland Avenue, y, luego, al sur, dejando atrás el vecindario de la chica, hasta llegar a la cafetería solitaria. Ya no estaba allí, como era lógico, ni tampoco la camarera rubia, ni los demás clientes que habían ido a cenar. Sin duda, la hora punta había pasado. Había empezado la noche. Había tres hombres en tres mesas separadas, bebiendo café, y una mujer comiendo tarta. La camarera morena estaba hablando con el de la barra. Reacher y Turner se quedaron en la puerta y la camarera dejó de hablar y los saludó.

—Lo siento, pero antes he tenido que salir corriendo. Ha habido una urgencia. No he pagado la taza de café.

—Se la han pagado —dijo la camarera.

—¿Quién? Espero que la chica no. No estaría bien.

—Se la han pagado —repitió.

—Todo en orden —comentó el de la barra. Arthur. Estaba limpiando el mostrador.

—¿Cuánto cuesta una taza de café? —preguntó Reacher.

—Dos pavos y un centavo, impuestos incluidos —respondió el hombre.

—Me alegra saberlo. —Sacó dos billetes y un centavo y los dejó sobre la barra—. Devuélvanle el favor a quienquiera que haya sido. Se lo agradezco mucho. Se cosecha lo que se siembra.

—De acuerdo —respondió Arthur, que, no obstante, dejó el dinero sobre la barra.

—Me ha dicho que viene a menudo.

—¿Quién?

—Samantha. La chica.

El camarero asintió.

—Sí, es una de los habituales.

—Dígale que siento mucho haber tenido que salir corriendo. No quiero que piense que soy un maleducado.

—Es una muchacha, ¿qué más le da?

—Cree que trabajo para el gobierno. No quiero que se lleve una impresión

negativa de mí. Es una chica muy inteligente. Entrar en el servicio público podría ser un objetivo que se plantease en el futuro.

—¿Y para quién trabaja en realidad?

—Para el gobierno. Pero no como ella cree.

—Le daré le mensaje.

—¿Hace cuánto que la conoce?

—Más que a usted. Así que si puedo elegir entre la privacidad de la chica y las preguntas que me está haciendo usted, creo que voy a elegir su privacidad.

—Lo comprendo. Es lo que cabía esperar. Ahora bien, ¿podría decirle una cosa más de mi parte?

—¿Qué?

—Que recuerde lo que le he dicho a propósito de los hexágonos.

—¿Los hexágonos?

—Sí, los pequeños hexágonos. Dígale que es importante.

Volvieron al coche y arrancaron, pero no fueron a ningún lado. Se quedaron en el aparcamiento de la cafetería, con las caras iluminadas de rosa y azul por el neón de estilo *art déco*.

—¿Crees que está a salvo? —preguntó ella.

—Tiene a la 75 de la PM y al FBI vigilando su ventana toda la noche, ambos aguardando la llegada de un intruso, que esperan que sea yo, solo que no va a ser así, porque yo no pienso entrar en esa casa, como tampoco lo va a hacer Shrago, en mi opinión, porque sabe lo mismo que yo: que ninguno de los dos podría entrar en esa casa. Así que, sí, creo que está a salvo. Aunque sea por pura casualidad.

—En ese caso, deberíamos buscar un sitio en el que pasar la noche. ¿Preferencias?

—Tú eres la oficial al mando.

—Me gustaría ir al Four Seasons. Pero no deberíamos dejar rastro con las tarjetas de crédito, al menos, en lo que respecta al sitio en el que pasar la noche. Por tanto, solo podemos usar dinero en metálico, lo que significa que solo podemos ir a moteles, lo que también significa que podríamos ir al motel cachondo de Burbank, donde hemos conocido a Emily la prostituta. Toda una experiencia.

—Como darse una vuelta en coche por Mulholland Drive.

—O disparar a un tipo en Mulholland Drive. Eso también pasa en las películas.

—¿Estás bien?

—Si tengo algún problema, seguro que tú serás el primero en saberlo —repuso ella.

No había duda de que el motel era auténtico. La ventanilla de recepción estaba tapada

con tela de alambre y solo aceptaban dinero en metálico. Daba la sensación de que la habitación tuviera que ser fría y húmeda, pero estaban en Los Ángeles, donde nada era frío y húmedo. Por el contrario, parecía quebradiza, como de papel, como si hubiera estado demasiado tiempo en el horno. Pero era funcional y casi hasta era confortable.

Habían dejado el coche aparcado cinco habitaciones más allá. No había otro sitio donde esconderlo. Pero la estratagema era bastante segura, incluso si Shrago lo veía. Porque vigilaría la habitación delante de la que estaba aparcado, en la que acabaría entrando y en la que se encontraría con unas personas diferentes a las que esperaba, tras lo que supondría que el coche estaba aparcado una plaza más allá de donde le correspondía, a derecha o izquierda, lo que suponía jugársela a un cincuenta por ciento de probabilidades, con lo que si elegía mal habría cometido tres allanamientos antes siquiera de divisar al objetivo. ¿Y si supusiera que el coche estaba aparcado dos plazas más allá de donde le correspondía?, ¿en cuántas habitaciones tendría que probar? Le explotaría la cabeza antes de dar cinco pasos. Sus orejitas saldrían volando, como metralla.

Reacher calculó que tenía unas cuatro horas para dormir. Seguro de que la capitana Edmonds estaba dando algunos puñetazos en el estómago en Virginia, en horario de la Costa Este, recabando información para tener algo con lo que llamarle a primera hora y despertarle.

La primera llamada de la capitana Edmonds fue a las dos de la mañana, hora local, que eran las cinco en la Costa Este. Despertó tanto a Reacher como a Turner. El primero puso el teléfono abierto entre las almohadas y ambos se giraron hasta quedar frente contra frente, de manera que ambos pudieran oír.

—Me ha preguntado antes por Jason Kenneth Rickard y el tal Shrago. ¿Tiene bolígrafo?

—No.

—Pues preste atención. Son lo mismo que los dos anteriores. Están todos desplegados en la misma compañía, en Fort Bragg. Tres equipos por brigada y ellos conforman un equipo. ¿Qué significa eso exactamente? No lo sé. Puede que se trate de trabajo especializado y que tengan que aprender a confiar los unos en los otros.

—Y a guardarse secretos —añadió Reacher—. Hábleme de Shrago.

—Ezra-nada-Shrago, sargento de intendencia y jefe de equipo. Treinta y seis años. Abuelos húngaros. Lleva en la unidad desde que empezó la guerra. Estuvo cinco años entrando y saliendo de Afganistán, y desde entonces ha estado destacado en casa, siempre.

—¿Qué le pasa en las orejas?

—Lo capturaron.

—¿En Carolina del Norte o en Afganistán?

—Los talibanes. Estuvo tres días desaparecido.

—¿Por qué no le cortaron la cabeza?

—Puede que por la misma razón por la que nosotros no le pegamos un tiro a Emal Zadrán. Ellos también tienen políticos.

—¿Cuándo sucedió?

—Hace cinco años. A raíz de eso, le dieron el billete de vuelta definitivo para que se quedara en casa. Y no ha estado en Afganistán desde entonces.

Reacher cerró el móvil y Turner dijo:

—No me gusta nada. ¿Por qué iba a venderles armas a los mismos que le cortaron las orejas?

—No es él quien hace los tratos. Él no es más que una pieza en una maquinaria. Les da igual lo que piense. Les interesa su músculo, no sus opiniones.

—Deberíamos ofrecerle inmunidad. Podríamos convertirlo en un aliado.

—Le pegó al coronel Moorcroft tal paliza que casi lo mata.

—He dicho ofrecer, no dar. Más adelante, le traicionamos.

—Pues llámale y ofréceselo. Sigue entre los números de marcación rápida del móvil de Rickard.

Turner se levantó y buscó el móvil. Cuando lo encontró, volvió a la cama y marcó, pero la compañía telefónica le comunicó que el número al que llamaba tenía bloqueadas sus llamadas.

—Eficiente —dijo ella—. Están limpiando la casa a toda leche, aprovechando cada minuto. Se acabó el señor Rickard. Y el señor Baldacci. Y el señor Lozano. Todos ellos son historia.

—Nos las arreglaremos sin la ayuda de Shrago. Ya se nos ocurrirá cómo. Puede que en un sueño que estemos teniendo dentro de cinco minutos.

Ella sonrió y le dijo:

—Vale. Buenas noches, de nuevo.

Julieta llamó a Romeo, porque algunas de las responsabilidades eran suyas.

—Shrago ha localizado el coche. Está en un motel, al sur del aeropuerto de Burbank.

—¿Pero?

—Cree que lo más probable es que no esté aparcado delante de la habitación que ocupan. Es una medida de seguridad típica. Tendría que mirar en diez o doce habitaciones y no cree que pueda salir de una situación así. Una o dos puede, pero más no. Y no tiene sentido deshabilitar el vehículo, porque alquilarían otro, con alguna de nuestras propias tarjetas de crédito.

—¿No puede coger a la chica?

—Hasta que no vuelva a salir de la casa no. Está muy vigilada.

—Está habiendo actividad en el archivo legal. Un solo usuario, con acceso del JAG, está buscando algo. Y es inusual a esta hora de la noche.

—¿La capitana Edmonds?

—No, ella está en el sistema del MRH. Hace como una hora, ha estado enterándose de quiénes son Rickard y Shrago. Se están acercando.

—Puede que a Shrago, pero no a nosotros. No hay conexión directa.

—La conexión se establece a través de Zadran. Es como un cartel de neón. Así que dile a Shrago que se largue de Burbank. Que vaya a esperar a la chica. Dile que contamos con él y que este desorden hay que limpiarlo, como muy tarde, a primera hora de la mañana, cueste lo que cueste.

La segunda llamada de la capitana Edmonds fue a las cinco de la mañana, hora local, que eran las ocho en la Costa Este. Reacher y Turner volvieron a colocarse de frente contra frente y al otro lado de la línea oyeron:

—Muy bien, hay una actualización. Ya ha acabado la hora del gimnasio y aún no es hora de entrar a la oficina, por lo que lo único que tengo son rumores y cotilleos, pero en D. C. eso suele ser más exacto que cualquier otra cosa.

—¿Y? —quiso saber Reacher.

—He hablado con ocho personas que pertenecen a la oficina del secretario o están asociadas con ella.



—¿Y?

—Rodriguez, o Juan Rodriguez, o Perro, o Perrazo no le suena a nadie. Nadie reconoce el nombre, nadie tiene constancia de que haya un caso abierto, nadie ha pasado ningún mensaje a la comandante Sullivan y nadie es consciente de que haya ningún oficial superior haciéndolo.

—Interesante.

—Pero no definitivo. Una muestra de ocho personas es una muestra pequeña, y la sensación es que a algo que avergonzó al ejército hace dieciséis años tampoco se le daría mucho bombo. Sabré más en una hora, cuando todo el mundo esté en su despacho.

—Gracias, capitana.

—¿Está durmiendo bien?

—Estamos en un motel que alquila habitaciones por horas. Un dinero bien invertido. ¿Fue a terapia Ezra Shrago después de lo de sus orejas en Afganistán?

—Las notas psiquiátricas son personales.

—Pero estoy seguro de que las ha leído.

—Le ofrecieron tratamiento terapéutico y lo aceptó, cosa que se consideró inusual. La mayor parte de la tropa parece acostumbrada a montárselo al estilo del ejército, que consiste en tragarse toda la mierda hasta que te derrumbas con una crisis nerviosa. Pero Shrago fue un paciente predisuesto.

—¿Y?

—Tres años después del incidente seguía teniendo fuertes sentimientos de ira, resentimiento, humillación y odio. Destinarlo en casa fue una medida preventiva, además de terapéutica, claro. Daba la sensación de que no se podía confiar en dejarlo entre la población nativa. Era una bomba a punto de estallar. Las notas dicen que odia a los talibanes con todas sus fuerzas.

Cuando Reacher colgó, Turner volvió a decir:

—Ahora sí que no me gusta. ¿Por qué iba a venderle armas a la gente que odia?

—Es una pieza —repitió Reacher—. Vive en Carolina del Norte. Hace cinco años que no ve a nadie con una toalla en la cabeza. Le pagan mucha pasta.

—Pero está participando.

—Es capaz de separar un tema del otro. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Reacher dejó el teléfono allí mismo, entre las almohadas, y volvieron a dormir.

Pero no durante mucho rato. La capitana Edmonds llamó una tercera vez cuarenta minutos después, a las seis menos cuarto, hora local.

—Por mera curiosidad, he mirado los despliegues de Fort Bragg, porque quería ver cuánto tiempo han servido juntos, como cuarteto. Shrago estaba desde el principio, como le he dicho; después, llegó Rickard; después, Lozano; y, por último, Baldacci, hace cuatro años. Y han estado juntos desde entonces. Lo que los convierte

en el equipo más antiguo de la unidad, con gran diferencia. Han tenido mucho tiempo para conocerse los unos a los otros.

—Vale —respondió Reacher.

—Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que, hace cuatro años, la unidad tenía un comandante provisional. El anterior tuvo un infarto y la palmó. Fue el comandante provisional quien juntó al equipo de Shrago. ¿Y sabe quién era?

—Morgan —adivinó Reacher.

—A la primera. Por aquel entonces era comandante. Lo ascendieron poco después, no se sabe muy bien por qué. Su expediente es bastante delgado. Y sirve de cura contra el insomnio.

—Lo tendré en cuenta pero, ahora mismo, duermo bien. Es solo que me despiertan con llamadas cada dos por tres.

—Lo mismo digo.

—¿Quién envió a Morgan a Fort Bragg hace cuatro años? ¿Quién le dice a alguien así adónde tiene que ir?

—Estoy trabajando en eso ahora mismo.

Reacher dejó el teléfono donde estaba y volvieron a dormir.

Consiguieron dormir media hora más y, entonces, recibieron la cuarta llamada de la mañana, a las seis y cuarto, hora local. Era la comandante Sullivan, del JAG.

—He pasado tres horas en el archivo y me temo que su teoría está un poquito equivocada. La reclamación de Perrazo no se litigó ni hace dieciséis años, ni en ningún momento.

Reacher se quedó callado un instante.

—De acuerdo. Entendido. Gracias por intentarlo.

—¿Quiere que le dé la buena noticia?

—¿La hay?

—No se litigó, pero se investigó minuciosamente.

—¿Y?

—Era un fraude de principio a fin.

La comandante Sullivan prosiguió:

—Hubo alguien que dio la cara por usted. Debía de ser usted muy respetado, comandante. No fue una demanda colectiva. No se adoptó ninguna nueva política contra los picapleitos. El caso tenía que ver con usted. Alguien quería limpiar su nombre.

—¿Quién?

—El trabajo duro lo hizo un capitán de la 135 de la PM apellidado Granger.

—¿Hombre o mujer?

—Un hombre destacado en la Costa Oeste. Don Granger.

—No sé quién es.

—Envió sus notas a un dos estrellas de la PM apellidado Garber.

—Leon Garber —recordó Reacher—. Se podría decir que era mi mentor. Le debo mucho. Está claro que incluso más de lo que pensaba.

—Eso parece. Debió de ser él quien condujo el asunto. Y usted debía de ser su preferido, porque ejerció presión en toda la cancha, ¡y una presión de la hostia! Pero también se lo debe a Granger. Se dejó la piel por usted y descubrió algo que a todos se les había pasado por alto.

—Cuéntemelo.

—Ustedes provocan muchas quejas. El procedimiento operativo estándar de su sección consiste en hacerse el tonto y cruzar los dedos para que todo se quede en agua de borrajas, cosa que sucede a menudo. Cuando no es así, alguien se hace cargo de la defensa, algo que, a lo largo de la historia, ha tenido suerte desigual. Así fue durante muchos años. Entonces, los que se habían ido empezaron a causar problemas, aunque resulte irónico. Todos ustedes tenían alegaciones no demostradas en el expediente. La mayoría de ellas eran tonterías y se veía a la legua, por lo que era normal que se hubieran ignorado, pero otras podían tener algo de cierto. Y las juntas de promoción las veían. Y empezaron a preocuparse por el humo aunque no vieran el fuego, y la gente no estaba sacando nada en claro, lo que se convirtió en un problema. Y la queja de Perrazo era peor que la mayoría. Supongo que el general Garber consideró que era demasiado tóxica como para ignorarla, aunque podría haber acabado diluyéndose por sí sola. No quería que figurara en su expediente. Había demasiado humo.

—Podría habérmelo preguntado.

—Granger le preguntó a Garber por qué no lo había hecho.

—¿Y qué respondió?

—Garber pensaba que quizá fuera usted culpable, pero no quería saberlo de primera mano.

—¿En serio?

—Pensaba que quizá le hubiera molestado que hubiera armas de apoyo ligero en

las calles de Los Ángeles.

—Eso era problema de la policía de la ciudad, no mío. Lo único que yo quería era un nombre.

—Un dato que obtuvo, pero el general no entendía muy bien cómo lo había conseguido.

—Tampoco me lo preguntó.

—Tenía miedo de que le hiciera una visita al abogado y le pegara un tiro en la cabeza.

—Sí, quizá lo hubiera hecho.

—Veo que Garber era sabio. Su estrategia era imaculada. Puso el caso en manos de Granger y lo primero que no le gustó a este fue Perrazo; lo segundo, su abogado. Pero no había fisuras y sabía que usted había estado con el tipo poco antes de que recibiera la paliza, y la declaración jurada era lo que era, así que estaba atascado. Se le ocurrió lo mismo que a usted: que lo había hecho otro, u otros, puede que una delegación enviada por un cliente decepcionado, lo que, en ese contexto, significa una pandilla, ya fuera latina, como Rodríguez, o de negros, pero él tampoco llegó a ningún lado. Así que fue a visitar a la policía de Los Ángeles, pero ellos tampoco tenían nada que ofrecerle. Pero Granger no consideró eso definitivo, puesto que, en aquella época, la poli estaba hasta las cejas de denuncias por violencia racial, como era el caso de la de la ciudad de Los Ángeles, y les ponía nerviosos hablar de bandas con desconocidos, por si acaso ese desconocido era, en realidad, un periodista que creía que «problemas con bandas» eran, en realidad, palabras en clave para decir «discriminación racial». Así que Granger volvió a centrarse en la idea de las bandas, pero por su cuenta, y, como punto de partida, repasó los archivos para ver quién estaba armado y era peligroso en el momento de la paliza. Descubrió que, en el momento de la paliza, nadie estaba ni armado, ni era peligroso. Había un periodo de setenta y dos horas en el que no se había informado de ningún delito de bandas. Así que, al principio, Granger concluyó que en Los Ángeles las bandas estaban de capa caída y que era mejor buscar en otra parte, pero no tuvo suerte. Garber estaba a punto de sacarlo del caso. Fue entonces cuando Granger descubrió lo que faltaba.

Desde la almohada, Turner dijo:

—El periodo de setenta y dos horas de interrupción se debía a que la policía de Los Ángeles había tirado a la basura los informes de los delitos de las bandas. Probablemente, por recomendación de su gabinete de prensa. No a que no hubiera sucedido nada.

—En efecto, comandante. Pero los patrulleros seguían teniendo las anotaciones con los detalles en sus libretas. Granger consiguió acorralar a algún teniente y la verdad salió a la luz, una verdad muy curiosa. Unos veinte minutos después de que el comandante Reacher se marchara, cinco hombres negros de El Segundo aparecieron y empezaron a darle una paliza a Perrazo en el patio delantero de su casa. Un vecino llamó a la policía, que apareció e incluso presencié alrededor de un minuto de paliza,

tras lo que se remangó y arrestó a los de El Segundo. Fueron los propios patrulleros los que llevaron a Perrazo al hospital. Pero habían empleado la fuerza en exceso durante el arresto y habían causado una serie de heridas graves, por lo que el informe se reescribió, y, justo después, llegó la orden de que se enterrara todo lo que no fuera legal, pero los capitanes del distrito prefirieron ser cautelosos y lo enterraron todo. O quizá no fuera por cautela. Quizá no hubo nada legal.

—Así que, ¿estoy en una declaración jurada por pegarle una paliza a un tipo pero, en realidad, la policía de Los Ángeles vio a otra gente pegársela?

—Granger hizo fotocopias de las libretas. Está todo en nuestros archivos.

—Y luego Perrazo consiguió un abogaducho sin escrúpulos, ¿eh?

—Peor de lo que cree. El plan A era subirse al carro de la banda y demandar a la policía. ¿Por qué no? Todos lo hacían. Un día, Granger estaba husmeando en el despacho del abogado, en Ventura Boulevard, y encontró un borrador de declaraciones juradas idéntica a la suya, solo que, en vez de usted, era la policía de Los Ángeles la que salía por todos lados. Ironías de la vida, aquello era papel mojado, porque la policía podía demostrar que no había estado en el vecindario aquel día, dado que todos sus informes estaban manipulados, así que en cuanto el picapleitos vio que aquella vueltecilla de tuerca no iba a ninguna parte, decidió pasar al plan B: el ejército. Y eso es, qué duda cabe, fraudulento y delictivo, pero el razonamiento era sólido. La policía no podía admitir que había falseado informes criminales por conveniencia política, así que el abogado tenía asegurado el silencio por ese lado. Y Perrazo quería sacar mucha pasta, y como los de El Segundo carecían de activos fáciles de localizar, lo mejor que les quedaba era el tío Sam.

—¿Cómo lo redondeó Granger?

—Tenía que enhebrar la aguja, porque no quería avergonzarse en público a la policía de Los Ángeles. Pero conocía a un tipo en el JAG que conocía a otro tipo en el Colegio de Abogados y, juntos, perjudicaron profesionalmente al abogado. Granger le obligó a redactar otra declaración jurada en la que aseguraba que la anterior era fraudulenta, cosa que presencié en persona y que, por cierto, sigue en el archivo, una entrada por detrás de donde se guarda la falsa. Después, Granger le partió el labio al picapleitos.

—¿Eso también consta en el expediente?

—Por lo visto, se estaba defendiendo de un ataque sin provocación.

—Esas cosas pasan. ¿Qué tal está el coronel Moorcroft?

—Está fuera de peligro, pero no está bien.

—Dele recuerdos, si tiene oportunidad. Y gracias por los esfuerzos de esta noche.

—Le debo una disculpa, comandante —dijo Sullivan.

—No, ni mucho menos.

—Gracias. Usted, en cambio, sigue debiéndome treinta dólares.

Reacher imaginó a Turner en Berryville, Virginia, en la ferretería, con los pantalones nuevos y su camisa como un saco, con el faldón llegándole por las

rodillas.

—Han sido los mejores treinta dólares que he gastado en mi vida.

Lo celebraron de la mejor manera que sabían, después de lo cual se hizo tarde para intentar coger el sueño de nuevo, así que se levantaron y se ducharon.

—¿Qué tal te sientes? —le preguntó Turner.

—Igual.

—¿Igual?

—Sabía que no lo había hecho, así que no ha habido información nueva ni tampoco me ha aliviado porque no estaba preocupado. Porque me da igual lo que piense la gente de mí.

—¿Yo también?

—Tú sabías que no lo había hecho. Lo mismo que yo sé que no aceptaste esos cien mil.

—Me alegro de que se haya disculpado. Has sido muy cortés al decirle que no era necesario.

—No ha sido por cortesía. Solo constataba un hecho. Es cierto que no tenía por qué disculparse. Porque su prejuicio inicial era acertado. Y yo no debería haber dicho que no lo había hecho, porque casi lo hice. Estuve a esto de que todas y cada una de las palabras de la declaración jurada fueran ciertas. Pero no por la responsabilidad del tipo en que las calles de Los Ángeles estuvieran llenas de ametralladoras automáticas. Eso no me preocupaba. Se necesita mucha fuerza y entrenamiento para manejarlas bien. Y necesitan mantenimiento. La ametralladora se la das al mejor del pelotón, no al peor. ¿Hay gente así en las calles de Los Ángeles? Lo dudo. Supuse que cada ametralladora se dispararía una sola vez y acabaría como ancla de alguna lancha. Las armas no me preocupaban. Era lo otro lo que me preocupaba. Las minas Claymore y las granadas de mano. Para eso no se requiere ser un experto. Y provocan muchos daños colaterales en contextos urbanos. Paseantes inocentes, niños. Y aquel saco de grasa con sonrisa burlona estaba amasando una fortuna y se la gastaba en cocaína, putas y veinte Big Macs al día.

—Vamos a desayunar —pidió Turner—. Y no volvamos aquí. La autenticidad está perdiendo su encanto.

Guardaron los cepillos de dientes en el bolsillo, se pusieron sus chaquetones y se dirigieron al aparcamiento. La luz de las farolas todavía era más brillante que la del cielo. El coche seguía donde lo habían dejado, cinco plazas más allá.

Había algo escrito en él.

En el polvillo de la ventanilla del copiloto. Alguien había usado la punta del dedo, muy ancha, para escribir cuatro palabras, un total de dieciséis letras, todas ellas mayúsculas, claras, con la puntuación correcta: «¿DÓNDE ESTÁ LA CHICA?».

Samantha Dayton se despertó temprano, como hacía a menudo, bajó por la estrecha escalera del altillo y miró desde la ventana del salón. El Hummer se había ido. Probablemente en mitad de la noche, para estacionar frente al despacho del abogado. En su sitio estaba el Dodge Charger púrpura, demasiado molón para un poli. Pero, desde luego, era un coche de la poli. Al menos, en general. En concreto, supuso que era el coche de un agente federal. De la DEA, de la ATF o del FBI. Reconoció al conductor. Estaba empezando a aprenderse la rotación. Más allá estaba el utilitario blanco, donde siempre. Y ese sí que era un misterio. Porque no era un coche de policía. Seguramente era de alquiler. De Hertz o de Avis, del aeropuerto de Los Ángeles, supuso. Pero la DEA, la ATF y el FBI tenían oficinas en Los Ángeles, con muchos empleados y sus propios coches. Por tanto, el tipo del utilitario blanco debía de pertenecer a una organización tan importante como para participar, pero demasiado pequeña o especializada como para tener una oficina local. Y por tanto, el tío había llegado en avión. De D. C., lo más probable, donde se guardaban todos los secretos.

Se duchó, se puso sus pantalones negros preferidos y su cazadora vaquera preferida, pero con una camiseta azul celeste y, por lo tanto, unas zapatillas azules. Se peinó y volvió a mirar por la ventana. Se acercaba lo que ella denominaba la hora cero. Dos veces al día, el utilitario blanco se movía —supuso que para ir a comer o al baño— y unas cuatro veces al día, el Hummer y el Charger cambiaban de posición pero, por lo visto, no había coordinación entre las agencias porque, una vez al día, a primera hora de la mañana, todos faltaban al mismo tiempo durante unos veinte minutos. Cero agentes, hora cero. La calle volvía a la normalidad. Supuso que era lógico, o matemáticas sencillas, como en clase: un número  $x$  de coches, un número  $y$  de ubicaciones y un número  $z$  de horas que cubrir. Algún resultado tenía que dar.

Observó la calle y vio que el utilitario blanco ya se había ido y que el Charger empezaba a irse en ese instante. Arrancó, se alejó con suavidad de la acera y se fue. La calle se quedó tranquila. Volvió a la normalidad. La hora cero.

Reacher volvió a su razonamiento anterior una vez más: la 75 de la PM y el FBI estaban vigilando la casa y estaban sobre alerta de que se esperaba a un intruso. «No pienso entrar en esa casa, como tampoco lo va a hacer Shrago, en mi opinión, porque sabe lo mismo que yo: que ninguno de los dos podría entrar en esa casa».

—Es un farol —dijo él—. Intenta meterse en nuestro cerebro. Intenta hacer que salgamos. Nada más. No puede acercarse a la chica.

—¿Estás seguro de eso?

—No.

—No podemos ir allí. Sigues en la lista negra hasta que la comandante Sullivan lo

haga oficial. Y yo también, y puede que de por vida.

—Podemos pasar una vez.

—No, no podemos. Ya vieron el coche ayer. Puede que incluso dos veces. Y que nos arresten no va a servirle de ayuda ni a la chica ni a nosotros.

—Podemos ir con otro coche. Lo alquilaremos en el aeropuerto de Burbank. Shrago lo sabrá en una hora, pero podemos resolver el asunto en esa hora.

El desayuno siempre era un problema. En casa nunca había nada y, además, su madre dormía hasta tarde, cansada y estresada, y no le iba a hacer ninguna gracia que se pusiera a hacer ruido en la cocina. Así que el desayuno era una expedición, palabra que le encantaba y que, en su opinión, provenía del latín: *ex-* de «salir»; *-pedde* «pie», como en «pedal», «pedicura» o «pedestre», y que, si lo ponías junto, quería decir «salir a pie», que era justo lo que hacía siempre porque, como es evidente, con catorce años, casi quince, no tenía edad para conducir.

Y estaba deseando alcanzarla. Conducir era una gran ventaja porque ampliaría sus horizontes. En coche podría ir a desayunar a Burbank, a Glendale o a Pasadena. O incluso a Beverly Hills. Mientras que a pie sus opciones estaban limitadas a la cafetería de Arthur, al sur por Vineland, o a la que había cerca del despacho del abogado, al norte de Vineland. Y punto. Porque todo lo demás eran tacos y quesadillas o comida vietnamita, y ninguno de esos restaurantes abría para ofrecer desayunos. Lo que era frustrante.

Por lo general.

Eso no le preocupó apenas aquella mañana, porque los agentes federales tendrían las mismas limitaciones, lo que hacía que fuera más fácil dar con ellos. Cincuenta por ciento de probabilidades, como lanzar una moneda al aire, y esperó haberla lanzado bien porque el alto, el que se apellidaba Reacher, parecía dispuesto a hablar de temas que merecía la pena escuchar puesto que, sin duda, estaba en todo el meollo. Debía de ser una especie de jefe que tenía que salir corriendo en cuanto recibía llamadas importantes y que se iba de la lengua con el de las orejas cortadas.

Así que ¿cara o cruz?

Cerró la puerta y echó a andar.

Aparcaron el viejo Range Rover en una zona de carga y descarga que había junto al aparcamiento del alquiler de coches y se pusieron a la cola del mostrador detrás de una pareja de pelo blanco que acababa de llegar de Phoenix. Cuando fue su turno, usaron el carné de conducir de Baldacci y una de sus tarjetas de crédito para alquilar un sedán de tamaño mediano y, después de firmar muchos papeles, les dieron la llave. El coche en cuestión era un Ford blanco, recién lavado, porque aún goteaba agua, aparcado bajo techado, que era de lo más soso y anónimo, por lo que también era de



lo más adecuado en todos los sentidos, con la única pega de que el tinte de las ventanillas era verdoso, sutil y moderno, nada que ver con las láminas opacas del Range Rover. Conducir el Ford iba a ser muy diferente. Ver quién iba dentro solo lo iban a impedir los reflejos y los rayos de sol. O no.

Turner había comprado unos mapas y planeó una ruta alejada en todo momento de Vineland Avenue, hasta que no quedaba otra opción que girar y entrar en la manzana de la casa de la chica. El día había amanecido soleado y fresco, y el tráfico avanzaba con calma. Aún era muy temprano. Salieron de Burbank por entre las calles, casi siempre por aparcamientos de oficinas, y rodaron por North Hollywood, cruzaron la autovía que había al este de Vineland y se dirigieron al vecindario en diagonal, sintiéndose expuestos y desnudos detrás de aquel fino cristal verde.

—Una pasada —dijo ella—. Velocidad constante, lenta, hasta el final de la calle, con normalidad y anticipándote a la presencia de los vehículos de las fuerzas gubernamentales, y si la cosa no es como queremos, seguiremos hasta el final de la calle igualmente y ya veremos qué hacemos una vez allí. Bajo ningún concepto podemos quedarnos atrapados delante de la casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Giraron en la primera esquina y pasaron por delante de la tienda de alimentos y del coche sin ruedas, giraron a la izquierda y a la derecha, y ya estaban en la calle, que se extendía ante ellos, larga y recta y normal, un estrecho carril metálico compuesto por coches aparcados en batería, ya fuera de morro o de culo, a ambos lados, destellando por efecto del sol matutino. Turner empezó:

—FBI ahí delante, a la derecha. Un Dodge Charger púrpura.

—Visto.

—Además del último coche del aparcamiento de ahí delante, a la izquierda. El de la PM.

—Visto.

—Parece que la casa está en calma.

Y así era. Sólida, asentada y en silencio, como si todavía hubiera gente durmiendo dentro. La puerta y las ventanas estaban cerradas. El viejo cupé rojo no se había movido.

Siguieron adelante.

—Los demás vehículos están vacíos —observó Turner—. Ni rastro de Shrago. Ha sido un truco para despistar.

Siguieron adelante, a velocidad constante, despacio, hasta el final de la calle, y no vieron nada por lo que debieran preocuparse.

—Vamos a desayunar —dijo Reacher.

Romeo llamó a Julieta.

—Han alquilado otro coche. Un Ford blanco. En el aeropuerto de Burbank.

—¿Para qué? Seguro que saben que no nos lo pueden ocultar.

—Se están escondiendo del FBI y de la PM. Cambiar de coche es una táctica básica.

—¿Un Ford blanco? Voy a avisar ahora mismo a Shrago.

—¿Ha conseguido algo?

—No he tenido noticias tuyas.

—Un momento —cortó Romeo.

—¿Qué pasa?

—Más movimientos en la tarjeta de Baldacci. El caballero de Long Beach acaba de cargar un segundo día de alquiler del Range Rover. Lo que significa que no han cambiado de coche. Lo que han hecho es sumar uno. Lo que significa que se han dividido y van por separado. Lo que es inteligente. Son dos contra uno. Quieren aprovechar su ventaja. Venga, avisa a Shrago.

Giraron hacia el sur del vecindario y volvieron al norte de Vineland, hasta la cafetería solitaria. El Ford blanco estaba cumpliendo su función. Nadie se paraba a mirarlo. Era común y corriente, anónimo, invisible, como un agujero en el aire. Ideal, excepto por las ventanillas transparentes.

La cafetería estaba haciendo caja. A esa hora de la mañana todo el mundo estaba serio, sin tonterías, los trabajadores más madrugadores repostando para aguantar el duro día de faena que tenían por delante. No había *hipsters* irónicos. La chica tampoco estaba. No resultaba sorprendente porque, por mucho que la chica fuera una habitual, que hacía, como quien dice, todas las comidas allí, aún era muy pronto. Reacher no sabía casi nada de chicas de catorce años, pero suponía que eso de levantarse a primera hora no estaba entre sus preferencias. El tal Arthur estaba detrás de la barra y la camarera morena iba a toda prisa de un lado para otro. Un cambio de turno, quizá, entre última hora de la noche y primera de la mañana. La rubia no estaba. Puede que solo trabajara en las horas punta, a partir de la comida y hasta la cena.

Ocuparon la última mesa que quedaba libre de entre las de la derecha, justo detrás del taburete vacío de la chica. Un ayudante les puso agua y la morena les sirvió café. Turner pidió una tortilla y Reacher, tortitas. Comieron, lo disfrutaron, acabaron y esperaron. La chica no apareció. El resto de la clientela cambió con el paso del tiempo, y trabajadores de oficina y dependientes reemplazaron a los obreros, con pedidos un tanto más delicados y un poco menos calóricos, con unos modales a la mesa que no se parecían tanto a echar paladas de carbón a una caldera. A Reacher le rellenaron la taza en cuatro ocasiones. Turner pidió una tostada. La chica no apareció.

Reacher se levantó, se acercó a la barra y se sentó en el taburete de la chica, que seguía vacío. El tal Arthur vio el movimiento, como buen barman, y asintió como diciendo: «Enseguida estoy con usted». Reacher esperó y Arthur sirvió un café, un

zumo de naranja, recogió un plato de la barra, tomó un pedido y fue adonde estaba Reacher, que le preguntó:

—¿Suele desayunar aquí Samantha?

—Casi todos los días.

—¿A qué hora viene?

—¿Me equivoco si digo que ya ha pasado usted de los cuarenta?

—Generoso, pero no se equivoca.

—Hay gente que dice que es por los tiempos en que vivimos, pero yo no creo que la cosa haya cambiado, y la cosa es que cuando uno de cuarenta empieza a hacer preguntas indiscretas acerca de una chiquilla de catorce años, la mayoría de las personas va a darse cuenta e, incluso alguna de ellas, va a responder con preguntas.

—Como debe ser. Pero ¿acaso se ha muerto alguien y le han nombrado a usted presidente de la junta?

—Es a mí a quien está usted preguntando.

—La verdad es que me gustó hablar con ella y me gustaría volver a hacerlo.

—Eso no suena muy bien.

—Siente curiosidad por cómo funcionan los cuerpos de seguridad, lo que no es buena combinación.

—¿Por lo que está pasando en su calle?

—Pensaba que si le contaba un par de verdades, podría hacer que prometiera que se iba a mantener al margen.

—¿Pertenece usted a los cuerpos de seguridad?

—No, estoy de vacaciones. Era Tahití o esto.

—No tiene edad para que le vayan contando verdades.

—Yo creo que sí.

—¿Tiene autorización?

—¿Estoy vivo?

—Se levanta muy pronto. Ya habría venido y se habría ido. Hace tiempo. Yo diría que hoy no va a venir.

Reacher pagó la cuenta con dinero en metálico de Baldacci, volvieron al Ford y Turner sugirió:

—O bien hoy ha desayunado en casa, o no ha desayunado. Es una adolescente. No se puede esperar regularidad.

—Me dijo que hacía casi todas las comidas aquí.

—Que no es lo mismo que hacerlas todas. Punto.

—El tipo ha dicho que la mayoría de los días.

—Que no es lo mismo que todos los días.

—Pero ¿por qué iba a faltar hoy? Es curiosa y me considera una fuente.

—¿Y por qué iba a esperar que estuvieras aquí?

—Los cuerpos de seguridad también comen.

—Entonces, la otra cafetería sería un lugar igual de lógico. La que está cerca del despacho del abogado. Sabe que hay dos sitios.

—Deberíamos ir a ver.

—Muy complicado. No veríamos nada desde la calle y no podemos ir a pie. Además, es madrugadora. Ya se habrá ido.

—Deberíamos volver a pasar por delante de la casa.

—¿Qué sacaríamos en claro? La puerta está cerrada. No tenemos visión de rayos X.

—Shrago está por ahí, en alguna parte.

—Volvamos a la salida elevada de anoche.

—¿En un coche blanco a la luz del día? —repuso Reacher.

—Diez minutos. Para pensar con claridad. A plena luz del día, los viejos prismáticos eran extraordinarios. La imagen aumentada era clara y muy nítida. Reacher veía cada detalle de la calle, del utilitario blanco, del Dodge púrpura, de la puerta de entrada azul. Pero no sucedía nada. Todo parecía tranquilo. Un día soleado más y una nueva vigilancia, interminable, aburrida y sin novedad, como la mayoría de las vigilancias. No se veía a Shrago por ningún lado. Algunos de los coches aparcados tenían ventanillas tintadas muy oscuras o los reflejos que producían eran cegadores, pero no eran tan normales como para ser de alquiler. Y los que eran tan normales como para ser de alquiler, estaban vacíos.

—Shrago no está ahí —dijo Turner.

—Me gustaría tener claro dónde está ella.

Entonces le sonó el móvil. Era la capitana Edmonds, desde Virginia.

—He encontrado otro archivo sobre Shrago, de hace cinco años. La decisión de apartarlo de Oriente Medio fue controvertida. Estábamos librando dos guerras, necesitábamos a todo el personal, estaban reenganchando a cientos de personas contra su voluntad, no se podía contar con la Guardia Nacional y la idea de seguir pagando a un potro desbocado que no podía ir ni a Iraq ni a Afganistán se

consideraba absurda. Lo primero que se plantearon fue la baja involuntaria, pero estaba llevando su caso por la vía de la compasión, por lo que había que escucharle y, al final, la cuestión fue ascendiendo por la cadena de mando del MRH hasta un ayudante del adjunto de personal del secretario de Estado, que tomó cartas en el asunto a favor de Shrago.

—¿Y? —preguntó Reacher.

—Ese mismo ayudante es el que estaba a cargo de los mandos provisionales. Es quien llevó a Morgan a Fort Bragg un año después.

—Interesante.

—A mí también me lo ha parecido. Es por lo que he llamado. Shrago le debe una y a Morgan lo movía como una pieza de ajedrez.

—¿Cómo se llama?

—Crew Scully.

—¿Qué tipo de nombre es ese?

—Sangre azul de Nueva Inglaterra.

—¿Dónde está ahora?

—Lo ascendieron. Ahora es uno de los adjuntos del secretario de Estado.

—¿Y de qué se encarga?

—De personal. Supervisor del MRH. Técnicamente, es mi jefe.

—¿Quién ha llevado a Morgan a la 110 esta semana?

—El segundo al mando de Scully, supongo. A menos que las cosas hayan cambiado.

—¿Podría comprobarlo por mí? ¿Y podría comprobar si Scully tiene acceso a los sistemas de inteligencia de Seguridad Nacional?

—No debería tenerlo.

—Pienso igual que usted.

Colgó y volvió a concentrarse en la calle.

Julieta llamó a Romeo porque algunas de las responsabilidades eran suyas.

—Shrago dice que no viajan por separado. Ha decidido comprobar el depósito del alquiler de coches y ha llegado justo cuando la grúa se estaba llevando el Range Rover.

—Qué idiotas, usar un solo coche los limita. Lo que nos da ventaja.

—Esa no es la cuestión. El Range Rover está alquilado con la tarjeta de crédito de Baldacci. Vamos a tener que pagar la multa de la grúa y los días de alquiler. Es otra bofetada.

—¿Qué más ha visto Shrago?

—Está cerca. La chica ha salido de casa. Está dando un paseo. No hay nadie en un kilómetro a la redonda. Va a elegir un sitio.

—¿Y cómo les va a hacer llegar el mensaje?

—Lo dejaré en la cafetería esa en la que han estado dos veces. Hay un señor llamado Arthur que parece dispuesto a pasar el mensaje.

Los diez minutos de Turner se habían convertido casi en cuarenta, pero no había sucedido nada, ni en la salida en la que estaban parados ni en la calle que estaban observando.

—Tenemos que irnos —dijo ella.

—¿Adónde?

—Conduzcamos. A ninguna parte en concreto. A un kilómetro de su casa, porque si ha salido va a pie. Vayamos por las calles, por la misma razón. Shrago estará pensando lo mismo.

Así que arrancaron y se incorporaron a la 134, salieron de inmediato y empezaron a buscar por Vineland, manzana por manzana, al azar, excepto en la calle en que vivía, algo a lo que decidieron no arriesgarse. La mayoría de las manzanas eran de unos trecientos metros de largo y unos sesenta de ancho, lo que significaba que había cerca de cincuenta en un kilómetro cuadrado y unas trescientas sesenta en un círculo de unos tres kilómetros de diámetro, lo que significaba que había ciento veinte kilómetros de calles que cubrir. Aunque, en realidad, no era así, porque algunas manzanas tenían el doble de ancho y los arcones de la autovía y las salidas comían espacio, además de que algunos tramos ni siquiera se habían construido. Unos noventa kilómetros, lo más probable. Tres horas a una velocidad segura de unos treinta kilómetros por hora. Aunque ir de un lado para el otro no incrementaba las probabilidades de dar con ella. El tiempo y el espacio no funcionan así. Pero ir de un lado para el otro hacía que se sintieran mejor.

No vieron nada durante la primera hora, excepto un paisaje borroso y constante compuesto por aceras, postes, árboles, casas, tiendas, y cientos y cientos de coches aparcados. No vieron más que a un puñado de personas y prestaron mucha atención a todas ellas, pero ninguna era la chica o Shrago. No vieron coches circulando despacio, como ellos. La mayoría se dirigía de aquí a allá de la forma más inocente y normal, a una velocidad normal, a veces algo mayor. Lo único que provocó una emoción durante la segunda hora fue cuando un BMW de color negro mate se saltó un semáforo unos cien metros por delante y fue embestido en el lateral por un viejo Porsche que circulaba por la calle perpendicular. De los capós empezó a salir vapor y se reunió una pequeña multitud, con lo que Reacher giró a la izquierda y dejó de ver lo que pasaba, hasta que otro de los giros volvió a llevarlo a la misma calle y vio que ya había llegado un coche de policía, con las luces encendidas, y, después de tres giros más, un segundo coche patrulla y una ambulancia.

Pero, aparte de eso, no había nada más. Nada de nada. Treinta minutos después, Turner dijo:

—Hagamos una comida temprana. Porque puede que la encontremos allí, si es

que ha hecho un desayuno temprano. O si no ha desayunado.

—¿A la cafetería?

—Yo diría que sí. Casi todas las comidas significa que podría saltarse una, pero no dos.

Así que siguieron avanzando por el laberinto de calles hasta llegar a Vineland por la zona norte del vecindario, y rodaron hacia el sur hasta que vieron la cafetería solitaria al fondo a la izquierda, brillando y resplandeciendo bajo el sol.

Y la chica se dirigía hacia allí, cruzando Vineland.

Julieta llamó a Romeo.

—Me temo que la cosa ha salido mal. Hemos tenido mala suerte. Era necesario que estuviera cerca del coche para cogerla, como es evidente. Justo al lado sería lo ideal. No podía cogerla en mitad de la calle y tirar de ella, porque se pondría a gritar. No podía hacerlo desde una distancia considerable. Así que se ha adelantado y ha aparcado el coche, tras lo que ha dado una vuelta a pie y ha salido por una calle detrás de ella, y todo iba bien, y lo tenía todo preparado para alcanzarla a la altura del coche, solo les faltaban veinte metros y, en ese momento, un idiota se ha saltado un semáforo y ha provocado un accidente, de inmediato se ha reunido un montón de gente y ha llegado un coche de policía, y otro y, como es evidente, Shrago no iba a hacer nada delante de tanta gente y de la policía de Los Ángeles, así que la muchacha se ha quedado mirando el accidente alrededor de un minuto y ha seguido caminando, y Shrago ha tenido que dejarla marchar porque, en un primer momento, no ha podido sacar su coche de entre todo el barullo. Cuando por fin ha podido, la había perdido de vista y no ha podido dar con ella de nuevo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Romeo.

—Va a empezar de nuevo. Por los sitios que frecuenta. Su casa, el bufete, esa cafetería. Ya la pillaré en alguna parte.

—Esto tiene que terminar en California. No podemos permitirnos que vuelvan a casa.

Reacher redujo la velocidad y dejó que la chica pasara cincuenta metros por delante del coche, tras lo cual giró y la siguió hasta el aparcamiento de la cafetería de Arthur. La chica entró en el establecimiento y él aparcó el coche.

—¿Quieres que entre contigo? —le preguntó Turner.

—Sí, quiero que entres.

Así que entraron y esperaron en la puerta. La cafetería tenía el mismo aspecto que la noche anterior, la camarera rubia volvía a estar atendiendo en la parte izquierda de las mesas y la sufridora morena estaba en las de la derecha; Arthur estaba detrás de la barra y la chica estaba en su taburete, al fondo.

Se les acercó la camarera rubia, como la noche anterior, con la misma sonrisa vacía, y Reacher señaló una mesa en el lado derecho, la que estaba justo detrás de la chica, con lo que la rubia los pasó con la morena sin reticencia alguna. Fueron hasta la mesa y se sentaron, él de espaldas al salón una vez más y ella frente a él, al otro lado del laminado atómico, con la chica de espaldas a ambos, a algo menos de dos metros.

Los observaba por el espejo.

Reacher le hizo un gesto al reflejo de la chica, en parte como un saludo, en parte



como diciendo «Ven con nosotros», y la chica se iluminó como la Navidad y se bajó del taburete deslizándose, miró a Arthur y le señaló la mesa con el pulgar como diciendo: «Voy a ponerme ahí otra vez», tras lo cual se acercó. Turner le hizo un hueco y la chica se sentó a su lado en el sofá, los tres muy juntos, describiendo un triángulo.

—Samantha Dayton, te presento a Susan Turner. Susan Turner, ella es Samantha Dayton.

La chica se giró y le dio la mano.

—¿Eres su ayudante?

—No, soy su oficial al mando.

—Cómo mola. ¿De qué agencia?

—Policía militar.

—¡Hala! ¿Quiénes son los demás?

—Solo estamos nosotros y el FBI.

—¿Sois los jefes o lo son ellos?

—Nosotros, claro está.

—Bueno, y el del coche blanco ¿es de los vuestros?

—Sí, así es.

—¿Y desde dónde se ha tirado en paracaídas?

—Podría decírtelo pero, entonces, tendría que matarte.

La chica se rio. Estaba más contenta que unas pascuas. Información confidencial, una mujer como oficial al mando y chistes.

—¿Así que el tipo que tiene que venir es militar? ¿Una especie de desertor que viene a despedirse de su familia antes de desaparecer para siempre? Pero, en ese caso, ¿para qué iba a necesitar la familia un abogado? ¿O es el abogado del soldado? ¿Es un espía o algo así? ¿Como si fuera un oficial veterano, mayor y distinguido, pero tremendamente desilusionado? ¿Está vendiendo secretos?

—¿Has visto hoy a alguien? —le preguntó Reacher.

—A la misma gente que ayer.

—¿A ningún hombre solo?

—Hoy, el de las orejas recortadas va solo. En un coche alquilado. Puede que su compañero esté indispuerto.

—¿Dónde lo has visto?

—Pasando por Vineland en su coche. Yo estaba en la cafetería que hay cerca del despacho del abogado. He ido a desayunar allí. Aunque vamos a tener que replantearnos toda esa parte del asunto. Se trata de un triángulo, ¿verdad? Y no sabemos para quién trabaja el abogado. Podría ser para el vecino, para el soldado. Puede que para ambos, supongo, aunque no sé cómo. O, de hecho, por qué.

—¿A qué hora has desayunado? —le preguntó Reacher.

—Era pronto. En cuanto se han ido los agentes.

—¿Se han ido?

—Solo veinte minutos. Parece que siguen un patrón. Deberíais coordinaros mejor. Todos se van a la misma hora, por lo que queda un intervalo vacío.

—Eso no está bien.

—A mí no me importa. Así puedo salir sin que se den cuenta. Y cuando vuelvo, se sorprenden, porque pensaban que seguía en casa.

—¿Es eso lo que has hecho esta mañana?

—Es lo que voy a hacer todas las mañanas.

—¿Te ha visto salir el de las orejas?

—Creo que no.

—¿Te ha visto en algún otro sitio?

—Creo que no. He estado intentando mimetizarme. Pero por los vuestros, no por él. A él no lo he visto. Más tarde, he vuelto a ver su coche. Estaba aparcado al lado de un accidente que ha habido.

—Mantente alejada de ese tipo —advirtió Reacher.

—Sí, me lo dijiste ayer. Pero no puedo quedarme en casa todo el día.

Turner esperó un instante y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que vives en esa casa?

—Desde siempre, creo. No recuerdo ninguna otra. Estoy bastante segura de que nací en esa casa. Eso es lo que suele decir la gente, ¿no? Aunque no hayan nacido justo allí. Como yo. Nací en el hospital, pero de allí vine a esta casa. Que es lo que significa esa expresión hoy en día, supongo, ahora que el negocio de dar a luz se ha institucionalizado.

—¿Alguna vez has vivido en un coche? —siguió preguntando Turner.

—Qué pregunta tan rara.

—Puedes decírnoslo. Conocemos a gente que le encantaría llegar tan alto en la cadena alimentaria.

—¿Quiénes?

—Mucha gente. Lo que quiero decir es que no juzgamos a las personas.

—¿Estoy metida en algún lío?

—No, no estás metida en ningún lío —respondió Reacher—. Tan solo estamos comprobando un par de cosas. ¿Cómo se llama tu madre?

—¿Está ella metida en algún lío?

—Nadie está metido en ningún lío. Al menos, no en tu calle. Esto es por lo del otro tipo.

—¿Conoce a mi madre? Ay, Dios mío, ¿es a nosotras a quienes estáis vigilando? ¿Estáis esperando a que venga a ver a mi madre?

—Paso a paso. ¿Cómo se llama tu madre? Y, sí, me acuerdo de lo del Colt Python.

—Se llama Candice Dayton.

—En ese caso, me gustaría conocerla.

—¿Por qué? ¿Es sospechosa?

—No, es un tema personal.

—¿Personal?

—Yo soy el tipo al que están buscando. Creen que conozco a tu madre.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—Tú no conoces a mi madre.

—Creen que, cara a cara, la reconoceré. O que quizá ella me reconocerá a mí.

—No te va a reconocer. Ni tú a ella.

—Es complicado estar tan seguro sin probarlo.

—Confía en mí.

—Me gustaría hacerlo.

—Te digo, casi categóricamente, que no conoces a mi madre y que ella tampoco te conoce a ti.

—¿Porque tú no me has visto antes? Estamos hablando de hace muchos años, puede que incluso antes de que nacieras.

—¿Cómo de bien se supone que la conociste?

—Lo suficiente como para reconocernos.

—Entonces no la conoces.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué crees que siempre como aquí?

—¿Porque te gusta?

—Porque lo hago gratis. Porque mi madre trabaja aquí. Está justo ahí. Es la rubia. Has pasado por su lado en un par de ocasiones y ni te has inmutado. Y ella tampoco. No os conocéis.

Reacher se deslizó por el sofá y estiró el cuello para echar una ojeada. La camarera rubia estaba ocupada, yendo de derecha a izquierda, apartándose de los ojos un mechón suelto, poniéndose una mano en la cadera, sonriendo, tomando un pedido.

No la conocía.

—¿Ha estado alguna vez en Corea? —preguntó Reacher.

—Esa también es una pregunta rara.

—¿Por qué es rara?

—Lo es si la conoces.

—¿Y eso?

—Porque esa actitud de mártir estresada se debe a que solo ha salido del condado de Los Ángeles una vez en la vida, cuando uno de sus novios la llevó a Las Vegas, aunque luego no tenía para pagar el hotel. Ni siquiera tiene pasaporte.

—¿Estás segura?

—Por eso se tiñe el pelo. Esto es el sur de California. No tiene papeles.

—No necesita papeles.

—Es una ciudadana indocumentada. Es largo de explicar.

—¿Y le va bien?

—No es la vida que ella quería.

—¿Y a ti te va bien?

—No me quejo. No te preocupes por mí.

Reacher no dijo nada y Arthur salió del punto ciego que tenía detrás del hombro, se inclinó hacia la chica y le susurró algo al oído en voz baja, pero las consonantes duras dejaron claro lo que estaba diciendo: «Estos dos señores tienen que mantener una charla con otro señor». Tras eso, la chica se puso en pie de un salto, radiante, encantadísima de que la desplazase un agente todavía más veterano que sabía aún más de qué iba el rollo. Arthur volvió a desaparecer de la vista y la chica aceleró el paso detrás de él y, con la suavidad de la seda, el sitio que había dejado vacío lo ocupó de inmediato una figura sólida y pequeña, deslizándose, con los codos en la mesa y cara de triunfo.

El brigada Pete Espin.

Reacher miró a Turner y esta negó con la cabeza, lo que significaba que Espin tenía hombres en la cafetería, al menos dos, probablemente armados y probablemente cerca. Espin se puso cómodo y ahuecó las manos, como si estuviera cuadrando un mazo de cartas recién barajado.

—No es usted su papá.

—Eso parece —afirmó Reacher.

—Lo he comprobado, por pasar el rato. El Departamento de Estado me ha

confirmado que la señora Dayton no ha tenido pasaporte en la vida. El Departamento de Defensa dice que no ha estado en Corea con ningún otro documento. Así que seguí buscando y resulta que el abogado es de los que vende documentos por internet. De todo tipo, en los que pone lo que quieras que ponga. Tiene dos precios, uno para el papel y otro para algo más plausible. En este tipo de casos, plausible significa mujeres de verdad, niños de verdad y fotocopias de certificados de nacimiento de verdad. Y ese tipo no es el único. Es un negocio que va en aumento. Hay un gran inventario. ¿Quieres que un niño haya nacido en una fecha concreta? Pues te lo proporcionan.

—¿Quién compró la declaración jurada?

—El abogado ha dicho que atendía al nombre de Romeo, pero que el dinero no era de pega. Directo de las islas Caimán.

—¿Cuándo la compró el tal Romeo?

—La misma mañana en que arrestaron a la comandante Turner. Es un servicio instantáneo. Les dices los nombres, los lugares y las fechas y te preparan un escrito estándar. Incluso puedes añadir texto. Los documentos se hacen por ordenador y los envían por correo electrónico. Y parecen fotocopias. Eligieron a Candice Dayton por la fecha de nacimiento de su hija. El abogado la conocía de venir a comer aquí. Le dio cien pavos por firmar. Pero lo de la fecha de nacimiento olía a chamusquina. ¿Se había fijado? Engendrada justo cuando cumplía usted la mitad de su servicio en Red Cloud. El día exacto. Lo que queda como si alguien hubiera estado mirando un calendario, no fijándose en la biología.

—Bien pensado —reconoció Reacher.

—Así que está usted libre de cargos.

—La cuestión es ¿por qué ha llegado a haber cargos contra mí? Esa es la gran pregunta. ¿Sabe la respuesta? ¿Por qué compró Romeo la declaración jurada?

Espin no respondió.

—Y, de hecho, ¿quién es Romeo?

Siguió sin responder.

—Y ahora, ¿qué va a pasar? —preguntó Turner.

—Están ustedes arrestados.

—¿Reacher también?

—Afirmativo.

—Tiene que llamar a la comandante Sullivan, en el JAG.

—Me ha llamado ella. Lo de Perrazo se ha quedado en nada, pero desde que entró en aquella celda de Dyer hasta ahora, que nosotros sepamos, el comandante Reacher ha cometido al menos un centenar de delitos, puede que más. Desde el encarcelamiento ilegal de personas, diferentes felonías hasta fraude con tarjetas de crédito.

—¿Recibió nuestro mensaje a través de la sargento Leach? —preguntó Reacher.

—Por lo visto, quiere usted que yo lo supere.

—Le pedí que le preguntara si usted no hubiera hecho lo mismo.

—Habría confiado en el sistema.

—¡Venga ya!

—En especial, si fuera inocente.

—¿Acaso se me consideraba inocente?

—En un principio.

—No ha respondido usted a mi pregunta. ¿Por qué compró Romeo la declaración jurada?

—No lo sé.

—¿Y pudo ser Romeo el que aireó de nuevo lo de Perrazo?

—Pudo ser.

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Y lo demás? Lo de las dos declaraciones juradas falsas. ¿Cuál era su objetivo? ¿Cuál era su único objetivo posible?

—No lo sé.

—Sí que lo sabe. Es usted un tipo listo.

—Romeo quería que usted saliera corriendo.

—¿Y por qué quería que saliera corriendo?

—Porque estaba usted metido en el asunto de la comandante Turner.

—¿Y qué dice eso del asunto de la comandante Turner? Si ella es culpable, Romeo tendría que haberme querido como testigo. Querría que estuviera en el banquillo para que confirmase los detalles más sucios al jurado.

Espin se quedó pensativo. Luego dijo:

—Tengo órdenes de llevarlos detenidos, comandantes. A ambos. El resto va más allá de mi salario.

—Sabe que es una trampa. Acaba de decirme que Romeo tiene dinero en las islas Caimán. Fue él quien abrió la cuenta de la comandante. Esto no es tecnología punta. Ha visto usted mejores estafas que esta. Está sacado del *Manual para tontos*. Así que se va a venir abajo. Y lo más seguro es que sea dentro de muy poco. Porque Turner y yo no somos idiotas. Les vamos a quemar la casa. Lo que hace que tenga que tomar usted una decisión. O se convierte en el dron que nos lleva a casa esposados pocos días antes de nuestro grandioso triunfo o se pone las pilas y decide dónde quiere estar cuando se asiente el polvo.

—¿Y dónde se supone que debería ser?

—Aquí no.

El brigada negó con la cabeza.

—Ya saben cómo es esto. Tengo que volver a casa con algo.

—Podemos darle ese algo.

—¿El qué?

—La posibilidad de hacer un arresto. Una determinación digna de una medalla por no haber querido dejar nada al azar. El glaseado de un pastel muy grande. Y el glaseado siempre es lo más dulce y más visible de un pastel muy grande.

—Voy a necesitar algo más que un folleto publicitario.

—Alguien le dio al coronel Moorcroft una paliza brutal y creo que ha llegado usted a la conclusión de que no fui yo. Así que, ¿quién fue? Detendrá usted a un socio muy antiguo de un asunto muy gordo, y se lo entregará con un lazo a la clase política, y usted será el centro de atención.

—¿Y dónde voy a encontrar a ese antiguo socio?

—Tendrá que buscar a alguien que se ausentó de su puesto sin explicación durante un buen periodo de tiempo.

—¿Y?

—Y supondrá que alguien siguió al coronel cuando salió del restaurante y que, o bien le forzó, o bien le persuadió para que entrara en un coche. Supondrá usted que no había otra manera de hacerlo. Y supondrá que no se trataba de un suboficial. Porque el restaurante era el del Club de Oficiales. Así que irá a buscar a un oficial.

—¿Tiene un nombre?

—Morgan. Fue él quien engañó al coronel Moorcroft para atraerlo al sitio donde iban a darle la paliza. Fue él quien se lo entregó a los otros. Busque en su cesto de la ropa sucia. Dudo que participase directamente, pero seguro que estuvo tan cerca como para verlo con todo lujo de detalles.

—¿Estaba ausente de su puesto en aquel momento?

—Dice que estaba en el Pentágono. Su ausencia está bien documentada. Fue motivo de gran preocupación. Y el Pentágono guarda registros. Es mucho trabajo, pero un dólar se convertirá en diez si demuestra usted que no estuvo allí.

—¿Todo esto es sólido?

—Morgan forma parte de un grupo pequeño y variado, compuesto, hasta donde sabemos, por cuatro suboficiales de una compañía logística de Fort Bragg por un lado y, por el otro, por dos adjuntos del secretario de Estado.

—Esto será muy jodido como esté usted equivocado.

—Lo sé.

—¿Dos?

—Uno de ellos está en Seguridad Nacional y el otro no.

—Esto será extremadamente jodido si está usted equivocado.

—¿Pero lo estoy?

El brigada no respondió.

—La probabilidad es siempre del cincuenta por ciento, Pete. Es como echarlo a suertes con una moneda. O estoy equivocado o estoy en lo cierto, o nos llevas de vuelta o no, o los adjuntos del secretario de Estado son lo que dicen que son o no lo son. Siempre del cincuenta por ciento. Una de las dos opciones es verdad.

—¿Y es usted un juez imparcial?

—No, yo no soy imparcial. Yo les voy a romper la cara mientras duermen. Pero que yo esté cabreado como una mona no quiere decir que no sean culpables.

—¿Tiene nombres?

—Uno, de momento. Crew Scully.

—¿Qué nombre es ese?

—Por lo visto, sangre azul de Nueva Inglaterra.

—Seguro que salió de West Point.

—Yo también salí de West Point y no tengo un nombre idiota.

—Seguro que es rico.

—Hay mucha gente rica en la cárcel.

—¿Quién es el otro?

—No lo sabemos.

—El mejor amigo de Crew Scully cuando iba a secundaria, seguramente. Esa gente suele permanecer unida.

—Podría ser —concedió Reacher.

—¿Yo detengo a Morgan y la comandante Turner a los otros dos?

—Usted será la historia de interés humano.

—¿Qué se supone que están haciendo?

Así que Turner se lo explicó, empezando por el dinero en metálico obtenido en mercados secundarios, las camionetas viejas con matrículas extrañas, con la pasta en las camionetas primero y la pasta en contenedores militares después, y el contenido de los contenedores militares que iban en las camionetas que conducían por las montañas mientras la pasta se cargaba en secreto y se preparaba para que la descargaran, también en secreto, los cuatro suboficiales de Carolina del Norte. Todo ello gracias a un nativo afgano con un historial documentado de venta de armas y coordinado por los dos adjuntos que, presumiblemente, se estaban enriqueciendo con ello y que puede que sí o puede que no estuvieran llevando a cabo una iniciativa estratégica deshonestas.

—Creía que me estaban hablando en serio —soltó el brigada Espin.



Espin continuó:

—Lo que está describiendo no está pasando. Los militares estadounidenses aprendieron la lección, comandante. Hace mucho. Ahora contamos hasta los clips. Todo tiene código de barras. Todo está introducido en un ordenador a prueba de bombas. Tenemos compañías de la PM en todos los emplazamientos importantes. Hacemos más comprobaciones y pruebas que pulgas tiene un perro. Ya no perdemos material. Créanme. El estilo caótico de antaño ha quedado atrás. Si hay un calcetín con un agujero, ese cabrón vuelve a casa. Si se pierde una sola bala, se monta una tan gorda que la tormenta llegaría hasta aquí. Eso, sencillamente, no está pasando, señora.

Turner no dijo nada.

—Pero está claro que algo está pasando —dijo Reacher—. Y usted lo sabe.

—Le escucho. Cuénteme qué está pasando.

—Hable con el detective Podolski, de la metropolitana. Morgan estaba ausente de su puesto en el momento crítico.

—¿Sigue siendo Morgan lo que me van a dar?

—Merece la pena quedárselo. Lo único que he conseguido yo han sido dos demandas falsas.

—Me parece que, como parte de una conspiración creíble, el valor de Morgan está bajando.

—Algo está pasando —repitió Reacher—. Cuentas bancarias falsas, documentos legales falsos, palizas, cuatro tipos que nos persiguen de aquí para allá. Y va a resultar de lo más creíble cuando todo acabe. Siempre es así. Emitir juicios a toro pasado es maravilloso. Y los tipos listos son los primeros en hacerlo.

—Es una apuesta la hostia de arriesgada.

—Todo es al cincuenta por ciento, Pete. Es como lanzar una moneda. O Morgan es un activo valioso o no lo es, y está pasando algo o no está pasando, y usted es un aburrido dron o puede ser el tipo que va por delante, preparándose para ponerse otro galón en el pecho.

Espin no dijo nada.

—Es hora de lanzar la moneda, Pete. Cara o cruz.

—¿Tienen un plan?

—Vamos a volver a D. C. No tiene por qué llevarnos usted de vuelta a casa. Vamos a volver de todas formas.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Allí es donde está Morgan.

—Es donde están todos.

—Suponga que convenimos en volar juntos —propuso Espin.

—Por nosotros bien —dijo Reacher—, pero solo usted. Nadie más.

—¿Por qué?

—Quiero que deje a los suyos aquí un día más. El último de los cuatro de Fort Bragg está en la zona. Cree que la chica todavía es un buen cebo. Así que quiero que la protejan. Puede que no sea mi hija, pero es una chica adorable. Puede que sea así porque no es mía.

—Seguro que mi gente puede quedarse un día más.

—Quiero que la protejan de cerca, pero sin inmiscuirse. Que no la asusten. Considérelo un ejercicio. Porque, en cualquier caso, solo es una posibilidad. Es a nosotros a quienes busca. Y acabará sabiendo en qué avión volamos porque Romeo se lo comunicará. Así que irá justo detrás de nosotros. Puede que incluso en el mismo vuelo.

El brigada no respondió.

—Decídase, soldado —dijo Reacher.

—No tengo por qué decidir nada ahora. Lo que usted me propone me da seis horas para hacerlo.

—Pero tiene que tomar una decisión.

—En el mostrador de Delta del aeropuerto de Los Ángeles en noventa minutos —dijo Espin. Retiró con gestos manuales estándar de infantería a los soldados que Reacher no podía ver, se deslizó por el asiento hacia el pasillo, se levantó y se fue.

Reacher y Turner se fueron un minuto después. La chica estaba en la zona de mesas de su madre, sentada en un taburete, contándole a Arthur algo que le estaba haciendo reír. Reacher la observó mientras se marchaba. Todo brazos y piernas, todo codos y rodillas, la chaqueta vaquera, los pantalones, la camiseta azul celeste, los zapatos a juego, sin calcetines, sin cordones, con el pelo como la paja en verano, que le llegaba por la mitad de la espalda, los ojos, la sonrisa. Paternidad. Siempre improbable. Como ganar el premio Nobel o jugar en las Series Mundiales. No era para él.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Turner una vez en el coche.

—Igual. No tenía hijos antes y sigo sin tenerlos.

—¿Qué habrías hecho?

—Eso ya no importa.

—¿Estás bien?

—Creo que empezaba a hacerme a la idea. Y la chica me caía bien. Podríamos haber tenido cosas en común. Lo que resulta extraño. Supongo que hay gente parecida a lo largo y ancho del mundo. Aunque no esté emparentada.

—¿Crees que le va a temer al lobo feroz?

—Creo que, de hecho, ya lo envidia.

—En ese caso, puede que estéis emparentados. De antaño.

La miró una última vez, a través de las pequeñas ventanas enmarcadas de la

cafetería, y luego Turner arrancó el coche, se dirigió hacia el sur de Vineland y él la perdió de vista.

Para llegar al aeropuerto de Los Ángeles iban a tener que ir de la 101 a la 110, con un último salto a El Segundo Boulevard, lo que iba a llevarles la mayor parte de los noventa minutos que les había dado el brigada Espin porque el tráfico era lento. La capitana Edmonds volvió a llamar desde Virginia mientras estaban aún al norte del Hollywood Bowl.

—Crew Scully trasladó personalmente a Morgan a la 110. En esa ocasión no delegó. Cosa que hace, por lo general, con los mandos provisionales. Y no tiene acceso a los sistemas de inteligencia de Seguridad Nacional.

—Compruebe si lo tiene alguno de sus amigos.

—Estoy en ello.

—Avíseme cuando lo sepa.

—¿Seguimos estando en el lado de los buenos?

—Téngalo por seguro —repuso Reacher, y colgó.

El tráfico avanzaba, pero de manera extraña, moviéndose muy despacio, como si cada conductor fuera un director de cine rodando una escena a cámara lenta.

—Esto podría ser como si nos arrestásemos nosotros solos, ¿sabes? —comentó Turner—. Podríamos bajar del avión y que el brigada estuviera esperándonos con unas esposas, allí mismo, en la terminal.

—Ya se nos ocurrirá algo. Seis horas es mucho tiempo.

—¿Alguna idea?

—Todavía no.

—Esta gente son meros mercaderes de armas. Es lo único a lo que se dedican.

—Cincuenta por ciento de probabilidades, Susan. O es lo único que hacen o no.

—¿Qué otra cosa iban a hacer?

—Tenemos seis horas para descubrirlo.

—Supón que no lo descubrimos.

—En cuanto el brigada Espin ha oído el nombre de Crew Scully, ha supuesto que era rico. Supón que lo es. Supón que ambos lo son.

—Sabemos que son ricos.

—Pero estamos dando por hecho la razón por la que lo son. Supón que ya eran ricos antes. Supón que siempre lo han sido. Supón que son de esas familias aristocráticas de la Costa Este, de esas que han sido ricas toda la vida.

—Vale, me andaré con cuidado con ancianos vestidos con pantalones de color rosa desvaído.

—Podría alterar la ecuación. Estamos dando por hecho que el motivo es obtener un gran beneficio. Quizá tendríamos que descartar eso. Puede que sean de los que se encargan de sus asuntos. Los cien mil dólares podrían ser suyos.

—Esto no es un pasatiempo. No cuando hay de por medio cuentas bancarias falsas, documentos legales falsos, palizas a oficiales y cuatro tipos que vienen a por nosotros.

—Estoy de acuerdo, esto es mucho más que un pasatiempo.

—¿Y qué es?

—No lo sé. Solo estoy pensando en voz alta. Estoy intentando tener algo a lo que darle vueltas durante las próximas seis horas.

Dejaron el Ford blanco en un aparcamiento cubierto de la terminal Delta y tiraron la llave a una papelerera, cosa que supusieron que le costaría a Romeo un montón de pasta en alquiler y tasas de recuperación. Turner desmontó la Glock de Rickard y tiró las piezas en cuatro papeleras diferentes. Luego, entraron por una puerta que no era y dieron un rodeo. Llegaron a las taquillas desde la parte de atrás. El brigada Espin ya estaba allí. Debía de haber tomado la 405. Y parecía que la había tomado solo. No le acompañaba nadie. No había nadie a su lado, ni entre las sombras. Estaba de pie, de cara a las puertas de la terminal principal. Llegaron por detrás de él, el policía militar se dio la vuelta y Reacher compró tres billetes de primera clase con la tarjeta de crédito de Baldacci.

Estaban frente a la puerta veinte minutos antes de que empezase el embarque, sentados en unas butacas con un amplio campo de visión, pero no vieron a Shrago. Aunque Reacher tampoco lo esperaba. Los Ángeles era una ciudad muy grande y, por tanto, era difícil ir de un sitio al otro y, además, primero tenían que ver el cargo en la tarjeta, y luego Shrago tendría que llegar al aeropuerto, para lo que, sencillamente, no había tiempo suficiente. Así que Reacher bebió un café y se relajó, tras lo que comenzó el embarque. En ese momento, le sonó el teléfono, por lo que ocupó su asiento mientras hablaba, que era lo que estaba haciendo casi todo el mundo.

Era la capitana Edmonds, desde Virginia.

—La 75 de la PM acaba de informarme de lo de Candice Dayton.

—Ya le dije que no la recordaba.

—Le pido disculpas. No debería haberme mostrado tan escéptica.

—No se preocupe. Casi me lo creo hasta yo.

—He estado preguntando por los amigos de Crew Scully.

—¿Y?

—En West Point tenía un compañero con el que mantenía una amistad más profunda. Adonde iba uno, iba el otro. Se lo he preguntado a cinco personas distintas y todas me han hablado del mismo tipo.

—¿Y quién es?

—El actual adjunto de inteligencia del secretario de Estado.

—Encaja.

—Tienen pasados parecidos, viven en Georgetown, muy cerca el uno del otro, y son miembros de los mismos clubes. Incluidos algunos muy exclusivos.

—¿Son ricos?

—No tanto como otras personas, pero viven desahogadamente, con un estilo de vida a la antigua. Ya sabe cómo es esa gente. Para ellos, «desahogado» significa tener unos pocos millones.

—¿Cómo se llama?

—Gabriel Montesco.

—Tiene razón con lo de los pasados parecidos. Gabe y Crew. Parece el nombre de un bar de Harvard. O de una tienda de ropa en la que compras vaqueros rotos por trescientos pavos.

—Son objetivos muy gordos, comandante Reacher. Son gigantes entre los hombres. Y usted tiene, exactamente... ninguna prueba.

—Piensa usted como una abogada. Por cierto, necesito un abogado. Soy inocente. No quiero trucos con lo que pasó después de que me encerraran por dos delitos que no había cometido. Si me escapé es porque me sentía con derecho para hacerlo.

—La comandante Sullivan se está ocupando de eso. Quiere que se desestimen todos los cargos. Son frutos de un árbol podrido.

—Pídale que se dé prisa. Volvemos hacia allí con una escolta medio oficial. No me gustaría que me recibieran con fuegos artificiales en el Reagan National. Tiene seis horas de margen.

—Se lo diré.

Entonces, la azafata habló por megafonía para comentar que estaban cerrando la puerta de cabina y que había que apagar todos los dispositivos electrónicos. Así que, por primera vez en su vida, Reacher se encontró en una situación en la que tenía que obedecer las instrucciones de un miembro de la tripulación, por lo que guardó el teléfono en el bolsillo y el avión empezó a avanzar camino de la pista. Despegó por el océano, giró ciento ochenta grados hacia la derecha, de manera que volvía a estar encarado hacia el este, volvió a cruzar la costa por encima de Santa Monica y fue cogiendo altura según volaba hacia el interior, de forma que North Hollywood, la autopista Ventura, Vineland Avenue, la cafetería solitaria y la casa con la puerta azul quedaban todos a babor, lejos, muy abajo, apenas visibles ya.

Mantener una conversación de tres interlocutores en primera clase no era fácil. Las butacas eran amplias, lo que hacía que el asiento de ventanilla de un lado estuviera bastante alejado del asiento de pasillo del otro. Y la tripulación de cabina no paraba de moverse adelante y atrás desde la cocina para llevarles comida y bebida, gratis y sin límite. Eso ayudó a Reacher a comprender por qué a ser rico se le llamaba vivir desahogado, aunque, por otro lado, dificultaba hablar. En un momento dado, Espin se levantó y se sentó en el brazo de la butaca de Turner y esta se recostó en Reacher, que viajaba junto a la ventanilla, y así todos podían verse y oírse.

—Si resulta que necesito una orden para detener a Morgan, es evidente que van a preguntarme por la naturaleza de esta supuesta conspiración —dijo Espin—. Así que será mejor que tengan una historia para mí para cuando nos bajemos del avión. Porque si no van a darme nada, también es evidente que vamos a tener que replantearnos su estatus especial.

—Eso no funciona así, Pete —aclaró Reacher—. Esto no es una audición. No pretendemos entrar en el mundo del cine. Y no tiene ni voz ni voto al respecto. En el Reagan National vamos a irnos cada uno por nuestro lado, tengamos o no una historia para usted y, le guste o no, va a despedirse de nosotros con la mano y una sonrisa en la boca, ya sea de pie junto a la puerta o sentado en una silla de ruedas con la pierna rota. Esas son las reglas del juego. ¿Está claro?

—Pero ¿compartiremos la información que tengamos?

—Toda. Por ejemplo, la capitana Edmonds acaba de contarme que Crew Scully tiene un amigo del alma que se llama Gabriel Montesco.

—Qué cosas. ¿Y fueron a secundaria juntos?

—Más o menos. A West Point.

—¿Quién es?

—El adjunto de inteligencia que tiene el secretario de Estado en el ejército.

—Poco más alto se puede subir.

—Poco.

—¿Tienen pruebas?

—Mi abogada ha evaluado la situación y dice que no tenemos... nada. Siempre que nuestro interés sea poner el asunto sobre la mesa.

—Pero ¿cree que se trata de esos dos?

—Ahora sí.

—¿Por qué ahora?

—William Shakespeare. Escribió una obra de teatro titulada *Romeo y Julieta*. Dos familias, ambas con la misma posición social. Un par de amantes desventurados, porque Julieta era una Capuleto y Romeo un Montesco. Como los Sharks y los Jets en *West Side Story*. Podría alquilar usted la peli.

—¿Cree que Montesco se hace llamar Romeo? ¿Es posible que sea tan memo?

—Puede que piense que es guay. Como los pantalones rosas desvaídos. Puede que crea que la gente como nosotros jamás haya oído hablar de William Shakespeare.

—Su abogada tenía razón: nada.

—Es abogada. Usted no. Usted es el que tira la moneda. O Montesco es Romeo o no lo es. Un cincuenta por ciento de probabilidades.

—Eso es como ir a Las Vegas y apostar la hipoteca al rojo.

—Una probabilidad al cincuenta por ciento es algo maravilloso.

—Son adjuntos del secretario de Estado, Reacher. Hay que estar muy seguro. Hay que disparar a matar.

Romeo llamó a Julieta.

—Vuelven a casa. Han comprado tres billetes en primera clase. Otra bofetada más. El tercer billete es para un tal Espin, de la 75 de la PM. Al principio he pensado que los habría arrestado pero, en ese caso, ¿para qué iba a comprar Reacher los billetes? Están rodeando nuestros flancos. Eso es lo que están haciendo. Ese Espin se ha puesto de su parte.

—Shrago está al menos a una hora del aeropuerto.

—Dile que se dé prisa. Tienen un billete en American Airlines, en el próximo vuelo.

—¿Cuánto tiempo de ventaja le llevará Reacher?

—Dos horas.

—Es mucho. Solo nos queda un hombre y ni siquiera está aquí. Creo que nos han derrotado.

—Siempre ha sido una posibilidad. Sabíamos en qué tipo de negocio nos metíamos. Sabíamos qué podríamos vernos obligados a hacer.

—Hemos sobrevivido mucho tiempo.

—Y sobreviviremos a una diferencia de dos horas. No va a pasar nada. La comandante Turner tendrá que ducharse. Viajar con mujeres es ineficaz. Y, entonces, será más sencillo para Shrago. Tendrán que venir a por nosotros. No tendremos que ir a buscarlos.

El brigada Espin iba y venía, de punta a punta del pasillo, debido al valor forense de la conversación y a su falta de comodidad. Ir sentado en el brazo de una butaca no era el tipo de viaje por el que había pagado Baldacci. La mayor parte del tiempo iba sentado y reflexionaba solo. Como Turner y como Reacher. Sin éxitos notables. Entonces ella llamó al policía militar y cuando este estuvo sentado de nuevo dijo:

—Hay un punto que no admite discusión, que es la cadena de logística. La cadena de logística es una cinta transportadora en dos sentidos y nunca se detiene. Ahora mismo está enviando cajas vacías y trayéndolas llenas. Y las llenas están cargadas con el material con el que se supone que deben de estar cargadas. Calcetines con agujeros y un código de barras. Lo acepto. Por tanto, no está pasando nada. Excepto por el hecho de que sabemos que sí está pasando algo. Así que, ¿y si esas cajas no están vacías? Sabemos que los de las tribus no están comprando el material marcado con código de barras pero ¿y si están comprando material que se les está enviando concretamente a ellos? No se diferenciaría mucho de hacer envíos por correo. Por esa razón, los cuatro de Fort Bragg eran importantes. Ellos eran los que llenaban las cajas que deberían estar vacías.

—Hay sistemas de vigilancia en ambos extremos —comentó el brigada.

—¿Igual de paranoicos?

—Dudo mucho que sea posible.

—Entonces ¿podría estar pasando?

—Podría.

—Pero Reacher considera que obtener beneficio podría no ser el motivo principal. Lo que podría significar que se trata de un proyecto personal. Puede que estén teniendo favoritismos. Puede que estén armando a una facción contra la otra. Puede que piensen que son grandes expertos en Afganistán. Esos ancianitos de Nueva Inglaterra siempre van por ahí considerándose medio británicos. Puede que se acuerden de los viejos tiempos, de cuando la Frontera Noroeste de la India. Puede que piensen que no hay nadie tan experto como ellos.

—Es posible.

—Pero la cinta transportadora es de dos direcciones. No lo olvidemos. Podrían estar sacando material, no metiéndolo, escondido entre las armas que vuelven. Lo que también hace importantes a los de Fort Bragg. Tendrían que sacarlo en secreto y llevarlo a otro lado.

—¿Qué tipo de material?

—Si obtener beneficios no es lo principal, podría tratarse de alguna pasión



personal. Arte, quizá, estatuas y esculturas. Todo eso que los talibanes destruyen. Si eres un caballero refinado, cabe la posibilidad de que eso te atraiga. Solo que su reacción está siendo desproporcionada si se trataba de arte. A nadie le pegan una paliza mortal por una estatua antigua.

—Pues, entonces, ¿qué?

—Tenemos a un par de caballeros de cierta edad con pasiones personales que han mantenido muy en secreto. Porque esas pasiones son delictivas y, al mismo tiempo, vergonzosas. Pero también son lucrativas, incluso para caballeros de su posición. Creo que la cosa va por ahí.

—¿Niñas? ¿Niños? ¿Huérfanos?

—Mirémoslo desde el punto de vista de Emal Zadrán. Era un cero a la izquierda, un repudiado, pero se rehabilitó. Obtuvo cierto respeto de la comunidad. ¿Cómo? Alguien le dio un papel, no hay otra. Emprendedor una vez más, lo más probable. Alguien quería comprar o vender y Zadrán se convirtió en la persona a la que acudir. Porque conocía a las personas adecuadas. Ya tenía las conexiones. Puede que fueran relaciones cruciales, puede que solo lo fueran fortuitas.

—¿Comprar o vender qué? —preguntó Espin.

—Eso lo descubriremos en D. C. —respondió Reacher—. Justo después de que se despida de nosotros con la mano, ya sea de pie o sentado.

Durmieron el resto del vuelo. En la cabina hacía una temperatura muy agradable, los asientos eran cómodos y el movimiento relajante. Reacher soñó con la chica, pero era mucho más joven, unos tres años más joven, regordeta, nada delgada, vestida de la misma manera pero en miniatura, con zapatillas deportivas diminutas y sin cordones. Iban por una calle de alguna ciudad y llevaba su pequeña, cálida y dulce manita en su gigantesca zarpa, ella disparando las piernecillas a uno y otro lado, intentando seguir el ritmo, y él mirando por encima del hombro todo el rato, nervioso por algo, preocupado por cómo iba a salir corriendo si se daba el caso de que tuviera que hacerlo, con esas zapatillitas sin cordones, pero de pronto se daba cuenta de que podía cogerla en brazos y correr por ella, puede que para siempre, sin que su fragante y ligero cuerpecillo le resultase una carga, y sintió aliviado, y el sueño se desvaneció, como si hubiera cumplido con su deber.

Entonces, la presión del aire cambió y la azafata empezó a soltar lo de poner los respaldos de los asientos en posición vertical, cerrar las bandejas extensibles y apagar los dispositivos electrónicos. Espin miró a Reacher y a Turner, y estos le devolvieron la mirada. La moneda estaba en el aire. En aquel mismo instante. El brigada se estaba decidiendo. ¿Era un dron o la persona que iba por delante? «Hay un cincuenta por ciento de probabilidades —pensó Reacher—, como en todo».

Y empezaron a aproximarse a tierra. De pronto, y de nuevo, pareció que el enorme avión pesara mucho y fuera torpe. En cuanto los miembros de la tripulación

se sentaron, todo el mundo encendió los móviles y Reacher vio que tenía un mensaje de voz de la comandante Sullivan, de hacía una hora. Llamó para escucharlo y oyó algo de estática antes de: «Confirmado que no se tomarán acciones contra usted por ninguno de los asuntos que se deriven de los casos de las declaraciones juradas. Está usted limpio, al menos, ahora mismo. Sin embargo, a la comandante Turner aún la consideran una fugitiva. Su situación sigue siendo la misma. Así que el reloj empezará a contar de nuevo en cuanto aterricen. Se considerará que está ayudándola y que es su cómplice. Cómplice de un delito muy grave. A menos que se aleje de ella en el aeropuerto. Cosa que, como su abogada, le sugiero encarecidamente que haga».

Borró el mensaje y llamó a la capitana Edmonds.

—¿Dónde estaban Scully y Montesco hace siete años? —le preguntó.

—Intentaré descubrirlo —respondió ella.

El avión aterrizó y el reloj empezó a contar.

En primera clase no solo se entraba el primero, sino que también se salía el primero, así que la puerta que había al final del puente de desembarco aún estaba cerrada cuando llegaron a ella. Debido a las zonas horarias, ya era muy tarde en la Costa Este. Reacher empujó la puerta y observó con atención a través de ella. En la salida había congregada una pequeña multitud. No era tan malo como en Long Beach. Puede que solo hubiera diez policías militares y diez agentes del FBI de incógnito en los primeros diez metros. Sujetó la puerta, dejó que Espin pasara primero y lo analizó. Pero enseguida le quedó claro que no estaba buscando a nadie en particular y que no establecía contacto visual con nadie, ni hacía señales o gestos furtivos. Caminó entre la multitud, sin más, como uno más. Reacher y Turner le siguieron y un minuto después se reagruparon en un claro, en el pasillo donde estaba el cartel que indicaba por dónde se iba a la zona de recogida de equipajes. Reacher dijo:

—Vaya usted por delante. Nosotros vamos a quedarnos aquí.

—¿Por qué?

—Por si ha apostado a sus hombres después del control de seguridad.

—No hay ningún hombre.

—Aun así, vamos a quedarnos aquí.

—¿Por qué?

—Consideraciones tácticas.

—Les doy veinticuatro horas.

—No nos encontraría jamás.

—Los he encontrado en Los Ángeles. Y aquí también hay un cebo. Sé dónde buscar.

—Debería concentrarse en Morgan.

—Veinticuatro horas.

Y Espin dio media vuelta.

Observaron cómo se iba y Reacher dijo:

—Vamos a tomar un café.

—¿Vamos a quedarnos aquí?

Reacher miró el panel de llegadas y dijo:

—Tendría sentido. El siguiente es de American Airlines, en unas dos horas. Es muy probable que Shrago viaje en él. Y desde la compuerta del avión al otro lado de seguridad no puede ir armado. Así que este es el sitio ideal en el que dejarlo fuera de combate.

—¿Es lo que vamos a hacer?

—No, pero es lo que quería que pensara Espin. Por si acaso cambia de opinión dentro de una hora. Supondrá que seguimos aquí. Pero no será así. El café va a ser para llevar. Nos marcharemos justo después que él.

Por experiencia, Reacher sabía que todas las aventuras que pretendía que les salieran bien en Washington D. C. deberían tener una cosa en común indispensable: una buena base de operaciones. Pero algo así no se podía pagar con dinero en metálico. Ir a un hotel decente requeriría que pagaran con tarjeta de crédito. Lo que significaba que, o bien pagaba Margaret Vega, o bien era como decirle a Gabriel Montesco dónde estaban. Turner estaba a favor de decírselo, para que Shrago apareciera y se encargaran de él. Reacher no estaba de acuerdo.

—¿Por qué no?

—Si envían a Shrago adonde estemos y desaparece, sabrán qué le ha pasado.

—Evidente.

—No quiero que sepan lo que le ha pasado. Quiero que sean presa de la incertidumbre. Tanto como sea posible. No quiero que sepan nada. Quiero que tengan que asomarse al vacío con la esperanza de recibir alguna señal.

—Por eso necesitamos más mujeres oficiales. Para nosotras es suficiente con ganar. Para vosotros, el otro tiene que ser consciente de que ha perdido.

—Quiero que tengan el teléfono móvil encendido. Solo eso. Podría ser la única manera de demostrar todo este asunto con claridad. De hecho, podría ser la única manera de dar con ellos. Shrago tiene que desaparecer en algún sitio que no se esperen, y tenemos que conseguir los números de su móvil, tras lo que la sargento Leach tendrá que darle un sablazo más a algún otro amigo y tendremos que encontrar esos teléfonos antes de que acaben dando por perdido a Shrago y los apaguen.

Así que Margaret Vega pagó una habitación en la duodécima planta de un buen hotel desde el que se veía la Casa Blanca, una habitación que tenía todo lo que necesitaban y muchas otras cosas que no necesitaban. Turner quería ropa, pero era medianoche y estaba todo cerrado. Así que se dieron una ducha larga y tranquila, y se arrebujaron en albornoces gordos y esponjosos, tras lo que se sentaron y dejaron pasar el tiempo hasta que les pareció que faltarían unos veinte minutos para que el avión de Shrago sobrevolara el río con el tren de aterrizaje bajado. En ese momento se vistieron y salieron.

Romeo llamó a Julieta.

—Había dejado una alarma en la tarjeta de Margaret Vega por si acaso Turner se iba de compras y veo que acaban de usarla para reservar una habitación en un hotel de aquí, de la ciudad.

—Shrago encenderá el móvil en cuestión de minutos.

—Dile que no vaya hasta el hotel en taxi. Vieron salir a Shrago de la terminal. Estaban en un taxi, a veinte metros. El taxi medía cerca de cinco metros de largo y casi un metro noventa de ancho, pero era invisible. Era un taxi en el aeropuerto. Shrago no lo vio. Se limitó a esperar en la cola, detrás de otra persona, y a subirse a

su propio taxi.

—Ese es el hombre —dijo Reacher.

—Ya lo veo —respondió el taxista.

El taxímetro llevaba contando desde el hotel. Más una propina de cien pavos. Más otros cien porque sí. Ese era el trato. Al fin y al cabo, no era su dinero.

El taxista se incorporó al tráfico y permaneció a unos cincuenta metros por detrás del taxi de Shrago, que se dirigía al centro de la ciudad, por el puente, directo a la calle 14, dejando atrás la Explanada Nacional y cruzando el Triángulo Federal. Luego, atravesó New York Avenue y se detuvo.

Shrago bajó del taxi.

El taxi se fue.

Estaban casi en Lafayette Square, que estaba justo delante de la Casa Blanca, dos manzanas más al este, aún en la 14.

—¿Qué hay aquí? —preguntó Turner.

—Nada, a primera vista.

Shrago había empezado a caminar en dirección norte, hacia la esquina con la calle H.

Giró a la izquierda.

Reacher pagó al taxista con dinero de Billy Bob, «trescientos dólares y quédese el cambio», se bajaron y se apresuraron hasta la misma esquina. Shrago ya iba por la segunda manzana. Iba a buen paso. Estaba a punto de llegar a la esquina de Lafayette Square, con lo que no tendría por qué mirar hacia la izquierda. No de noche. Y, como quien dice, a la derecha solo tendría una cosa que mirar.

—Va a nuestro hotel —afirmó Turner—. Se acerca a pie para que el taxista no se acuerde de él. Montesco también tiene vigilada la tarjeta de Vega.

—Desde el primer vuelo. Chico listo. Ha seguido vigilándola.

—Eso estropea tu estrategia.

—Ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo.

Se quedaron atrás, pero Shrago no. Fue directo a la puerta del hotel, a toda prisa. Como alguien ocupado que tiene asuntos importantes que resolver. Metiéndose en el papel.

—¿Tienes un plan nuevo?

—No estamos allí dentro. Antes o después se dará cuenta. Así que acabará saliendo.

—¿Y?

—¿Te gustaba el primer plan, el de los móviles?

—Estaba bastante bien.

—Puede que Shrago haga que podamos recuperarlo. Es posible que llame a su jefe en cuanto se dé cuenta de que no estamos en el hotel. Como una actualización en tiempo real. Puede que su jefe le haya ordenado que lo haga así. En cuyo caso, lo que suceda después de eso no tendrá nada que ver con nosotros. Tú y yo no estábamos

allí. Es lo que les habrá dicho. «Vuelven a estar desaparecidos».

—Si llama.

—Hay un cincuenta por ciento de probabilidades. O llama o no lo hace.

—¿Y cómo sabremos si ha llamado?

—Puede que salga hablando por teléfono.

—Podría haber llamado desde la habitación.

—Hay un cincuenta por ciento de probabilidades. O lo vemos o no lo vemos. O lo sabemos o tenemos que suponerlo.

Se escondieron entre las sombras del parque y esperaron. Eran casi las dos de la madrugada. El tiempo no había cambiado. Corría un viento frío y había un poco de humedad. Reacher pensó en las zapatillas sin cordones de la chica. No eran zapatillas para ir por cualquier parte. Luego pensó en la seguridad del hotel, en el turno de noche, en la comprobación de la identificación falsa, en hacerlo constar en el registro, en hacer una llamada a la habitación, en subir con una llave electrónica. Puede que diez minutos.

Fueron nueve.

Shrago salía por la puerta.

No llevaba el móvil en la mano.

—Cara o cruz —murmuró Turner.

Reacher salió de entre las sombras y dijo:

—Sargento Shrago, venga aquí. Tengo noticias urgentes.

Shrago no se movió. Se quedó parado, en la acera de la calle H. Reacher estaba justo enfrente, en la otra acera. Todo estaba en silencio. Dos de la madrugada. Una ciudad de la compañía.

—Sargento Shrago, la noticia es que, en este mismo instante, pasa a encajar en un grupo demográfico conocido como «Gente sin puta suerte». Porque ya no puede ganar. Estamos demasiado cerca. A menos que acabe con nosotros dos, aquí y ahora. En esta calle. Y no lo va a hacer. Porque no puede. Porque no es lo suficientemente bueno. Así que esta noche no va a volver a casa con una medallita. Necesita hacer un control de daños. Eso lo podría conseguir. Solo hace falta que ponga por escrito el entramado del que forma parte.

Shrago no respondió.

—O podría decirlo de viva voz en una grabación, si lo de escribir no es lo suyo. Pero, de una manera u otra, van a obligarle a contar la historia. Va a ser un gran escándalo. No solo va a hacer preguntas al ejército. Habrá comités del Senado. Tiene que ser el primero. Siempre se deja en libertad al primero. Como si fuera un héroe. Tiene que ser usted esa persona, Shrago.

Shrago no dijo nada.

—Podría explicar que no conoce a los de arriba. Menos estrés. Le creerán. Concéntrese en Morgan. En cómo os ordenó que le pegarais la paliza al coronel Moorcroft. Se lo tragarán encantados.

No hubo respuesta.

—Solo tiene dos alternativas, sargento. Puede salir corriendo o puede cruzar la calle. Y con salir corriendo no va a conseguir nada. Si no le pillamos hoy lo haremos mañana. Así que cruzar la calle es la mejor alternativa. Cosa que tendrá que hacer en cualquiera de los casos, ya sea para estrecharnos la mano o para deshacerse de nosotros.

Shrago cruzó la calle. Bajó de la acera y empezó a caminar a través de carriles que podrían parecer estrechos yendo en coche, pero que parecían bastante anchos a pie. Reacher le observó en todo momento. Los ojos, los hombros y las manos. Y vio una representación digna de las mejores obras dramáticas, un hombre que veía la luz, un hombre que por fin entendía cuál era su deber. Una representación bastante buena, y el plan era que Reacher se confiase y, entonces, dejar fuera de combate a Turner, así, la disputa quedaría más igualada, uno contra uno. Pero Reacher se lo vio en los ojos, los de un maníaco, y en los hombros, que estaban tensos y que la adrenalina le echaba hacia delante, y en las manos, que, a pesar de estar abiertas, tensaba y relajaba, solo un centímetro cada vez, como si estuviera deseando que empezara la acción.

Subió a la acera de Reacher.

Este no dijo nada. No le presionó. No era necesario. De una u otra manera,

Shrago iba a hablar con el brigada Espin. Después de salir de un coche o después de salir del coma. La decisión era suya. Había nacido libre.

Pero no inteligente. Dejó pasar la opción del coche y eligió el coma. Cosa que Reacher entendió. La acción inmediata siempre es la mejor apuesta. Shrago se cuadró, con Reacher a la derecha y Turner detrás del hombro más alejado de este. Reacher supuso que estaba planeando soltarle un revés en el cuello con el codo izquierdo, golpe que usaría para abrirse paso, como si empujara un remo, para llegar de inmediato a Turner, con la mano derecha libre y tiempo para darle un único golpe decisivo, que tendría que ser fuerte y tendría que ser en el centro de la cara de la mujer. La nariz rota, puede que también los pómulos, y las cavidades orbitarias, inconsciente, conmoción cerebral. Puede que incluso una fractura craneal o la rotura del cuello.

Pero eso no iba a suceder.

—Reglas —dijo Reacher—. Nada de mordiscos en las orejas.

De cerca, el aspecto del soldado era extraordinario. Su cabeza brillaba a la luz de las farolas, tenía los ojos muy hundidos y los huesos de su cara parecían duros y puntiagudos, como si fueras a romperte la mano al golpearle. Llevaba la pretina bien atada con un cinturón. Por debajo de este, los muslos sobresalían como globos y, por encima, el pecho iba ensanchándose. Debía de ser unos quince años más joven que Reacher, un novillo, duro como la roca, con tanta agresividad en su interior que emanaba de él como un perfume. Sus orejas tenían la zona interior intacta, como cualquiera, pero le habían cortado casi toda la zona cartilaginosa que las rodeaba, probablemente con tijeras, a ras, por lo que lo único que quedaba parecía pasta, como unos tortellini brillantes, del color de la piel de un blanco. No eran hexágonos exactamente. Un hexágono tienen una forma regular, con seis lados, pero a él habían ido dándole cortes lo más cercanos posible al centro, sin preocuparse por la geometría. Para ser más exactos, eran polígonos de lo más irregulares. Reacher supuso que si la chica hubiera sido hija suya, habrían discutido al respecto. No tenía sentido ser pedante a menos que estuvieras en lo cierto.

—Última oportunidad, sargento. Es hora de tomar la gran decisión. Lo sabemos todo sobre Scully, Montesco y Morgan. La única manera de que se salve es que empiece a hablar. La mejor arma de un soldado es el cerebro. Es hora de que empiece a usarlo. En cualquier caso, voy a romperle el brazo. Revelación completa. Por el daño que le hizo a la camarera del Berryville Grill. Un acto innecesario. ¿Tiene algún problema con las mujeres? ¿Fueron mujeres las que le cortaron las orejas?

Shrago plantó los pies y giró la cintura, con violencia, a la derecha, y un poco hacia abajo, tan rápido que el brazo izquierdo se le quedó suelto por detrás y tan alejado, que su espalda inclinada brilló por efecto de la luz. El siguiente movimiento habría sido el mismo giro, pero hacia el otro lado, todavía más rápido, todavía más violento, con el brazo izquierdo recogido con cuidado en esta ocasión, con el codo apuntando a la parte más alejada del cuello de Reacher, con extensión, de forma que



el golpe habría cumplido su objetivo de afianzar la posición y empujarse hacia Turner.

Habría.

Porque Reacher lo estaba esperando y empezó a moverse una centésima de segundo después que Shrago, igualando el giro de este con uno propio, como dos bailarines coordinados, con su gigantesco puño derecho describiendo un arco descendente hacia el punto exacto al que iba a llegar el riñón del sargento, expuesto debido al gran giro que estaba dando, con Reacher en todo momento intentando analizar las emociones de su adversario, intentando juzgar cuánto correspondía a lo de las orejas y cuánto a Scully y Montesco, porque el grado de pasión que se pone en la defensa de una causa es un indicador de su profundidad y, al final, supuso que gran parte era por lo de las orejas, aunque una parte fuera por la defensa de algo dulce, acogedor y lucrativo.

Entonces, Shrago llegó a su punto de equilibrio, retorcido como un muelle, y empezó a desplegar el violento giro en la dirección opuesta, con el codo camino de su objetivo; pero antes de que se hubiera movido ni un solo centímetro, el puñetazo de Reacher lo alcanzó a él, un impacto perfecto, un golpe paralizante en el riñón, un dolor jodido, que causa sorpresa, que se extiende, y el sargento se tambaleó, pues había perdido la coordinación, con la guardia abierta a más no poder, y a Reacher le quedaba todavía desplegar su propio giro, sin oposición y en un buen momento, cosa que hizo, con el puño izquierdo, en ascenso, subiendo, hasta que alcanzó el cuello de su contendiente, debajo de la esquina de la mandíbula, un fogonazo doble rápido y fuerte, derecha, izquierda, el riñón, el cuello, lo que hizo que Shrago se balanceara hacia el otro lado y, a pesar de que no cayera, quedara listo para la cuenta de un árbitro que no existía, porque pelear de noche en una esquina de Lafayette Square no es un deporte civilizado con reglas. Por el contrario, Reacher lo miró bajo la tenue luz y pensó que solo una parte de su cuerpo era más dura que los huesos de la cara de su oponente, así que pegó un salto y le metió un cabezazo, justo en el puente de la nariz, como una bola de bolos lanzada con fuerza, como si hubiera una cabeza en una pista de madera de arce, justo cuando se suelta la bola. Reacher se alejó bailando y Shrago permaneció de pie un largo segundo, tras lo que sus rodillas recibieron el mensaje de que arriba se habían apagado las luces y se desplomó en vertical, como si se hubiera tirado de un muro. Reacher le hizo rodar con la suela de la bota, se agachó, le agarró la muñeca, se la retorció hasta que el brazo estuvo rígido y arqueado hacia atrás, y le rompió el codo con la misma suela. Rebuscó en sus bolsillos y encontró una cartera y un teléfono móvil, ningún arma, porque el tipo venía directo del aeropuerto.

A continuación, se puso de pie, exhaló, miró a la comandante Turner y le dijo:

—Llama al brigada Espin y dile que venga a recoger a este. Dile que le proporcionará todo lo que necesita para su orden judicial.

Esperaron en las sombras, en una esquina alejada del parque. El teléfono de Shrago era un dispositivo tan barato como el de Rickard, uno de tarjeta prepago comprado específicamente para la misión, del que deshacerse con facilidad, y estaba preparado de la misma manera, pero con cuatro números en la lista de contactos, no tres, por este orden: el de Lozano, el de Baldacci, el de Rickard y uno llamado simplemente «Casa».

El registro de llamadas mostraba que el sargento había telefonado dos minutos antes de salir del hotel.

—Desde nuestra habitación vacía —dijo Turner—. Buena suposición. Tu plan ha sobrevivido al contacto con el enemigo.

Reacher asintió.

—Es probable que lo hayan enviado a buscar a otro lado. En cuyo caso, no esperarán que vuelva a llamarles hasta que tenga novedades. Y es probable que ellos no le llamen antes de amanecer. En cualquier caso, a esa llamada no vamos a responder. Lo que los dejará confundidos y les pondrá nerviosos. Puede que tengamos unas doce horas antes de que lo den por perdido.

—Será mejor que le pidamos al brigada que mantenga esto por debajo del radar. O Montesco adivinará el arresto. Seguro que está vigilando a la 75.

Así que es lo que Turner hizo, con una segunda llamada a Espin. Después, llamó a la sargento Leach al móvil. Empezó con el mismo preámbulo de honradez que la primera vez, aconsejándole que colgara el teléfono y que informara a Morgan de aquella llamada pero, por segunda vez, la suboficial desoyó el consejo, así que Turner le dio el número al que había estado llamando Shrago y le pidió que hablase con alguien que fuera capaz de localizar señales de forma autónoma. Por el tono de Turner, estaba claro que la sargento le estaba dibujando un panorama optimista, aunque con cautela. Reacher sonrió en la oscuridad. Sargentos del ejército estadounidense. No había nada que no pudieran hacer.

En ese momento, un coche se detuvo en la otra esquina del parque, un sedán destartado como el que había dejado a Reacher en el motel la primera noche, y salieron de él dos hombretones con botas y uniforme de combate, que sacaron a Shrago de entre los arbustos y lo metieron en el asiento de atrás. No sin dificultades. El sargento no era un peso pluma.

Acto seguido, subieron al coche y se marcharon. Reacher y Turner hicieron una pausa bastante larga, como en un funeral, y después cruzaron la calle, entraron en el hotel y subieron a su habitación en ascensor.

Volvieron a ducharse, por mero simbolismo de purificación, y para usar algunas toallas más de las cuarenta que debía de haber en el baño, la mayoría de ellas tan grandes y gruesas como para servir de manta. Luego, esperaron a que la sargento Leach volviera a llamar, cosa que supusieron que pasaría o pronto, o nunca, puesto que, o bien su red tenía los conocidos adecuados, o bien no los tenía. Pero el primer teléfono en sonar fue el de Reacher, con información de la capitana Edmonds.

—Hace siete años, a Crew Scully acababan de nombrarlo ayudante del adjunto de personal del secretario de Estado. No ha cambiado de acantonamiento desde entonces. En aquel momento, estaba desplegado en Alexandria. Ahora, todo lo del MRH está en Fort Knox, en Kentucky. Excepto la oficina del adjunto, que ha permanecido en el Pentágono. Por esa razón, Scully puede seguir viviendo en Georgetown.

—Parece un tipo muy aburrido.

—Pero Montesco no lo es. Hace siete años, Montesco estaba en Afganistán. Estaba a cargo de la dirección de nuestra inteligencia en el país. De toda. No solo de la del ejército.

—Mucho trabajo.

—Ya le digo.

—¿Y?

—No puedo demostrar nada. No ha quedado ni un informe.

—¿Pero?

—Tuvo que ser él quien firmara lo de Zadrán. Así es el protocolo. Ni por asomo iba a volver a las montañas alguien sospechoso de traficar con granadas sin que Inteligencia lo permitiera. Así que la respuesta a la pregunta que me hizo, lo de por qué no le dispararon, es porque Montesco les ordenó que no lo hicieran. Por eso. Así que Zadrán le debía un favor muy gordo.

—O Zadrán sabía algo de Montesco. Muy gordo.

—Lo que sea. De una manera u otra, podemos constatar que, por lo menos, hace siete años que existe relación entre ambos.

—Debería haberle pedido que consultara dónde estaba Morgan en ese momento.

—Me ha sorprendido que no lo hiciera —reconoció Edmonds—. Así que me he tomado la libertad de hacerlo. Como quien dice, Morgan ha estado entrando y saliendo de todos lados. Es el tipo al que recurren para rellenar un hueco. Pero vivimos en un universo azaroso y resulta que ha estado en más batallones de logística de los que el azar sería capaz de predecir. Ninguno de ellos suministradores de Iraq. Todos ellos suministradores de Afganistán. Lo que deja poca cabida al azar.

—¿Ha sido siempre Scully quien lo ha movido?

—Todas y cada una de las veces.

—Gracias, capitana.

—¿Seguimos estando en el bando de los buenos?

Pero Reacher colgó sin responder, porque estaba sonando otro teléfono. No el de Turner, sino el de Shrago. Igual que el de Rickard, con un trino de locos. El mismo tipo de teléfono. El de Shrago estaba en la cómoda del hotel, sonando a todo volumen, haciendo que les dolieran los oídos, rugiendo como un juguete mecánico. En la pantalla ponía: «Llamada entrante». Información superflua. Y justo debajo: «Casa».

El teléfono sonó ocho veces y se calló.

Reacher no dijo nada.

—Eso es nerviosismo. Así de sencillo. No hemos gastado más dinero, por lo que no hemos producido nuevas pistas. Así que no tienen nada que decirle.

—¿Cuánto tiempo estarán nerviosos? Antes de que se den cuenta.

—La negación es algo maravilloso. —Turner fue hasta la ventana y miró por entre las cortinas—. Cuando vuelva, voy a pedir que limpien mi oficina con vapor. No quiero que quede ni rastro de Morgan.

—¿Por qué permitió Montesco que Zadran volviera a su casa de las montañas?

—Lo lógico sería pensar que por razones políticas o legales.

—Es posible en ambos casos. Pero ¿y si fue por otra razón?

—No sé por qué otra razón iba a ser. El tipo tenía unos treinta y cinco años y era el más joven de cinco hermanos, lo que equivale a dos *strikes* en una cultura muy jerárquica, y era un negado, un fracasado, lo que equivale al tercer *strike*, por lo que no tenía ni posición ni valor, y está visto que tampoco tenía talento. Así que nadie lo iba a elegir el primero. No tiene que ver con reclutar una buena baza, ni para trabajo temporal ni por entusiasmo.

El teléfono de Shrago empezó a sonar de nuevo. El mismo trino, el mismo volumen, las mismas palabras en la pantalla. Sonó ocho veces y se calló.

Julieta volvió a la habitación y se sentó en el canapé. Desde un segundo canapé, a dos metros, Romeo le preguntó:

—¿Y bien?

—Lo he intentado dos veces.

—¿Qué sensación tienes?

—Puede que esté ocupado. Si se acerca a treinta metros de ellos apagará el móvil. Eso es evidente.

—¿Cuánto tiempo puede permanecer cerca de ellos?

—En teoría, podrían ser horas.

—¿Esperamos a que llame?

—Yo diría que no nos queda otra opción.

—Supón que no viene.

—Pues estamos acabados.

Romeo soltó un largo y lento suspiro.

—Ganemos o perdamos —dijo—, ha sido un buen viaje.

El móvil de Turner sonó un minuto después de que el de Shrago se callara. La comandante puso el altavoz y la sargento Leach dijo:

—Es un teléfono de tarjeta prepago probablemente comprado en un Wal-Mart. Si lo han pagado en metálico es tan ilocalizable como el exmarido de mi hermana.

—¿Se conoce algún detalle? —preguntó Turner.

—Muchos. Lo único que no sabemos es a quién pertenece. Todo lo demás podemos verlo. En su vida, ese móvil solo ha llamado a dos números y solo le han llamado dos números, los mismos.

—¿A partes iguales?

—No, está muy desequilibrado.

—¿A favor de...?

La sargento Leach leyó el número en alto y no era el de Shrago.

—Ese tiene que ser Romeo —comentó Reacher—. Sargento, compruebe ese teléfono.

—Ya me he tomado la libertad, comandante. Y lo mismo. Un prepago de un Wal-Mart, pero este es incluso más solitario. El único número al que ha llamado y el único número que le ha llamado es el de su amigo. Esta red de comunicación es muy limitada. Su modo de hacer y su disciplina me parecen ejemplares. Están tratando ustedes con personas muy inteligentes. Pido permiso para hablar con libertad.

—Concedido —dijo Turner.

—Deberían proceder con muchísimo cuidado, comandantes. Y podrían empezar por presionarles un poquito.

—¿Cómo?

—El otro número al que llama el primer tipo es de un teléfono que actualmente está inmóvil dos manzanas al norte de la Casa Blanca. Me imagino que están ustedes en ese hotel tan lujoso y que el malo está vigilando el edificio, o bien ya le han quitado el móvil y lo tienen ustedes en su habitación. En cuyo caso, deben tener en cuenta que si yo puedo verlo, ellos también. Hasta que lo apaguen, claro está. Cosa que deberían plantearse hacer.

—¿Puede verlo?

—La tecnología es algo maravilloso.

—¿Puede ver los otros dos teléfonos?

—Por supuesto. Los estoy viendo ahora mismo.

—¿Dónde están?

—Están juntos en una dirección de Georgetown.

—¿Ahora? ¿En este mismo instante?

—En este mismo instante. Actualizado cada quince segundos.

—Es noche cerrada. La mayoría de la gente duerme.

—Así es.

—¿La casa de Scully o la de Montesco?

—Ninguna de las dos. No sé de qué edificio se trata.

La sargento Leach dijo que había muchas teorías acerca de la triangulación, el wifi, el GPS y los márgenes de error, y que nadie estaba diciendo si en el bolsillo izquierdo del abrigo o en el derecho de los pantalones, pero que la mayoría de la gente estaría de acuerdo en que se podía señalar, con un razonable margen de seguridad, en qué edificio se encontraba un teléfono móvil. Y cuanto más grande fuera el edificio, mayor era la exactitud, y la sargento Leach tenía en el punto de mira un edificio bastante grande. Había conseguido aislar la dirección y la había buscado en el ordenador, y dijo que la visión a pie de calle le mostraba que era una casa señorial bastante grande. Les describió la imagen, que mostraba una fachada antigua de ladrillo, con cuatro pisos y ventanas de guillotina gemelas a los lados de una preciosa puerta de entrada, pintada de negro brillante y con un farol de bronce encima. La puerta tenía una ranura para el correo y el número de la calle, además de una plaquita de latón en la que parecía que ponía DOVE COTTAGE.

Turner siguió hablando con la sargento mientras Reacher llamaba a la capitana Edmonds desde su propio móvil. Le dio la dirección en cuestión y le pidió que la buscara hasta debajo de las piedras, como, por ejemplo, en informes de impuestos, títulos de propiedad o solicitudes de urbanismo. Esta le respondió que así lo haría y colgaron. Turner y Leach también colgaron y la comandante dijo:

—No tenemos coche.

—No lo necesitamos —repuso Reacher—. Haremos lo mismo que Shrago: cogeremos un taxi y nos acercaremos andando.

—A Shrago no le ha salido muy bien.

—Es que nosotros no somos Shrago. Además, ahora están indefensos. Los adjuntos viven en una burbuja. Hace mucho tiempo que no han hecho nada ellos solitos.

—¿Vas a cortarles la cabeza con un cuchillo de mantequilla?

—No tengo ninguno todavía. Podría pedir uno al servicio de habitaciones.

—¿Sigo siendo la oficial al mando?

—¿En qué estás pensando?

—Quiero un arresto limpio. Quiero meterlos en una celda de Dyer y quiero un consejo de guerra en toda regla. Quiero que salga en los libros de texto. Quiero que me exoneren en público. Quiero que el jurado oiga cada palabra y quiero una resolución por parte del juez.

—Para llevar a cabo un arresto limpio necesitas una causa probable.

—Y también para cortarles la cabeza con un cuchillo de mantequilla.

—¿Por qué permitió Montesco que Zadran volviera a las montañas?

—Por su historial.

—Me gustaría saber más sobre él.

—Sabemos todo lo que se puede saber.

Reacher asintió. «Un campesino del montón, cuarenta y dos años, el más joven de cinco hermanos, la oveja negra de la familia, poco respetable, un emprendedor al que ningún negocio le había salido bien».

—Con el cuchillo de mantequilla sería más fácil —dijo Reacher.

Sonó su teléfono. Era la capitana Edmonds.

—Qué rápida.

—He pensado que si me daba prisa, quizá hoy pudiera dormir una hora.

—No cuente con ello. ¿Qué ha descubierto?

—Dove Cottage es un club privado. Abrió hace cuatro años. La lista de miembros es confidencial.

—¿Hace cuatro años?

—No tenemos pruebas.

—Hace cuatro años teníamos a Morgan en Fort Bragg, creando el equipo en torno a Shrago.

—No podemos demostrar la conexión.

—¿Son miembros Scully y Montesco?

—¿Qué parte de la palabra «confidencial» no ha entendido?

—¿Algún rumor?

—Se dice que todos los miembros son hombres. Incluidos políticos, aunque no es un salón político, y militares, periodistas y hombres de negocios, pero no parece que se use para cerrar tratos. Van a divertirse, nada más. A veces, se quedan a pasar la noche.

—¿Haciendo qué?

—Nadie lo sabe.

—¿Cómo consigues ser socio?

—Yo no podría, es para hombres.

—¿Y yo?

—Supongo que por invitación. Debería conocer a alguien que conoce a alguien. Ya sabe.

—¿Y nadie sabe qué hacen allí dentro?

—En D. C. hay cientos de clubes privados. Es imposible llevar un registro.

—Gracias, abogada. Por todo. Ha hecho usted un trabajo excelente.

—Eso suena a despedida.

—Podría serlo. O no. Estamos lanzando una moneda al aire.

Debido a la latitud y la estación, tenían unos noventa minutos antes de que saliera el sol. Así que cogieron lo que necesitaban y salieron a la calle, donde un hombre con gorra les consiguió un taxi. El taxi se dirigió al norte por la 16, hasta Scott Circle, donde cogió la Massachusetts Avenue hasta Dupont, y allí tomó la calle P, con la que



cruzó el parque hasta llegar a Georgetown. Los dejó en la esquina con Wisconsin Avenue. El taxi se fue y ellos recorrieron dos manzanas, hacia atrás, tiraron a la izquierda y se dirigieron hacia su objetivo, que estaba otras dos manzanas hacia el norte, a la derecha, en lo que parecía el vecindario más caro desde que se inventó el dinero. A la izquierda se veía el inmenso terreno de una mansión inmensa. A la derecha había casas señoriales, reluciendo en la oscuridad, lustrosas, pulidas, cada una de ellas sustancial por sí misma, cada una de ellas alzándose orgullosa en fila.

El objetivo encajaba a la perfección allí.

—Menudas chabolas —comentó Turner.

Buscaban una casa alta y bonita, estrictamente simétrica, y contenida, discreta y nada ostentosa en todos los aspectos; aunque relucía en la oscuridad, como las demás, de tanto lustre. La placa de latón, en efecto, era pequeña. Había luz en algunas de las ventanas, muchas de las cuales aún tenían ese antiguo cristal ondulado que hacía que la luz pareciera suave, como la de una vela. La puerta se pintaba cada año de elecciones generales, desde los tiempos de James Madison. Era una puerta grande, de buena calidad y que encajaba a la perfección con aquella casa. Era el tipo de puerta que no se abría, a menos que quisieran los de dentro.

No había manera clara de entrar.

Pero tampoco es que hubieran estado esperando un milagro, solo pretendían vigilar y observar. Tarea que facilitó en parte el inmenso terreno de la inmensa mansión. La zona ajardinada estaba rodeada por una valla de hierro dispuesta sobre un murete de piedra que llegaba por las rodillas y que era tan ancho como para que una persona pequeña pudiera sentarse en él, y Turner era una persona pequeña, y Reacher estaba acostumbrado a estar incómodo. Por encima de la valla había un entramado denso de ramas desnudas. Ni una sola hoja, por lo que la ocultación no era total, pero puede que les sirviera para camuflarse. El ramaje era lo bastante denso como para ensombrecer la luz de las farolas. Como los nuevos patrones digitales en los pijamas.

Mientras aguardaban, medio escondidos, Turner comentó:

—Ni siquiera sabemos cómo son. Podrían salir y pasar por delante de nosotros sin que nos diéramos cuenta.

Así que volvió a llamar a la sargento Leach y le pidió que les alertase si los teléfonos se movían. Todavía no lo habían hecho. Aún aparecían en una serie de torres que, de acuerdo con la triangulación, confirmaban que seguían en la casa que tenían delante. Reacher vigilaba las ventanas y la puerta. «Van a divertirse, nada más. A veces, se quedan a pasar la noche». En cuyo caso, empezarían a marcharse temprano. Políticos y militares, periodistas y hombres de negocios, todos ellos tenían trabajo. Saldrían tambaleándose, anhelando llegar a casa y asearse antes de empezar el día.

El primero que salió no lo hizo tambaleándose. La puerta se abrió más o menos una hora antes del amanecer y por ella salió un hombre de traje, acicalado, duchado,

peinado, con los zapatos tan relucientes como la puerta, que giró a la izquierda por la acera, ni rápido ni despacio, tranquilo, en apariencia muy sereno, satisfecho y contento con su vida. Había dejado de ser una persona de mediana edad. Iba camino de la calle P y cincuenta metros más allá desapareció en la oscuridad.

Reacher supuso que, inconscientemente, había estado esperando borracheras y juerga, pelos revueltos, ojos rojos, corbatas desabrochadas y carmín en el cuello de la camisa, puede que incluso que la gente saliera con botellas en la mano, agarradas por el cuello, con los puños de la camisa sueltos y los gemelos colgando. Pero el que acababa de salir tenía aspecto de lo contrario. Quizá la casa fuera un balneario. Puede que al tipo le hubieran hecho toda la noche un masaje con piedras calientes o alguna otra terapia profunda de tejidos. En cuyo caso, había funcionado a las mil maravillas. Parecía que estuviera como nuevo, que fuera presa del bienestar, que se sintiera satisfecho.

—Qué raro —dijo Turner—. No es lo que esperaba.

—Puede que se trate de una sociedad literaria. O un club de poesía. Puede que lo de Dove Cottage se refiera a la casa en la que vivió William Wordsworth. El poeta inglés. Aquel que vagaba solitario como una nube, el de la multitud de narcisos y toda esa mierda. Una casita encalada en Inglaterra. En Lake District, que es un sitio precioso.

—¿Quién se pasa la noche leyendo poesía?

—Mucha gente. Por lo general, más joven que el tipo que ha salido, lo admito.

—¿Para divertirse?

—La poesía puede producir una satisfacción muy profunda. Al menos, para el tipo de los narcisos. Escribía sobre tumbarse, soñar despierto y recordar algo bueno que hayas visto.

Turner no dijo nada.

—Es mejor que Tennyson —siguió Reacher—. Eso tendrás que reconocerlo.

Vigilaron y esperaron. Otros veinte minutos. En el cielo empezaba a verse más luz por detrás de la casa. Un poco. Otro amanecer, otro día. Entonces salió un segundo miembro. Similar al primero. Mayor, acicalado, rosa, trajeado, sereno, profundamente satisfecho. Ni rastro de estrés, de prisa. Ni angustia, ni vergüenza. Giró en el mismo sentido que el primero, hacia la calle P, y se alejó dando pasos tranquilos, relajados, con la cabeza alta y una media sonrisa en los labios, dentro de una burbuja de alegría, como el dios de un universo en el que todo fuera bien.

—Espera —advirtió Reacher.

—¿Qué?

—Montesco.

—¿Era él? Leach no ha llamado.

—No. Este es el club de Montesco. Es el dueño. O lo tiene a medias con Scully.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el nombre. Lo de Dove Cottage es como lo de Romeo. En realidad, este

tipo es un agente de inteligencia de lo más pobre. Es demasiado listo, pero solo a medias. Como si no pudiera evitarlo.

—¿Evitar el qué?

—¿Por qué permitió que Zadran volviera a su hogar, en las montañas?

—Por su historial.

—No, a pesar de su historial. Lo hizo por quién era. Por quiénes eran sus hermanos. Sus hermanos lo perdonaron y lo acogieron. Zadran ni se rehabilitó ni buscó un quehacer. Parte de su trato con Montesco. Era una calle de dos sentidos.

—¿Qué trato?

—La gente recuerda que William Wordsworth vivía con su hermana Dorothy, pero olvida que ambos vivían con la esposa de este, la hermana de ella y un montón de niños. Tres en cuatro años, creo.

—¿Eso cuándo fue?

—Hace más de doscientos años.

—¿Y por qué sacas el tema?

—El Dove Cottage original era una casita encalada. Demasiado pequeña para siete personas. Se mudaron. Y a la casa llegó un nuevo inquilino.

—¿Quién?

—Un tal Thomas De Quincey. Otro escritor. En aquella época le dabas una patada a una piedra y salían un puñado de escritores. Todos eran amigos. Pero Wordsworth solo había vivido allí seis años. De Quincey estuvo once. Lo que convierte en suya Dove Cottage, más que de Wordsworth, si nos basamos en el tiempo que pasó allí cada uno. No obstante, la gente solo recuerda a Wordsworth. Posiblemente porque fue mejor poeta.

—¿Y?

—Espera —cortó Reacher—. Mira eso.

La puerta se abrió de nuevo y un tercer tipo salió por ella. Pelo gris pero abundante y con un bonito corte. La cara sonrosada, lavada y afeitada. Un traje de tres mil dólares y una camisa tan fresca como la nieve recién caída. Corbata de seda, con un hermoso nudo. Un político, lo más probable. El hombre se quedó parado un segundo y respiró hondo el aire de la mañana, tras lo que empezó a caminar como los dos anteriores, relajado, sin preocupaciones, emanando serenidad. Fue en la misma dirección, hacia la calle P y, al rato, se perdió de vista.

—¿Conclusiones? —preguntó Reacher.

—A las que ya habíamos llegado. Se trata de un santuario para caballeros mayores y refinados con pasiones personales.

—¿Qué es lo que vuelve a casa en las cajas del ejército?

—No lo sé.

—¿A qué se dedicaban los hermanos de Zadran?

—A llevar la granja de la familia.

—¿Y qué plantaban?

—Amapolas.

—Exacto. Y sí le dieron un papel a Zadrán. El de vendedor. Porque ya tenía las conexiones. Lo que tú has dicho. ¿Qué escribió Thomas De Quincey?

—¿Poesía?

—Su obra más famosa es un libro autobiográfico titulado *Confesiones de un inglés comedor de opio*. Eso es lo que hizo en Dove Cottage durante once largos años. Liberarse de las tensiones del día a día. Luego, escribió sus memorias.

—Me encantaría entrar ahí.

Reacher había estado en el Dove Cottage original, en Inglaterra. De visita. Había pagado el coste de la entrada en la puerta y se había agachado para pasar por el bajo dintel. Así de fácil. Entrar en el nuevo Dove Cottage iba a ser más complicado. Para entrar en casas era para lo que el Delta Force y los Navy SEAL se entrenaban durante toda su carrera. No era sencillo.

—¿Ves cámaras? —preguntó Reacher.

—No, pero seguro que alguna hay.

—¿Hay timbre en la puerta?

—No veo ningún botón. Solo una aldaba. Que es más auténtica, claro está. Puede que haya reglamentación de urbanismo al respecto.

—Pues tiene que haber cámaras. Un sitio así no puede abrir la puerta cada vez que suene la aldaba. Al menos, sin saber quién hay al otro lado.

—Lo que implica tener una sala de operaciones, con pantallas y algún tipo de apertura remota. Con un empleado bastaría. ¿Habría seguridad?

—Tiene que haber servidumbre. Gentecilla discreta vestida con traje oscuro. Mayordomos o lacayos. Que también son seguridad. Supongo que las cámaras son pequeñas. Puede que meras lentes de fibra óptica que asoman por la pared. Podría haber decenas. Tendría sentido. Alguien tiene que mantener los ojos abiertos, por lo que pueda pasar en un club así.

—Pues tenemos que ver a alguien entrando, no saliendo. Tenemos que ver cómo funciona el sistema.

Pero no lo vieron. Nadie entró. Nadie salió. La casa siguió con aire petulante, sin más. Las mismas luces seguían encendidas. Los primeros jirones de la mañana empezaron a aparecer por encima del tejado.

—No nos conocen —dijo Turner.

—Pero nos habrán visto en foto.

—¿Le habrán enseñado alguna al de seguridad?

—Desde luego, eso espero. Porque estamos hablando del tipo que está a cargo de la inteligencia del ejército estadounidense.

—En ese caso, la puerta estará cerrada. Eso es todo. No nos cuesta nada.

—¿Los alertará? ¿O ya estarán alerta?

—Ya sabes que están alerta. Están asomándose al vacío.

—Puede que no dejen pasar a mujeres.

—Pero tendrán que enviar a alguien para explicarlo. Si no nos reconocen, podríamos ser cualquiera. Funcionarios municipales. Cualquiera. Tienen que hablar con nosotros.

—De acuerdo. Llamar a la puerta es una opción. ¿En qué posición de la lista quieres ponerla?

—Por el medio.

Cinco minutos después, Reacher le preguntó:

—¿Por debajo de qué?

—Creo que deberíamos llamar a la DEA. O al brigada Espin, a la 75. O a la policía metropolitana. O a todos. Y al FBI también, creo yo. Ellos pueden ponerse con el tema financiero.

—Tú eres la oficial al mando.

—Quiero un arresto legal.

—Yo también.

—¿De verdad?

—Por ti.

—¿Es la única razón?

—Prefiero los arrestos legales siempre que sea posible. Siempre. No soy un bárbaro.

—Tampoco podemos quedarnos aquí. Empieza a haber más luz.

Y así era. El sol estaba en el horizonte, lanzando rayos a ras de suelo, dejando la casa a contraluz, proyectando unas sombras larguísimas. Un cono del cielo ya era azul. Iba a ser un día bonito.

—Llama —le dijo Reacher.

—¿A quién primero?

—A Leach. Es mejor que lo coordine ella. De lo contrario, esto va a ser como una peli con polis de la Keystone.

Turner sacó dos móviles de los bolsillos, el suyo y el de Shrago. Comprobó que el que iba a usar era el suyo, lo abrió y le dio la espalda a la calle, lista para marcar. El sol del amanecer le iluminaba la espalda con una luz dorada y cálida.

Y entonces sonó el móvil de Shrago. En el murete de piedra que llegaba por la rodilla. El trino de locos estaba apagado, pero la vibración no. Se lo estaba pasando en grande. Se retorció de un lado para otro, como si intentase decidir qué dirección tomar. La pantalla estaba iluminada, como antes, y en ella ponía «Llamada entrante» y «Casa».

Vibró en ocho ocasiones y se paró.

—El amanecer —dijo Reacher—. Es como una especie de hora límite. Puede que convenida, o en su cabeza. Deben de estar muy nerviosos. No van a tardar en darlo por perdido.

Vigilaron la casa un minuto más y cuando daban media vuelta, en una de las ventanas de un piso superior se encendió, brillante, un breve fogonazo amarillo, como el de una cámara antigua, y oyeron dos disparos apagados, casi simultáneos, pero solo casi, un poco irregulares también, demasiado rápidos para ser el disparo doble de la misma arma, pero lo suficiente para dos tipos mayores que contaban hasta tres y apretaban el gatillo.

Durante un largo y fantasmagórico minuto no sucedió nada. Entonces, la puerta negra se abrió a toda prisa y una riada de personas empezaron a salir por ella en diferentes grados de preparación matutina: algunos aseados y vestidos, listos para marcharse, otros casi y otros con el pelo revuelto y la cara hinchada, pero todos ellos de raza blanca y mayores, unos ocho o nueve, además de media docena de hombres más jóvenes uniformados, como ordenanzas de hotel, y otro más joven con un jersey negro de cuello de cisne que, en opinión de Turner, bien podía ser el empleado de seguridad. Todos fueron deteniéndose en la acera, se recompusieron y se marcharon, como dando un paseo, como si aquello no tuviera nada que ver con ellos. Un tipo trajeado pasó por delante de Reacher con expresión de «¿Quién?, ¿yo?» en el rostro.

Reacher y Turner empezaron a avanzar contra la corriente de los fugitivos, hacia la casa, hacia la puerta negra, y se tropezaron con un par de rezagados, tras lo que entraron a un recibidor amplio y frío, de estilo colonial, decorado en amarillo pastel, con candelabros de latón y relojes y madera de caoba, y un retrato al óleo de George Washington.

Subieron la escalera, que era amplia y tenía una alfombra gruesa, y miraron en una habitación vacía, donde encontraron dos elegantes canapés y dos elegantes mesitas de centro. En las mesitas había magníficos ejemplos de los artilugios que necesita un fumador de opio. Lámparas, boles y pipas muy muy largas, con la altura de todo ello dispuesta de manera que alguien que yaciera relajado de lado en los canapés podría encontrar la pipa justo donde quería. Había almohadones aquí y allá y el aire estaba cargado, con un olor cálido y denso.

Encontraron a Scully y a Montesco en la habitación de al lado. Ambos andarían alrededor de los sesenta años, pelo entrecano, delgados, pero no como esos generales duros como el hierro que quieren que la gente tenga claro que ellos provienen de infantería. A estos les parecía bien que la gente supiera que venían de la trastienda. Vestían pantalón oscuro y batín de seda. Las pipas eran de plata y hueso. Ambos tenían agujereadas ambas sienes por balas encamisadas. Nueve milímetros, de las Berettas de servicio que estaban en el suelo. El orificio de entrada estaba en el lado derecho. Reacher imaginó lo sucedido, la llamada al amanecer, como habían convenido, pero a la que nadie había respondido, así que puede que se hubieran estrechado la mano, se hubieran puesto el cañón en la sien, con el codo hacia fuera, y un, dos, tres.

Y, de pronto, la calle se llenó con el aullido de las sirenas y con coches de los que salieron como un centenar de personas.

Un hombre de la DEA les contó la historia en una sala a la que se accedía desde el vestíbulo amplio y frío. Resultaba que Shrago se lo había soltado todo al brigada

Espin en cosa de segundo y medio, lo que hizo que Morgan estuviera bajo custodia treinta minutos después. Y Morgan también lo había soltado todo en segundo y medio, por lo que Espin había llamado a tres agencias diferentes y habían planeado una redada. Y la habían llevado a cabo. Solo que cinco minutos tarde.

—No han llegado tarde —le dijo Reacher—. Podrían haber llegado ustedes ayer y habrían hecho lo mismo. Daba igual quién subiera por las escaleras. Ustedes, nosotros o quien fuera, pero ellos iban a bajar el telón como caballeros.

El de la DEA les explicó que había fumaderos de opio como Dove Cottage por doquier, en todo el mundo, para esos hombres refinados que prefieren el vino a la cerveza. El opio era el producto auténtico, calentado hasta convertirse en un vapor, vapor que se inhalaba, un deleite para caballeros, tan dulce como la miel orgánica. Lo mejor de lo mejor. La fuente. Ni cortado, ni alterado, ni extraído, ni transformado. De ninguna forma. Ni sórdido, ni en la calle, tal y como se llevaba haciendo miles de años. Los arqueólogos dirían que la Edad de Piedra llevaba ese nombre por las chinas de hachís.

Y, como en el caso del buen vino, a su alrededor empezaban a tenerse en cuenta todo tipo de gilipolleces. El terreno era importante. Se decía que el mejor era el afgano. Se examinaban las colinas una a una. Como los viñedos. Montesco hizo un trato con los hermanos Zadran. Lo que ellos cultivaban era de gran calidad. Lo llamaron Z, empezaron a correr la voz y, en muy poco tiempo, Dove Cottage tenía unas cuotas de socio desorbitadas. Todo había ido bien durante cuatro años. Entonces, alguien vio a su hombre de campo internándose por el norte para la cita ritual y todo empezó a desmoronarse, a pesar de sus esfuerzos. En un momento dado, apareció el brigada Espin y les contó que «sus esfuerzos» habían sido considerables. Les contó que había empezado a estudiar el tema financiero y que, aunque solo hubiera revisado la mitad, ya había visto que los cien mil dólares habían salido de la cuenta personal de Montesco.

Poco a poco, entre la multitud de agentes del gobierno que había en la casa fueron apareciendo el coronel John James Temple, que era el abogado de Turner, y tanto la comandante Helen Sullivan como la capitana Tracy Edmonds, que seguían siendo las de Reacher. Temple había conseguido que se retirase de forma permanente la orden de confinamiento de Turner. Era libre, pendiente solo de la desestimación formal de los cargos. Sus abogadas tenían más problemas. Dada la situación de Morgan en aquel momento, era imposible determinar si Reacher estaba o no estaba en el ejército. Era una cuestión que iría ascendiendo por la cadena de mando y que tendría que resolver el adjunto de personal del secretario de Estado, que estaba muerto en el piso de arriba.

Turner pidió que alguien los llevara y se encargó el coronel Temple, a quien apenas le apaciguó que Reacher le devolviera su identificación. La atmósfera era tensa. Pero



Reacher estaba encantado de volver al hotel con Turner y era mejor ir en el sedán del coronel Temple que a pie. Solo que no volvieron al hotel. Entendió que Turner le había pedido que los llevase a Rock Creek cuando cruzaron el río en Virginia. El viejo edificio de piedra. Su mando. Su base. Su hogar. «Cuando vuelva, voy a pedir que limpien mi oficina con vapor. No quiero que quede ni rastro de Morgan».

En ese momento fue cuando Reacher se dio cuenta. A ella le gustaba reunirse en torno a la hoguera del campamento. Como le había gustado a él, hacía mucho, pero solo durante un tiempo, y solo alrededor de esa tan especial que ardía en la 110. Y ahora le pertenecía a ella.

La mañana estaba muy avanzada cuando llegaron y les esperaba todo el mundo. Los del turno de noche se habían quedado. El brigada Espin les había mantenido al día y, por tanto, lo sabían todo punto por punto. Para cuando había entrado la guardia de día ya estaba todo resuelto, todo visto para sentencia. La sargento Leach estaba allí, y también el capitán de servicio. Reacher se preguntó si Turner le mencionaría en algún momento lo de los garabatos. Puede que no. Era mejor ascenderlo.

La primera hora de Turner fue muy ceremonial, con muchos gestos de camaradería, como chocar los puños, y mucha cháchara, palmadas en la espalda y, entonces, de alguna manera, hizo que la visita acabase en su oficina, donde se quedó, siguiendo por donde lo había dejado, revisando cada información y comprobando cada disposición. Reacher se quedó con la sargento Leach durante un rato, tras lo cual bajó por aquellas viejas escaleras de piedra y dio un largo paseo, una figura que recorría carreteras de tres carriles. Turner todavía estaba ocupada cuando regresó. Se quedó un rato más hablando con Leach y oscureció, momento en el que ella bajó por las escaleras con una llave de coche en la mano.

—Venga, nos vamos.

El pequeño biplaza descapotable de color rojo llevaba unos días sin arrancar, pero no le costó lo más mínimo hacerlo, y sonaba de maravilla, aunque un poco ruidoso y ronco, pero Reacher supuso que aquello era justo lo que pretendía el ingeniero que había diseñado el silenciador. Turner puso la calefacción al máximo, bajó la capota, la dejó detrás de los asientos y dijo:

—Como cuando ponen un tema rockero en la radio.

Dio marcha atrás para salir del aparcamiento y cruzó la puerta de entrada, giró a la izquierda y siguió la ruta del autobús, dejando atrás el motel, camino del centro comercial, donde aparcó, frente a un edificio con las paredes estucadas y pintadas de blanco, el restaurante con el menú gigante de estilo griego.

—¿Te invito a cenar? —se ofreció ella.

En el restaurante había gente de todo tipo. Parejas, familias y muchachos. Algunos de estos últimos eran chicas, y alguna de ellas podría tener catorce años. Turner eligió una mesa en el ventanal de delante y observaron cómo un autobús se

alejaba.

—Soy detective y sé lo que vas a decir —dijo Reacher.

—¿Ah, sí?

—Siempre ha habido un cincuenta por ciento de probabilidades. Como lanzar una moneda.

—¿Así de fácil?

—No tienes obligación ni de planteártelo. Esto era cosa mía, no tuya. He sido yo el que ha venido. No tú la que ha ido a Dakota del Sur.

—Eso es verdad. Así es como empezó. No estaba segura. Pero cambió. Durante un tiempo. En la celda, en la prisión de Dyer. Te estabas llevando a Temple, me miraste por encima del hombro y me dijiste que esperara allí. Y lo hice.

—No tenías opción. Estabas en una cárcel.

—Pero ya no lo estoy.

—Lo comprendo. La 110 es mejor.

—Y la he recuperado. No puedo irme sin más.

—Lo comprendo. Y yo no puedo quedarme. Aquí no. Ni en ningún lado. Así que no sería justo para ti. Ambos estamos diciendo que no.

—Tú creaste la 110. Por si hace que te sientas mejor.

—Quería conocerte —confesó Reacher—. Eso era todo. Y lo he hecho. Misión cumplida.

Cenaron, pagaron y vaciaron los bolsillos sobre la mesa. Ella cogió las carteras, las tarjetas de crédito y el móvil de Shrago, para procesarlo, y él se quedó el dinero en metálico, para las próximas semanas, menos treinta dólares que Turner prometió que le devolvería a la comandante Sullivan. Luego, salieron al aparcamiento. Corría un viento frío y había un poco de humedad. En plena noche, en pleno invierno, en un rincón del noroeste de Virginia. El lento Potomac no estaba lejos. Más allá, al este, el fulgor de D. C. iluminaba las nubes. La capital de la nación, donde estaría sucediendo de todo. Se besaron una última vez, se abrazaron, se desearon suerte y ella volvió al descapotable rojo y se marchó. Reacher se quedó mirándola hasta que la perdió de vista. Luego, tiró su móvil a una papelería, cruzó la calle y fue hasta una parada de autobús. Al norte, no al sur. Alejándose, no acercándose. Siempre adelante. Se sentó, solo.

# Notas

[1] *Shrapnel* significa «metralla». (N. del t.) <<